



BIBLIOTECA NACIONAL

0032035

LILY INIGUEZ MATTE

Páginas de un Diario

RIAL DEL PACIFICO S. A. SANTIAGO DE CHILE.

Hija de la notable escultora Rebeca Matte y descendiente de Andrés Bello, hermosa, rica y de fino espíritu artístico, todo hacía que en *Lily Iñiguez*, como señala Joaquín Edwards Bello en el prólogo de esta obra, naciera y se desarrollara ese apasionado deseo de "vivir en belleza" que llena todas las páginas de su diario.

En ellas, *Lily Iñiguez* muestra una sensibilidad artística delicada de suyo y refinada por la educación y los viajes por Italia, Francia y otros países, que va anotando en su "Diario" con una fresca y encanto singulares. Su edad e inexperiencia literaria no son, propiamente, defectos. Según dice aquí su prologuista, "el diario de Lily tiene luces y sombras, como los bosques y las cate-drales... De cuando en vez momentos deliciosos que semejan capítulos de gran novela".

Lily Iñiguez escribió su diario en francés, pero intercalando frecuentes párrafos y frases en inglés, italiano y alemán. Pocos años después de su muerte, ocurrida en plena juventud, cuando sólo tenía 24 años, fué publicado bajo el título "Pages d'un journal", en edición que respetó fielmente los idiomas usados por la autora. En la que ahora se presenta al público la obra ha sido totalmente traducida al castellano, pero respetando la gracia y la espontaneidad que lo caracterizan en su forma original.

"Páginas de un diario", de Lily Iñiguez es una obra llena de poesía y belleza que incluso ahora tiene el encanto nostálgico de una época feliz y el sello dramático de una vida frustrada por una suerte implacable que se anuncia como un leit-motiv desde sus primeras anotaciones.

LILY INIGUEZ MATTE / PAGINAS DE UN DIARIO

Es propiedad. Derechos reservados.
Inscripción N° 16373. Copyright by
Editorial Del Pacífico S. A., Ahumada
57, Casilla 3126, Santiago de Chile,
1954.

IMPRESO Y HECHO EN CHILE
PRINTED AND MADE IN CHILE
EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
IMPRESORES

LILY INIGUEZ MATTE

PAGINAS DE UN DIARIO



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
SANTIAGO DE CHILE

102213

Título del original francés

PAGES D'UN JOURNAL

Traducción de

GRACIELA ESPINOSA DE CALM

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Pocos años después de la muerte de Lily Iñiguez, ocurrida en 1926, se publicó, bajo el título de "Pages d'un Journal", una selección del diario escrito por ella. Esa edición se ceñía fielmente a los idiomas usados por la autora, que había escrito en francés, pero con frecuentes párrafos en italiano e inglés y algunas frases en alemán.

La edición que presentamos, en cambio, se ha hecho vertiendo totalmente al español las páginas de ese diario, procurando siempre, eso sí, respetar y conservar la espontaneidad que constituye uno de sus mayores méritos y atractivos.

En esta selección se han omitido los poemas de Lily Iñiguez, con la intención de publicarlos separadamente más adelante.

PROLOGO

Lily Iñiguez era hija de doña Rebeca Matte Bello, la notable escultora, y de don Pedro Felipe Iñiguez. Lily nació en París el año 1902 y murió el año 1926, esto es, vivió 24 años, los mismos que vivió la fabulosa niña rusa María Bashkirtseff con quien voy a compararla constantemente.

Viajeras y artistas ambas, con un deseo vertiginoso de vivir en belleza, pertenecieron por su cuna a opulentas y distinguidas familias, de Rusia María, de Chile Lily. La rusa vivió 30 años antes. Acechadas ambas por la tuberculosis. Empeñadas ambas en dejar un diario de sus vidas. El paralelo no puede ser más conmovedor.

En estos días de San Juan un capricho del clima hace pasar por el aire estremecimientos renovadores parecidos a una primavera. Esta sensación, llamada vulgarmente "veranito de San Juan", es más fuerte en los arrabales floridos de la ciudad. Si vamos una mañana de éstas al cementerio notaremos, en la entrada por la izquierda, la estatua de una mujer desnuda, triste y lánguida, de tamaño natural. Uno de sus brazos pende de manera lamentable, sin esperanzas. Es la estatua del Dolor. La compuso doña Rebeca Matte, madre de Lily Iñiguez.

Los padres de Lily buscaron en largos viajes la voluptuosidad de ver y de disfrutar. Finalmente encontraron el dolor y la soledad. El caso recuerda el asunto de un cuento de "Las Mil y una Noches". Ciertos padres opulentos, en Bagdad, habían sido bendecidos con un solo hijo, como un sol por su belleza y su talento. Pero, pesó sobre él una terrible senten-

cia: moriría el mismo día que cumpliera 18 años. Llegó la fecha del vaticinio. El niño gozaba de excelente salud. Faltaban pocos minutos para que cumpliera 18 años. Se preparaban para festejar la escapada del vaticinio. Un esclavo cogió el cuchillo con que partiría la sandía festiva. Al cogerlo resbaló y enterró el cuchillo en el corazón del joven.

Parecido fué el caso de Lily. Nada pudo detener la fatalidad de su destino. Buena, linda e inteligente, se fué en su hora, y dejó a sus padres la imagen del dolor. Era radiante. Tenía la esbeltez de la familia Larraín Alcalde; elevada estatura, piel de mora y ojos expresivos. Su alma tenía más de los Bello, y el sino. Los hijos de don Andrés vivieron acechados por la tisis. Lily murió en la primavera, como la Dolores de don Andrés, soltera, al volver de un baile. "Arrodilla, arrodíllate en la tierra, donde segada en flor yace mi Lola, coronada de angélica aureola...".

El diario de Lily está escrito en francés, jaspeado con frases en italiano, en inglés y en español. Es una especie de esperanto agradable. No sé cómo se las arreglará para conservar esa gracia cosmopolita la inteligente traductora. En esto, como en mucho más, se parece también a Maria Bashkirtseff. Desde España escribió la niña rusa:

"Oui. Son en Espagne ainsi quen Mantilla, l'ouna portando l'altra...".

Lily puso exclamaciones en italiano, en inglés y en alemán. Se diría que ambas niñas vivieron viajando con el cuerpo y con el alma... De Nápoles, a Roma, y a Florencia, de París a Viena. "Tu promenais partout ta hautaine espérance, dans un rêve brûlant de gloire et d'action, et tour à tour Paris, Naples, Rome et Florence, chauffant à leur foyer ta jeune ambition". (A. Theuriet).

Barrès llamó a la niña rusa con el nombre ferroviario de "Notre Dame des Sleepings Cars". Significa Madona de los coches camas, o "wagons lits". Cuando el tren llevaba a Lily, desde Suiza a Italia, una emoción extraña, un espasmo de felicidad la sacudía desde los cabellos hasta los pies cuando divisaba Lugano y Como. Sus padres habían elegido a Flo-

rencia para residir. Lily era un poco "sauvage". Ella misma lo confiesa no pocas veces en su diario. La "sauvagerie" en este caso consiste en originalidad, en exuberancia de tierras nuevas, y en algo de rebeldía, no conocidas en Europa. Lily Iñiguez pareció "sauvage" a los ojos europeos, como antes que a ella ocurrió a María Bashkirtseff y a Daisy Miller, la norteamericana. Ser "sauvage", bonita y rica, es un talismán. Pero la tisis acechaba. Morir, morir, morir... Soñó morir en Nápoles, en Sorrento, en Capri. "Vedi Napoli e poi mori". Ver Nápoles y morir. Una niña de veinte años no está obligada a tener talento de escritora todo el tiempo. El diario de Lily tiene luces y sombras, como los bosques y las catedrales. Hay partes mejores que otras. De cuando en vez momentos deliciosos semejan capítulos de gran novela. Véase la escena de la llegada de la "novia de Fritz". Medítese en el intento de flirt del muchacho que le roba pañuelos para ponerlos en la cabecera de su cama. La mayor parte transcurre en el sanatorio que Mann llamó la montaña mágica, en Davos, Suiza. Las últimas páginas gimen como sus agotados pulmones, sin que pierda las esperanzas en el imposible. Sus poesías se despiden del frenesi fugaz. Médicos, sanatorios, sistemas, todo fracasó. Lily se fué como la Lola de su antepasado. Tuvo un solo novio, un flirt de sanatorio. El era hijo del Ministro de Asuntos Extranjeros de Holanda. Murió dulcemente, como las rosas. "A moi l'illusion qui ne va plus finir...". Reposa junto a sus padres en la tumba que hizo construir en nuestro cementerio don Pedro Felipe Iñiguez, con planos florentinos de la tumba y capilla de los Medicis, en Florencia. Ahí sigue viajando la niña poliglota en el último tren, en el "Dreaming Car" de la eternidad.

JOAQUIN EDWARDS BELLO.

...Mi diario es muy sincero y por lo tanto demasiado íntimo. Algún día, tal vez, podrá hacerse una selección: *Páginas de un diario*. Pero más tarde, mucho más tarde, en todo caso después de mi muerte.

Lily

LA INFANCIA

CUADERNO PRIMERO

Villino San Giorgio, Florencia.

6 de Abril de 1913

El 19 de Marzo cumplí once años. Fué un día triste. Estábamos en Berlín a causa de la muerte de mi querido abuelito (*), y mamá se hallaba enferma. Por primera vez he sentido de cerca lo que es la muerte. Es terrible para los que se quedan, pero ¡qué hermosa debe ser para los que parten!

Siempre repito esto para consolarme. Ahora mi abuelito debe ser feliz.

7 de Abril

Mamá conversó largo rato conmigo. Me dijo cómo debería escribir mi diario y espera que algún día llegue a ser escritora.

Eso me encantaría. ¡Si pudiera llegar a ser artista! Una artista como mamá. Si lograra escribir con la mitad del talento que mamá tiene para la escultura sería magnífico.

¡Dios mío! Cuántos pensamientos se pueden tener en un instante. Afuera cae una lluvia fina y desapacible. Estoy sentada ante mi pequeño escritorio. ¡Mi querido escritorio! Le tengo tanto cariño. ¡Qué de momentos felices he pasado junto

(*) El señor Matte, abuelo de Lily Iñiguez.

a él, estudiando o leyendo! Tengo cerca un mueble donde están todos mis libros. También son buenos amigos. Pensar que los he leído todos y que todos, unos más, otros menos, me han dejado una impresión de belleza. Detrás de mí están los juguetes, mis compañeros de hace solamente algunos años. Nunca hubiera creído que se pudiese cambiar tanto... Recuerda la linda casa de muñecas que mamá me regaló en Berlín. ¡Lindos tiempos aquéllos!

10 de Abril.

De nuevo el tiempo está gris y nublado. ¡Qué triste se ve todo hoy! Nuestro jardín, que de costumbre nos parece tan encantador cuando lo ilumina el bello sol de Italia, está completamente cambiado.

Bien decía Rostand: ¡Oh, Sol, sin tí las cosas no serían sino lo que son!

Cuánto encanto hay en una flor iluminada por el sol.

15 de Mayo.

He pasado mucho tiempo sin escribir mi diario. Más de un mes. Con qué rapidez pasa el tiempo. Es una lástima. Luego vendrá el verano, y tendremos que dejar el "villino" (*) justamente cuando esté más hermoso.

El jardín se ve bellissimo, con su glorieta de glicinas, el quiosco lleno de rosas, el viejo pozo, las enredaderas que trepan por los muros de la casa, el árbol grande. Después, más lejos, la gruta, al frente el gallinero, y al fondo el "cerrito" desde donde puedo divisar Florencia, envuelta siempre en una bruma azulosa, Fiésole y las otras colinas.

Y todo esto animado por mi burrita "Algesiras", por la manada de perros, el conejito "Miguel" que se ha domesticado, "Lori" el lorito, los gatos, las palomas, los patos, el canario.

¡Oh, cuánto quiero mi "villino"!

(*) Chalet.

1º de Junio.

Es una pena que se haya terminado el mes de Mayo. Es tan bello. "Volverá tan maravilloso como otros años, y espero que seremos aún de este mundo". Esto es lo que se dice en el mes de María.

Creo que soy la niña más feliz del universo.

Se ha cumplido lo que pedía todas las noches, al terminar de rezar. Estamos todos reunidos.

Pues, aunque me porto mal, me gusta estar con todos los míos, porque los quiero.

¡Si sólo pudiera dominarme cuando me da cólera! Antes podía hacerlo, pero ahora digo impertinencias, alejo a mis amigos. Hago buenos propósitos, pero no los cumplo.

Ahora voy a tratar de ser amable con la ayuda de Dios.

11 de Junio.

Papá se fué ayer.

Pasamos días muy felices. Papá ha sido tan bueno. Hicimos dos lindos paseos en automóvil. El primero a la encantadora villa de D'Annunzio, rodeada de prados. El segundo, a la pequeña ciudad de Prato. Allí floreció el amor de Fra Filippo Lippi y de Lucrecia.

Papá me prometió un viaje en automóvil a través de Inglaterra cuando mamá termine su tratamiento en Estrasburgo. Ojalá que se realice.

18 de Junio.

He estado enferma. Hay gran agitación en casa. Mañana partiremos para Estrasburgo. Me siento desolada. No a causa del viaje, ya que mamá va a sanar, pero me entristece dejar el "villino".

Me han puesto en esta pieza, mi sala de estudios, recomendándome no salir y siento que me invade una gran tristeza cuando miro caer la lluvia. Mi perrita Baby ha venido a acurrucarse en mis rodillas... quizás por la última vez antes

de partir. Baby es mi preferida y la quiero como se puede querer a una buena amiga.

Detesto estos últimos días en que todo lo que se hace "se hace por última vez". Y sin embargo es en estos últimos instantes cuando se aprecia lo que se quieren los sitios y las cosas.

19 de Junio.

Se acerca el momento de partir. Le digo adiós a todo. O más bien, hasta pronto, pues será por poco tiempo. Esperamos volver en Septiembre. Así pues, ¡hasta pronto mi querido "villino", queridos animalitos, hasta luego!

21 de Junio.

Hémos en Estrasburgo.

Papá está con nosotros. Llueve, el cielo se ve gris y sombrío, y ni el más pequeño rayo de sol viene a iluminar la gran plaza que se encuentra frente al hotel. Cuánta falta me hacen mi cielo de Italia, mi sol de Italia. Pero, ¡qué hacerle!, no se puede tener todo. Me siento feliz de que estemos todos reunidos, esto me reemplazará al sol.

22 de Junio.

Hace un tiempo horrible. En el aire hay una humedad penetrante. Dan ganas de llorar. Mamá tiene que entrar mañana a un Sanatorio. La idea le fastidia... y yo me siento triste. Hoy no tengo deseos de escribir más.

10 de Agosto.

Es nuestro último día en Estrasburgo, y tengo que decir que, después de todo, me he divertido bastante.

Unicamente era una lástima que mamá tuviera que estar siempre en el Sanatorio.

El tiempo está gris como cuando llegamos y hay tendencia, en los días así, a sentir sombrío el corazón.

Baden-Baden, 20 de Septiembre.

Acabamos de hacer un magnífico viaje por el Rhin. Ese río bordeado de antiguas fortalezas encaramadas en las rocas que avanzan majestuosamente, será un recuerdo de belleza para toda la vida.

¡Rheinstein, Drachenfels, viejos castillos de antaño, hermosas ruinas que evocan el arte, el esplendor de tiempos que pasaron!

Ese día todo estaba bañado por un sol radiante que hacía destacarse en el límpido cielo los viejos muros en jirones.

Cuando regresamos, después de una gran tormenta, al atardecer, el cielo se aclaró. Sentados a popa en el barco veíamos pasar como grandes sombras las rocas y las fortalezas. Todo estaba tranquilo y bello esa noche.

23 de Septiembre.

¡Pasado mañana! Faltan dos días y emprenderemos el viaje a Italia, hacia esa tierra de arte y de luz, hacia nuestro querido hogar.

Pero antes tengo que contar la impresión que tuve al ver a papá y mamá subir al Zeppelin en Baden-Baden.

Fué grandioso ver esa inmensa masa cómo subía por los aires ligera como un pájaro, y se elevaba, se elevaba, hasta no ser más que una pequeña manchita blanca, pequeñísima en la inmensidad del cielo, para después revolotear por encima de las montañas.

14 de Octubre.

Estamos en Florencia desde hace más de quince días. No puedo describir la felicidad que sentí al divisar a lo lejos la cúpula de la Catedral. Nos sentimos reconfortados al ver de nuevo nuestro querido jardín.

Noviembre.

El mes de Octubre fué un verdadero sueño. La naturaleza quería decirnos adiós engalanando el jardín con incompara-

ble esplendor. Era una nueva primavera, pero una primavera en que los matices de las flores eran reemplazados por otros tonos, rojos y dorados, y en que los rayos del sol, un poco más pálidos, les daban a las cosas mayor poesía. La vid se ha vuelto color púrpura y envuelve al "cerrito" en un manto real.

Pero como todo lo bello, todo esto tuvo que terminar y ahora entramos al invierno. El sol ha empezado a esconderse y se le ve cada vez menos.

A pesar de todo nuestro invierno será agradable; vamos a trabajar mucho, muchísimo, especialmente mamá, que se siente casi bien.

Cuando se entra al estudio de mamá, una se estremece al contemplar su monumento. (*) Qué contraste presenta esa mujer de rostro feroz, de mirada fría, que camina sin ver sobre un hacinamiento de muertos y heridos, con aquella otra figura de mujer agobiada por el dolor que busca refugio en la misma ráfaga que pasa.

Yo también ahora tengo un largo invierno delante de mí; voy a estudiar muy seriamente. Ya han comenzado las lecciones y mis profesoras están muy contentas de su discípula.

Quiero progresar un poco antes de partir para Chile.

29 de Diciembre.

Hoy ha nevado, es el tiempo típico de Navidad. Para nosotros Pascua fué una noche hermosa. Mamá me regaló un pesebre. Nunca olvidaré la impresión que tuve al entrar al salón donde se encontraba. En el centro se elevaba una colina en cuya cima un humilde establo cobijaba a la Santa Familia. De un bosque salen pastorcillos que despreocupadamente tocan sus pífanos y ya sin saberlo se sienten atraídos por la Estrella. Otros pastores adoran de rodillas al pequeño que es el gran Salvador del mundo. Los reyes Magos le traen oro, incienso y mirra, y el pequeño Jesús sonríe a su tierna madre. Más

(*) "La Guerra", que actualmente se encuentra en el Palacio de la Paz, en La Haya.

lejos San José, arrodillado, adora como los otros al Rey y Salvador del mundo.

En todas las fisonomías se lee el mismo gran amor, mezcla de respeto y de admiración. Todos traen un presente, ya sea oro o un humilde corderillo. Para Jesús eso tiene el mismo valor. Hay, sin embargo, un pastor que me impresiona más que los demás; no teniendo nada que dar, ofrece su corazón.

El pequeño establo está iluminado por un resplandor rojo que hace fulgir el dulce rostro del Niño-Dios. El buey y el asno le dan la tibieza de su aliento, pues hace frío en la tierra cubierta de nieve.

No dejo de extasiarme ante el pesebre que me emociona y me ha hecho tan feliz.

También recibí otros regalos. Una pareja de conejos de Angora, lindísimos y muy domesticados. Se llaman Paolo y Francesca, y tienen una casa propia que se llama Villa Capponcina, tal como la de D'Annunzio.

Mademoiselle me regaló una magnífica percha para Lori, el lorito. Me dieron también un lindo mueble para mis libros, cuya cantidad aumenta siempre, y un elegante paraguas. Habíamos invitado a algunas amigas y la velada fué sumamente alegre. Bebimos ponche y entre otras cosas brindamos "A la salud del Monumento" que ya está terminado. Fué una feliz Navidad.

3 de Enero de 1914.

Sin pena ví partir el año 1913. No nos fué propicio. Primero la desgracia que sufrimos en Febrero, y después un verano completamente fallido. Sólo el otoño fué bueno y amigo. Pero 1914 ha comenzado bien.

Invitamos a veintidós niños de la vecindad para festejarlos el día primero del año. Antes que nada les hicimos ver el pesebre que los llenó de admiración. Había que ver a los chiquitos cómo contemplaban el Nacimiento y el Arbol que iluminaban toda la sala; era de ver esa expresión, mezcla

de asombro y estupor; era una alegría contemplar a esos pequeños en verdadero éxtasis ante el dulce Belén. Luego los llevamos a la cocina que estaba transformada en comedor para los niños y algunas de sus mamás. Fué un placer servirles nosotras mismas tortas y dulces hasta que se hubieron hartado. Después hicimos dos rifas y cuando los niños se fueron llevaban los brazos cargados de juguetes y los ojos llenos de felicidad.

Mucho me gustaron mis regalos, pero encuentro que recibir no es más bello que dar y hacer feliz a los demás.

Para la noche le teníamos reservada una sorpresa a mamá. Era un pequeño concierto. Primero tocamos una pieza a cuatro manos y después ejecuté una yo sola. Fuimos muy aplaudidas.

20 de Febrero.

Hace mucho tiempo que no escribo mi diario. Por eso voy a hacer un breve resumen de todo lo que ha pasado entretanto.

Primero, y ante todo tengo que decir algo sobre la inmensa gloria que ha alcanzado mi Chériechen con su monumento. Mucha gente ha venido a verlo y todos han tenido sólo palabras de elogio y de admiración para este grupo grandioso, tan impresionante y conmovedor, y sin embargo, tan sencillo de líneas. Grandes y famosos artistas se han quedado asombrados al ver que una débil mujer ha podido hacer algo tan recio; pero, como ha dicho uno de los artículos en su honor, "grande es la audacia, pero la Artista es más grande que la audacia misma".

Además, han elegido a mamá miembro de dos Academias, de las que ha recibido diplomas de honor; ha tenido también mucho éxito en las exposiciones. Enviará a Venecia un fragmento de la estatua, el que por su sencillez y la expresión de profundo sufrimiento es la figura que más me impresiona.

Mamá camina por el sendero de la gloria.

19 de Marzo de 1914.

Hoy cumplo doce años.

Me festejarán mañana; hace un tiempo horrible y parece que el regalo de mamá está afuera y no lo pueden mover. ¿Qué será?

En todo caso estoy contenta de que sea mi cumpleaños, es siempre agradable recibir cosas lindas y verse tan mimada. Desde que puedo recordar, papá y mamá se han encargado de hacer que éste sea un día feliz.

Eso sí que no gusta cumplir doce años. Quisiera ser siempre una niña feliz; después de los doce años, la vida nos acerca rápidamente hacia la edad desconocida, hacia la adolescencia. Sin embargo, esa edad debe tener también sus encantos y dicen que son superiores a los de la infancia. Pero eso no lo creo.

25 de Abril.

¡Dios mío! qué perezosa he estado para escribir, para describir más bien, la linda fiesta; pero más vale tarde que nunca ¿no es cierto? Y después, cuando esté lejos, en Chile tal vez, tendré el consuelo de revivir en pensamiento, cuando relea estas páginas, los días dulces, —y quizás ya tan lejanos— de mi infancia.

Así, pues, voy a describir aquí mi fiesta de cumpleaños y comenzaré por el regalo de mi querida, de mi adorable queridita mamá.

Los años anteriores siempre me habían regalado un animal: la perrita Baby, después Algesiras, Lory el lorito. Pero esta vez fué algo diferente y muy original: ¡una choza india! Mi sueño fué siempre ser Piel Roja y he aquí que mamá lo ha hecho realidad. Es difícil imaginarse mi alegría al ser poseedora de una cabañita india.

Hoy me he instalado en ella, y me he puesto a escribir en mi pequeña choza de ensueño. Tengo que describirla. A un lado está el fogón y cerca de él cuelgan utensilios de cocina de estilo indio. Más lejos se encuentra un rimero de pieles de animales salvajes que forman un cómodo lecho para el

habitante piel roja. Además hay una mesa, un banco y dos taburetes completamente rústicos. El interior está cubierto de armas de todas clases, hay de todo: desde el "toma-hawk" hasta el cuerno de caza para pedir socorro. Otra ventaja de mi querido "wigwam", que le da mayor encanto, es el vasto y hermoso panorama que domina. Ahora ya ha caído la tarde y la mirada se extiende hasta perderse en las verdes colinas sombreadas de olivos; en medio del verdor resaltan los grupos de cipreses que forman largas manchas negras. Al otro lado, Fiésole y las demás colinas parecen envolverse en un ligero velo de bruma destacándose en el azul del cielo que se oscurece poco a poco. Y una a una empiezan a iluminarse las casitas blancas que trepan por las verdes laderas. Una ligera brisa trae desde lejos la voz de las campanas que entonan el Angelus.

He aquí una vaga idea del gran encanto de mi pequeño "wig-wam". Me siento convertida en una verdadera Piel Roja y pienso en las grandes proezas que llevaré a cabo con Hiawatha. Hiawatha es una amiga que, como yo, se ha convertido en Piel Roja y lleva también el traje y los aderezos que corresponden. De aquí en adelante mi nombre será Aguila de Oro y luciré mi emblema pintado en mi casaca de Gran Jefe.

Este hermoso regalo no fué el único que me hizo mamá. Para reemplazar a los pobres Paolo y Francesca que murieron hace poco, me dió una simpática parejita de cobayas. Se llaman Bebé Blanca y Bebé Rosa y viven ahora en la Villa Capponcina que había quedado desierta. Y cuántas cosas lindas me regalaron el día de mi cumpleaños. Libros, montones de libros, también algunas joyas, y además una pequeña Kodak con la que he tomado algunas fotografías que me han valido felicitaciones.

Ese día almorzamos en mi "wigwam" y la fiesta tan íntima y encantadora fué todo un éxito.

8 de Mayo.

Estamos en plena primavera.

Es casi *demasiado* bello, todo este esplendor de tonos, de perfumes, de murmullos que me extasían. ¡Ah! hay que dis-

frutar, *disfrutar* de esta primavera única, pues seguramente será la última que pasaremos en nuestro querido "villino".

Pero hay que tener esperanza, esperemos siempre sin mirar demasiado lejos. Esperemos y sobre todo, *disfrutemos*. Disfrutemos de toda esta belleza que nos envuelve y nos embriaga. Siento que no podré llegar a describir con palabras todas estas cosas. La belleza de la glorieta de glicinas, por ejemplo. Cuando me siento a soñar bajo ese dosel de flores lilas, y entonando alguna melodía florentina dejo errar la mirada por los apretados racimos de mil matices delicados, siento y comprendo de súbito la grandeza del genio de Aquél que hizo todo aquello, que creó la obra sublime de la Naturaleza. Y quedo en éxtasis ante una flor, que a pesar de su pequeñez Lo representa enteramente.

¿Cómo he podido llegar a dudar de que Dios existe y cómo hay personas que persisten obstinadas en su ceguera sin reconocerlo a través de su obra?

Los muros de nuestra casa se ocultan bajo un manto de rosas blancas, y el quiosco, con el viejo pozo, la Venus de Milo, majestuosa y blanca junto a un macizo de rosas, protegida por la sombra de una acacia en flor, forman un cuadro que ningún pintor podría jamás igualar.

He escrito algunos versos, pequeñas tonterías. Sinceramente no me gustan.

Hay nuevos habitantes en el "villino". Una cabrita que querían matar, y una gallina que ha empollado huevos plateados de paduana. Es encantador verla pasearse rodeada de sus pequeñuelos que son también una prueba del genio de Dios.

24 de Mayo.

El más lindo mes del año llega a su fin, el hermoso mes de María termina dejando tras de sí la tierra embalsamada por perfumes arrobadores.

Ahora que hablo del Mes de María quiero decir que todas las noches Mamá y yo rezábamos y leíamos la vida de la Virgen, ante un pequeño altar improvisado cubierto de flores.

26 de Mayo.

Llueve, llueve... Cae una lluvia fina y persistente, una de esas lluvias de primavera, tan monótonas.

Ayer hice una composición. No estoy del todo contenta, pero es más o menos buena. No es por orgullo que lo digo, muy por el contrario; a veces me asaltan dudas. ¿Llegaré a ser escritora algún día? ¿Podré dominar algún arte? Quiero tratar de copiar algo en escultura. Hasta ahora no he tenido valor, pero voy a hacer la prueba un día de éstos.

8 de Junio.

Mamá leyó mi composición. Le gustó mucho y volvió a decirme que tal vez algún día llegaré a ser escritora. Estoy muy contenta.

Papá ya se embarcó en viaje a Europa y vendrá a pasar el verano con nosotras. En cuanto llegue vamos a comprar el "villino" con toda la quinta. Y ya estamos pensando en las refacciones que embellecerán aún más nuestro nido.

Viajaremos mucho, mucho, este verano.

10 de Junio.

Ayer hicimos una linda excursión. Fuimos a un antiguo convento abandonado, que se encuentra a una hora de camino de Polveriere. En verdad, éramos una pequeña caravana. Adelante iban las señoras en el coche conducido por la yegüita Nella. Seguíamos los niños con mi querida Algesiras que nos llevaba animosamente y, por fin, cerraba la marcha Mademoiselle en el carrito de un campesino, cuyo hijo Quintilio guiaba airoosamente el burro. ¡Era divertidísimo!

Por fin llegamos. Admiramos una Santa Magdalena de Fra Bartolomeo y anduvimos al azar por ese viejo convento de corredores sombríos y escondrijos misteriosos. En todas partes un profundo silencio, una gran poesía. Después entramos a la pequeña iglesia. ¡Qué hermosa me pareció esa iglesita de campo, tan sencilla y llena de paz! Es uno de esos lugares que

invitan a descansar, a orar; donde una se siente movida a abrir su alma a Dios. Y en el rostro de la Santa Virgen, que se alzaba majestuosa al fondo, veía yo reflejarse la gran paz de los campos.

Hicimos un pic-nic encantador. Riéndonos de todas las peripecias y conversando alegremente admirábamos la maravillosa vista. Era el momento que anuncia la caída de la noche, ese momento que tanto me impresiona y en que una gran paz empieza a descender sobre la tierra envolviendo todas las cosas en un gran misterio. Pero las cimas de las colinas que se sumergían en las sombras, se veían aún bañadas en la claridad de los últimos rayos del sol poniente. Y yo recordaba los versos de mi antepasado don Andrés Bello:

...ya es la hora

de la conciencia y del pensar profundo...

Había caído la noche cuando terminamos de comer. Teníamos que pensar en el regreso y decir adiós a aquel hermoso lugar.

Subimos a los coches, y nuestro pequeño grupo (incluidos Baby y el perro de aguas Guidino, que eran de la partida) se puso en marcha. Y avanzábamos en la obscuridad que le daba a las colinas un extraño y trágico aspecto. Solamente las luciérnagas nos iluminaban el camino y revoloteaban por los campos haciéndolos aparecer también extraños y fantásticos.

.....

En este momento algo muy desagradable ocurre en Florencia y en toda Italia. Hay huelga general, es decir que el tránsito y el comercio se han interrumpido en todo el país. Hay tumultos y no nos atrevemos a asomar ni la punta de la nariz. Se habla ya de tener que hacer el pan en casa. ¡Eso sí que sería divertido!

.....

Continúa la huelga, y ahora la cosa se pone seria. Esta noche hubo encuentros y muchos muertos en toda Italia. Todos los almacenes, sin excepción, están cerrados, hasta la sala adonde vamos a patinar. Nuevamente nos es imposible salir.

15 de Junio.

Hace dos días que terminó la huelga general. Fué, en realidad, una especie de revolución.

20 de Junio.

Hoy no tengo nada que hacer. Ya iba a empezar a aburrirme por lo que, para pasar el tiempo, preferí garabatear algunos versos, muy tontos por lo demás.

21 de Julio.

Cuánto tiempo hace que no escribo mi diario. No es, sin embargo, porque hayan faltado los acontecimientos, ¡ah, no! Voy a citarlos en forma resumida.

Primero, papá llegó de Chile, y este fué para mí uno de los momentos más felices de mi dichosa vida. Estábamos todos reunidos y ese ha sido siempre el sueño de mi corazón. No tenía ya nada más que desear. Y es raro, no tener nada que desear. Sí, lo repito, era completamente feliz. Pero como el calor se hizo muy intenso y mamá se encontraba amarrada a Florencia por su trabajo inconcluso, se decidió que yo fuera con unas amigas a una playa vecina.

Me divertí mucho.

Ahora hemos vuelto por algunos días a Florencia, donde se ha decidido la suerte del "villino".

Papá había hecho una oferta para comprarlo junto con la quinta, pero le opusieron muchas dificultades y luego se vió que no se llegaría a ningún convenio, de manera que empezamos a ver otras villas. Mamá quedó impresionada con una hermosa villa en Fiésole, que tiene una vista soberbia.

Y ahora se habla de comprarla. Me siento desolada. Tendremos que abandonar nuestro adorado "villino", después de haberlo embellecido con tanto cariño y de haber pasado aquí momentos tan felices. Dejaremos nuestro pequeño nido, el "home" que por fin habíamos encontrado, y cuando vuelva la primavera ya no podré pasear por el jardín maravilloso bajo

el arco de glicinas. Las rosas florecerán para otros y cubrirán la casa de guirnaldas. Y nunca más podré subir al cerrito para soñar contemplando a Fiésole destacarse en el azul del cielo. Mi jardín. Silva Vildósola lo describió en pocas palabras: "¡Un jardín donde hay flores y sombra, poesía y paz!" Habrá que abandonar todo esto que me es tan querido, tanto por los dulces recuerdos que cada rincón evoca como por el encanto imponderable que envuelve a todo mi pequeño nido.

Para expresar lo que siento, toda la tristeza, todo el pesar de mi corazón no encuentro nada mejor que aquellos versos que leí hace tiempo y que hoy se me vienen a la memoria:

Partir c'est mourir un peu...

Partir, es morir en cierto modo... Sí, habrá que partir, y será muy duro. Más tarde, en la vida, recordaré mis más bellos años, los que transcurrieron en mi "villino" adorado.

Londres 1º de Octubre.

Estamos en Inglaterra. Desde que no escribo, han pasado muchas cosas. ¡Estalló la guerra europea!

De Florencia, pasando por París fuimos a Brighton. Y allí, un hermoso Domingo a comienzos de Agosto, un Domingo en que todo parecía lleno de reposo y paz, nos sorprendió la terrible noticia. ¡Cómo ha cambiado todo desde ese día! Vivimos en una ansiedad continua, siempre ávidos de noticias. Están en guerra Alemania y Austria por un lado y Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica y Serbia por el otro. Naturalmente que nosotros vibramos con estos últimos y hacemos ardientes votos por una brillante y pronta victoria.

En verdad los alemanes se han portado en forma brutal. Ellos desearon la guerra y empezaron por violar la neutralidad de Bélgica, y a pesar de su heroica resistencia este pequeño país tuvo que ver al enemigo pasar por su territorio, saqueando todo a su paso, incendiando las antiguas ciudades históricas como Lovaina y Malinas, con todos sus tesoros artísticos.

Desde entonces la suerte ha cambiado a menudo y en una ocasión los alemanes estuvieron casi a las puertas de París,

pero ahora las tropas anglo-francesas los han rechazado. Los alemanes al pasar nuevamente por Rheims cometieron uno de los crímenes más grandes contra la humanidad. ¡Incendiaron la Catedral!

De Brighton fuimos a Cookham, un lindo sitio a orillas del Támesis. Todos los días hacíamos pic-nics, paseos en barco; en fin, muy agradable.

Florenia, 15 de Diciembre.

Es una lástima haber dejado pasar tanto tiempo sin escribir mi diario, pues aunque estos horribles días de guerra están llenos de emociones si no se anotan los acontecimientos se borran pronto de la memoria.

Voy a tratar, sin embargo, de recordar lo ocurrido en los dos últimos meses.

Partimos de Londres en los primeros días de Octubre para embarcarnos en Liverpool hacia La Rochela, atravesar Francia, seguir por la magnífica Costa Azul, que ya conocía, y llegar por fin a Italia, haciendo así un enorme rodeo para evitar los sitios en donde podría haber algún peligro debido a la guerra.

Describir este viaje lleno de peripecias de todas clases, y que duró más de quince días, sería casi imposible. Quiero expresar la profunda impresión que me causó el entusiasmo que reinaba en todas partes, en todo lugar, en todos los pechos; ese entusiasmo vibrante e inusitado que sólo se despierta en tiempos de guerra.

En una ocasión el barco inglés en que viajábamos se cruzó en alta mar con un acorazado francés. Hurrahs interminables y aclamaciones pletóricas de júbilo y de patriotismo surgieron de una y otra borda. Después, en los trenes los soldados que encontrábamos nos contaban episodios de las batallas: algunos, sublimes, otros, nos hacían temblar de angustia. Son muy bellas las aclamaciones, pero estos relatos eran espantosos.

.....

Sí, en verdad, es terrible. En todas partes se siente un odio feroz y un enorme desprecio hacia los invasores.

En la estación de Marsella vimos un triste acompañamiento. Unos soldados franceses, con visible antipatía, transportaban en una camilla a un prisionero alemán que tenía amputada la pierna izquierda. Por primera vez estábamos en presencia de la guerra. Sentimos una gran conmiseración. Mamá se acercó al herido para decirle unas pocas palabras amables en alemán y se alejó dejando algunos francos entre las manos crispadas del pobre hombre. Pues bien, este pequeño gesto bastó para atraernos una atención hostil, y algunos hombres nos siguieron. Solamente después de mucho hablar, de mostrar nuestros pasaportes y dar algunos datos nos dejaron tranquilos; pero estuvimos a punto de ser apresados.

Durante el viaje nos detuvimos en muchas ciudades; una de ellas, Tarascon, que se hizo célebre por la encantadora novela de Alfonso Daudet. Tratamos de ver todo lo que se relaciona con el inolvidable Tartarín en esta ciudad pintoresca y llena de sol, exponente del hermoso estilo meridional.

Por fin, llegamos a Florencia. Compramos la villa que tanto le gustó a mamá en Fiésole. Tiene una ubicación magnífica, está adosada a la colina y domina toda Florencia. Total... que me he reconciliado con "La Torrossa", pues he tenido que reconocer, a pesar mío, que es susceptible de convertirse en una pequeña joya de arte y de encanto. Pero no puedo ser ingrata, guardo, y guardaré siempre en un rinconcito de mi corazón el recuerdo del querido "villino" que me dió tantos momentos de alegría.

17 de Enero de 1915.

Las fiestas, las hermosas fiestas del invierno, siempre las mismas y, sin embargo, siempre diferentes, han vuelto con sus encantadores usos tradicionales, dejando tras ellas un acento de dicha renovada.

Este año no esperábamos nada para Navidad; es decir, pensábamos invertir el dinero en mejor forma enviando paquetes a los soldados franceses y proveerlos así de cosas útiles como pasamontañas, chalecos, bufandas, espejitos, papel de escribir, etc.

Pasamos largas tardes invernales cosiendo y tejiendo para los heroicos defensores de la patria francesa, para los pobres soldados de las trincheras. Y pensábamos en las madres, en las mujeres desoladas que lloran, en los pueblos en ruinas, su dicha perdida para siempre.

Así pues, habíamos dicho que no nos haríamos regalos para Navidad. Sin embargo cada uno había comprado a escondidas "pequeños recuerdos" para los demás. Se hizo de nuevo el pesebre y pasamos la noche velando junto a él.

Y he aquí que al resplandor vacilante de las velitas la imagen que tenía frente a mí se hizo más precisa y me pareció de pronto diferente y más hermosa. Veía en mi imaginación a un Dios lleno de gloria en la cima de una alta montaña. Y ese Dios en las alturas estaba lleno de caridad, lleno de piedad y amor, tendiendo los brazos a la pobre humanidad, para que en ellos acudiera a refugiarse. Y esa montaña era la Vida, con sus dificultades, sus sendas tortuosas y también con su belleza. Y nosotros éramos los pastores, los creyentes que a pesar de los obstáculos y los sufrimientos nos sentimos confortados por la Visión Santa.

Los pastorcillos despreocupados que se encuentran más lejos son aquéllos que no saben todavía donde está el Refugio, el enorme consuelo de la Fe.

En esta forma mis pensamientos compartidos entre la piedad y la dulce alegría se preparaban para la gran dicha que para mí significaba la primera misa de medianoche.

En la quietud de una iglesita de campo, al débil resplandor de unos cuantos cirios que esparcían pálidos reflejos sobre los fieles, comprendí el verdadero sentido, la verdadera poesía del Cristianismo. Mi alma estaba como transformada y yo le ofrecía todo mi corazón al pequeño Jesús que me sonreía desde lo alto del altar mayor.

Pero los más bellos momentos tienen su fin. Y así fué como al despertar de mi hermoso sueño tuve que dejar la iglesita y salir a la noche clara y fría, con el alma extasiada y llena de maravillosas resoluciones.

El día de Navidad fué dedicado a regocijar a los demás, pues tal como lo habíamos hecho el año anterior, invitamos

a una cantidad de niños pobres, y todos pudieron alegrarse junto con nosotros.

19 de Marzo (en la mañana).

Héme aquí escribiendo como hace justamente un año. He llegado casi al fin de la dulce y despreocupada infancia. Soy ya una gran jovencita de trece años.

Con ojos enternecidos miro atrás hacia el pasado, que me parece tan encantador y bello... *justamente porque es el pasado*, los días que se fueron para siempre.

¡Doce años! ¡Qué linda edad!, es el despertar a la vida. Es ahora cuando comenzamos a sentir que nuevas y deliciosas sensaciones nos invaden el corazón, pensamientos más vastos ocupan el cerebro, en tanto que un nuevo horizonte inmenso e infinito se extiende ante nuestro espíritu maravillado.

¡Doce años! Se nos aparece un torbellino de cosas nuevas y nuestra alma ya más reflexiva trata de entenderlas y las *comprende*. De esta manera el año que pasó me dió a conocer más profundamente la Naturaleza que siempre he admirado tanto. He podido penetrar la grandeza de su ley única y sublime: el Nacimiento. Dos seres que se funden en uno solo; una pareja unida por el amor en la alegría y en el dolor que da vida a un ser. ¿No es eso lo más sublime, lo más perfecto que existe en el mundo?

Se encuentra esa misma ley en todo: en los seres más evolucionados de la Creación como en la flor más humilde. En todas partes está latente la reproducción incesante y maravillosa.

Hay quienes con sus bajos pensamientos saben encontrar fealdad en la maternidad, horror en los dolores de la mujer. Pensar así es un sacrilegio y no lo comprendo. La dicha, ¿no es acaso purificada por el dolor?

Abril.

Fuí muy festejada el día de mi cumpleaños. El regalo principal, el regalo de mamá, fué una gran biblioteca, bella y espaciosa, atestada de libros. Mi sueño de siempre, tener

una habitación llena de libros hasta el techo, empieza a realizarse. Los arroyuelos forman los grandes ríos. Además, todos mis antiguos libros, mis queridos amigos, han sido empastados de nuevo y poseo actualmente alrededor de doscientos cincuenta volúmenes.

Al día siguiente me esperaba un gran placer. Asistí a una conferencia dictada por Mauricio Maeterlink, su mujer, y Destré. Fué algo inolvidable.

Primero apareció el gran Maeterlink, alto, rígido, impresionante. Comenzó a hablar de su patria, de su pobre patria mutilada, haciendo ver el horrible suplicio que soportaba, mostrando su entereza, su valor, desmintiendo las innobles calumnias que propalan los alemanes; y dijo todo eso con tanto cariño, que nuestros corazones llenos de admiración y de piedad se sintieron conmovidos. Habló poco. Pero todo lo que dijo, y sobre todo, *cómo* lo dijo, se me quedará grabado en el corazón.

Luego, Georgette Leblanc, su mujer, nos leyó hermosos pasajes de "El Pájaro Azul" y de "Pelléas y Mélisande". Después habló Destré y estuvo admirable. Su voz apasionada sabía encontrar inflexiones maravillosas y del corazón le salían palabras ardientes, magníficas. Con lágrimas recordaba a su patria sublime que recorría lentamente el duro camino del Calvario. Imploraba a la raza latina, a Italia, madre de las artes, que salvaran lo poco que aún quedaba de Bélgica. Exponía el suplicio horrendo de su pueblo, deteniéndose en detalles conmovedores que hicieron brotar más de una lágrima en el auditorio. El público estaba delirante, transportado por un entusiasmo sin límites. No le dejaban terminar las frases a fuerza de aplaudir y se oían gritos de: "¡Abajo Alemania!", "¡Abajo la Triple Alianza!", "¡Viva Bélgica!", "¡Viva el Rey Alberto!"

En fin, fué una conferencia única y digna de ser contada detalladamente.

Fiésole, 13 de Mayo.

Se acabó.

Una etapa de mi vida ha terminado para siempre, pasó para siempre, partió para siempre hacia el país de los recuer-

dos una fase que con gran ternura veo desvanecerse a lo lejos. Una época de dicha en que se mezclaban la indolencia y los pensamientos profundos y que ahora veo como definitivamente perdida a causa de las grandes mutaciones de mi alma y de todo lo que me rodea.

Le dije adiós a mi "Villino" (qué dulce es llamarlo siempre así) al "villino" que vió los días más bellos de mi infancia, que supo de mi felicidad y de mis tormentos, de mis dudas y desconsuelos como de las grandes alegrías de mi vida.

Le dije adiós al Jardín en donde aprendí a comprender la poesía y la Naturaleza, donde acuné mis primeros sueños. Antes de dejarlo estuve en cada uno de mis sitios predilectos y cuando llegué a la glorieta besé sollozando los racimos de gacinas en flor. Tal vez sea insensato y hasta parecerá absurdo, que sea tan afecta a las *cosas*. Pero hay que pensar que estaba ligada a esta casa vieja y querida por tres años y medio de hermosos recuerdos; tres años y medio precedidos por una época de sombra y de tristeza que hacen destacarse aún más esos días de despreocupación y de ensueño. Ahora contemplo, ya melancólica y luego regocijada, la evolución de mi alma durante esta época. Pues no son las *cosas materiales* las que quiero de esta manera, sino los recuerdos, que mi pensamiento acaricia y en los que se deleita extasiado.

CUADERNO SEGUNDO

29 de Octubre de 1915.

Hace seis meses que no escribo.

Ahora, pondré empeño en escribir todas mis impresiones y pensamientos ejercitándome así para lo que quiero llegar a ser: una escritora.

¿Por qué negarlo? Tengo siempre la misma ambición. He pasado momentos de gran desaliento, en que la idea de que yo no servía "para nada" me perseguía y me obsesionaba sin cesar. Pero he recuperado el valor y ahora *quiero* ensayar de veras. Escribí una composición sobre la guerra y recibí elogios inesperados.

2 de Noviembre.

Hoy es el día de los muertos.

Un tiempo gris, sombrío y triste marca el final del otoño glorioso, el fin de un esplendor, el fin de una estación amada. La Naturaleza pierde sus galas. El gris de los campos, donde solamente unas manchas de púrpura y oro recuerdan las bellezas pasadas, y el gris del cielo, nos hacen pensar en quienes nos dejaron, en los tiempos que no volverán. Me vienen a la memoria los versos de Verlaine; aquel poeta dulce y melodioso supo penetrar profundamente el abatimiento y la melancolía que nos embarga en un día otoñal.

¡Oh, Dios! ¡Cuántos, cuántos, sobre todo en este año, elevarán hacia Tí un grito de desesperación! ¡Cuántos, ago-

biados por el dolor, no buscarán ni siquiera este consuelo!
¡Perdónalos, ten piedad, Tú que eres tan grande!

Hoy es 2 de Noviembre, días de los Muertos... Y la tristeza de la tierra penetra en mi corazón.

4 de Noviembre.

Llueve. Toda la Naturaleza está de duelo. Y no se ven más que tristezas por doquier desde que comenzó la guerra.

Desde la primavera tengo una amiguita, Odette C. Es un año mayor que yo, muy inteligente, tiene un carácter franco y recto; puede ser alegre como un muchacho y sentimental como una niña. Nos vemos con frecuencia y pasamos días deliciosos paseando por los bosques, trepando por las rocas del monte Ceceri, en cuyo flanco se cobija la Torrossa. Conversamos seriamente, como buenas amigas y jóvenes idealistas, sobre infinidad de cosas: de arte, de libros, de todo lo bello que hay en la Naturaleza; hablamos de Dios y de la gran incógnita de la vida que se extiende ante nosotros. Son esos los temas preferidos. O bien, corremos y saltamos, trepamos a los árboles más altos, andamos por los techos de las casas fumando cigarrillos robados. Y en franca y alegre camaradería pasamos horas deliciosas.

He escrito unos versos a la Primavera. ¿Por qué me habré puesto a cantar a la Primavera en pleno mes de Noviembre?

Verdaderamente, no lo sé. Habrá que culpar a la Musa.

13 de Noviembre.

Escucho el ruido que hace al caer la lluvia. Escucho las ráfagas de viento que arrasan la campiña solitaria, despojando a los árboles y dándole a la tierra un aspecto cada vez más desolado y triste. Ya no es la dulce melancolía del otoño que invita a dejarse llevar por el ensueño. Ahora es el sombrío y glacial invierno el que nos envuelve en una especie de angustia, que a veces nos oprime el corazón.

El viento gime en la llanura como si llevara los sollozos de la Humanidad entera, de la Humanidad que suspira, que

implora... Pasa a veces impetuosamente como un grito apasionado; otras, lento, cual un largo y angustiado suspiro.

Y sin embargo, es curioso, me encanta escuchar los gemidos del viento. Quizás sea porque soy feliz, y porque ese ruido trágico no evoca para mí ningún recuerdo aciago.

Sí, me gusta, me gusta escucharlo distraídamente en tanto me dejo llevar por el ensueño.

De allá abajo llegan las notas divinas de un Nocturno de Chopin. Tengo ante mí un libro de poesías. El primer poeta que me despertó el amor a los versos fué Rostand, con su "Aguilucho", y después con "Cyrano" y "Chantecler". Más tarde empecé a admirar a Víctor Hugo y a Musset. Por ellos tengo un verdadero culto. Mis preferidos son estos dos últimos, a pesar de ser tan diferentes. Me gusta compararlos. Uno se me aparece como el poeta del Día, el otro, el de la Noche. Uno, el de la gloria; el otro, el del amor. Uno despierta en nosotros un sentimiento de entusiasmo, de grandeza. El otro nos conmueve profundamente el corazón. Ambos encantan por igual, ambos son igualmente grandes.

...El Nocturno se ha callado, y el viento sigue gimiendo en las llanuras...

18 de Enero de 1916.

¡1916! Hémos otra vez en el umbral de un nuevo año. ¿Qué nos traerá...? ¿Felicidad? ¿Amistades? ¿Lutos...? ¿La tan deseada Paz? Son las preguntas que me hago en estos días, tratando de penetrar con el pensamiento el tupido velo que cubre el porvenir...

29 de Febrero (año bisiesto).

Mis ideas sobre la religión son las siguientes:

Soy esencialmente cristiana, y toda mi filosofía está de acuerdo con el catolicismo. Digo "filosofía", si es que así pueden llamarse las ideas que me he formado...

Creo que todos provenimos de una misma fuente, una fuente de grandeza y de perfección, de una fuerza de energía

creadora, plena de belleza, de bondad, de amor, en una palabra, lo que llamamos Dios. Creo que atravesamos este "vallye de lágrimas" para purificarnos, perfeccionarnos, y volver, más dignos, a nuestra Fuente de origen para formar parte de su grandeza.

Hay muchos medios de purificarse: el trabajo, el dolor, el arte... sí, el arte, pues, ¿de qué serviría entonces, si no fuera para eso? ¿Por qué la inteligencia siente en sí como un instinto que la impulsa hacia lo bello? Creo que es para elevarse hasta Dios.

Para revelarnos la verdadera religión esta Fuerza superior tomó forma y se dignó entrar en el cuerpo de un hombre pobre; y así nació el Salvador para predicarnos la religión del amor, del puro y único amor. "Mucho le será perdonado, porque ha amado mucho..."

El infierno no existe.

El único castigo que recibirán los malos es el de estar privados del amor divino que une al Creador a sus criaturas.

No hay que hacer el bien con el fin de recibir un premio, sino simplemente para agradar a un Ser querido, a Dios, y para ser amados por El.

Pero después de nuestra muerte, ¿nos reuniremos inmediatamente con El, o reviviremos en otro planeta bajo otra forma?

¡Qué insondable es el misterio de la muerte y del más allá! Es como el mar, "ese infinito que atrae sin cesar el pensamiento y donde la mente se extravía sin cesar".

He trazado aquí, a grandes rasgos, mis ideas sobre la religión. No puedo exponer con claridad y transcribir las mil pequeñas dudas y suposiciones que me pasan por la cabeza, de las que reniego y después olvido en pocos días.

.....

Quiero anotar de paso los últimos acontecimientos.

Llegó mi querido papá, y fuimos con mamá a esperarlo a Génova. Volvimos a la Torrossa, y le mostramos nuestro nuevo "home". No lo reconoció después de las refacciones.

.....

¡Mi Primera Comunión!

Grandes emociones, Religión... Belleza.

Se efectuó en la pequeña capilla de la Torrossa, en medio de las azucenas del mes de Mayo.

No puedo decir más. Estas sensaciones se experimentan, no se pueden describir.

1º de Agosto de 1916.

Vamos a hacer una larga y linda excursión.

¡En viaje! Nos instalamos, pues, en el automóvil, y después de pasar por Vallombrosa, fresco asilo de reposo y verdor, visitamos algunos pueblecitos de Toscana y de Umbria. Formamos una numerosa caravana, con el chofer somos ocho. Además nos acompañan nuestros dos perros predilectos.

Partimos, por fin, para realizar el antiguo sueño de conocer la tierra del Perugino, de San Francisco, y tantos otros pueblecitos que, según dicen, son maravillosos.

¡En viaje!

Atravesamos el Casentino. De tanto en tanto, aparece en lo alto de una colina un gran castillo feudal en ruinas, abandonado, que se destaca en forma extraña sobre el fondo risueño de los campos. Alrededor de él se agrupan viejas casitas pintorescas. Parecen buscar protección junto al coloso, y se ocultan en la misma sombra que las absorbe. Veo estos castillos en Poppi; y más antiguos aun son los de Castiglione y Montecchi. Verdaderos nidos de águilas, fieros y sombríos monumentos de los primeros tiempos de la Edad Media, ilustran bien esa época de fanatismo, de rapiña; esa época en que el mundo era a la vez severo e indisciplinado.

Primera etapa.

Encaramada en la cumbre de una alta colina, rodeada de torres y fortificaciones, Cortona se nos aparece a lo lejos, iluminada por los rayos del sol poniente, como una visión de la Edad Media, visión cuya intensidad se acentúa a medida que nos acercamos.

Estamos en la ciudad. En las callejuelas oscuras y estrechas se alzan suntuosos palacios con las fachadas cubiertas

de blasones, vestigios de pasado esplendor. Al contemplarlos me pregunto de cuántas vidas misteriosas habrán sido testigo sus piedras ennegrecidas, cuántos sufrimientos, muertes y triunfos habrán amparado. Imagino verlos en su esplendor primitivo, habitados por señores ambiciosos y brutales, bellas castellanas y dulces pajes rubios. En sus vastos salones, ahora lúgubres y sombríos, resonaban entonces los cantos de los trovadores en las largas veladas de invierno. ¡Ah! ¡Cuántas esperanzas y amores habrán visto estos palacios!

Han pasado los siglos... Ahora, caducos y sombríos no son más que un recuerdo.

Y es siempre, siempre así. Los años implacables continúan su rápida carrera sumergiendo el pasado. Entre los largos siglos transcurridos y el porvenir infinito, el presente parece tan pequeño y frágil como una isla perdida en el mar inmenso.

Desde Cortona divisamos al fondo del amplio valle de Chiana el gran lago que lleva este nombre ilustre: Trasimeno. Hacia allá dirigimos nuestros pasos. Al llegar a sus riberas arrendamos una barca para ir a almorzar a la isleta y partimos en compañía de alegres remeros que en cinco minutos nos ponen al corriente de sus asuntos de familia con esa simpatía típica de su raza y nos relatan las leyendas de la región sazónándolas con una poesía ingenua y encantadora. Es delicioso dejarse llevar así sobre las ondas azules mientras las imágenes de las grandes batallas históricas pasan por nuestra mente haciendo un contraste impresionante con la paz que nos circunda, una paz un tanto melancólica, pero que por eso mismo es más conmovedora y más dulce. Sólo el ruido cadencioso de los remos rompe ahora el gran silencio que se cierne sobre estos lugares. Y el lago y el cielo son de un color tan intenso que es un deleite perderse en tanto azul.

Dejamos el lago Trasimeno y nos encaminamos hacia Perugia. El día ha sido caluroso pero ha cedido el paso a una hermosa tarde de verano. A lo lejos empieza a ponerse el sol y dora con sus rayos la rica y verde campiña de la Umbría: "de la Umbría que vive aún el tierno sueño del Perugino", como dice Paul Bourget.

Pero la llegada a Perugia es para mí una gran desilusión. En lugar del antiguo pueblito que había imaginado me encuentro con una gran plaza rodeada de mansiones modernas y palacios comunes y corrientes. Nos alojamos en uno de ellos, muy a mi pesar. Sólo al día siguiente descubrimos, por fin, las callejuelas y los barrios pobres de la ciudad.

Algo que me agradó mucho en Perugia fué el Palacio Comunal con sus dos magníficas fachadas. Pero mientras lo contemplábamos, soñando con el pasado y dejándonos embargar por una dulce melancolía, oímos gritos desgarradores y alaridos salvajes que salían del edificio. Una mujer de rostro sombrío apareció en la puerta de la Municipalidad. Le acababan de anunciar que su marido había muerto en la guerra...

Se hizo un silencio en nuestro pequeño grupo. Esos lamentos nos habían recordado la áspera realidad de la vida. Mientras admirábamos las bellezas del pasado, esos gritos venían a mostrarnos el dolor presente, la historia trágica de nuestros días, la espantosa guerra sin paralelo en los anales del mundo...

La Sala del Cambio fué otra cosa que me produjo una gran impresión por su belleza. Es una estancia oscura. Sobre el antiguo zócalo se ven las figuras sencillas y nobles de los frescos del Perugino. Las sonrisas de las vírgenes de rasgos finos, las miradas melancólicas de los jóvenes héroes, la gracia tierna de los bellos y robustos cuerpos, todo el misterio, todo el genio del Perugino están reunidos en esta obra maestra. Mientras más se la contempla, mejor se comprende su encanto, ese encanto penetrante y fino; una se siente inclinada a soñar ante esas imágenes de tonos cálidos, un poco apagados, de las que se desprende un alma.

Asís.

¿Cómo podré describir con simples palabras la impresión que me hizo Asís apenas lo divisé a lo lejos? Esa impresión de belleza, de arte, de misticismo, cuando se apareció reclinado en una colina de la verde Umbría, dominado por su

convento inmenso, extraño y majestuoso; y luego lo que sentí al penetrar en sus callejuelas casi desiertas, que aun se conservan como eran en la Edad Media. Casitas muy pobres, algunos jardines dulces y melancólicos, donde aun parece andar errante la sombra del "Poverello"; paz y silencio.

Atravesamos el pueblito. Llegamos a una iglesia; lleva un nombre que hace soñar: Santa Clara...

Aquí está el convento, que parece haber concentrado en sí toda la grandeza del lugar. Tiene un aspecto imponente y casi severo; pero desde que se penetra en sus extensas galerías, bajo esas bóvedas misteriosas, y sobre todo en la iglesia, baja y oscura, donde en la media luz que penetra por las ventanas ojivales se adivinan vagamente las figuras de los santos ya borradas por el tiempo, una se siente impresionada por la intensa poesía de estos lugares y por aquél en cuyo honor fueron construídos.

¡San Francisco de Asís!

Es una tierna figura religiosa, simple en su grandeza, profundamente conmovedora. Se destaca radiante en el fondo sombrío y rígido de la Edad Media. Es la sonrisa en el sacrificio, el amor en la religión. Aunque pasen los siglos siempre sentiremos su encanto. San Francisco era un poeta, un gran poeta, y comprendía la religión y la naturaleza como un maravilloso poema; él era quien decía: "mis hermanos los pájaros" y quien incitaba a la cigarra a entonar alabanzas al Altísimo; fué él quien escribió el Cántico del Sol.

Y el pueblo que habitó quedó como impregnado de todo ese encanto, de toda esa poesía ingenua y tierna. No me canso de repetir ¡qué bello es Asís! Al caer la tarde vagamos como en un sueño por las calles estrechas y nos detenemos largo rato ante el palacio que vió nacer a San Francisco.

Pero estamos en Santa Clara. Las sombras invaden sus bóvedas y de todas las cosas se desprende una atmósfera de misterio. Solamente la luz de algunos cirios ilumina la iglesia.

De pronto, tras los muros con rejías, se oyen voces, voces ingravidas que parecen venir de la noche del pasado, vibran tan extrañas y misteriosas. Son las clarisas que cantan; es un

cántico solemne y triste que nos impresiona profundamente. Y mientras escuchamos el largo clamor de estas emparedadas vivas se presenta ante nuestra mente la imagen de su fundadora.

¡Santa Clara! Esa figura de mujer, tan fina, tan elevada. La santa que amó a San Francisco con un amor puro e ideal...

Pero ¡ay! Todos los sueños tienen fin.

Con pesar abandonamos esta ciudad que nos procuró tantas emociones incomparables. En una maravillosa mañana de Agosto damos una última mirada a Asís, inundada de claridad y de sol. Partimos prometiéndonos regresar en el otoño.

Apenas habíamos andado una hora, cuando crac... un ruido extraño, y quedamos detenidos por una brusca frenada. Se había reventado un neumático. Nuestra primera "panne". Sólo quienes la han experimentado pueden saber lo que encierra esta palabra.

Con filosofía, una panne puede procurar algunos instantes de irresistible comicidad. Pero, al contrario, tomada con mal humor, puede echar a perder irremediablemente un paseo. Papá exclamó: *¡qué desagradable!* (*) y todos bajamos del coche. Mientras el chofer reparaba el desperfecto nos sentamos a un lado del camino. El viento hacía flotar con desgano nuestros largos velos de automovilistas y en el interminable camino lleno de sol formábamos el grupo clásico de la panne.

Repuesto el neumático, emprendemos nuevamente la marcha. Después de pasar por Cittá della Pieve, pequeña ciudad interesante porque allí nació Pietro Vannini y porque en ella se encuentra una de sus obras maestras, una maravillosa Madonna, llegamos a Monte Pulciano. El tiempo ha cambiado. Un viento frío y penetrante sopla en las calles, en tanto que el cielo se cubre de grandes nubes negras. La atmósfera está de acuerdo con el estilo un tanto fiero de la ciudad, construída en lo alto de una colina y que parece una enorme fortaleza.

¡Qué contraste presenta este sombrío Montepulciano mal-

(*) En castellano en el original.

humorado en su altura con Asís que se destaca en un cielo azul tan puro! Después de almorzar continuamos viaje. En el camino a Siena dos pueblitos nos llaman la atención: Pienza, y sus espléndidos palacios; Iliquio, con su extraña catedral. Es increíble toda la belleza y los tesoros que encierra cada uno de estos pueblitos perdidos de Italia.

...Estamos ahora en Siena, y muy cerca del término de nuestro hermoso viaje. Ya conocíamos esta ciudad adorable y al recorrerla nos parece volver a encontrar, y con qué placer, a una vieja amiga. Los alrededores son también bellísimos. Visitamos algunas antiguas villas no lejos de Siena. Caía ya la tarde, mi hora predilecta, y a través de las largas avenidas de cipreses que recorriamos (Monte Stigliano) divisábamos esa campiña tan rica de recuerdos, inundada de matices maravillosos, mientras a lo lejos Siena se perdía en un vapor violáceo.

Antes de llegar a Florencia nos detenemos en San Gimignano. Es una pequeña y antiquísima plaza fuerte, parecida a Cortona y a Montepulciano; las mismas calles en pendiente, las mismas fortificaciones semiderruidas. Pero lo que caracteriza a San Gimignano son sus torres, sus innumerables torres, que por todas partes se lanzan hacia el azul como desafiando a los siglos devastadores. San Gimignano dalle Belle Torri se me quedará grabado como la última visión de belleza de un viaje inolvidable en una semana de verano... Estamos ya en el amplio valle de Florencia y allá, muy lejos, se divisa la verde colina de Fiésole, donde se encuentra nuestro hogar.

Llegamos. A la tristeza que nos embarga se mezcla la alegría de volver a ver la casa y me viene a la memoria una frase de Bourget: "El sabio dice: "¡Todo lo que termina es corto...!" y todo lo que termina —habría podido agregar— es triste, hasta un dulce y apacible peregrinaje por una bella región. Pero es así la vida: un suspiro por lo que se fué, una sonrisa a lo que vendrá.

No he escrito estas páginas por dárme las de literatura sino para anotar algunas impresiones de arte y de belleza con el fin de releerlas después de mucho tiempo y poder sentir a

través del recuerdo estas bellas sensaciones y revivir estos días de ensueño.

1916

Motrone, Agosto de 1916.

Estamos en Motrone. Es un sitio encantador. No hay más que dos o tres casas cerca de un lindo pinar y luego, la playa desierta, una playa inmensa, que da la impresión del infinito.

Estoy sentada sobre la arena cálida y ante mí se extiende la inmensidad azul del mar. Olas y olas hasta donde puede alcanzar la vista, y a lo lejos, algunas barcas de pescadores dibujan velas blancas en el horizonte. Amo apasionadamente el mar. De todas las bellezas de la Naturaleza es la más vívida, siempre cambiante, pasa de la horrenda tempestad a la calma de los días serenos. Por eso nos atrae el mar, creemos ver en él la imagen de nuestras propias pasiones.

Podría pasar horas inmóvil, contemplándolo, sin siquiera pensar, dominada por su encanto misterioso.

Algo semejante debe ser lo que se nos promete después de esta vida: la contemplación de algo infinitamente grande, infinitamente hermoso.

La brisa salobre juega con mis cabellos mientras me entrego al ensueño...

.....

Fuimos a Roma en automóvil.

Una noche estrellada de fines de Noviembre atravesamos la "campagna" famosa. Hémos ya cerca de Roma, de la Ciudad de las Ciudades, sobre la que he leído, estudiado y pensado tanto. La conocí en mi niñez, pero sólo guardo un vago recuerdo.

¡Ver Roma! Otro de mis sueños que se realiza. Ya se divisan las luces de la ciudad en la lejanía, al fondo de la inmensa llanura.

Algunas impresiones de Roma:
El Foro Romano.

Vimos por primera vez el Foro Romano desde lo alto del Capitolio. Se desplegaba a nuestros pies inundado de luz, con sus Basílicas, sus templos y sus gloriosas tribunas. Este campo de gloria, sembrado de ruinas, se extendía hasta el Coliseo, que se alzaba a lo lejos sombrío y amenazador. Desde el Capitolio lo contemplábamos en silencio. Allí estaba el Foro, el centro de Roma y del mundo antiguo. El Foro que resistió a los siglos y a los bárbaros, y cuyos vestigios permanecen ahí para atestiguar la grandeza de los romanos. Las columnas de sus templos aún se yerguen hasta el cielo, y la tierra sostiene los arcos de triunfo de los Césares. Y allí continuarán estas ruinas, quién sabe por cuánto tiempo, dándole a la Humanidad una lección muda y maravillosa: demostrándole que la voluntad y el valor pudieron hacer de los habitantes de una pequeña urbe los dueños del mundo. El alma de la antigua Roma vaga entre las ruinas sagradas y se siente en estos lugares un hálito de gloria.

¡Oh, Roma! ¡Roma inmensa, Roma eterna! El Foro es un altar ante el cual generaciones tras generaciones vendrán a rendirte culto.

Roma desde Villa d'Este.

Existe en los alrededores de la antigua Tibur, a una hora de Roma, una villa soberbia. Los árboles centenarios que le dan sombra al parque parecen murmurar la Canción del Tiempo y bajo su tupido follaje cantan innumerables fuentes y cascadas.

Se diría que este sitio ha sido creado para los pintores y los poetas. Cada rama encierra un sueño, cada sendero es un cuadro incomparable. Entre dos enormes cipreses, guardianes silenciosos de este viejo parque solitario e inmutable, se divisa la campiña romana que se pierde en el horizonte, cubierta de tumbas y de ruinas tan inmensas como su pasado.

Allí, ante nosotros, está Villa d'Este, desnuda, vacía y triste. Parecería que cerca de la ciudad no pudiese existir nada alegre y risueño. Es como si el Coloso lo hubiera absorbido todo. Sabemos que en lontananza está la "Urbe urbis", pero sólo se divisa la cúpula de San Pedro, la cúpula color de

cielo que todo lo domina, el magnífico emblema del cristianismo.

Después nuestros ojos se vuelven hacia la llanura desolada. Fué allí, bajo las tumbas paganas, en los largos corredores subterráneos, donde comenzó a palpar la Idea Nueva que un día invadiría el mundo. En las catacumbas misteriosas cavadas por los primeros cristianos bajo la campiña romana (*), los mártires plasmaron su fuerza y su fe. Aquí, más que en el ostentoso San Pedro, nos sentimos movidos al ruego y a la meditación. En esta terraza solitaria, entre los dos inmensos cipreses, ante la grandeza solemne de la campiña, junto instintivamente las manos y me siento pequeña e insignificante ante los siglos que me hablan.

El primer día visitamos el Foro, el Coliseo, la Vía Appia, las Catacumbas; dedicamos el siguiente a las magníficas ruinas del Palatino, y por la tarde fuimos a Tívoli. Después de conocer la Roma pagana y de haber visto en las catacumbas la cuna de la religión nueva, visitamos la Roma cristiana, la Roma de los Papas.

San Pedro no me dió una impresión de misticismo. Lejos de eso. La inmensa Basílica, donde todo habla de riqueza y de poder temporal, no infunde la idea de Cristianismo, por lo menos, tal como yo lo concibo. Todo en ella es enorme, aplastante. Allí se comprueba, sí, la magnificencia de los Papas, la riqueza y el poder de la Iglesia durante la Edad Media y los siglos que siguieron. Pero no se ven la sencillez, la humildad, ni el recogimiento lleno de paz de la Religión verdadera.

Sin embargo, este suntuoso edificio, junto con el Vaticano, verdadera ciudad interior que lo rodea, dejan una profunda huella en los recuerdos de Roma y sus maravillas.

Roma cautiva la imaginación por sus tesoros artísticos e históricos. Además, es un placer pasear por sus calles animadas. A cada paso se encuentra algo atrayente: un magnífico palacio, un jardín suspendido y sus fuentes. Sí, las fuentes.

(*) Las catacumbas eran, en realidad, canteras abandonadas. (N. de la T.)

En casi todas las plazas se oye cantar una cascada, una fontana, un surtidor.

De repente, en el centro mismo de la ciudad se encuentra una excavación. Nos inclinamos y descubrimos los cimientos de algún templo antiguo y una o dos columnas que aun se mantienen en pie. Luego, en el centro de un jardín público, el muro de una Terma Romana que se alza solitario y magnífico en medio de la muchedumbre y el bullicio.

¡Y los parques de Roma! El Pincio, la Villa Borghese, la Villa Aldobrandini, y tantos otros. Esos parques con inmensos pinos parasoles, con terrazas espléndidas desde donde se ven panoramas increíblemente hermosos.

Y tantas, tantas otras maravillas.

Los museos, las basílicas, el castillo de San Angelo, la tumba de Adriano, donde las piedras cuentan toda la historia de Roma, el Panteón... Tendría que escribir un volumen y no me bastaría para dar una verdadera impresión de Roma, tal como yo la he sentido. ¿Y para qué voy a tratar de repetir lo que tantos escritores han dicho?

No, sólo he querido acopiar mis recuerdos y algunas reflexiones personales; guardar mis impresiones a medida que surgían.

La semana que pasamos en Roma fué para mí una de las más hermosas de mi vida. Alojábamos en un hotelito en el Foro Trajano. Y desde allí todas las mañanas partíamos en excursión a través de la ciudad. Después, por las tardes, con la mente plena de visiones inolvidables nos reuníamos para leer en alta voz o discutíamos proyectos para el día siguiente. Otras veces después de reposar un poco íbamos al teatro.

Pero el tiempo, ese inexorable destructor de la dicha, pasó tan pronto, que cuando creíamos estar recién llegados tuvimos que emprender el camino de regreso.

Y con el corazón oprimido de vaga tristeza pasamos por última vez por el Corso lleno de animación.

Vamos de nuevo, por la vasta campiña que me ha procurado tantas sensaciones profundas... adelante, siempre adelante...

¡Adiós Roma! No, mejor diré hasta luego... Pero, ¿hasta cuándo será? Orvieto, un pueblecito donde pasamos la noche, tiene el mismo sello de Cortona y de Montepulciano. En lo alto de una colina, domina un valle verde y risueño. En sus calles estrechas, se encuentra a cada paso la bella fachada de un palacio antiguo, o bien, un viejo pórtico o una simple escalera rústica; todo habla de la Edad Media, de guerras, de grandezas pasadas.

Pero lo que es verdaderamente hermoso en Orvieto es la Catedral. El interior está decorado con los frescos de Lucca Signorelli. En esos cuerpos atormentados, en esas actitudes de sufrimiento se ve el espíritu precursor de Miguel Angel. En efecto, fué aquí donde el Coloso del Arte —si se le puede llamar así— se inspiró para pintar su obra maestra de la Capilla Sixtina.

Estamos de nuevo en la Torrossa, y nos vuelve a absorber la atmósfera de estudio y de trabajo. Así, todas las cosas pasan... “y este cuento ha terminado”.

.....

En derredor mío veo continuamente personas que sufren, y yo que escribo estas líneas, no tengo más que felicidad y paz. Soy feliz, feliz...

A veces una voz que me amedrenta murmura dentro de mí: ¡Es injusto! ¡Llegará el día en que tú también pagarás tu tributo!

19 de Marzo de 1917.

¡Tengo quince años!

Ha transcurrido el tiempo como en un sueño y se ha ido para siempre adonde van los recuerdos, los sueños y las sonrisas.

¡Y ahora tengo quince años!

Es una mañana de primavera, tan hermosa, tan divinamente hermosa, que se siente alegría de vivir, se podría cantar y bailar de felicidad. ¡Ah! ¡qué bueno es estar de cumpleaños, creer en Dios, amar a su madre...! ¡qué bello es vivir!

Esta mañana fuí a la quinta y todo estaba pleno de juventud y primavera. Florencia se destacaba en el cielo límpido y hasta se alcanzaban a ver los sombríos tonos azules y las cimas cubiertas de nieve de las montañas lejanas de la costa. Permanecí largo rato en éxtasis contemplando los almendros en flor.

¡Primavera, juventud del año!

¡Juventud, primavera de la vida!

Pero no porque tenga un año más voy a darme aires de jovencita. Por el contrario, quiero disfrutar cuanto me sea posible de mi infancia, de esta linda época que no volverá. Y después... "que Dios me favorezca", como dicen los italianos.

Abril.

Mamá me regaló un gallinero dividido en cinco compartimentos, con cinco diferentes casitas; mirado desde lejos parece un pueblecito. Primero está la villa Giulia para Julio, el pato y sus esposas, con su pequeño estanque ante la puerta. Luego, la "Suburra", donde han sido relegadas las gallinas ordinarias. Vienen en seguida la "Ca d'Oro", habitada por una pareja de paduanas doradas, es la más magnífica y parece un palacio veneciano en miniatura; y la "Domus Argentea", en donde viven las paduanas plateadas. Finalmente, un castillo con almenas y torres, que es el domicilio de la pareja holandesa. Ahora me estoy dedicando más asiduamente a las gallinas y me he convertido en comerciante. Proveo de huevos a la cocina. Es entretenido ganar dinero. Yo misma preparo el alimento para las aves y todas las semanas hago un balance para verificar mis ganancias.

Me parece que ocuparse de estos menesteres, vivir en el campo, conversar con los campesinos simplifica y ennoblece el espíritu.

Ahora siento como nunca la intensa poesía de la tierra. Las tradiciones de los aldeanos transmitidas de padres a hijos, el trigo que crece, el heno que se seca, todo eso tiene un encanto profundo, penetrante, que antes ignoraba. Veo que nadie tiene derecho a vivir en la ociosidad, que toda creatura

grande o pequeña debe pagar el derecho a vivir y a gozar, debe doblegarse ante la gran ley de la Naturaleza: Amor y Trabajo.

El pájaro construye su nido, cae la flor para dejar crecer el fruto. ¡Qué divinas y tiernas son las lecciones que tú me enseñas, quinta de la Torrossa! Esos árboles, esas rocas, esos matorrales donde mis bellos días cantan como una bandada de pajarillos. Sí, desde lo más profundo de mi corazón grito: ¡querida quinta de mi Torrossa!

17 de Mayo.

Truena. Una tempestad todavía lejana avanza rápidamente. Los campos, las colinas floridas y verdes se han engalanado en estos últimos días bajo los rayos del ardiente. La naturaleza que dormitaba con un sueño de niño y que apenas permitía ver bajo el cielo velado alguna brizna de hierba o una florecita blanca, se ha despertado al ardiente beso de su amante. Y de su seno ha brotado tanto amor, tal inmensidad de cantos, de colores y perfumes, que el aire parece estar demasiado perfumado y el cielo exageradamente azul.

Pero entre la Tierra y el Sol se han deslizado densos nubarrones negros y empieza a caer la lluvia como gruesas lágrimas sobre la tierra que solloza.

C H I F F O N

Hoy día voy a dedicar una página de este libro a mi amiga, la gata. Nos conocimos el día que cumplí catorce años. Era una linda mañana de Marzo. Me habían llevado al comedor. La mesa estaba cubierta de flores y pasteles y sobre el banco, junto a la ventana, se encontraban los regalos.

Alegría inexpresable, sorpresas deliciosas. Hermoso momento aquél en que lentamente se abre un paquete encintado. Estaba, pues, absorbida en esta encantadora tarea, contemplando un juego de croquet, viendo surgir libros, muchos libros, entre los cuales se hallaba un Dante ilustrado, cuando

entró Mademoiselle trayendo una linda cunita dentro de la cual se acurrucaba espantada una gatita de Angora.

Lancé un grito de alegría.

—Forma parte de tus regalos, dijo dulcemente mamá.

En respuesta abracé a mi Chériefchen, con todo mi corazón.

Chiffon es adorable. Chiffon es el nombre que le hemos dado a esta nueva amiga que ha venido a ocupar un sitio en nuestro hogar. Es en verdad un pelotoncito de seda gris ceniciento. Tiene el pelaje largo y abundante, sus movimientos son graciosos y divertidos. Pero lo que más impresiona en su carita grave son sus ojos inmensos, bellos, profundos, enigmáticos, extraños. Reflejan un espíritu imperioso, libre, independiente, que por sus pupilas leonadas ve pasar la imagen de la selva, los dominios de sus antepasados, mientras sueña confusamente con los impulsos de su raza.

Chiffon es muy afectuosa, pero de manera intermitente; apasionada, por impulsos, cuando le viene en gana. Entonces salta sobre mi hombro y ahí se acurruca, se oculta entre mis cabellos, ronronea, se me restriega contra el rostro y me dice en su lenguaje expresivo, que he tenido la suerte de gustarle; que si las cosas siguen así, algún día me querrá y que tal vez llegará hasta abandonar el más cómodo de los sillones para ir a acariciar a su ama.

Chiffon, tan chiquita, tiene muchas cosas que aprender.

Primero que nada está el cajoncito que se lleva junto con ella de habitación en habitación y al que hay que recurrir en ciertos momentos delicados. Luego, vienen los perros, con los que tiene que trabar conocimiento, aprender a desconfiar de ellos, sobre todo del joven y bullicioso Totó, aparentar distraídamente que los tolera y saber darles un arañazo cuando se acercan demasiado.

Después está la casa, la gran casa que de ahora en adelante será su reino, la que deberá explorar pieza por pieza, mueble por mueble, deslizándose en las profundidades misteriosas de los armarios; descubriendo el camino de la cocina, tierra prometida, donde se recibe de vez en cuando una migaja del festín que se prepara a los amos, o bien, lo que es

más atrayente para su imaginación de niña caprichosa, se puede llegar a conocer a Pif (mi viejo gato), quien ha llevado una vida plena de aventuras, pero que ahora se ha vuelto tranquilo y apacible. Chiffon siempre ha demostrado por él una profunda admiración.

Está aun el jardín sombreado y fresco en que retoza, y desde donde, trepada a un árbol, observa la quinta que para ella significa el misterio y lo desconocido.

Así pasa Chiffon los primeros meses de su existencia en la Torrossa, acariciada y mimada por todos... hasta por papá que la deja pasar largas horas en su cama. La llamamos a veces Benjamina por ser la más pequeña de mis animalitos, o también, Mina de Fiésole.

Al volver de Motrone la encontramos crecida, delgada y fea. Estaba en plena edad ingrata. Solamente en el invierno recupera su linda y larga piel con reflejos de seda.

Se pasea consciente de su belleza, ya con el aire lánguido de una sultana, o bien, emprende la carrera salvaje de una pantera.

Siente la embriaguez de la vida. Lo desconocido la atrae. Aunque suele ser zalamera y tierna, tiene arrebatos súbitos y cóleras sordas y sin motivo. Es que en el fondo de sí misma algo salvaje se despierta... juventud... libertad... amor... algo que le habla en las noches cuando duerme en la cunita donde tiernamente continuamos acostándola. Todo eso le murmura palabras fascinantes. Al escuchar el ruido de la tempestad le parece oír gritos de pasión, y siente impulsos locos e irresistibles de ser ella también una de las mil voces de la naturaleza y de mezclarse a las mil sombras de la noche...

Sucede a veces que no se recoge en las tardes, y aunque la llamamos por el jardín y los campos no escucha nuestra voz.

Llega al día siguiente rendida y extenuada, guardando el recuerdo de lo que vió, visiones extrañas de sombras, tempestad, luna y alba; impresiones de peligros, independencia, aventura; sensaciones hasta hoy desconocidas.

Sensaciones que pasan ante sus pupilas semicerradas, en

las imágenes vívidas del recuerdo, mientras, tendida en un diván, recibe con indolencia las caricias de su ama.

Ya se han abierto para ella otros horizontes.

La casa se ha hecho estrecha, su vida demasiado trivial.

Sólo una cosa podrá curarla de esta exuberancia de sentimientos egoístas y salvajes, revelándole los tesoros de ternura y de belleza que encierra cada vida: la maternidad.

LAS BODAS DE CHIFFON

¡Las bodas de Chiffon...! Toda una novela.

Así que Chiffon hubo llegado a la edad de un año (lo que en una gata quiere decir que es ya una jovencita) yo pensé, como buena mamá, en casarla.

Escogí un espléndido partido; un magnífico gato Angora blanco. Contentísima me imaginaba ya los adorables hijitos que nacerían de esta unión.

Pero no había contado con lo más importante: las inclinaciones personales de Chiffon. Chiffon es muy caprichosa. Bastó que se diera cuenta de nuestros planes para que se opusiera a ellos de inmediato. Se sintió indignada ante esta unión burguesa y siguió soñando con el amor libre, sin más testigo que el bosque y los cielos tachonados de estrellas.

De manera que los gatitos de Angora nunca nacieron.

Y sin embargo, ahora es madre.

Hace poco echó al mundo cinco gatitos (hijos de Pif o de padre desconocido, qué sé yo). Tuvimos que regalar cuatro, lo que me dió mucha pena. Pero, ¿qué podíamos hacer con todos ellos? y, además, no queríamos fatigar demasiado a Chiffon con tantas bocas que alimentar.

El gatito que le hemos dejado es una bolita negra con guantes y zapatitos blancos.

Es conmovedor ver a Chiffon con su bebé. Nunca me imaginé que fuera capaz de tanta ternura.

...Mientras escribo, Chiffon, tendida en el sofá, alimenta a su pequeño que empieza a ronronear, tranquilo y contento como todo bebé junto al pecho de su madre.

Pero, ¿quién podría describir la actitud de Chiffon? Se

entrega enteramente a su hijo, con tanta alegría y con tanto amor que no se puede pensar que para ella sea un sacrificio.

Es hermoso mirarla. De qué grandes sentimientos es capaz una humilde gata. El más profundo, el más puro de los amores, el amor maternal la invade toda entera y la ha transformado.

Ahora su hijito duerme. Todo calla en la estancia. Sólo se escucha el raspear de la pluma.

Miro a Chiffon. Tiene los ojos fijos en mí. Se levanta, salta y de un brinco está sobre la mesa. Con toda gravedad se sienta y continúa mirándome fijamente. Luego, mientras escribo, siento de repente el contacto de su pata sedosa. ¿Qué es lo que quiere? Es mi pluma que al correr bajo mis dedos arañando el papel la tiene intrigada. Se la doy y se pone a jugar con ella haciendo mil gestos graciosos, dejando correr la estilográfica sobre la mesa, saltando ligeramente sobre el papel, sobre los libros dispersos.

¡Pequeña mamá que todo lo olvida por un momento para revivir sus días de infancia! ¡Eres siempre la misma, mi querida Chiffon!

8 de Julio.

He escrito una poesía. Asombroso, ¿verdad? Y, sin embargo, allí está sobre una página blanca... Mis versos... Y no resultaron del todo mal. Pero, ¡oh! Dios mío, ¿quién no ha soñado... y no ha escrito versos? Sin embargo, hay un proverbio que me consuela: "Poco a poco el ave construye su nido".

Sí, brizna por brizna, ramita por ramita, el pájaro hace pacientemente su obra maestra en la que pone toda su esperanza, todo su amor. Quién sabe si este pequeño poema insignificante, sin valor técnico ni artístico sea una brizna de hierba para mi propio nido, para mis castillos en el aire.

¿Llegaré algún día a ser escritora?

No soy modesta. La modestia es una cosa absurda; es una especie de hipocresía, es como una mentira hacia los demás y hacia una misma.

Veó con claridad que soy inteligente, sí, pero mi inteligencia es muy común y no está de ninguna manera por encima de la de otras niñas de mi edad que han recibido una educación como la mía. Más bien, por el contrario. A menudo cuando veo que son tantas las cosas que hago mal y tan pocas las que hago bien, me parece, en verdad, que no sirvo para nada.

Pero, naturalmente mi orgullo me impide dejar traslucir siquiera estos sentimientos, estas dudas, este desaliento que se apodera de mí.

¿Llegaré a ser escritora?

Si pusiera cien signos de interrogación después de esta pregunta, aún no me bastarían.

El poeta Garoglio, con quien he tomado clases, me dijo:

—Hay “algo” en lo que Ud. escribe. Se ve la chispa del talento; pero es todavía como un pajarito que trata de volar y que aun no logra lanzarse libremente al cielo y al azul.

Julio.

He estado hojeando las páginas de este libro, empezado a los once años.

Una infinidad de imágenes y de sensaciones olvidadas renacieron como efluvios de un viejo perfume que surgiera del pasado.

Queridas páginas escritas con esa letra grande, fea y enternecedora de niñita... Llegará el día en que lea, con la misma emoción que hoy siento, estas hojas escritas por una jovencita... por una “*Backfischchen*” (*) y estas grandes frases poéticas, estos sueños, estos versos, me harán sonreír... o tal vez llorar.

21 de Julio.

Respecto a unos versos que hice en su honor, el maestro me dijo: Como motivo... no está mal. Pero el ritmo está com-

(*) En sentido figurado “pollita”.

pletamente errado. Y no hay rima sin ritmo. El ritmo es lo importante.

Y empezó a hablarme de "tróqueos" y de "anapestos", de acentos, de "rimas ascendentes" y "rimas descendentes", de "septembrinos" y "septembrinos acoplados", de "endecasílabos" y de tantas otras cosas más, que de pronto la poesía me pareció ser algo así como la aritmética y me sentí completamente descorazonada.

Es una felicidad tener a mamá para consolarme; ella cree en mí, en mí, que dudo tanto de esta llama vacilante e incierta que es mi disposición por la literatura. Felizmente ella está allí para abrirme una pequeña ventana hacia el Infinito.

19 de Julio.

Asomada a la ventana contemplo los campos que se extienden delante de mí, sumergidos en el cálido y quieto reposo de una tarde de verano.

El viento sopla entre las rubias espigas, agita las ramas grises de los olivos, y pasa. Sigue su camino llevando consigo las semillas de los campos y el perfume del bosque.

En la estancia cerrada y solitaria todo está en silencio. En tanto que afuera ríe la luz y la naturaleza exulta bajo el azul del cielo, aquí entre los muros de mi cuarto hay una atmósfera de recogimiento y paz.

5 de Noviembre.

Comienza un nuevo invierno. Los largos días de verano, de sol, ya se han ido...

Mamá ha estado muy fatigada después del esfuerzo enorme que desplegó el invierno pasado. En seis meses hizo el monumento a los héroes chilenos sacrificados en aras de la Patria.

¡Es una obra maestra!

Un conjunto de hombres se agrupa alrededor de la bandera que levanta un adolescente, en un gesto sublime de amor y sacrificio. Hay algo profundamente conmovedor, in-

mensamente bello, en esa figura delgada y frágil que ofrece su tierna vida por la Patria.

Las líneas puras del muchacho hacen contraste con las proporciones "rodinescas", si así puede llamárseles, de los hombres que le rodean. Son cuerpos robustos, musculosos, los que se agrupan en torno al joven. Es la Materia junto a la Idea, la Fuerza cerca del Amor.

Luego, la figura del herido, del héroe moribundo, es de un inmenso abandono, de un sufrimiento infinito. El soldado que yace muerto y que representa el sacrificio consumado también es una obra maestra.

Pero el joven es el que más atrae. Contemplándolo siempre me recordaba "L'Aiglon", de Rostand. Leí este libro por primera vez cuando tenía ocho años, y dejó una huella imborrable en mi espíritu que empezaba a despertar. Creo que él hizo nacer mi amor a la poesía. Más tarde, mucho más tarde, vinieron a entusiasmarme Víctor Hugo y Musset, pero ya había leído y releído "L'Aiglon" y lo sabía casi entero de memoria.

Bueno, yo estaba hablando de mamá, diciendo que se encontraba muy fatigada después de terminar su monumento. No logró reponerse del todo durante el verano. A fines de julio fuimos a Montepiano, donde permanecemos un mes.

Montepiano es un pequeño lugar que nada tiene de bonito, pero poco a poco se me hizo muy simpático. Hay que imaginar una pequeña aldea montañesa, casitas grises de techos puntiagudos, un hilo de agua cristalina, colinas en que las vacas pastan apaciblemente y campos de trigo que brillan al sol. Este fué el decorado de este mes en que tanto me he divertido. Los actores éramos los siguientes:

Primero, Amelia, una joven de veinte años, que es tal como me gustaría que fuera siempre, alegre, joven y buena camarada y amiga, capitana de toda la banda de muchachos y niñas.

Después estaba Lidia, gentil y bonita, cuyos hermosos ojos azules tienen trastornado al único joven que conocemos en Montepiano; y cuyo amor, naciente y creciente a ojos vistas, fué una fuente inagotable de diversión y de risas.

En seguida vienen Bobby y Lulú C., que vivían en la más hermosa villa de Montepiano, americanos genuinos, bien educados y entretenidos. Bobby tiene diecisiete años, pero es todavía un niño. Juntos hacíamos largos paseos en bicicleta, sin temor a ese flirt estúpido que cultivan las razas latinas. Quería mucho a Bobby y lo quiero todavía, pues continuamos viéndonos. Es para mí un amigo encantador, un amigo en el sentido que los ingleses le dan a esta palabra. Es de lo más cómico oírle contar sus amores, pues estuvo prendado sucesivamente de dos chicas de Montepiano. Es alto y más bien buenmozo, pero es un chiquillo y aun no sabe darse aires de hombre grande. Es un poco "*pavuncio*" (*) si se quiere, pero sencillo y gentil. Su hermano es un lindo niño de doce años.

Después estaban Gaetano N., muy inteligente, que había leído y estudiado mucho para sus dieciséis años, y Mario T., lleno de viveza y de malicia, inteligente también, de una precocidad sorprendente para sus catorce años. Tenía mucho éxito haciendo de bufón en la banda, pero yo lo encontraba vulgar y más de una vez me dejó una impresión desagradable después de contar algún cuento o decir una tontería.

Las amistades que se crean durante los veraneos tienen un carácter muy especial. Se diría que el espíritu también está de vacaciones, libre de toda disciplina, en plena libertad, en esa vida al aire libre, "en confianza". Es así como se forman amistades que parece deberían ser eternas y que llegado el invierno, el invierno y su cortejo imponente, se hacen difíciles de mantener.

¡Qué vida llevábamos! Excursiones a pie, en burro, en bicicleta; pic-nics, juegos, canciones, llenaban nuestros días. Todas las mañanas hacía un largo paseo en bicicleta, con Bobby o sola, sin más compañía que la de mis fieles amigos, los perros. No tenía miedo de pasear sola por los senderos de la montaña. El paisaje no tenía la grandeza ni la majestad de Abensberg o de Vallombrosa, donde hemos pasado otros veranos. Eran sólo unas colinas sonrientes, salpicadas de bos-

(*) En castellano en el original.

quecillos de castaños. De vez en cuando surgía el hermoso panorama del valle, con Prato al fondo, y en la lejanía, Florencia.

Después del almuerzo íbamos al pinar a pasar las horas de más calor. Era un simple y minúsculo bosquecillo de abetos, pero creo que en este humilde pinar hemos gozado como si hubiera sido la más hermosa selva del mundo. Teníamos siempre la muy laudable intención de estudiar o de leer, pero pronto se rompía el silencio. Primero se oía un cuchicheo discreto, después una carcajada... Los muchachos americanos hacían irrupción en nuestro campamento colándose por un agujero del cercado que separaba su jardín del bosquecito. El ruido y las risas redoblaban... Se oían entonces algunas protestas de parte de los estudiantes. Seguían algunos instantes de silencio. Luego recomenzaba la animación a más y mejor. Los muchachos acababan de grabar en el tronco de un árbol las iniciales de Lidia y de su galán, enmarcadas en un corazón traspasado por una flecha... o habían inventado alguna tontería por el estilo, sacada de su arsenal lleno de inspiraciones.

Nuestra partida de Montepiano fué un acontecimiento. Todo el mundo rodeaba nuestro coche. Nos abrazábamos. Prometíamos volver a vernos. Nos sentíamos conmovidos... (Entre paréntesis confesaré que se me llenaban los ojos de lágrimas, y ya comenzaban a desbordarse cuando el coche partió, ¡ay!, demasiado tarde para salvar mi dignidad).

Motrone.

Estamos por tercera vez en Motrone, la hermosa playa desierta, ante lo infinito del mar, del cielo, del pensamiento. Porque el pensamiento surca las azules ondas como las pequeñas barcas a vela que, albas, se destacan en el horizonte.

La soledad nos inclina al ensueño, a los recuerdos. ¡Se piensa vagamente en tantas cosas mirando el mar!

Partiremos hacia Nápoles.

Ver Nápoles. La patria de Graziella; Nápoles y sus alrededores; el gentil Sorrento, Posílipo, etc. Ver Nápoles, Ná-

poles, visión deslumbrante. "*Ve Nápoles y después muere*". (*)

Nuestra primera mañana en Nápoles es uno de esos recuerdos que irradian como el sol a través de la bruma del tiempo, esa bruma confusa, formada por los mil días vividos y a través de la cual solamente algunos recuerdos inolvidables se destacan claramente en nuestro espíritu.

Era una mañana de luz y de ensueño. El cielo se reflejaba en el mar azul y todo el golfo maravilloso resplandecía al sol.

Almorzamos en Posílipo, en un jardín cortado a pico sobre el mar, sombreado por grandes árboles a través de los cuales se divisaban Nápoles, las riberas del golfo sembradas de casitas blancas y las islas de un verde esmeralda.

Con voces cálidas y vibrantes nos cantaban algunos napolitanos: "*O Sole mto...*".

Y el sol de Nápoles, al iluminar esta naturaleza de sueño, parecía acariciarla. El mar estaba en calma y sólo venía dulcemente a murmurar su canción a los pies de las grandes rocas.

En Nápoles todo canta. La Naturaleza y los hombres. El conjunto forma un concierto maravilloso.

Las voces seguían:

"*Vorrei morir nella stagion dei fiori...*"

"Quisiera morir en la estación de las flores..."

Nos sentíamos penetrados por la dulce poesía de todo lo que nos rodeaba... Guitarras y mandolinas acompañaban las canciones. En *Funiculi-Funiculá*, nuestros músicos pusieron todo su entusiasmo, toda la alegría napolitana y un coro vibrante resonaba en torno nuestro.

La semana entera fué una sucesión ininterrumpida de impresiones de belleza.

Nápoles, tan vívida y llena de color local, es una ciudad única, tanto por sus bellezas naturales como por la alegría, la indolencia y la originalidad de su pueblo. Allí todo pasa al

(*) La autora alude aquí a una canción. "*Vedi Napoli e poi mori*" puede significar: "*Ve Nápoles y muere después*", o "*Ve Nápoles y después Mori*". Mori es un pueblecito situado en las laderas del Vesubio. (N. de la T.)

aire libre. Junto a una ancha calle donde se cruzan coches, automóviles, tranvías, donde bulle un gentío inmenso, está el "viuzzo" estrecho, sucio, deliciosamente pintoresco. Sentados en los umbrales de las puertas abiertas, los napolitanos charlan mucho, trabajan poco, se pelean hasta la exageración, se enamoran, ríen, cantan; viven, en una palabra, bajo los rayos del sol meridional.

La miseria es grande, pero es una miseria alegre que nada tiene que ver con la otra, la trágica, la miseria de los países del norte.

Los muchachitos semidesnudos que corren tras el caminante para pedir una limosna, los músicos que tocan la guitarra y cantan una serenata bajo los balcones de la "Chiaia", las muchachas que ofrecen flores, las viejas vendedoras de cocos y castañas que empujan sus carretillas anunciando con voz rítmica y cadenciosa el nombre y la calidad de sus productos, todo ese pueblo alegre viene y va por las calles como en un continuo paseo dándole a Nápoles un sello que la hace diferente a todas las grandes ciudades; en medio de la aristocrática Vía Toledo, con sus bellas tiendas lujosas y congestionada de coches elegantes, se abren paso los pastores de largas barbas grises, rodeados de sus corderos y de las cabras colorinas de la Campania.

Vimos Pompeya, la Ciudad de los Muertos, esa gran tumba de una civilización que pasó, la Ciudad del Silencio y del Recuerdo.

Estuvimos también en Sorrento la maravillosa, y desde ahí, una bella noche de otoño, fuimos a la isla de Capri.

Se sueña a veces con un sitio ideal, lleno de bondad y de paz, un sitio extraordinariamente bello, que llega a ser casi irreal. Un sitio aislado, una isla romántica con grandes rocas y grutas misteriosas; donde la tierra surge a pico sobre las olas; donde jardines misteriosos, que embalsaman el aire con aroma de azahares se escalonan en graderías hasta el mar.

Capri es este sueño realizado.

Una aldea de pescadores se halla al pie de la isla. De allí se sube por una vieja callejuela pintoresca hasta el pueblo. Aun más arriba, en la montaña, está Anacapri. Dan

deseos de quedarse para siempre en esta isla hermosa, vivir allí. Sería el más bello marco para una novela, el lugar soñado por un poeta.

Dan deseos de vagar indefinidamente por sus senderos, recorrer sus costas, ver todas sus grutas y todos sus jardines, conocer todas sus fases, penetrar el sutil encanto, verla en las claras mañanas y en las noches a la luz de las estrellas.

A un lado está la inmensidad del mar. Al otro, el golfo de Nápoles que, coronado por el sombrío Vesubio, se extiende como un anfiteatro delante de Capri.

Después de haber conocido detenidamente Nápoles y sus alrededores, llegó el momento del adiós y emprendimos, a pesar nuestro, el camino hacia el norte. Pero al acercarnos a casa no dejamos de experimentar una gran alegría.

Ya viene el invierno; el inclemente invierno con sus brumas y sus lluvias, el viento y el frío y las largas tardes junto a la chimenea. Se fueron los días de sol y de libertad; muchos meses de estudio nos separan de la primavera.

Ha muerto en Chile una mujer de quien mamá me había hablado mucho.

Se llamaba Teresa Prats Bello.

Era de gran talento y pertenecía a nuestra familia, dos cosas que me bastaban para encontrarla interesante, a pesar de que nunca la conocí.

Era una mujer extraña. Poseía el tesoro que legó a algunos de sus descendientes nuestro antepasado, don Andrés Bello. Ese tesoro es el talento que siempre se ha demostrado a través de las generaciones, con mayor o menor fuerza, con mayor o menor magnificencia.

*31 de Diciembre de 1917.
(por la tarde)*

Las tinieblas cubren la tierra.

Hace algunas horas se puso el último sol del año 1917.

Pasó Navidad con su poesía y sus tradiciones, las tiernas sorpresas y los regalos, y el pequeño Belén (muy chiquito en este año de guerra), erigido entre verdes plantas en la acogedora biblioteca de la Torrossa.

Navidad nos inclina al recogimiento. Se detiene por un instante el bullir de la vida. Un poco de caridad y de amor pasan por el mundo en este gran aniversario. Y damos, damos mucho, hay acercamiento, hay cariño.

Todos los años vienen estos días de Navidad como un rayo de luz en el sombrío invierno.

Mañana empieza el nuevo año. 1917 muere esta noche.

Cómo nos regocijamos cuando nació; ahora termina y sólo pensamos en el año próximo. Y así es siempre: "El Rey ha muerto. ¡Viva el Rey!".

Cuando 1918 esté también tocando a su fin, *quiero* (y mamá dice que todo lo que se quiere se puede), quiero haber logrado tres cosas:

1º—*Voluntad.*

No tengo voluntad ni perseverancia. Quiero someterme a una disciplina. Por ejemplo: voy a escribir en mi diario todos los domingos, sin faltar una sola vez a esta resolución. Cuando sienta rencor o cólera contra alguien no me permitiré decir algo desagradable o hiriente. Trataré de mantenerme derecha, es lo que más cuesta.

2º—*Desarrollar en mí el deseo de agradar.*

Amar y ser amada, —dice mamá— es la mayor dicha en la vida. La amistad, lo sé, es un bien precioso. Trataré de formar a mi alrededor una atmósfera cálida y simpática.

3º—*Profundizar un idioma*, a fin de contar con un buen instrumento si llego a escribir algún día. Trataré de escribir el francés sin faltas de ortografía y de cultivar mi idioma, el castellano.

Todo esto me lo ha dicho mamá esta mañana.

No quiero desalentarme si no logro conseguir luego todo lo que me he propuesto. Espero de todo corazón hacer algunos progresos antes de fin de año.

Quiero tener esperanzas y no dudar de mí misma.

Pero por hoy día quiero decirle adiós a los serios propósitos.

¡Feliz Año! ¡Feliz Año! Lo deseo para mí y para los que quiero... y pienso en papá, ¡ay! tan lejos de nosotras.

Adiós 1917, adiós para siempre. ¡Viva 1918! ¡Tráenos dicha y paz!

El Domingo pasado escribí algo sobre Nápoles basándome en mis apuntes de viaje. Hoy no me siento bien, pero por no romper la promesa, escribí un poema de cuatro líneas.

20 de Enero (Domingo)

Desde el otoño voy a un colegio inglés. Copio aquí mis impresiones escritas en el tranvía que me lleva todos los días a Florencia. Las he titulado "Memorias de una colegiala".

Escribo mientras el tranvía desciende por la colina de Fiésole. Es una mañana fría y gris del mes de Noviembre. Este verano mamá tuvo la idea de hacerme alternar con otros niños, pues piensa que me he puesto demasiado esquiva y un poco taciturna. Se decidió por el colegio de Miss Penrose, y allá voy esta mañana, por primera vez.

Hablo cinco idiomas y sé bastante de historia y literatura, pero me quedo completamente atascada en aritmética. Estoy acostumbrada a las clases particulares, que son en realidad un diálogo encantador con Alma, mi querida profesora. Por eso tengo miedo esta mañana, camino del colegio. ¿Cómo será todo eso? En fin, trataré de arreglármelas, puede que encuentre alguna amiga simpática y yo me haré agradable a mis compañeras. Después escribiré mis aventuras de colegiala... Pero ya estoy cerca de mi destino... ¡Valor, pues, hija mía!

Algunas semanas después.

Escribo estas líneas en la clase de historia de Miss R.

Me siento ya completamente aclimatada en el colegio. Mis compañeros son muy amables conmigo con excepción de Fritz, que aun se muestra huraño. (Ya explicaré más tarde quién es Fritz). La pobre Miss R. cree que estoy tomando apuntes de lo que dice. Habla y habla repitiendo con su voz monótona hechos de la historia de Inglaterra que conozco muy a fondo y muchos nombres que, aplicando mi buen criterio, no me doy el trabajo de aprender, porque me parecen completamente inútiles para una persona que no es inglesa.

Corro a tomar el tranvía, mientras mamá me dice adiós desde la ventana. Hace frío, mucho frío, y aun está oscuro. Subo al tranvía donde me acoge el saludo de un vecino. Va también un muchacho que es colegial como yo, y en un rincón viaja el obispo de Fiésole, con su anillo deslumbrante en el dedo. Son mis compañeros de todos los días.

Lentamente el tranvía desciende por el camino que serpentea entre olivos y cipreses. San Domenico con su antiguo convento. San Gervasio, donde aparecen las primeras casas. Llegamos a la Plaza del Pino donde tengo que bajar.

De todos lados vienen niños que se apresuran llevando sus libros y cestitas con el almuerzo. Niños y niñas en todas las calles, solos o en grupos, desde el pequeño de seis años que aprende el *a. b. c.* hasta los jóvenes que se preparan para ingresar a la Universidad. Y todos se apresuran temerosos de llegar atrasados.

Por fin llego a mi colegio. Es una hermosa casa rodeada de jardín. Subo corriendo la escalera. Me encuentro con una banda de "chicos" que suben y bajan, me pellizcan las piernas y al pasar me tiran el pelo. Son los mosquitos, pequeños y temibles, que invaden la escuela y hacen la desesperación de los "grandes". Arriba hay un bullicio incesante. Aun no suena la campana y los niños juegan, pelean, repiten las lecciones a voz en cuello, tocan el piano, entregándose a una desatada orgía de libertad, preliminar de las horas graves de estudio.

Domingo siguiente (continuación).

Entro a una sala: el "curso superior", y pronto suena la campana; nos ponemos a estudiar.

Somos siete en la clase.

Pía tiene diecisiete años, figura delgada, delicada, distinguida y más bien bonita. No es en absoluto instruída, pero en ciertas materias sabe muchísimo más que yo. Conoce, por ejemplo, todos los chismes de la ciudad, puede contar la his-

toria de cada persona y lanzar disimuladamente una palabra mordaz aun tratándose de sus amigas. Sin embargo, no la creo una mala muchacha. En ella la maledicencia se ha convertido en una especie de enfermedad crónica. Vive en un medio snob, absurdo, sin ver en la vida nada más que tés, fiestas, flirts, y uniformes. Sí, esa es su gran pasión: los oficiales ingleses en masa. "Son tan encantadores. Los adoro. Sus lindos uniformes de color kaki, sus adorables bastoncitos, sus amorosos pañuelitos kaki. En ellos todo me encanta, hasta su modo de andar".

Y por contagio, los jóvenes de kaki se han convertido en la pasión de toda la clase... incluyéndome a mí.

Elsa tiene también diecisiete años. No es inteligente, pero simpática. Estudia mucho y es el prototipo de la inglesita, reservada, un poco terca, refinada.

Las dos Bergeot son muy diferentes. Altas y bonitas, bien formadas. Marta, la mayor, es la alegría de la clase, siempre tiene alguna anécdota divertida que contar y le sobran bríos y entusiasmo. "¡Oh! queridas, lo pasamos regio en Niza. En serio, ¡fué fantástico!" dice mostrándome su album lleno de fotografías, dibujos y elogios escritos por fervientes admiradores y "amigos del alma".

Qué diferentes a mí son todas estas jóvenes.

Yo nunca he flirteado. No ha sido por puritanismo o porque me haya faltado ocasión, sino francamente porque no le encuentro el menor atractivo. Me aseguran que cambiaré de parecer, pero, entre tanto, qué dicha, siento mi corazón en libertad. Y no pienso dejarme atrapar muy luego. Pero sigamos hablando de mis compañeros. Faltan Francesca y Fritz.

Francesca, la hermana de Marta, es encantadora. Sí, encantadora. Es la palabra que mejor resume todo su ser gracioso, suave e infantil. Mucho más tranquila que su hermana, cautiva de inmediato por su carácter dulce y afectuoso, su gracia exquisita, su modo un tanto tímido, por ese no sé qué fascinante que hay en ella. Posee lo que vale más que la belleza, lo que llega a reemplazar hasta la inteligencia, lo que será ahora y siempre: el encanto. Me fué simpática desde que la ví por primera vez y ahora nuestra vida de colegialas nos

ha acercado. Mi simpatía ha sido plenamente correspondida, lo que me ha parecido extraordinario; siempre creí ser antipática a primera vista, pero ahora comienzo a cambiar de opinión.

Francesca es una pequeña flor de primavera, blanca y fresca. No hay que buscar en ella una inteligencia muy profunda, nunca podría llegar a ser mi amiga del alma, pero he encontrado en ella una camarada afectuosa y fina. Me gusta mucho tal como es.

Fritz es el séptimo de nuestro pequeño grupo, y junto con Francesca es mi preferido. Es un niño de catorce años, grande, tosco y tímido. Pero una vez que logra vencer su timidez se hace de lo más simpático. Somos grandes amigos. Vino con Bobby a la Torrossa y nos divertimos muchísimo, junto con algunos oficiales ingleses y una cantidad de gente joven. Organizamos juegos y nos reímos bastante.

Domingo 4 de Febrero.

Hace un tiempo espléndido y el día se ha vestido de fiesta. Héme aquí con el traje de terciopelo color naranja, impecable y endomingada. Espero el coche que me llevará a la iglesia. Voy a ser madrina... por primera vez en mi vida. Mi ahijada, la pequeña Eleonora, es la séptima hija de uno de nuestros campesinos, y vino al mundo hace quince días. Es un enorme bebé rubicundo y lo encuentran muy bonito.

Al día siguiente.

El bautizo fué un éxito. El ajuar que habíamos preparado para la niñita gustó mucho. Después de la misa almorcé con mis nuevos compadres y con todos los parientes que habían venido a la ceremonia. Fué muy simpático.

18 de Marzo de 1918.

El sol empieza a desaparecer tras las montañas azules. Un tañido de campanas sube desde el valle.

Las sombras descienden lentamente sobre la ciudad.

Y todo ha concluído.

Cuántas veces he dicho ya: todo ha concluído. Esta frase es como el monótono ritmo del reloj, como el tic-tac que marca el tiempo que pasa, que pasa irrevocablemente. Todo ha concluído. A cada vuelta de nuestro camino hay que repetirlo. Siempre, siempre lo mismo: todo ha concluído.

Ha pasado otro año de mi vida.

Mañana cumpliré dieciséis años. Dieciséis años que estoy aquí... Y antes... ¿dónde estaría? ¿En el infinito inmenso de la Naturaleza?

Adiós mis quince años. Ya no serán más que un recuerdo. La vida pasa... Llegará el día ¡ay! en que tendré que dejar tras de mí "el jardín de margaritas".

La mañana está magnífica. Los rayos del sol parecen más dorados después de las tinieblas de ayer y el cielo luce más espléndido. Huyeron los densos nubarrones negros. La naturaleza se regocija y ya se han olvidado los terrores de la víspera. El viento glacial se ha convertido en una suave brisa que lleva a los campos la simiente de la primavera.

Pero mientras corría dichosa por el verde césped donde aun brillaban como perlas las gotas de la lluvia, ví al pie de un ciprés el cuerpo rígido de un pajarito muerto.

...Y de pronto olvidé el sol, la mañana, y mi alegría. Me quedé allí, inmóvil, contemplando largo rato ese pequeño ser inanimado.

CUADERNO TERCERO

4 de Abril de 1918.

¡Cinco años!

Hoy hace cinco años que una niñita de rizos rubios, vestida con un traje de muselina blanca, se encerraba llena de importancia en su sala de estudios y empezaba a escribir en un cuaderno nuevo, con todo cuidado y seriedad... su *Diario*.

Una casa vetusta rodeada por un viejo jardín era todo su mundo. En verano la casa se cubría de rosas trepadoras y en el fondo del jardín, entre los altos laureles, se elevaba una glorieta de glicinas. El jardín era umbroso; había en él muchas flores, mucho silencio y mucha felicidad.

La niña vivía inconsciente y alegre. No conocía otros niños, sin embargo, era completamente feliz. Dos jóvenes, una de dieciséis años y otra de dieciocho, eran sus únicas compañeras. Y estaba también su madre a quién amaba con gran ternura.

Así veo la imagen imprecisa de la niñita que yo era entonces, cuando vuelvo hacia el pasado y miro el valle del recuerdo cubierto por la bruma.

Llegará el día en que me enternezca al leer estas páginas, pues entonces mis dieciséis años estarán ya muy lejanos.

11-6-18.

Ahora, querido *Diario*, voy a garabatear a la ligera unas cuantas novedades, y verdaderamente me siento muy inclinada a escribir en inglés, ya que este idioma se me ha hecho

tan familiar. El italiano es muy hermoso, el francés es dúctil y serio, el inglés es "confortable". Con él me siento como en mi casa, pero claro es que si algún día llego a escribir libros, los escribiré en francés, es tan sugerente, tú lo sabes.

La gran noticia que tengo que contar es que hoy en la mañana llegó papá después de tantos meses de separación. Escribo estas líneas mientras descansa de su viaje.

Atravesó el Atlántico que está sembrado de submarinos y minas sin avisarnos para que no nos preocupásemos por él.

Y así fué cómo esta mañana gris y lluviosa, mamá y yo, recién advertidas de la noticia que nos llenaba de alegría fuimos a la estación a esperar impacientes al ser querido, para sentirnos luego rodeadas por sus robustos brazos y ser estrechadas con gran ternura.

Ha pasado el invierno.

Un invierno simpático y atareado. Pero la guerra se hizo sentir horribilmente. La derrota de Caporetto, este otoño, fué terrible. El novio de Alma fué tomado prisionero, y mi pobre Alma ha vivido días espantosos.

En el colegio he pasado mucho momentos agradables y alegres mañanas. Winnie y yo somos las que peor nos portamos, y a pesar de que parecemos muy serias —a primera vista damos la impresión de ser las más tranquilas y juiciosas de la pandilla— nos sucede a veces que estallamos en carcajadas incontrolables y esa risa loca y contagiosa es nuestra común fatalidad. Tengo que confesar que con frecuencia me han echado de la clase y he merecido serias reprimendas, pero ¡ay! sin resultado. Cuando el demonio de la risa se apodera de nosotras todo es inútil.

A veces, cuando una profesora se enferma o falta a clase por cualquier motivo, nos dejan solas recomendándonos "no perder el tiempo". Por supuesto que no lo perdemos. Inmediatamente los libros saltan por el aire o se convierten en armas de defensa cuando Fritz, cansado de nuestras bromas, quiere echarnos para afuera o pretende robarnos algún cuaderno

o un apunte que le hace falta. Fritz es muy divertido, se enoja cuando le llamamos Bebé, y entonces, en venganza nos esconde los sombreros. Por nuestro lado le desinflamos los neumáticos de su bicicleta, le robamos la correa de los libros, o nos reímos a costa suya entonando canciones en que él es el principal protagonista. A veces, cuando estamos en lo mejor cantando a voz en cuello, se oyen pasos menudos en el corredor. ¡Es Miss R...! Nos precipitamos hacia nuestros escritorios e inclinándonos sobre los atlas, nos zambullimos, nos sumergimos en la ardua búsqueda de... de... digamos el Popocatepetl en México. Y desarmamos a la profesora con nuestro ardor por el estudio.

Y luego, cuando ya han pasado las tres horas de clase, salimos en pequeños grupos; una vez los invité a todos a tomar un refresco a una pastelería que está en la esquina de la avenida.

Francesca ha venido a almorzar a la Torrossa. Es siempre la misma, graciosa y bonita.

Mis dos pasiones son los libros y los animales. Las dos pasiones de Francesca son los animales y la danza. Hemos discutido, por lo tanto, una afinidad: nuestras inclinaciones campestres. Ella vive en una villa en el campo — como yo. Su familia es artista — como la mía. Tienen una cantidad de perros — como nosotros. Ahora quiere criar conejos — yo tengo muchos y le regalé una pareja de Angora. Por fin, tal como yo, es aficionada al deporte, a andar en bicicleta, a caballo, etc.

El otro día representamos una pequeña comedia en el colegio. Yo lucía un traje estilo 1830 y un gran sombrero color rosa. Dicen que me veía muy bonita. Francesca bailó una de sus maravillosas danzas. Es una verdadera artista.

Con Winnie estamos proyectando un "pic-nic" a la luz de la luna. Qué hermoso sería seguir el Arno por el bosque de las Cascine y los grandes prados, en una de esas noches claras de verano iluminadas por el resplandor de la luna, o bien subir a una de las colinas de los alrededores de Florencia, entre los campos de trigo, los olivos grisáceos y los oscuros cipreses...

La lune blanche luit dans les bois ()*

Sí, pero hoy día no quiero poetizar. Basta de "vuelos pin-dáricos". Estoy cansada, quería solamente charlar "en confianza" sobre mi vida cotidiana. Y basta por hoy, ya siento a papá que me llama.

Vichy, 19 de Julio de 1918.

¡Francia! hermoso país de la libertad. Tú eres, en cierto modo, mi patria espiritual, ya que son tus poetas quienes han despertado en mí ese "algo" que me hace vislumbrar el infinito... infinito de pensamiento y de ensueño. Francia heroica, Francia inmortal, en este momento supremo en que se juegan los destinos del mundo eres amada por todos aquellos apasionados de lo bello, por todos los artistas que lo son en verdad o en sentimiento.

Y bien, así fué: dejamos "mi Florencia" una calurosa tarde del mes de Julio e iniciamos este viaje que debía ser lleno de interés y amenizado por múltiples peripecias. En la noche llegamos a Levanto. Mamá debía quedarse un día en Carrara para vigilar uno de sus trabajos.

Continuamos nuestro viaje costeanado la maravillosa Riviera Ligure, bañada de luz y de mar azul. Por la tarde llegamos a Génova, y al día siguiente hicimos escala en Turín, ciudad animada y llena de bullicio que aun no conocía. Luego atravesamos el amplio valle del Piamonte y nos dirigimos hacia los Alpes que alzan a lo lejos sus picachos gigantescos. Y el tren corre como un monstruo jadeante, con su pertinaz ruido de fierros, con sus bocanadas de humo negro, corre a través de la quietud de los campos, en la noche de verano. Corre hacia Francia.

Estamos ahora en plena montaña. Los techos puntiagudos de las aldeas surgen en el follaje. Hay verdes bosques de castaños, umbríos bosques de pinos. Y en lo alto, las inmensas rocas grises y desoladas tienen las cimas cubiertas de nieve. ¡Qué gran artista es la naturaleza!

(*) *La luna blanca brilla en los bosques. (Verlaine).*

¡Módena!

Un ir y venir de uniformes de todos colores, de todas las nacionalidades. Estación de frontera en tiempos de guerra. La gente se empuja, se atropella para mostrar sus salvoconductos, sus documentos de identidad. Gracias a nuestros pasaportes diplomáticos nos dejan pasar sin interrogarnos y un oficial de la Misión italiana se ocupa especialmente de nosotros.

Como ustedes verán nosotros somos "pezzi grossi" (*).

Y volvemos al tren. Las tinieblas cubren los campos de Francia y ya no se distingue el paisaje. Todos los pasajeros duermen. Dos tenientes franceses sueñan, sin duda, con batallas y un oficial de marina inglés se quita el capote para cubrir a una linda niñita rubia que dormita en el asiento de enfrente. Después, todo es silencio.

Todo es silencio hasta que los gritos estridentes de los empleados anuncian Chambery.

Bajamos en una pequeña estación mal iluminada, en donde nos reciben dos oficiales italianos prevenidos telefónicamente de nuestra llegada. Escoltados con toda amabilidad por ellos y por un grupo de soldados italianos que llevan nuestras maletas, atravesamos la pequeña ciudad dormida y llegamos por fin al hotel que aparece lleno de luz en medio de la obscuridad circundante.

Al día siguiente continuamos nuestro viaje bordeando largo rato el lago de Bourget, ese gran lago gris, rodeado de montañas selváticas, donde surgen las rocas en medio de los altos helechos. En la soledad y el silencio de esos lugares desiertos, los grandes árboles se reflejan en las aguas tranquilas; es justamente el marco que precisan los amores de un gran poeta. Y se diría que toda esta naturaleza cantada por Lamartine ha guardado algo de su alma, de sus sueños, en esa belleza serena y triste. No se puede contemplar este paisaje sin pensar en aquel amor que allí floreció y que lo hizo inmortal.

El tren está lleno de soldados norteamericanos. Bien formados, altos y esbeltos, se ven llenos de distinción con sus

(*) Expresión italiana que corresponde al chilenismo "palos gruesos".

uniformes kaki. Les hacen lugar en los vagones, les dan asiento, les conversan. Cerca de mí hay uno muy buenmozo. Tiene los cabellos ondulados, es distinguido, mira con audacia. Hace un año que el pobre muchacho ha dejado su patria, que no ve a su familia. Se siente contentísimo de encontrar a alguien que le hable en inglés. Conversamos largamente.

El rumor recogido en una estación de una nueva ofensiva alemana se difunde por todo el tren. Comunico en inglés la noticia a mis amigos norteamericanos, que se sienten entusiasmados, pues por primera vez entrarán en contacto directo con el enemigo.

—¡Queremos que los alemanes nos conozcan! Ahora les vamos a enseñar algo bueno, aunque creemos que no les va a gustar.

Y mientras todo el mundo se preocupa por la noticia (pues los alemanes están muy cerca de París) llegamos a Lyon.

Allí también nos reciben soldados italianos que nos han hecho reservar habitaciones en el hotel. Ha oscurecido completamente y la estación está llena de soldados que duermen en el suelo, envueltos en sus capotes azul horizonte.

Por fin llegamos. Algunos alojamos en un hotel; el resto del grupo en otro; todo está ocupado por los militares. En Francia hay prohibición de comer después de una determinada hora, de manera que encerrados en nuestra pieza de hotel saboreamos un resto de "pagnotta" (el pan de los soldados) —que nuestro buen amigo Memmo— un soldadito italiano nos había dado antes de salir de Florencia. Dos huevos duros y un poco de carne en conserva que papá había desenterrado por ahí fué toda nuestra comida. Teníamos tanto hambre que este refrigerio improvisado nos pareció succulento. Por fin, al día siguiente, llegamos a Vichy, después de haber conocido algunas calles de Lyon, una gran ciudad que ha perdido mucho de su carácter provinciano al convertirse, durante la guerra, en un centro militar importante.

Es el quinto día de viaje. Estamos terriblemente fatigados y hace mucho calor. Las horas se nos hacen interminables y nos sofocamos en los estrechos compartimentos.

Por fin llegamos.

Vichy, la reina de los balnearios es un sitio muy elegante, muy de moda y muy frecuentado. Las tiendas son magníficas, tiene una linda avenida, un Casino, no, dos Casinos, también hay un parque.

Y eso es todo. ¡Ah! no... me olvidaba. Hay mujeres muy pintadas y señores de monóculo y una docena de sitios de reunión muy elegantes, salones de té, restaurantes, cafés-concierto, etc.

Este año Vichy está inundado de uniformes kaki. En efecto, los más grandes hoteles han sido transformados en hospitales americanos y por todas partes se ven los alegres muchachos paseando por las calles, mirando pasar a las bellas francesas, atractivas e insinuantes, o riendo con esa risa un tanto bonachona, ese ¡Ha! ¡Ha! de niños grandes, tan propio de la raza anglo-sajona. Se ven muy bien con sus camisas kaki y los sombreros de alas anchas. Son todos altos y muy esbeltos; viéndolos no se distingue al soldado del oficial, al señor, del obrero.

22 de Julio de 1918.

El parque bordea un río: el Allier. Hay grandes árboles y prados muy verdes; es agradable venir a leer o a escribir aquí, o simplemente seguir los caminos umbrosos buscando inspiración para un cuento. La vida que se lleva en Vichy no es en absoluto de mi gusto.

Mont-Doré, 30 de Julio.

Ha pasado la tormenta y pronto podremos salir. Hace varios días que dejamos la calurosa Vichy y estamos ahora en plena montaña a 1.050 metros de altura.

El pueblo de Mont-Doré se extiende en un risueño valle por donde corre serpenteando el Dordoña. Las montañas cubiertas de bosques se alzan calladas y majestuosas hacia el cielo. Hacemos magníficas excursiones a través de los bosques por senderos escarpados que suben locamente hacia las cum-

bres, saltando arroyuelos que bajan de roca en roca y que, formando cascadas pintorescas, llegan hasta la verde llanura, donde las vacas pastan apaciblemente.

6 de Agosto.

Papá y mamá están en París. Ese Berta asqueroso no hace más que tronar y verdaderamente estoy preocupada. Berta es el "super-cañón" que desde hace varios días dispara sobre París.

Pero en estos momentos los alemanes están retirándose y la contraofensiva de los aliados empieza a triunfar. ¡Viva Francia! Una se vuelve patriota viviendo en este país. En todos los corazones reina una fe entusiasta e inquebrantable en la victoria final. La Francia lacerada espera y vencerá.

La cantidad de gente de luto es impresionante. En Vichy, especialmente no se veían más que personas de negro. Y sin embargo, no hay desaliento, no se siente el cansancio ni los sufrimientos. Este es un país de héroes.

Me siento sola. Ay. Papá y mamá me hacen tanta falta.

Le Capucin, 20 de Agosto.

Estoy en medio de un bosque de pinos centenarios. Una brisa fresca sopla por entre el ramaje. Los mil matices del verdor presentan fugaces perspectivas. Todo es silencio y soledad.

Me gusta esta soledad, y escucho este silencio. Es una soledad llena de vida, un silencio pleno de murmullos.

Rozar de ramas, zumbido de insectos a los rayos del sol. Voces lejanas de niños que reúnen los rebaños. Batir de alas. Calma. Paz.

5 de Septiembre.

Hace ya un mes que papá y mamá están en París, y yo me he quedado con Mademoiselle. Las bellas y tiernas cartas de mamá regularmente me traen la prueba de su cariño. Son verdaderamente admirables y las conservo como un tesoro.

¿Por qué negarlo? Esta libertad que llegó así, tan de repente, me ha encantado. Papá y mamá me hacen mucha, muchísima falta, como es natural, y en pensamiento estoy con ellos sintiendo más que nunca cuanto los quiero y cómo me gustaría que estuviesen a mi lado. Pero, al mismo tiempo, poder hacer lo que se me pasa por la cabeza, ser dueña de mí misma en este Mont-Doré maravilloso, tiene un encanto muy especial. No quisiera que esto durara mucho tiempo y estoy contenta de que papá y mamá vuelvan pronto, pero por una corta temporada esta libertad ha sido muy agradable. Ahora tendremos la gran alegría de volvernos a ver y después de esta separación nos vamos a querer el doble.

6 de Septiembre.

Estoy todo el día al aire libre, paseo en las mañanas y por la tarde voy al Capucin, una montaña cubierta por un espeso bosque.

Por los pequeños senderos de la montaña, llegamos hasta una roca que domina una vista espléndida, corremos hacia las cascadas ocultas en la umbría selva; hacia las grandes praderas donde los rebaños pastan entre la tupida hierba. Hay un sitio de ensueño donde me gustaría vivir. En una meseta que domina los valles, cinco o seis casitas con techos de paja se apretujan unas contra otras en medio de la inmensa pradera que las rodea. Un arroyuelo pasa con su argentino murmullo, las vacas pacen, los aldeanos amontonan el heno. En semicírculo al fondo de la pradera surge el bosque como un inmenso anfiteatro. Es una tupida selva que no deja pasar los rayos del sol, cubre montañas y valles y no se sabe cuáles son sus límites. Solamente unos caminos rocosos unen Rigolet-Haut a la carretera y a Mont-Doré.

Rigolet-Haut. Este es el nombre del pequeño pueblecito perdido en la montaña, esta aldeíta de cuento de hadas.

7 de Septiembre.

Hoy día llueve. Estamos ya en el otoño. Llueve, llueve. El verano se muere.

Radiantes días de sol, en que nos parece más cercano el cielo, en que se olvida el invierno y la melancolía, ¿dónde estáis?

¡Ah! las inolvidables excursiones del mes pasado.

La más larga de todas fué la que hicimos al Sancy.

Me costó mucho convencer a Mademoiselle para que montara un burro, pues no había cabalgado en su vida. Después decía que aquello era demasiado lejos, muy solo... Por fin, después de haber vencido con mi perseverancia toda oposición, me encaramé en Lisette, una mansa burrita, mientras Mademoiselle montaba valientemente en Casimiro y partimos así las dos, la perfecta caricatura de Don Quijote y Sancho Panza.

Después de muchas horas de ascensión llegamos por fin a la cumbre del Sancy y allí nos sentimos ampliamente compensadas de las fatigas y peripecias del viaje.

Es el punto más alto de la Francia central y el panorama que se domina desde allí es el más vasto que conozco. En un inmenso círculo surgen cadenas de montañas y pueblos que anidan en el verdor, lagos y ríos que resplandecen al sol. Y al fondo perdiéndose en la bruma, los Alpes majestuosos.

De cerca, las montañas tenían algo de siniestro y de muerte. Ni un solo árbol. Peñascos desnudos y sombríos; valles áridos. Son los restos de un inmenso volcán de los tiempos pasados, que tenía cuarenta kilómetros de circunferencia. Fué destruído por una terrible erupción. A lo lejos se extendía la hermosa campiña francesa bajo el cielo de verano.

Y pensar que tanto duelo y sufrimiento se encontraban diseminados en esa llanura inmensa. Pensar que allá en el norte se encontraba oculto el invasor con sus hordas destructoras.

Pero la Naturaleza, "la bella indiferente", continuaba sonriendo bajo el sol de verano.

Bajamos cantando, cabalgando siempre en nuestros fieles burritos.

Otro día fuimos al lago Query y a las fantásticas Rocas de Tullerías y de Sanadoire. Una excursión inolvidable.

Y esto también ha debido terminar. Mañana dejaremos Mont-Doré para seguir viaje a París, la ciudad donde tuve el honor de nacer.

Roma.

Mont-Doré está lejos, ya no es más que un recuerdo. Otro verano que terminó.

Después de un día de viaje por los hermosos campos de Francia, llegamos Mademoiselle y yo a nuestro destino, donde nos esperaban mis queridos padres. Esa noche tuve la primera impresión del París actual, este París de guerra, que ciertamente no veremos ya más.

El taxi corría con rapidez por las calles oscuras y no se veía un resplandor en la inmensa Ciudad-luz. El enemigo estaba allí, al norte, acechando su presa.

Los pocos días que pasé en París fueron de extraordinario interés. Nunca me había parecido más grande y más glorioso. El ultraje que le infligía el brutal enemigo lo engrandecía. El martirio lo consagraba.

En vano se habían encarnizado los Gothas y los Bertas en su obra destructora. Purificado por el dolor, París surgía triunfante. Y el enemigo se alejaba...

Había muchas casas alcanzadas por los Bertas. Era sobrecogedor ver a través de las grandes brechas abiertas por las granadas los restos lastimosos de una pequeña habitación, de un hogar feliz, puestos al desnudo por los mortíferos proyectiles. El bulevar St. Germain estaba salpicado de metralla; sin embargo, la vida cotidiana seguía impasible. Los parisienses apenas si levantaban ligeramente la cabeza cuando el "supercañón" se hacía oír, en forma metódica cada cuarto de hora, con su formidable voz de muerte.

Y ante las humildes moradas destruidas era reconfortante pensar en las victorias de los aliados que cada día rechazaban al detestado enemigo.

Pues por fin se acerca la Victoria con sus grandes alas luminosas.

Durante el día paseaba en taxi con papá, viendo los principales monumentos e impregnándonos de la animación y la vida parisienses. Ibamos así por los grandes bulevares llenos de gente; uniformes de todos colores, siluetas atractivas de mujeres, apretujándose, cruzándose sin cesar en las anchas aceras ante los grandes cafés y las llamativas vitrinas de las tiendas.

Esta vez pasamos por entre la muchedumbre y el automóvil giró, atravesó el río y nos llevó lejos del ruido ensordecedor de los coches, de los autos, de los camiones, de todo ese mundo que pasaba y pasaba sin cesar, como un río viviente. Nos encontramos de pronto ante la belleza tranquila, serena, majestuosamente lejana de todo lo que se mueve y se agita: estábamos frente a Notre Dame de París.

Por ambos lados el río la aislaba de la muchedumbre. La pequeña isla, las casas que se guarecen a la sombra de la Catedral, el lugar solitario, todo es paz y recogimiento. Allá lejos está el bullicio, la Vida. Pero aquí todo es pensamiento, belleza. Es como si una santa bendición del pasado permaneciera aún en la ciudad. Como una protección sagrada. Como un recuerdo dotado de vida.

.....

París está invadido de uniformes kaki. Se les ve en todas partes, en los cafés, en los teatros, por cientos y por miles.

Los norteamericanos son muy divertidos. Altos, macizos, atrayentes, se pasean del brazo de alguna linda modistilla, que con gestos expresivos y unas cuantas palabras de inglés, aprendidas al vuelo, trata de hacerles comprender... muchísimas cosas. En los restaurantes son ellas quienes les sirven de intérpretes, revisan las cuentas y velan con asiduidad por que no les cobren precios exorbitantes a sus buenosmozos. En cuanto a ellos, contemplan con admiración a sus encantadoras amigas, y en verdad los dos tipos parecen armonizar a maravilla.

¡París de noche! Una inmensa aglomeración de edificios en completa obscuridad.

Fuimos dos veces al teatro. En el Odeón vimos "Enrique

III y su Corte". En La Comedia Francesa, actores excelentes daban "El Mundo en que nos aburrirnos".

—Esta noche sentiremos a los Gothas, dijo mamá cuando volvíamos del teatro. Nos dirigíamos hacia la Plaza de la Opera y al Hotel Eduardo VII. La noche era muy clara, propicia a los aviones alemanes. Pero estaba escrito que dejaría París sin haber conocido la sensación de un raid aéreo.

Al día siguiente fuimos al Sacré Coeur, la magnífica basílica nueva; le dijimos adiós a la inmensa ciudad que se extendía a nuestros pies y esa misma noche dejamos París.

Dos días y dos noches de viaje ininterrumpido nos llevaron a Fiuggi. Al pasar nuevamente por Módena sentí un poco de pena al dejar Francia, pero las primeras palabras que oí en italiano me estremecieron. Me dí cuenta entonces de cuán fuertes son los lazos del pasado y de los recuerdos felices.

He vuelto a encontrar en Fiuggi el aspecto pintoresco y delicado de los campos italianos. Pero le dije adiós a los bosques inmensos, a las vastas soledades y a las praderas de la bella Francia.

Aquí el sol de verano ya ha quemado los campos. Las primeras lluvias tardan en venir y se cosecha el maíz bajo un cielo implacablemente azul.

Llegamos a Roma en los primeros días de Octubre. La Ciudad Eterna está en todo su esplendor otoñal.

La Villa Borghese extiende ante nosotros sus evocadoras sendas y las puestas del sol desde San Pietro in Montorio nos producen la misma intensa emoción de hace dos años. He vuelto a ver la majestuosa "Urbe urbis". Se ha renovado la impresión de grandeza que experimenté entonces y esta vez contemplo estos lugares con veneración.

Voy a visitar, escudriñar, conocer a fondo Roma y su esplendor.

Desgraciadamente los medios de transporte ofrecen serias dificultades. No se puede viajar en tranvía... Los coches están infestados. Una enfermedad muy peligrosa —la influenza española— invade Europa en estos momentos. La mortalidad en Roma es pavorosa y no se logra detener el flagelo; al parecer es un mal completamente desconocido.

Yo no me siento muy bien. No he sanado de la anemia. "La Victoria se acerca a toda carga" dice Clemenceau y Deschanel ha exclamado: "Es el Alba".

Sí, es el alba, el alba radiante del "día de gloria".

Roma.

Hoy día he paseado por la Villa Borghese. En ella abundan los rincones pintorescos, los senderos solitarios, los prados verdequeantes. Me detuve largo rato en el Jardincito del Lago. Allí a la sombra de los grandes árboles, faunos de piedra tocan en sus cornamusas la Canción del Pasado, que está hecha de silencio. Los cisnes se deslizan sin ruido en las aguas dormidas del estanque.

En el Pincio, la gran terraza estaba llena de gente. El sol descendía detrás de la Cúpula envolviéndola en un nimbo de oro.

Las campanas de Trinitá dei Monti tocaban melodiosamente el Ave María.

Caían las sombras lentamente sobre la Ciudad Eterna.

En la Plaza de España empezaban a encenderse las luces de gas, los escaparates de las tiendas atraían a los transeúntes. Libros, libros por todas partes. Allí, buscar libros viejos es un deleite.

4 de Noviembre.

¡Inmensa alegría!

Trento y Trieste son italianos. Por fin la Victoria ha venido a glorificar los años sombríos de guerra y de sufrimiento que precedieron a estos días de triunfo.

Parece un sueño. Trento y Trieste, por los que el pueblo italiano ha luchado y sufrido, han sido devueltos a la Patria.

Que los muertos descansen en paz. Sus vidas inmoladas hicieron realidad el ideal que defendieron.

Una semana de ofensiva ha borrado el ultraje de Capo-

retto, liberó las tierras irredentas y ha hecho llorar de alegría al pueblo italiano.

Asistí a una manifestación que no olvidaré jamás. De pie en nuestros coches en la Piazza Colonna vimos desfilar el imponente cortejo que se dirigía desde la Piazza del Popolo hacia el Vittoriale. La muchedumbre encabezada por una banda de músicos, pasaba agitando miles de banderas y gritando su inmensa alegría. De las ventanas del Corso, adornadas con el tricolor, llovían flores sobre el pueblo y los carros empavesados de los mutilados.

Fué grandioso, emocionante.

14 de Noviembre.

El otro día vimos inaugurar el monumento a Oberdan. La muchedumbre se dirigía cantando hacia el Pincio lleno de sol.

En torno a la viril figura del mártir italiano fraternizan innumerables banderas: el rojo de los comunistas junto al negro de los anarquistas y al blanco de la Iglesia. Todos los partidos, todas las opiniones, todas las tendencias se unen en un mismo cántico de gloria, en la apoteosis del héroe ya vengado.

Una de las manifestaciones más emocionantes de la victoria fué seguramente aquella en que las mujeres llevaron flores al monumento a Víctor Manuel II.

Flores para los muertos gloriosos.

Las madres y las esposas, las hermanas y las novias, las ancianas y las niñas, mujeres ricas y humildes, todas aquéllas que habían sufrido, se dirigían ahora hacia el Altar de la Patria a dar gracias por la victoria...

Y nosotras también fuimos, con el pueblo de Roma, a depositar flores en las gradas de mármol, blanquísimas bajo el sol radiante y jubiloso.

El peregrinaje duró todo el día.

Al atardecer, una alfombra perfumada cubría enteramente el inmenso monumento.

Ayer vino Kiki, una amiga, a buscarme para ir a ver la llegada del Rey a la capital.

El hermano y las dos hermanas de Kiki habían ido con anticipación a reservarnos sitio, y nosotras corríamos felices por las calles de Roma para alcanzarlos pronto. Hacía mucho frío pero la mañana era radiante. De pronto desembocamos en la Via Nazionale, donde un doble cordón de tropas, entre los que desfilan manifestantes obreras, nos impide inexorablemente la pasada.

Tenemos, sin embargo, que atravesar la calle a toda costa.

¿Qué haremos?

16 de Noviembre.

Kiki es muy bonita... les sonreímos a los soldados. Cuando se es joven y se sabe sonreír, en Italia se consigue todo. Sonreímos pues, suplicamos, y nos deslizamos por entre los soldados. Luego viene el río humano (formado por las mujeres de la manifestación) que tenemos que atravesar a viva fuerza. Recibo algunos golpes en la cabeza (propinados seguramente con una bandera por un espécimen de mi sexo). No importa... por fin estamos al otro lado... Allí también los soldados nos dejan pasar y llegamos así al Hotel Quirinal.

Allí nos esperan algunos amigos. Le habían pedido a una señora amiga que nos dejara ver desde su habitación el paso del Rey; pero desgraciadamente su ventana no daba a la Vía Nazionale. Esto no nos detiene, hacemos llamar al Director del hotel (a quien, por cierto ni conocemos), y Gina, la mayor del grupo, le pide con toda gentileza que nos deje ver desde cualquier parte este espectáculo único. El Director vacila, se confunde... los clientes del hotel tienen más derecho que nosotros... naturalmente... pero, en fin...

—Con un poco de prepotencia se consigue todo en este mundo, querida, me dice Kiki al oído, mientras los cuatro, triunfantes, ocupamos la primera fila de una gran ventana. Muchas damas y caballeros (los desposeídos clientes del ho-

tel, seguramente) se apretujan detrás de nosotros en el amplio vauo.

En la calle la animación llegaba al summum.

Detrás de los soldados, alineados en filas interminables a cada lado de la calle, está el pueblo; el pueblo inmenso que se empuja y se atropella por ver a su Soberano.

Ya viene.

Un gran estremecimiento recorre a la muchedumbre. ¡Ya vienel Después de tres años de guerra dura y cruenta, vuelve por fin y con él viene la Victoria.

Bulle el gentío. En las ventanas embanderadas se agitan miles de personas.

Esperamos... ¡Ya viene...! ¡Por fin...! ¡Allí viene!

Pasan bersaglieri a caballo, coraceros en uniforme de gala y finalmente el coche que conduce al Rey.

Muy pálido saluda a su pueblo, al pueblo romano. Vuelve de la Gran Guerra que ha hecho a Roma digna de su pasado.

Se siente pasar algo inmenso y bello por la ciudad que vió tantas victorias. Algo que grita en todos los pechos diciendo a los que no la conocían: "Yo soy la Gloria".

—Ahora vamos a ver la llegada del Rey al Palacio Quirinal, dijo Kiki, cuando hubieron desaparecido los últimos coches tras las unánimes aclamaciones.

—Pero, ¿estás loca?

—¿Cómo te atreves a meterte en medio de esa muchedumbre?

—Verdad.

—Este es un día que no volverá, digo yo, apoyando a Kiki.

—Lo sé... pero...

—Vamos... vamos...

Un momento después corriamos a través de callecitas angostas que acortaban el camino hacia el Quirinal. Pronto tenemos que retardar el paso, el gentío es inmenso. Nos tomamos de las manos por temor a perdernos.

Seguimos adelante, apresurándonos para llegar a tiempo. Y vamos penetrando cada vez más en la masa humana que se agolpa en torno al Palacio Real.

Entonces sucede algo espantoso.

Un choque terrible entre la multitud que se dirigía hacia la Plaza del Quirinal y otra muchedumbre que, presa de un pánico repentino corría jadeante en sentido inverso. ¿Qué había pasado? Algunas mujeres se desmayaron... otras se caían...

La marea humana se desbordaba sofocante, extraviada, irresistible.

Me sentí impelida, aventada. Nos dispersaron y me encontré sola con Kiki, nos sujetábamos con fuerza, nos abrazábamos desesperadamente para sostenernos. Yo pensaba vagamente en la Revolución Francesa, debe de haber sido algo así... Tuve una idea del horror de las multitudes desencadenadas, de lo que es el pueblo transformado en bestia humana... Después no pude pensar en nada. Todo en mí pasó a ser una especie de fuerza instintiva tendente a un solo fin: resistir, no caer, no dejarme ahogar por la inmensa ola que me arrastraba. Cientos de miles de personas se agitaban en la plaza.

Entonces tuve la sensación del peligro.

—Llama a ese teniente... ¡pronto!, me grita Kiki.

Hago un esfuerzo y alargando penosamente el brazo lo giro asir el cuello del uniforme de un oficial.

—¡Oh Dino, Dino... por piedad, sáquenos de aquí!, implora Kiki.

Y protegidas por él rehacemos lentamente el camino.

No es cosa fácil, pero ¡qué alivio! Allá lejos divisamos a Ana María y Francisco. Otro pequeño esfuerzo y estaremos con ellos. Nuestro oficial brega y sirviéndose de los codos y de sus hombros nos abre paso; por fin logramos reunirnos. Ana María está temblando, vió caer a un niño. Se asfixió y lo pisotearon.

En un coche lleno de gente que está detenido en medio de la multitud, veo dos personas desmayadas: una chica del pueblo, pobremente vestida, la otra... ¡Dios mío, es Gina, la hermana de Kiki! Perdió el conocimiento en los brazos de Ana María que la condujo hasta allí.

—¿Qué hacemos?

—Hay que sacarla pronto del gentío.

En el coche hay por lo menos diez personas. Una dama enérgica sube al asiento del cochero y toma las riendas.

¡Aferrarse al coche! ¡No se suelten! De un modo u otro pasaremos, grita Dino, que ha tomado el caballo por la brida y lo guía vigorosamente.

Su voz nos tranquiliza. Me agarro de la capota. Kiki pasa por debajo del caballo y viene a juntarse conmigo.

—Adelante.

Nunca olvidaré esta marcha terrible frente a la muchedumbre excitada, salvaje. Pronto fui arrancada de la capota protectora y lanzada ante las ruedas, golpeada contra el coche. Habría caído seguramente, ya sin fuerzas y sin aliento. si un caballero grande y macizo no me hubiera tomado de la cintura, constituyéndose —por decirlo así— en mi escudo viviente. A fuerza de amenazas, de injurias y de golpes, nuestro oficial logró hacer avanzar el coche. Lenta, muy lentamente, seguíamos adelante... Gina, desmayada y pálida como una muerta.

—Hermanita, hermanita...

—¿Dónde habrá una farmacia?, preguntamos al detenernos un rato por el alud humano que venía en sentido contrario.

Luego continuamos por la calle demasiado estrecha, atestada de gente.

Por fin, con inmenso alivio divisamos la farmacia. Sentimos la alegría de los náufragos que avistan una isla en medio del mar.

La hospitalaria sala está en penumbra. La luz entra suavizada por los vidrios amarillos y azules y se refleja en los grandes bicales alineados en los armarios de encina. La calle, el terrible gentío, todo eso ha quedado afuera.

Me hicieron tomar cognac y aspirar algo muy fuerte. Gina sigue sin conocimiento, desplomada en un gran sillón, con las facciones crispadas, castañeteando los dientes, agitada por fuertes estremecimientos.

La farmacia está repleta de gente. Personas llenas de inquietud rodean a sus amigos y parientes desmayados. Se

abre la puerta: traen en brazos a otra jovencita sin conocimiento.

El tiempo pasa con lentitud. Ana María llora amargamente.

Cuando por fin llegamos a Vía Veneto, nos despedimos muertos de risa. ¡Qué aventura! Por suerte Gina se había recuperado y nos esforzábamos en olvidar todo el horror de aquella mañana.

Sin embargo, al llegar a casa, la tensión nerviosa que me había sostenido hasta entonces, cedió bruscamente transformándose en una sensación de fatiga abrumadora. Me eché a la cama; tenía fiebre.

Pero al día siguiente me levanté. No quería faltar por nada a otro gran acontecimiento. Díaz volvía a la capital.

Lo ví pasar acompañado del General Badoglio desde una ventana de la Vía Nazionale. El pueblo rodeaba su coche, delirante de júbilo. Las lágrimas se han olvidado y ahora todo es regocijo y una inmensa alegría.

Asistí a la sesión histórica de la reapertura del Senado, a la apoteosis de la Victoria, como ha sido llamada.

Un hálito de epopeya pasaba sobre las cabezas blancas de los senadores mientras Orlando pronunciaba su magnífico discurso.

Estoy sola en Roma con mis padres.

Pasamos mañanas deliciosas visitando la ciudad, estudiando a fondo lo que ya conocíamos. Partimos muy temprano con nuestros libros. Vamos al Vaticano, por ejemplo, y empezamos a estudiar.

Horas gratas de estudio, teniendo ante nosotros, para ilustrar nuestras lecturas, las más grandes obras maestras de la tierra.

*Santa Margherita,
Invierno, 1919-1920.*

Hace un año que no escribo mi Diario. ¿Por qué?

...Los días huyen vertiginosos. ¡El tiempo pasa tan pronto a mi edad! Además, tengo la mala costumbre de dejar con mucha frecuencia las cosas para el día siguiente.

Desde hace tiempo tengo pena y remordimiento por haberte abandonado, querido Cuaderno, testigo de mi vida. Hoy me decido por fin a romper el silencio y seguiré con mi relato allí donde había quedado.

Las mañanas de Roma, radiantes, llenas de sol.

Mañanas inolvidables de goce artístico, de especulación intelectual en que errábamos por las salas del Vaticano, lugares sagrados para los artistas y los pensadores. Nos deteníamos largo rato ante cada obra de arte, leíamos sobre ella, me impregnaba de su alma, de su belleza, de su pensamiento íntimo. Ya eran el esplendor divino del Apolo, la humanidad abrumada del Torso de Belvedere, la blanca y esquiva "Castidad", o los frescos del Pinturicchio, resplandecientes de belleza y de color en los suntuosos departamentos de Alejandro VI, o bien, la mística capillita de Fra Angélico, recordándonos a nuestra amada Florencia o tantas otras maravillas las que atraían nuestra fervorosa admiración. Estudiándolas con entusiasmo, profundizándolas y asimilando su fuerza emotiva, gozábamos infinitamente.

Nunca podré olvidar la veneración con que contemplé los frescos de Rafael, joyas de perfección, y la Capilla Sixtina, realización de un sueño apasionado de Titán, soberbio triunfo del Arte.

Las salas inmensas, las galerías interminables del Vaticano se nos habían hecho familiares. No nos cansábamos de volver a ver aquello que más nos impresionaba. Por doquier teníamos nuestras preferencias, amigos hacia los cuales volvíamos con un placer redoblado, porque la ardiente comprensión de su belleza los había hecho humanos, los había hecho nuestros. Y cada día yo sentía crecer la fuerza de su atractivo, que hacía mi vida maravillosa en el mundo poblado por aquellas visiones.

Dedicábamos nuestras mañanas a la Basílica de San Pedro. Gran interés histórico en su magnificencia, pero demasiado suntuosa, demasiado barroca, para producir una íntima emoción.

Un día, interminables escaleras nos llevaron por una cantidad de terrazas y galerías suspendidas hasta la pequeña bola

de bronce que corona la cúpula. Penetramos en el globo dorado que, desde abajo, no parece más grande que una de esas bolitas con que me llenaba los bolsillos cuando niña. Permanecemos allí unos instantes, suspendidos entre la enorme cúpula y la quieta inmensidad del cielo invernal.

A veces vagábamos por los jardines del Vaticano y los parques de Roma. Esos parques solemnes y silenciosos, donde la soledad parece poblada de fantasmas, están llenos de misterio y guardan secretos que no serán jamás revelados.

Y las horas pasadas entre las ruinas...

¡El Foro, el Palatino, las Termas! La voz calla ante tanta belleza. Es algo inexpresable. Baste saber que yo tenía dieciséis años... y que me estremecía ante esos vestigios de gloria.

Revivíamos la gloria.

Estudiando con empeño, reconstruíamos en nuestra imaginación cada lugar, cada templo, cada palacio; nos transportábamos a los siglos de esplendor.

O bien, nos deteníamos, dejábamos a un lado los libros para admirar en las ruinas su belleza presente, cautivados por el encanto infinito de lo que fué, mientras los rayos del sol jugaban entre las blancas columnas. ¿Es todo eso el sepulcro o la apoteosis del mundo que existió...? ¡A veces yo me sentía tan insignificante! Mi pequeño "yo" se anulaba en medio de tanta grandeza. Y en ciertos instantes, parecía como si me nacieran alas...

.....

Vivíamos en el Hotel Flora. Situado en la parte más alta de Vía Veneto, daba a la Villa Borghese. Las ventanas de nuestras hermosas habitaciones encuadraban una vista encantadora. Cuando reposábamos después de aquellas mañanas tan llenas de actividad oíamos a los organilleros que tocaban en la calle. Las cálidas voces italianas entonaban canciones impregnadas del espíritu del país: *Reginella*, *Bambina*, *Come pioveva*, "Pequeña Reina", "Niñita", "Cómo Llovía", con su melancólico estribillo: ...y yo pensaba en un sueño lejano... Las canciones en Italia forman parte de la vida misma. Todo el mundo las canta, las silba, las entona.

Entre tanto se acercaba Navidad. ¿Iríamos a celebrarla en casa o esperaríamos en esta Roma estremecida de entusiasmo la llegada de Wilson, el hombre predestinado, el profeta que veneraría en el futuro la Era que empezaba?

Mamá y papá me daban a escoger. Como es característico en mi modo de ser, en secreto, y contra mi buen criterio, ansiaba regresar.

Abandonamos la bulliciosa capital para pasar unos días de ensueño en los *Castelli Romani*.

Tívoli con su Villa d'Este me había maravillado ya en otros tiempos con sus divinas cascadas; con la Villa Gregoriana, coronada por el Templo de la Sibila, con la Villa Adriana, vestigio impresionante de un sueño de esplendor. Después venía Frascati con sus parques grandiosos y solitarios, donde los viejos árboles que se deshojaban poco a poco, me recordaban —con el duelo de la Naturaleza— otro duelo que también había sido mío y que había tenido estos lugares por testigo. El otoño melancólico me hablaba del fin cruel de una primavera, de una primavera humana que yo conocí... (*).

En Castel Gandolfo había un lago diáfano, rodeado de antiguas villas que se miraban en sus aguas. Otros pueblitos pequeños con viejas casas derruidas y miserables se agrupaban en torno a una vasta terraza solitaria. Contemplada a la hora triste del crepúsculo, la inmensa campiña romana tenía algo lacerante que oprimía el corazón. ¡Qué pronto pasaron esos días!

Recuerdo que en las Termas de Caracalla escalamos un alto muro y nos introdujimos por un largo corredor subterráneo. (Estos caminos de contrabando eran para mí especialmente interesantes). Llegamos así a un templo oscuro y misterioso: el templo de Mythras (según supimos más tarde, después que abandonamos este lugar tenebroso) recién descubierto y cuyo acceso aun no estaba permitido al público. Únicamente lo conocían algunos sabios y el Príncipe heredero, que había sido especialmente invitado, según nos explicó el guardia al salir. Rehusó dejarnoslo visitar en forma oficial.

(*) Carlos Pinto, murió a los veinte años en Frascati.

¡Qué gran compañera era mamá en estas excursiones! Me rodeaba al mismo tiempo de su amor maternal y de su genio de artista.

Una tarde que volvíamos por la Vía Sixtina, después de tomar el té en la confitería de Piazza di Spagna y de haber comprado unos libros donde Miss Wilson, una anciana inglesa que hacía la atmósfera de su librería sumamente acogedora, mientras caminábamos plácidamente gozando del dulce atardecer de un día feliz, me dijo mamá: "Disfruta, Minina, goza de toda esta belleza, goza de todo lo que la vida te concede con largueza. Goza tanto como puedas, en forma intensa, del momento presente. Junto con los recuerdos felices es el único tesoro que *verdaderamente* nos pertenece, y en reconocimiento a Aquél que nos lo ha dado hay que tratar de disfrutarlo por entero... Después, nunca se sabe... *Cuando una menos lo espera, algo, un acontecimiento cualquiera, puede venir a cambiarlo todo, a trastornar la dulce paz de nuestra actual existencia.* Y entonces recordarás estos días dorados de Roma. Goza, Minina, del instante que huye..."

Ocho meses después recordaría estas palabras.

.....

Nuestra partida se acercaba. Pasó el tiempo como un relámpago y llegó el día en que vimos por última vez la Piazza d'Esedra engalanada con las astas rojas que deberían lucir los gallardetes para el arribo de Wilson.

Partíamos, sin embargo, pues Wilson no precisaba el día de su llegada y no sabíamos hasta cuándo tendríamos que esperarlo.

Cuántas veces me felicité después de esta decisión de la que mis padres me habían hecho árbitro absoluto.

Wilson cayó... como tantos otros. Su misión, en verdad, era divina, y el pobre no era más que un hombre, en la acepción menos amplia de la palabra. Un pequeño espécimen de nuestra humanidad. Pronto aquellos mismos que le habían cantado alabanzas, sólo tuvieron voz para gritar sus mezquindades, su estrechez de espíritu, su triste debilidad, su ciega obstinación.

Pero nada, nada podrá apagar el recuerdo radiante de una Navidad en el hogar. Ahora, a medida que el tiempo pasa, me parece cada vez más luminoso. Tuve razón, después de todo en dejar a Wilson, el profeta de un día, por esta fiesta sagrada del hogar, de la familia, tan solemne y, al mismo tiempo, tan tierna.

Estos recuerdos felices son como antorchas que nunca se apagarán y que iluminan la tristeza con el resplandor mágico que tienen las cosas del pasado.

¡Ah! Después, cuántas veces hube de alegrarme de esta vuelta al hogar, que debería encender una antorcha más en mi ruta sombría...

Llegamos el 23 de diciembre a la Torrossa y casi no había tiempo para organizar la fiesta. Cuando atravesamos Florencia compramos un lindo abeto. Se trataba ahora de cubrirlo con brillantes ornamentos, de erigir el Pesebre, desempacar las maletas, instalarnos en casa después de una ausencia de más de cinco meses y de una cantidad de otros pequeños detalles en que había que pensar para obtener un éxito completo.

La mañana del 24, mamá entró muy triste a la biblioteca donde yo me debatía frenética en medio de un caos de papeles, cajas y verdor y exclamó consternada en un tono muy distinto al de su ánimo sonriente y animoso de costumbre:

—Nunca estará todo listo para la noche.

—Ya verás que todo saldrá bien, déjame no más, Chéri-chen, respondí.

Trabajé febrilmente todo el día, sabía que el éxito de la fiesta dependía sólo de mí.

Y la noche me encontró dando los últimos retoques al maravilloso "Pesebre" que se elevaba ante la gran chimenea. Esta vez era obra mía y lo contemplaba con orgullo mientras que mamá y Memmo, nuestro amigo el soldadito, colocaban las últimas velitas en el árbol que centelleaba como una joya.

Me puse rápidamente un lindo traje blanco y corrí a abrazar a Alma, a Mrs. Baumgarten y a Lidia, que como todos los años precedentes, habían sido invitadas a compartir con nosotros esta fiesta íntima. Me encuentran muy crecida y

me llenan de afectuosos elogios (en la alegría de volverme a ver, mis amigas queridas); me cuentan radiantes y emocionadas que Giacomo, el novio de Alma, que estuvo durante mucho tiempo prisionero en Austria y que escapó después, pudo venir hace pocos días a visitarla por unas horas. Mi pobre Alma, cómo se merece este cálido rayo de sol que ha venido a iluminar su vida.

¡Feliz Navidad!

Cuando llegó el momento, al son de la música empezó a llenarse la sala con un grupo de servidores y campesinos que se alinearon cerca del Pesebre. Muchos niños rodeaban al divino Jesús y yo, a pesar de mis dieciséis años, me sentía muy bien entre ellos. El pequeño Jesús parecía bendecirnos con su sonrisa luminosa.

Y luego... ¡ah...! un estremecimiento de curiosidad pasa por la pequeña asamblea; miradas furtivas se deslizan hasta los rincones oscuros de la estancia. Por todas partes hay pequeños paquetes mal disimulados, misteriosos, fascinadores, paquetes que prometen lindas cosas, anheladas, quizás, desde hace mucho tiempo...

Afuera está oscuro, es una noche glacial de Diciembre y los campos y los bosques que rodean la casa están en tinieblas y solitarios.

Aquí en torno al Pesebre, en la bendita luz que irradia, todo es fiesta, felicidad, piedad y amor.

La víspera, como todos los años, les dimos permiso a los empleados para que fueran a sus hogares.

Memmo y yo habíamos preparado el almuerzo y también el muy opíparo que llevábamos en ese día a todos los campesinos. (Otra costumbre tradicional de la Torrossa).

En la noche preparamos la comida. La electricidad había sufrido un desperfecto y tuvimos que encender velas. Pif, mi gato, se aprovechó de tantas tinieblas y tanta confusión para robarse la carne. Lo perseguimos, lo sermoneamos, se la arrebatamos... y continuamos en la preparación de nuestros platos. No podemos dominar una risa loca que nos sacude cuando Memmo, con toda gravedad, trae el hermoso filete a la mesa...

—¿Es la carne del gato...?, pregunta papá receloso, cons-

ciente a medias de la catástrofe... Su expresión en ese momento es indescriptible.

31 de Diciembre de 1918.

La lluvia golpea contra los vidrios, el viento ruge en la obscuridad. Otro año que termina para siempre.

Acabo de leer lo que escribí el 31 de diciembre de 1917 y en general no me siento descontenta. He descubierto que soy mejor de lo que creía.

Termino en la misma forma, deseando un feliz año a los que quiero y a los que me quieren.

.....

En el colegio encontré sólo a dos de mis antiguos compañeros; son por suerte, mis predilectos: Francesca y Fritz.

Fritz ha crecido mucho y sus ojos de joven coloso benévolo siguen con admiración a Francesca, que es la más linda muchacha que se pueda soñar. Los tres somos excelentes amigos.

—¡Qué chiquilla tan bonita— fiiiuuuuu...! exclamó un día Fritz al ver a una nueva interna que acababa de asistir a nuestra clase de literatura.

Es evidente que Francesca, nuestra amiga Helen y yo, no podíamos perder una ocasión tan tentadora de embromarlo. "La novia de Fritz" (como quedó bautizada desde aquel día) pasó a ser el objeto fértil e inagotable de las mil torturas morales con que nos complacíamos en atormentar al gigante bonachón. "La novia de Fritz" tenía unos ojos inmensos y expresivos y era muy inteligente.

Cierto día, un rumor sensacional se esparció entre nosotros:

"La novia de Fritz" usaba peluca. Alguien la había visto con el pelo cortado al rape. Gran sensación entre todos nosotros, redoblada, seguramente, en el corazón del pobre Fritz.

Pero, he aquí que un día la clase queda impresionada por la aparición de "la novia de Fritz" con la cabeza rapada,

una linda cabeza que parecía la de un muchacho. Llegó, nos miró a todos con osadía y displicencia, y se dirigió a su asiento en medio de un silencio sepulcral, lleno de turbación y de respeto. Quedaron vencidos nuestros pequeños prejuicios en cuanto a usos y costumbres. (Más tarde nos confesó, sin embargo, que había necesitado de todo su valor para hacer esa entrada sensacional ante nuestras miradas atónitas).

Beatriz (a quien llamábamos antes "la novia de Fritz"), por su modo de ser parece mayor que nosotros. Su padre es italiano y su mamá, inglesa. Ha sufrido mucho, ha vivido más que nosotros. En ella se vislumbra ya la jovencita y su gracia tiene el atractivo de un capullo que empieza a florecer. Puede pasar de la violenta cólera a la dulzura angelical. Su conversación puede bajar a las oscuras simas del más extremado pesimismo, o bien, puede remontarse ligera y espiritual y hacer resonar más alegres nuestras risas en los adustos muros de la querida escuela... compañera juvenil de nuestras juveniles horas.

Sentada ante mi pupitre, en la pequeña sala llena de rostros amigos, mis felices mañanas pasaban rápidamente. A la derecha tenía la ventana, abierta siempre de par en par, que daba precisamente a la querida colina de Fiésole, donde anidaba mi hogar; lo distinguía desde lejos y con frecuencia mis miradas, llevando con ellas el pensamiento, abandonaban la sala de estudio y los problemas de aritmética para ir a vagar a la ventura por los lugares queridos.

Todas mis compañeras me demostraban cariño. De todas partes recibía miradas afectuosas, palabras amables. Miss Penrose, querida por todos, me tenía gran amistad. Yo era la preferida de Mme. Aurel (la profesora de francés) que se interesaba especialmente por mí. Insistía en hacerme escribir y siempre elogiaba mis composiciones. Empezó la serie de temas que me dió para desarrollar por: "Consideraciones sobre el siglo XVIII". Escribí un largo ensayo que me valió un lindo 9.

Sólo Miss R., antipática con todos (excepto con Fritz) era a veces especialmente desagradable conmigo. Nunca pude comprender esa hostilidad tenaz, que me perseguía hasta en el terreno del estudio. Cuando dió un tema difícil: "La Razón

sin la Fuerza es una iniquidad. Sólo hay una cosa peor que la Injusticia, es la Justicia sin la espada en la mano", puse todo mi esmero en desarrollarlo en la mejor forma, mereciendo un "Muy bien, Minina" de mamá. Miss R., con un silencio frigorizante me acordó un escuálido 7. Otro tema, muy de Miss R. fué: "una carta declining una invitación a almorzar que ya ha sido aceptada". Para hacer mi carta menos aburrida inserté una descripción cualquiera: "Demasiado literaria, alejada por completo de la idea", declaró, no sin razón, pero demasiado secamente Miss R. Estaba claro, yo no tenía suerte con ella. Por fortuna, el día de composición (mi día predilecto con las otras profesoras y de desgracia con Miss R.), dejó de darnos temas para desarrollar; cuando más, eran poesías que debíamos poner en prosa; o bien, nos leía un cuento que transcribíamos después. Tal vez esto fuera útil, aunque mi cerebro nunca pudo percibir tal utilidad, pero, en todo caso me parecía abrumador. Sentía como si me paralizase poco a poco, lentamente se sumergían mis facultades en el abismo de un tedio fatal.

Un día, una nueva profesora de italiano, la señorita K., nos dijo de pronto:

—Quisiera que de hoy en quince días preparasen el siguiente trabajo literario: "Comparación del Jaufré Rudel de Carducci con el de Browning y el de Heine".

¡Ya era hora!

...Mi corazón dió un salto de alegría. En silencio, inclinadas sobre nuestros cuadernos escribimos el título del tema; era el primero que nos daba la señorita K. Cuando hubimos terminado, la profesora agregó:

—La mejor composición será leída en voz alta.

—Lily, hagámosla juntas— me dijo Francesca.

—Por cierto, ¡magnífico!, le contesté.

Pero la semana siguiente la señorita K. nos dijo:

—El tema que les he dado ha sido considerado muy difícil por las profesoras que las conocen mejor que yo. Desarrollarán, por tanto, uno más fácil; "Un bello sueño", por ejemplo.

Lo comprendí todo. Unos días antes, Francesca y yo le

habíamos pedido a Miss R. que nos leyera la poesía de Browning, "Rudel to the Lady of Trípoli", lo que hizo con suma complacencia explicándonos los pasajes más difíciles. Pero yo que la miraba, había visto que mientras leía se dibujaba en sus labios una sonrisita irónica: "Jamás estas chicas lograrán escribir algo sobre este tema. No son capaces", decía claramente esa sonrisa. En ese instante decidí hacer un éxito de mi composición y aplastar el espíritu escéptico de Miss R. Y ahora que Miss K. nos cambiaba el tema me aferraba más que nunca a mi resolución.

Después de la clase, Francesca me dijo valientemente: —Oh, Lily, no quiero cambiar el tema, estoy segura de que podremos desarrollarlo.

Algunos días después fuí a su casa para trabajar juntas en la composición.

La villa, una antigua casa pintoresca y espaciosa, se eleva en la colina de Montughi. Allí reinaba entonces la atmósfera más alegre y encantadora que se pueda imaginar. Ya había estado de visita en el verano y —a pesar de mi gran timidez— sentía gran placer al encontrarme de nuevo en ese ambiente, tan feliz, extraño y lleno de atractivo, en torno a la mesa redonda, en el hogar de mi querida Francesca. Sus padres se sentaban uno junto al otro en grandes sillones. Un perrito había logrado instalarse entre los dos, y en derredor, formando una hermosa corona, estaban las caritas radiantes de belleza y de frescura de sus ocho niños.

Era una familia maravillosamente dotada. El padre y la madre cantaban, las hijas danzaban, los dos niños mayores eran músicos. En cuanto a los dos más pequeños, dos bebés casi, no tenían por el momento otra misión que la de alegrar la casa con su presencia.

Y la feliz confusión de la juventud, la seria ternura un poco patriarcal de los padres, y el respeto y la veneración con que sus hijos los rodeaban, con que todos rodeaban a la madre especialmente, formaban un conjunto iluminado por la felicidad.

Después de almuerzo Francesca me llevó a la cocina, donde distribuyó la comida para los animales. Les dimos de co-

mer a las gallinas y a Zora, la hermosa yegüita árabe de Francesca, y volvimos a la casa, donde resonaban risas y canciones.

En la gran habitación que Francesca compartía con su hermana nos pusimos a trabajar. Fué una hora deliciosa. Leíamos, sacábamos apuntes, yo traducía, explicaba... Luego, conversando así, nuestra charla saltó de tema en tema... lejos, muy lejos de Jauffré Rudel, el héroe del amor, que fué abandonado a su suerte. Y surgieron dos almas que se abrían, que se descubrían una a otra, sorprendidas y maravilladas ante todo lo que se les revelaba. Hablamos como nunca lo habíamos hecho antes. Tocamos lo más sagrado de nuestros corazones: nuestras madres... Dios.

—Nosotros somos libre pensadores— me dijo Francesca.

Pero su religión era llena de belleza, y también llena de verdad. Amaban a Dios y lo veneraban y lo servían con una intensidad mucho más profunda y simple que la de otra gente que se cree cristiana.

La señora B., la madre, le ha dado a cada uno de sus hijos un pequeño libro que va llenando con pensamientos. (Hoy deben ser ocho reliquias...)

Empezó a obscurecer y entonces recordé que debía dejar la colina de Montughi y tomar el camino de la mía, donde mi nido me esperaba. Francesca debía venir a su vez a almorzar a la Torrossa con Marta (una miniatura de hermanita). Vinieron las dos a buscarme al colegio con el cochecito y Zora (Francesca no había ido a clases, pues la noche anterior había ido a un baile). Subimos por los poéticos caminos hasta la Torrossa. Zora quedó instalada en las cabañerizas al lado de Nella, que chiquita y afectuosa olfateaba amablemente a su compañera. La presencia llena de gracia de Francesca dejó encantado a todo el mundo. Mamá le tomó cariño en seguida.

Después de almorzar, corrimos al gallinero, dimos de comer a los pollos y a los conejos, y partimos por los campos, tomadas del brazo y con los ojos llenos de luz. Era uno de esos días maravillosos en que nos parece sentir un hálito de primavera. Caminábamos en medio de la esplendente naturaleza, mientras el sol nos acariciaba y la brisa jugaba con

nuestros cabellos. Una vez que hubimos atravesado la quinta nos internamos por los bosques de Aiazzi, y por un sendero del Monte Ceceri llegamos a la "Bella Cave".

Y allí, ante ese templo de la Soledad, cuyas columnas gigantes rodean las aguas misteriosas y adormecidas, esas aguas de color glauco donde las gotas al caer incesantemente de la bóveda producen una maravillosa y triste melodía, nos detuvimos largo tiempo a soñar. ¡Cuántos recuerdos guarda para mí ese lugar, cuántos recuerdos...!

Después seguimos nuestro camino, trepando por los senderos rocosos, deslizándonos en las ásperas pendientes, al acaso, sin pensar, gozando de la bienhadada libertad de este glorioso día de sol.

La gran Naturaleza les habló muy cerca ese día a las tres niñas que corrían por los campos desiertos.

Después le mostré a Francesca mis apuntes sobre el trabajo literario que había sido, por así decirlo, el motivo de nuestras recíprocas visitas.

Una mañana de la semana siguiente, estando toda la clase reunida, la señorita K. nos iba a entregar las composiciones. Dejó los cuadernos y unas cuantas hojas sueltas sobre la mesa, y dijo:

—La mejor composición es la de Lily Iñiguez. La felicito. Tómela y léala en voz alta.

Roja como una amapola y confusa como una liebre ante una comisión de sabios, obedecí, y leí como pude, las páginas que la profesora me había entregado sin una sola corrección.

Fué un pequeño triunfo. Cayó sobre mí una lluvia de elogios que nunca terminaba. La composición de Francesca también fué considerada buena. ¡Qué gran alegría para los dos!

19 de Marzo de 1919.

¡Qué día tan feliz!

Hoy he cumplido los "dulces diecisiete años". (*)

A mediodía recibí los presentes de todos nuestros fieles

(*) Alusión a la expresión inglesa "sweet seventeen". (N. de la T.)

servidores, conmovedores testimonios de leales afectos. Después vino el regalo de mamá, un magnífico mueble, hecho expresamente para ser agregado a mi antigua biblioteca, ya muy estrecha para contener todos mis libros, esos bellos libros amigos, con sus pastas patinadas por el tiempo, descoloridas por las caricias de mis manos devotas.

El comedor estaba totalmente decorado con flores de almendro color rosa. Enormes ramos de almendro con tules rosados adornaban la mesa del comedor cubierta de pasteles y cosas apetitosas.

Después de un té-comida pasamos a los salones y el baile empezó.

Sonrosados, felices, con toda la frescura de un alba muy pura, comenzaron mis diecisiete años en medio de risas y de afectos.

—Nunca olvidaremos este día— decían todos.

Esta lucida fiesta fué seguida por muchísimas otras del mismo estilo. Los domingos —día de recepción— nuestros amigos acudían en masa a la Torrossa y la juventud se entregaba a los juegos y a las carreras por el campo. Ahora el baile se había implantado y cuando volvíamos de los bosques, del columpio o de jugar croquet, bailábamos vals o fox-trot. Siempre éramos más niñas que muchachos, pero eso no disminuía en absoluto la alegría loca de esas horas de esparcimiento.

A menudo Cepparelli nos leía alguna de sus monografías deliciosas y Colachi, sus bellos poemas. Y las horas pasaban...

.....

Un día hice una hermosa excursión en bicicleta y con un grupo de amigas pasamos toda la mañana en las Cascine.

En otra oportunidad León (uno de los admiradores de Francesca), que habitualmente venía a buscarla a la salida del colegio), llegó en su motocicleta. Francesca no había asistido a clases esa mañana y León me dijo que subiera en el "side-car" para llevarme a la Torrossa. La motocicleta es el vehículo más maravilloso que existe, es muchísimo mejor que el auto, pues siendo más pequeño, produce la sensación de que

una vuela sola en el espacio. La primera experiencia me encantó.

Los sábados eran el día de los Bergeot. Daban las más grandes recepciones a que he asistido. La enorme sala de conciertos se llenaba de gente. Las cuatro hermanas bailaban sus danzas maravillosas, únicas. Los muchachos tocaban el violín y el piano. La señora Bergeot cantaba. Después sacábamos las alfombras y la enorme sala quedaba convertida en pista de baile. Formaban un lindo espectáculo todas esas niñas rodeadas de admiradores y de "galanes"; todos los jóvenes estaban locos por Francesca. Pero yo, demasiado niña y tímida, no disfrutaba de esta parte de la fiesta. Era la primera en retirarme, pues la Torrossa quedaba muy distante. Era hermoso regresar por los campos con la linda Nella trotando delante del coche y el buen Gianni conversando de esto y de aquello...

Pero comenzaron los exámenes y tuvimos, entonces, una semana de trabajo febril. Estudiaba desde la mañana muy temprano y la noche me encontraba aún inclinada sobre mis apuntes. Luego venían las horas en que, reunidas en la sala de clase, ante las solemnes hojas blancas, alineábamos cuidadosamente las respuestas frente a las numerosas preguntas, bajo la mirada impassible de las profesoras. A pesar de su fría presencia, algunos papelitos, ¡ay!, muy pocos, conseguían deslizarse bajo los bancos, llevando un nombre o una fecha. Solamente el raspear de las plumas que corrían rápidamente sobre el papel animaba el silencio.

Esta atmósfera de estudio y de competencia era sobrecogedora. ¡Qué alegría cuando sabíamos responder, qué angustia cuando algo se nos escapaba! Y cuando una profesora, después de haber examinado nuestros trabajos venía a decirnos que estaba contenta... Cuando recibimos las felicitaciones de Miss R. por nuestra Historia Egipcia, recuerdo que me lancé en brazos de Elena y bailé una giga con ella en tanto que Fritz exclamaba: "quisiera encontrar a un muchacho a quien abrazar".

Vino por fin la entrega de los diplomas ante una muchedumbre de mamás y alumnos. Miss Penrose, rodeada por las profesoras, leía en voz alta los resultados de los exámenes.

Empezó por el Curso Superior. A la cabeza de cada materia estaba mi nombre. Solamente en Literatura Inglesa —examen para el cual no me había preparado— me aventajaba Berta B. Pero en todo lo demás, Historia Universal, Historia del Arte, Historia de Egipto y de la India, Historia del Islamismo, yo era, desde lejos, la primera. Lo mismo en Italiano, en Composición, en Historia y Literatura Francesa, en suma, en todas las materias.

Miss Penrose interrumpió la lectura para decir en palabras encantadoras, que Lily Iñiguez, una chilena, era la primera entre las inglesas, primera entre las italianas, etc.

Toda la sala prorrumpió en aplausos. Las profesoras, los apoderados, mis compañeros, todos aplaudían y me ovacionaban largamente. Viví un momento de gloria pero todo mi ser se concentraba en un deseo infinito de silencio y en una verdadera necesidad de retener las manos de Beatriz, que era quien estaba más cerca de mí y aplaudía con todas sus fuerzas. ¡Qué emoción!

Guardo con ternura el recuerdo de esta manifestación hecha solamente para mí.

Antes de separarnos para las vacaciones de Semana Santa todo el colegio partió en masa a un gran Paperchase. El lugar escogido fué el bosque de Vinglone. Cargados con nuestras cestas con el almuerzo, todos desfilamos como una larga cinta multicolor a través de los alegres prados. Un día feliz de "pic-nics" y de "cacería" transcurrió bajo los pinos centenarios que cubren las colinas de Vingone.

El último día de colegiala que pasé con Francesca fuimos a San Marco. De dos en dos, en interminable fila partió el colegio de Vía del Castaño hacia el Museo. Yo iba con Francesca, y Fritz, caminaba muy posesionado de sí mismo, al lado de Miss Penrose. En el viejo convento vivimos una hora llena de encanto. La intensa paz apenas si se veía turbada por el hecho de que Aubry, Enrique y otros alumnos, impresionados por la novedad del ambiente se habían lanzado en carreras desenfrenadas por los corredores, las escaleras y las celdas, mientras Miss Penrose exclamaba:

—¡Esto es verdaderamente chocante!

En la celda de Savonarola (en el muro de la derecha, entrando) deben estar todavía los nombres de Francesca, el de Fritz y el mío.

Al día siguiente empezaron los exámenes y sólo hablé apresuradamente con Francesca. Después no fué más al colegio. Su mamá debía ser operada urgentemente.

La señora B. murió la mañana de Pascua de Resurrección.

El pájaro azul se había escapado del hogar en que hubo antes cantos y alegría.

—Nuestras ideas religiosas nos enseñan a no llorar a nuestra madre como perdida. Ella está siempre con nosotros. Querer lo que Dios quiere es lo único que nos devuelve la calma—me decía desolada la pobre Francesca.

He continuado yendo al colegio donde hemos estado atareadísimas en los ensayos de una comedia.

Representamos "The Christian", de Sheridan, con tal éxito que tuvimos que darla nuevamente en el jardín del colegio.

Mamá no asistió a las representaciones. Una afección a la pleura que pronto se transformó en una leve pleuresía la retuvo en cama. Era algo molesto, pero sin gravedad. Yo no me daba cuenta de la tempestad que se preparaba.

Entre los más dulces recuerdos está mi primer "pic-nic" a la luz de la luna. Una tarde de primavera divinamente hermosa, una tarde toscana velada de poesía, vinieron mis compañeras Maggie, Marilice y Ema, a buscarme para ir a San Francisco, donde nos juntaríamos con un numeroso destacamento del colegio.

Sentadas allí en las viejas gradas de la pequeña iglesia —mientras tañían las campanas y los sonos del órgano venían del interior— vivimos las cuatro este crepúsculo. Junto a mí tenía a tres amigas queridas y hablábamos de la belleza que nos rodeaba y de la dulzura de nuestra religión.

La noche descendía lentamente y las sombras invadían los campos.

De pronto llegó Miss Penrose con Beatriz, Luciana, las B. y Audrey (solamente los grandes, exceptuando a Audrey...) ¡Ni

uno solo de esos niños terribles, que alivio, aunque los pobres se sientan frustrados!, suspiró Miss Penrose.

Las tinieblas cubrían el valle y solamente la vaga claridad de esa noche de junio erraba por el prado de San Francisco.

Sentadas sobre el césped comíamos conversando y riéndonos a carcajadas, disfrutando de nuestro pic-nic hasta lo infinito. El pequeño convento soñaba en la sombra. Entonces...

La lune se levant dans un ciel sans nuages

D'un long réseau d'argent tout à coup l'inonda... ()*

Un mundo nuevo, secreto, se despertó en torno a nuestro magnífico festín. El valle, como una visión fantástica, huía misteriosamente tras de los grandes cipreses solemnes. El himno de los campos subía al cielo inmenso.

Sueño de belleza y de alegría.

Hicimos cuadros plásticos ante el pórtico de San Francisco.

Miss Penrose estuvo muy cariñosa conmigo y preguntó con mucho interés por mis padres, mientras yo hacía de Julieta y ella encarnaba a Romeo. Luego, con los cabellos sueltos representé a la Venus de Boticelli mientras Miss Penrose e Iris soplaban con todas sus fuerzas y Marilice me echaba un abrigo sobre los hombros.

Los espectadores tenían que adivinar el significado del cuadro en que solamente se destacaban entre las sombras nuestras claras siluetas bajo los rayos de la luna.

Gritos de admiración, risas locas, vibraban en la paz del pequeño convento dormido. Quizás nunca tanta alegría y tanta juventud turbaron el silencio de medianoche en San Francisco. En derredor nuestro todo era soledad. Dentro de nosotros todo era alegría, emoción. Nos sentíamos encantados por la belleza infinita de esas horas.

(*) La luna, —levantándose en un cielo sin nubes— en su larga red de plata de pronto lo inundó. (Musset).

Deja para más tarde, iglesita, tus sueños llenos de unción. Danos este espejismo de belleza que nos acompañará mucho, mucho tiempo.

A eso de la una y media de la mañana los ecos del camino de Fiésole despertaron al paso de un grupo alegre que bajaba cantando *Clementina y Primavera*:

*"¡Nunca volverá
como un sueño se irá
la juventud,
la bella edad!"*

.....

Este es ¡ay!, el último día de clases. Se ha proyectado para la tarde una expedición artística. A la hora fijada, todos los alumnos grandes, llevando como respeto a Miss Penrose, invaden un vagón que en rápida carrera los lleva hacia Prato.

Reina la alegría. Maggie, Beatriz y yo no dejamos de embromar al pobre Fritz en todo el trayecto. Luego llegamos a nuestro destino y el alegre grupo se desborda lleno de entusiasmo por las calles tranquilas de este pueblecito dormido.

Vamos de una a otra joya del arte, guiadas por Miss Penrose, perfecto cicerone, y por fin, nos encaminamos hacia la Catedral.

Fuí yo la de "la idea".

—Me gustaría tomar helados, exclamé.

Pasábamos delante de una pastelería atrayente. No, Miss Penrose dice que no tomaremos té hasta más tarde. Pero, hace tanto calor...

En realidad no pensábamos en nada "extraordinario".

Pero... dejando pasar el grueso de la expedición nos escabullimos en la pastelería. "Nos" quiere decir Beatriz, Maggie, Fritz, Enrique y yo.

—Helados sólo hay en la plaza de la Municipalidad.

Salimos decepcionados. Nuestra caravana ha tomado otra calle, ya desaparecen, dejémoslos.

Sintiendo en nuestras almas todas las delicias del fruto prohibido decididamente les damos vuelta las espaldas y muer-

tos de la risa corremos hacia el café indicado. Nos sentamos majestuosamente:

—¡Helados para cinco!

—¿Grandes o chicos?, pregunta gentilmente el mozo.

Respuesta a coro:

—¡Grandes!

Los traen, son inmensos. ¿Cómo hacer para terminarlos pronto? Nos demoramos a pesar nuestro, los saboreamos con delicia y nos reímos tanto que apenas avanzamos.

Por último, Fritz se levanta y paga todo. Mucha fineza de su parte. Pero los acontecimientos se precipitan. Beatriz viene de la pieza vecina acompañada del mozo que trae nuevamente cinco enormes helados.

Es inútil protestar, tenemos que aceptar esta segunda invitación.

Lanzando ¡ohs! de alegría continuamos el festín. Enrique, testigo accidental de esta escapada de los grandes, está en éxtasis.

¡Cómo nos divertimos!

Ahora me toca a mí. Por nada en la vida, habríamos podido probar otro helado, por eso invito a todo el mundo a la confitería. Allí nos hartamos de pasteles e inquietándonos de pronto, nos llenamos los bolsillos de chocolates y partimos en busca de nuestros compañeros.

Los encontramos saliendo de la Catedral después de una escrupulosa visita y... cae el chaparrón. Miss Penrose estaba furiosa.

—Y ahora no podrán ver nada. Están cantando vísperas ante los frescos. Pero entren a la Catedral, terminó con voz encolerizada.

Seguidos por las miradas llenas de reproche de nuestros compañeros, obedecemos silenciosamente. Y nos separamos de nuevo, ellos para ir a tomar café con leche y pan con mantequilla y nosotros, para sumergirnos en el frescor de la iglesia.

—Imagínate, café con leche— cuchichea Beatriz, y recuperamos nuestro buen humor.

En efecto, ya no podemos ver los frescos, de manera que nos sentamos en un rincón a comer chocolates.

Después, en desgracia y avergonzados, seguimos a nuestros compañeros. Pero el destino nos fué propicio. Miss Penrose, con un grito de espanto, se dió cuenta de que había dejado olvidada su cartera de malla de plata en un banco del café. Fritz y Enrique se lanzaron a buscarla y Fritz reapareció triunfante con la cartera. En medio de su alivio Miss Penrose le sonrió agradecida, y sentimos al instante que el perdón se extendía hasta nosotros.

Al tomar el tren en la pequeña estación, vimos en los diarios que se había firmado la paz.

Llegamos a Florencia, cuando ya había partido el último "siete rojo" (*) y después de una memorable carrera en masa tras el tranvía que se alejaba, tuve que pasar la noche en el colegio.

Tomado de unas notas del 3 de Julio.

He tenido un lindo sueño precedido y seguido por escenas emocionantes.

El domingo estaba en mi cuarto con Amadea cuando una violenta sacudida remeció toda la casa. ¡Un temblor! Nos ponemos de rodillas mientras los remezones se multiplican. —¡Virgen Santa, presérvanos, es demasiado pronto para morir!

Es cosa de un instante. Vuelve la calma; todo el mundo sale asustado; las preguntas siguen a las respuestas en forma incoherente; luego vuelve la sangre fría y nos reímos de nuestro espanto.

Llegan visitas y paso el resto del día cantando y bailando. Ayer se ha firmado la paz.

Al día siguiente, a las siete de la mañana me despierta otra sacudida. Llegan los periódicos. Mugello, el hermoso Mugello, encanto de mi infancia y donde recientemente había visto sonreír los campos, no es más que un montón de ruinas.

Borgo San Lorenzo, Vicchio, Scarperia, Rupe Canina, todos los pueblitos de nombres familiares que anidaban entre los castaños en un sector maravilloso de los Apeninos, han

(*) Se le llama "siete rojo" al tranvía que sube a Fiésole. (N. de la T.)

quedado destruídos. Leo el diario a los empleados y a los campesinos, que lloran como niños, conocen muchos nombres en la lista fúnebre y en la de los desaparecidos.

Los relatos de los desgraciados que estuvieron sepultados bajo los escombros vienen a sumarse al horror de las terribles noticias.

Los temblores siguen. Fiésole ha sido fuertemente sacudida por remezones continuos. Día tras día sucede lo mismo. Ya se ven las huellas en los muros; la habitación de papá, ocupada por mí últimamente, tiene las paredes surcadas por grietas profundas.

A una hora de camino de aquí se han caído las casas. Nunca se habían sentido temblores tan fuertes en Florencia.

Han durado alrededor de una semana; dicen que la tierra nos dejó de temblar un instante en todo este período.

Y éste es el lindo sueño:

Voy a hacer un viaje con Miss Penrose y mis queridas amigas Beatriz, Marilice y Ema.

Iremos a Siena a ver la fiesta del Palio.

Con el corazón alegre voy con mi pequeña maletita a pasar la noche donde Miss Penrose. El colegio está silencioso ahora que se han ido las internas.

Al día siguiente, ¡qué oscuro está cuando tenemos que saltar de la cama! Todavía es de noche. La claridad comienza a errar por las calles y nuestro pequeño grupo se pone en marcha. No hay manera de encontrar un coche. Tenemos que ir a pie.

La ciudad presenta un carácter muy especial a estas horas de la mañana. Caminamos alegres entre las filas interminables de casas cerradas y dormidas.

¡Qué bella se ve la Catedral! Nos sentimos entusiasmadas. Encontramos un coche y llegamos rápidamente a la estación. Pero el tren ya está repleto; subimos a nuestro compartimento y buscamos donde sentarnos. Tengo a mi lado a una mujer muy pálida, refugiada de Mugello, que ha sido testigo del terrible terremoto.

Llegamos a Siena, la encantadora Siena, y una vez instaladas en nuestra pensión, situada en un viejo palacio, Miss

Penrose nos recomienda que nos acostemos. El calor en el tren había sido sofocante. Mas, éramos jóvenes, amigas, inteligentes, entusiastas, y Siena la exquisita, engalanada para una fiesta maravillosa, nos esperaba.

Algunos minutos más tarde, corríamos las cuatro por las calles repletas de una muchedumbre endomingada.

Era hermoso contemplar las ventanas de los viejos palacios adornadas con tapices antiquísimos; ¡qué esplendor había en ese cielo de verano y cuánta paz en el silencio de la majestuosa Catedral!

Por la tarde tomamos colocación en las tribunas, en la maravillosa Piazza della Signoria, transformada en un inmenso anfiteatro.

Es la primera vez que se corre el Palio después de los largos años de guerra; es el Palio de la Victoria y tendrá un brillo especial.

Miss Penrose se ve en serias dificultades para que nos quedemos tranquilas cerca de ella. Pronto encontramos pretextos y por un lado Beatriz y Marilice, y Ema y yo por el otro, nos paseamos con toda libertad por Siena rebosante de visiones únicas. Grupos de hombres, ataviados con riquísimos trajes auténticos del siglo XIII, representan los diferentes sectores de la ciudad, y recorren las callejuelas estrechas agitando banderas multicolores. Cada sector o "contrade" tiene su grupo de color diferente. Este grupo escolta al caballero, que, según la antigua costumbre tradicional, deberá correr luego por el honor de su distrito.

Todos creen que el "contrade" (socialista) de la Torre ganará.

De vez en cuando los grupos se detienen y el abanderado, al son del tambor, ejecuta movimientos rítmicos con su estandarte. Son cuadros maravillosos en un decorado sin igual.

Nos sentimos como intrusas con nuestros vestidos modernos. El pasado de Siena ha despertado y los recuerdos viven.

Volvemos a la tribuna y los "contrade" se reúnen en la gran plaza. Esta con sus magníficos palacios, (el de la Señoría dorado por el sol) parece regocijarse con esta gama de antiguos y cálidos colores, con esta evocación de su propio

pasado. En derredor de la pista y en el centro de la plaza se apretuja una muchedumbre inmensa e impaciente.

Hay un momento de tensa expectación; dan la señal de partida y asistimos a la más sensacional carrera de caballos.

Es un espectáculo grandioso. Por tres veces, los antiguos caballeros dan vuelta a la plaza a todo galope. Caen algunos y los caballos continúan corriendo con el impulso desenfrenado de la cabalgata. Al final de la tercera vuelta el vencedor desmonta y se precipita en los brazos de los carabineros para que lo protejan: es el Capricornio.

Mientras es aclamado, los carabineros rodean con mayor solicitud al representante del barrio de la Torre: muy alto, con una palidez mortal, vacila. Ha sido derrotado y sabe que su "contrade" lo odiará a muerte.

Loca de ira la gente lo amenaza, le muestra los puños. Algunos dicen que le han pagado para dejarse ganar. Las tradiciones de la Edad Media se han conservado intactas, no sólo en el aparato de la fiesta, sino en las pasiones que suscitan.

En esta pequeña ciudad de Siena, el orgullo del "contrade", la envidia, los rencores, han sido transmitidos de generación en generación, de siglo en siglo, hasta nuestros días.

El Palio no es solamente el espejismo de un pasado más bello, sino un jirón del drama humano. No hay en él únicamente belleza artística, es una encarnación de la vida y de los pensamientos de la Edad Media.

Mientras las siluetas que parecen salidas de un fresco antiguo se dispersan en medio de la muchedumbre, nosotras volvemos a la pensión. En las calles hay un movimiento insólito. La fiesta seguirá toda la noche.

Al día siguiente continúa nuestro sueño del pasado, todo el día visitamos los museos y las iglesias de Siena.

Aquéllos que conocen esta pequeña ciudad de Toscana pueden comprender lo que esto significa para cuatro jóvenes de nuestra edad. Los museos y las iglesias de Siena... todo un mundo de ensueño. Sorprendemos la mirada de una Virgen que parece encerrar un pensamiento vago que ha estado en el fondo de nuestro corazón. Nos detenemos delante de los

grandiosos edificios que se destacan sobre las pequeñas colinas ante un paisaje dulce y melancólico.

Soñamos con el pasado hasta que nosotras, hijas del siglo, sentimos el alma impregnada de lo que fué.

Siempre me han fascinado las torres.

La Torre de Pisa, el campanario de Estrasburgo, el campanilo de Prato, guardan recuerdos... épicos. La inmensa Torre del Palacio de la Señorita en Siena no podía dejar de atraerme.

—Subamos.

Mientras Miss Penrose se queda en las salas, subimos las interminables escaleras. Solamente a colegialas en vacaciones, entre diecisiete y veinte años, puede ofrecer una vieja torre tanto atractivo. Vimos desde allí un panorama irreal y el vértigo nos divertía. No nos contentamos con llegar a la plataforma, seguimos subiendo desilusionadas de no encontrar entre las campanas más que una sensación de vacío.

En la estación Miss Penrose se encontró con amigos que pertenecían a la nobleza por lo que nos permitimos el lujo de viajar en primera clase.

Naturalmente que en nuestro compartimento reina gran alegría. Los amigos de Miss Penrose la invitan a tomar champaña. Nosotras seguimos divirtiéndonos.

En Empoli, Beatriz oye una noticia:

—¿Saben? Hay huelga general en Florencia. Tendré que cerrar la tienda.

—¿La señorita es comerciante?, pregunta haciéndonos morir de risa un gordo bonachón, el único extraño que tenemos en el compartimento.

Y el tren en la obscuridad nos llevaba lejos del sueño del pasado.

Despertamos en plena realidad, en pleno modernismo. Llegamos a Florencia a medianoche. Se había proclamado el asalto a los almacenes.

Preocupadas y llenas de temor, salimos de la estación.

No hay un solo coche libre, todos están a disposición de los obreros. ¿Qué hacer? Hay que atravesar toda la ciudad en medio de los desórdenes...

—Vengan, niñas, no nos queda más que caminar, tomen sus maletas y mantengámonos muy juntas.

Un pequeño grupo lleno de compostura se dirige por las calles centrales hacia la Piazza del Duomo. Es de noche; hay revuelta en Florencia; no hay un hombre que nos proteja.

Un inmenso gentío rodea los almacenes, apenas echamos una mirada y seguimos apresuradamente. Por fin dejamos atrás el centro (¡qué alivio!), y bajamos por la larga y obscura Via dei Servi. Nos cuesta caminar y las maletas nos parecen muy pesadas. Todo está en silencio. No se oyen más que nuestros pasos y los de dos soldados que nos siguen.

—¡Apúrense, niñas!

Miss P. nos contó más tarde que todos los robos que se habían publicado en los periódicos habían sido perpetrados por soldados. Damos vuelta de propósito por la Vía Domenico Buonamicci y los soldados nos siguen siempre. Allí en el Pino, en la esquina de la Vía Masaccio, vemos mucha gente. Apuramos el paso y nos mezclamos a la muchedumbre que está frente a un almacén. Nunca olvidaré lo que ví. Los vidrios rotos, las persianas de fierro torcidas habían dado paso al pueblo, y a la luz lívida de algunas antorchas podíamos ver la ola luminosa que desembocaba en la calle. La gente salía con los brazos cargados con toda clase de provisiones. Las más furibundas eran las mujeres, con fuerza hercúlea llevaban grandes recipientes de vino. El vino corría por la calle y nos resbalábamos en unos garbanzos que habían caído en la vereda. Los carabineros asistían, impotentes, a la escena.

Huímos por la Vía Andrea del Castaño.

—¿Vieron cómo los carabineros miraban las maletas? Deben de habernos tomado por saqueadoras.

Por fin, un momento después estamos entre los muros del colegio en el comfortable comedor donde Miss R. nos sirve té.

Al día siguiente las noticias son sobrecogedoras. Mademoiselle me telefonea que no salga del colegio. Mamá está bien. Como se podrá suponer, no me siento indignada por este encarcelamiento forzoso. Me parece muy bien.

Pero los titulares de los diarios socialistas son terribles: ¡Adelante el comunismo! ¡Ahora o nunca!

Por la noche, después de comer subimos las cuatro al tejado del colegio y nos instalamos en una pequeña terraza. Nuestro objetivo es fumar cigarrillos a escondidas. Nos rodea la calma de la noche de verano, mientras que apoyadas o sentadas en el parapeto, gustamos de lo "prohibido" y dejamos vagar la mirada por el océano de techos que nos circunda.

De pronto, en el silencio se oye un ruido seco y entrecortado. Marilice se vuelve vivamente hacia nosotras:

—¿Oyen? Están disparando.

El ruido se repite con mayor intensidad.

—¿Estás segura?

—Segurísima, ¿verdad, Ema? Cerca de nuestra casa de campo los soldados hacen maniobras todos los veranos, y así suenan los disparos.

—Sí, sí, hay un tiroteo, ¡escuchen!

Los disparos se sienten más cerca.

—No, no.

—Hay revolución.

—Dios mío, tan lejos de mamá.

—¿Vendrán acá?

—¡Escuchen!

Oímos con horror el crepitar de la fusilería, las detonaciones de las ametralladoras que atraviesan la ciudad de un lado a otro. Bajamos los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro y entramos como un ciclón en el saloncito.

—Miss Penrose, ¡están disparando!

Mientras nos preparamos para acostarnos en medio de la obscuridad, pues tememos que las luces llamen la atención, se oye tocar el timbre.

Nuestros espíritus se hallan tan agitados que el primer pensamiento es no abrir.

Siempre recordaré cómo nos agrupamos en una ventana tratando de ver en la obscuridad.

No era más que un inofensivo telegrama.

Quedé bloqueada por varios días donde Miss Penrose.

Las empleadas del colegio nos tenían al tanto de lo que pasaba en el centro de la ciudad.

Iban y venían sin cesar trayendo noticias de tumultos en

las calles, cargas de caballería, muertos, heridos, y con los delanteos llenos de mercaderías recogidas en los almacenes devastados: jabones, zapatos, etc.

Habían comprado zapatos que estaban marcados al precio de 75 liras en 15 liras.

Por zapatos de 25 liras no habían pagado más que 5.

—Yo creo que no han pagado un céntimo, me decía Beatriz.

Fueron días únicos y aunque trágicos no dejaron de ofrecernos algunos momentos de alegría. Ni siquiera una revolución puede refrenar las risas de cuatro niñas que viven juntas en una atmósfera de agitación.

Pero los amigos de Ema y Marilice, asustados, quieren que ellas regresen a Como, a casa de sus padres, y mientras hacen los preparativos para su precipitada partida viene Mademoiselle a buscarme.

Así se dispersa nuestro grupo.

Mademoiselle viene a buscarme en el cochecito con Gianni. No queremos llamar la atención ni desviar los malos sentimientos de la muchedumbre.

¡Cuántas aventuras tenía que contar al llegar a casa!

Habían cerrado todas las ventanas del lado de la ciudad para que mamá no oyese los disparos. En Fiésole también hubo desórdenes y saqueos.

Al día siguiente de mi llegada, la comisión de comunistas, integrada por tipos de la peor especie, verdaderos “sans culottes” resucitados, pasaban con gran estrépito y a todo galope por los caminos apacibles. Corrían de una casa a otra y a menudo habían venido a la nuestra. No se detenían a tocar el timbre. Desde la terraza los veía escalar las rejías de las villas, abrirlas por fuerza e irse después con carretillas cargadas a expensas de los aldeanos desolados.

—¡La suerte de estos pobrecitos! Tengo hasta aceite del almacenero de Maiano, dice Gigi, gracioso hasta en los peores momentos.

Pues ya tenemos a la “Comisión” en casa.

—Estamos en ayunas, desde esta mañana no hemos toma-

do más que vino, le dicen los comunistas a Amadea que ha sido enviada a recibirlos.

—Bromea un poco con ellos, Amadea, y tómelos por el lado bueno, había dicho Mademoiselle.

Pero esta vez no se contentan con la jira habitual, quieren entrar a la casa, ver el garage. Mamá, Mademoiselle y yo, reunidas en el vestíbulo de los altos escuchamos la ruidosa irrupción del grupo comunista. Es una impresión inolvidable de temor y de indignación.

Dicen que tenemos aceite escondido, y en la búsqueda, al ver el auto, exclaman:

—Esto sí que nos convendría a nosotros.

Pero escoltados siempre por la diplomática Amadea y por la camarera, la banda medio borracha sube a su carretón, no sin antes haberle requisado a Gigi el aceite y unos pollos, y a mí, dos gallos y nueve conejos.

¡Qué momentos!

Después volvió la calma y todo lo que acabo de contar no es más que un breve e interesante episodio del pasado.

*Surge la niebla... una lluvia violenta,
Y nada vuelve a ser lo que antes fué.*

Escrito el 19 de Julio de 1919.

En el tren hago una súplica. ¡Dios mío, escúchame: haz que al volver a Florencia haya perdido el temor que ahora tengo de volverme tísica!

Escrito el 22 de Julio.

Motrone.

Estoy escribiendo en un bosque de pinos mientras el viento mueve las páginas. Hace diez días que dejamos la Torrossa y hemos venido a esta hermosa playa, tan llena de recuerdos, para la convalecencia de mamá, a fin de que el aire de mar y los baños de sol le devuelvan las fuerzas perdi-

das en su larga enfermedad. Guardó cama durante dos meses. El mar está hoy maravilloso, blanco de espuma y pienso en los días lejanos y bellos que pasé en esta playa.

Mientras escribo llega una carta de Mademoiselle. Nos dice que han entrado ladrones a la Torrossa. Forzaron la gran puerta del garage, se llevaron los neumáticos del auto y mi bicicleta, mi linda, mi espléndida bicicleta, tan nueva y tan bonita.

Estoy indignada. Parece que los ladrones se asustaron con los perros, pues se contentaron con eso. Sospechan que hayan sido los integrantes de la "Comisión".

La policía ya ha detenido a cuatro y sigue investigando. Pueda ser que se encuentre el botín.

Motrone sigue apacible entre los bosques y el mar, lejos del mundo y sus inquietudes.

Mamá ha querido a toda costa que escriba aquí afuera al aire libre. Estoy sentada en el suelo y tengo las páginas sobre mis rodillas.

Motrone está apacible en su belleza, no así nuestros corazones sobre los que ha caído una sombra.

Mamá sufre una grave recaída de pleuresía y yo... lo he dado ya a entender. ¡Cuántas lágrimas he derramado desde entonces, cuántas veces he tenido el corazón oprimido por tantos sufrimientos! ¡Pobre de mí!

Me siento como una niña.

Me prohíben todo. Un alegre grupo de chicas y jóvenes de mi edad se divierte en Motrone. Yo, tristemente tendida bajo un quitasol miraba, con los ojos velados por las lágrimas, sus juegos, los veía patinar y bañarse en el mar.

La recaída de mamá fué gravísima. Pero el Señor fué misericordioso y preservó a mi querida.

Días sombríos. Pasó el peligro y empezó una lenta, monótona e infinitamente larga convalecencia. Semanas llenas de temor, de enervamiento, de tedio. Los médicos venían metódicamente a examinarnos. Mamá pasaba sus días tendida en el pinar.

Yo era una prisionera, no debía caminar mucho, no podía

mojarme los pies (¡qué suplicio en una playa!), no podía aceptar invitaciones.

En las tardes toda la juventud se dedicaba a los juegos frente al hotel. El eco de sus voces llegaba hasta mí. Pero yo no podía salir después de la puesta del sol. Hubo algunos días mejores, algunas visitas nos traían de vez en cuando un poco de alegría.

Los días continuaron monótonos. Pasó el verano. La gente se fué. Tommy y la pequeña Joy estaban con nosotros. En esa época le tomé a mi perrita un profundo afecto. Su compañía se me hizo preciosa.

Tenía también un camarada muy simpático. Antonio T., un inteligente chico de doce o trece años.

Mamá estaba mucho mejor, pero no podía pasar el invierno en Florencia. Octubre avanzaba. En el desierto Motrone, una silueta muy alta, muy delgada, tostada por el sol, vestida con una túnica griega vagaba a orillas del mar seguida por dos fox-terriers que corrían jadeantes tras los gorriones. Me sentía mucho mejor y me decía: pueda ser que pase el invierno interna donde Miss Penrose. Habían llegado algunas alumnas de Inglaterra... Un viaje de dos días a Florencia me hizo perder toda esperanza.

Los médicos me examinaron.

...Pasaré el invierno en Santa Margherita.

Fuí al colegio a saludar a Miss Penrose. Volví a ver a Beatriz, sus cabellos han crecido tanto que en lugar de la melena ondulada con que la había dejado, lleva ahora un moño. Me contó que se había divertido mucho en Capri... Le digo adiós a esa casa querida.

Ni siquiera puedo quedarme para el matrimonio de Alma, lo que me hace llorar. Alma, mi profesora desde que yo tenía diez años, nuestra amiga querida y estimada, compañera y testigo de mi existencia como yo lo había sido de la suya, mi Alma tan tiernamente querida, veía por fin su sueño realizado, iban a terminar sus largos años de compromiso para unirse a G. Veo que he hablado muy poco de ella en este relato de mi vida, de esta vida a la que ha estado tan indisolublemente ligada. Tenía apenas diecinueve años cuan-

do nació nuestra amistad; yo era una niña. Durante seis años, con toda regularidad, de dos a cinco, la joven y la niña estaban juntas ante libros y cuadernos.

Poco a poco la niña se transformó en adolescente. Alma, de novia, sufre las angustias de la guerra. Las largas horas de estudio tejen entre nuestras almas reservadas, firmes lazos que nos unirán para siempre.

Volví a Motrone. El regreso de papá nos dió una gran alegría. Vino en misión diplomática a Londres y cuando partíamos a Santa Margherita, él vivía días brillantes en aquella capital.

Escrito en Noviembre de 1919.

En Santa Margherita el paisaje es magnífico: arrecifes pintorescos y hermosos jardines que descienden de terraza en terraza hasta el mar; aquí y allá se destacan inmensos pinos y naranjales.

Hacemos muchos paseos en coche y en barca.

Daré una rápida ojeada a estos cinco meses tan poco felices de mi vida. Me sentía muy deprimida y por segunda vez en mi existencia, la horrible y sombría angustia anidaba en el fondo de mi corazón.

Prefiero olvidar. ¡Qué felicidad es ver que esto pasará! Bueno es saberlo, por si vuelvo a sentir la misma congoja. Desde el verano una gran sombra, la sombra de la enfermedad ha caído sobre nosotros. Esta sombra le ha hecho daño a mi alma habituada al sol. Sufrí intensamente mil angustias secretas: ideas falsas, escrúpulos, temores... ¡Qué tortura!

Los días pasaban tristemente. Sentía nostalgia hasta lo indecible.

Ansiaba ver la Torrossa. ¡Cómo pesan las sombras!

En esta época empecé a sonrojarme.

Me ponía roja a cada instante y por cualquier cosa.

La primera vez, por ejemplo, me puse roja hablando de

G. y después seguí sonrojándome invariablemente cada vez que se pronunciaba su nombre.

Eso me ponía nerviosa.

Empecé a tener terror de los hombres.

El año acabó tristemente. La noche del treinta y uno me quedé dormida llorando.

Monótono día de Año Nuevo. El "Hotel Imperial Palace" era tan frío para abrigar un corazón tan lleno de nostalgia. El sufrimiento abrumaba nuestros tres corazones. ¡Cómo había cambiado todo!

Por primera vez veía la vida de color gris. ¡Cuántas veces me quedé dormida sollozando!

Tomé clases de dibujo. Estudiaba también el piano. Una noche, en Enero, estaba tocando un vals de Chopin; adoraba esa melodía y gozaba escuchándola, cuando una hermosa señora joven entró al saloncito. Vivía en el hotel y nos habíamos hablado algunas veces a causa de los perros; ella tenía un lebel soberbio y a mí siempre me acompañaban los dos fox-terriers. Esa noche se acercó al piano y como yo dejara al instante de tocar me dijo lacónica: —Continúe. La miré y su expresión me espantó. Obedecí y luego le pregunté: ¿Cómo está su marido? Ambos habían estado con gripe. —¿Cómo está su marido?, repetí. De nuevo esa mirada de espanto. Me levanté electrizada y la abracé, mientras me decía: —Acaba de morir y tengo miedo de estar sola con él en la habitación...

No tenía a nadie e hicimos cuanto pudimos por ayudarla. Era muy interesante y demostraba por mí una especial simpatía. El recuerdo de aquel instante en que se había confiado a mí, me conmovía profundamente. Algunos días después contraía yo la influenza española. Me creyeron en peligro de muerte y todos rogaban para que Dios me preservase. Recuerdo vagamente esas largas semanas de fiebre. Mamá también tenía una ligera influenza y papá estuvo más de una noche sentado junto a mi lecho. Hubo que llamar al profesor Frugoni que vino desde Florencia. Quedé tambalante después de la horrible gripe. Y los días pasan más tristes y abrumadores que nunca.

Entre los alrededores de Santa Margherita, el más bello,

sin duda, es el pueblito de Portofino con su península maravillosa. Estamos en primavera y llegan a su fin mis diecisiete años. Empezaron tan felices, pero una gran pena, —la enfermedad de mamá y la mía— los entristecieron en su mayor parte. Alejada de Florencia, de mis estudios, de todo lo que formaba mi vida y mi horizonte cotidiano, atravesaba por primera vez un invierno inactivo después de una infancia y una adolescencia laboriosas. Una gran inercia se había apoderado de mí. Pasaba tardes enteras sentada en las rocas mirando el mar. Ya no leía (salvo un volumen de literatura italiana que llevaba a veces conmigo). Tenía miedo de leer —todo me conmovía.

Marzo de 1920.

Haremos un viaje a Sicilia.

Adiós Santa Margherita. Mientras el auto sube en zig-zag por el camino bordeado de flores y de olivos, divisamos cada vez más pequeñas y lejanas tus casitas blancas que rodean el golfo gris en este día brumoso. ¡Por fin desapareces, mal recuerdo de mi vida! Hemos franqueado el promontorio en que se guarece entre el mar y la montaña, y ahora bajamos por la otra pendiente, hacia otro golfo, rodeado también de casitas blancas. El camino parece una gran terraza, se ven flores por doquier. Abajo el mar se insinúa en innumerables y graciosas ensenadas, en torno a las cuales se agrupan los pueblecitos.

Después está Nervi con sus maravillosos parques, conocido como refugio de tuberculosos y por sus flores.... En un recodo del camino nos encontramos frente al monumento de Quarto: la Gloria formando con sus brazos una corona, se eleva por encima de los héroes resucitados.

*Si scopron le tombe
Si levano i morti
I martiri nostri
Son tutti rissorti! (*)*

(*) Se abren las tumbas, le levantan los muertos. Han resucitado los mártires nuestros. (Himno Garibaldino).

Fué aquí donde el alma entera de Italia se estremeció en las jornadas inolvidables de Mayo de 1915; donde las palabras de un gran poeta incitaron al pueblo a pedir la guerra.

Después se ven inmensas casas nuevas, todas iguales, aisladas por pequeños prados verdes; luego aparecen las primeras calles y de pronto nos encontramos en el centro animado de una gran ciudad.

Llegamos a Génova. El barco que nos llevará a la isla encantada tiene dos días de retraso.

Dos días en Génova: lluvia, depresión moral y... comidas.

Algunos compatriotas que han venido de Francia a esperar un transatlántico que les trae parientes y amigos, acaparan todo nuestro tiempo.

Fuí también a ver el inmenso barco que llegaba de América y sentí el corazón oprimido al pensar en la tristeza de los adioses, en la tristeza de un adiós que aun está lejano.

Pasan por fin los días de lluvia y el sol alumbra cuando dejamos el hotel para embarcarnos. El puerto está lleno de emigrantes, pues nuestro vapor, el "Sicilia", va hacia el Oriente.

Son las cinco, no partiremos antes del anochecer. Mientras tanto exploramos el "Sicilia", un gran barco con amplias cubiertas y salas confortables. Luego nos sentamos a popa; desde allí se presencia un espectáculo interesante y animado.

Las enormes grúas levantan pausadamente cantidades de cajones y los depositan en el interior del barco. Los emigrantes, una muchedumbre misérrima, fatigada, sucia, pero alegre a pesar de todo, esperan diseminados por el muelle el momento de embarcarse.

Gritan y cantan; sin embargo hay rostros pálidos que nos hacen sentir toda una tragedia. En medio de esta muchedumbre obscura hay muchos niños que se estrechan contra sus madres o se apretujan alrededor de pobres maletas cuidadosamente remendadas con planchas de metal o pedazos de burda tela. Estamos rodeados por una selva de mástiles y chimeneas. Cerca de nosotros hay grandes barcos que elevan su masa imponente y tras ellos, por todos lados se ven otros, otros y otros hasta donde alcanza a abarcar la vista.

Cae la noche. Los últimos baúles, entre los que he notado dos grandes maletas dirigidas a Belén, son izados hasta el puente y bajados después a la cala. Y mientras la muchedumbre de emigrantes sube lentamente la pasarela, bajamos a comer.

Después vamos al puente a ver la salida del vapor.

Mientras nos deslizamos señorialmente entre las grandes sombras de los barcos, Génova se nos revela como una visión luminosa. Con sus mil chispas de oro centelleaba en el fondo azul de las montañas. Y mientras nosotros nos sumergíamos en las tinieblas, la luminosa ciudad aparecía soberbia en la lejanía.

Era una noche azul de primavera.

Majestuosamente, en medio de las sombras y el silencio, nuestro navío avanzaba hacia Sicilia.

Pasa la noche y viene el delicioso despertar, con una sensación de curiosidad y de aventura. Estamos en alta mar. Salto del lecho y corro hacia el pequeño círculo de la ventana, veo a lo lejos una costa, una montaña que se eleva en el horizonte, transparente a la luz del amanecer.

Es la isla de Elba. Y pienso en el héroe de mi infancia, que la recibió a cambio de Europa.

Las olas están manchadas de espuma.

Subo al puente. Allí recostadas en sillas confortables nos quedamos todo el día. Las gaviotas seguían al barco y sus graciosas formas blancas volaban sin descanso. A lo lejos, veíamos Italia. Primero fué la "Maremma Toscana", después el promontorio Argentara, más tarde el Lacio... Pero la obscuridad y el mareo terminan con este primer día de viaje.

Al día siguiente se nos aparece el Golfo de Nápoles. La magnífica ciudad, las montañas y las islas estaban envueltas en un velo con reflejos de primavera. Entramos dulcemente en ese mundo diáfano.

Demasiado pronto atravesamos la gran bahía y tocamos tierra.

Empleamos el día en reanudar nuestra amistad con Nápoles, la melodiosa ciudad de luz. Y por la noche, no ya en el "Sicilia", sino en el puente del "Ciudad de Trieste", un

barquito reluciente como un yate, dejamos Nápoles, las sombras negras de Capri y las islas, sintiendo con un estremecimiento delicioso que ahora, por fin, vamos hacia lo desconocido.

Una noche más en el elegante barco y después...

Al día siguiente estamos en Sicilia; la tierra soñada se extiende ante nosotros y contemplamos sus costas con emoción. Después de la Génova azul y el sonrosado Nápoles, Palermo se nos aparece de color de perlas, con una blancura ligeramente grisácea frente a sus montañas salvajes y desnudas.

Tenemos delante de nosotros un mundo misterioso, ¡cuántas horas de aventura nos aguardan!

...Nos quedamos nueve días en Palermo.

Vivimos en la Villa "Igeia" un antiguo palacio árabe, rodeado por un jardín esplendoroso, con perfume de naranjos y palmeras y plantas exóticas.

Palermo es famoso por sus jardines espléndidos. Se ha dicho de ellos que son como perlas alrededor del cuello de una hermosa mujer.

Los hay para todos los gustos. Primero, la Villa Giulia, con sus anchas avenidas llenas de sol, sus terrazas simétricas y bien cuidadas, relumbrantes de colores, y el Mediterráneo que se divisa de tanto en tanto al fondo de las avenidas, encuadrado artísticamente en el verdor.

Al lado está el Huerto Botánico, un conjunto fantástico de vegetación. Aquí las plantas de todos los climas crecen unas al lado de las otras en un desorden armonioso; qué plantas... qué sombra.... Hay rincones perdidos donde una se creería en el corazón de una selva... Tengo un culto por los árboles y habría podido adorar los baobabs gigantes del Africa que se elevaban inmensos sobre las raíces que caen de sus ramas, raíces rígidas y robustas como columnas de catedral.

Y luego, interminables forestas de naranjos, los limoneros de la Villa Aumale que brillan al sol con fulgores áureos, la "Favorita", dominio real que se extiende con sus bellas avenidas umbrosas y sus campos ardientes cubiertos de higueras al pie del imponente Monte Pelegrino, y otras tantas joyas

de color y de follaje, bóvedas de vegetación oriental que aumentan el esplendor del deslumbrante Palermo.

Y así, la tierra, esta tierra magnífica de la "Cuenca de Oro", se ha unido a los hombres para ornamentar la noble ciudad.

Palermo guarda con soberbia el recuerdo de la dominación árabe. Sus hijos, de grandes ojos negros y huraños son a la vez amables, desafiantes, indolentes y rebeldes; en resumen: orientales.

En las calles antiguas, particularmente en las de Albergheria, donde vive todo ese pueblo, se alínean en filas interminables sus moradas, sombrías cuevas horribas y pintorescas, antros ruinosos que reúnen en la misma habitación la cocina, —alrededor de la cual se agrupa la familia—, un viejo lecho, el caballo y el asno y un grabado religioso ante el cual, única claridad en estas tinieblas, brilla perpetuamente una luz.

Las casas son blancas y bajas.

Lamento haber interrumpido estas notas de viaje. Las prosigo justamente dos años más tarde y es natural que tengan menos espontaneidad. Pero Sicilia deja recuerdos imperecederos.

Sí, Palermo lleva con orgullo el recuerdo de la dominación árabe, y el gusto oriental dirigido por las tendencias de los normandos, el brillo de este Oriente unido a la nobleza del Norte ha producido tantas bellezas que deja en aquellos que emprenden un peregrinaje por estos lugares un recuerdo inolvidable. Sicilia es feérica. Sus iglesias están llenas de esplendor.

La Capilla del Palacio Real es un prodigio. Es un sitio tan extraordinariamente hermoso que al penetrar en él una se siente transportada a una plenitud de armonía que vanamente tratamos de imaginar con el pensamiento.

Un poema de ritmo perfecto, un maravilloso resplandor, toda la gama del oro, una idea de belleza divina, todo eso es la Capilla.

En la Catedral, amplia y noble, nos detuvimos ante la tumba de Ruggero. El pasado de Sicilia ha sido tan apasionante, la sucesión y el contraste de razas y civilizaciones tan intenso, que los recuerdos históricos acompañan sin descanso. Estos recuerdos poseen a la vez todo el encanto de una novela singular y la grandiosidad de los grandes espectáculos.

La Catedral de Monreale es otra belleza. Para llegar allí subimos al pueblecito que está sobre la colina por un camino bordeado de llamativos setos de geranios rojos. Toda la "Cuenca de Oro" se desplegaba a nuestros pies durante el trayecto. A lo lejos veíamos el mar.

Estuvimos largo rato en la gran basílica. Se parece a la Capilla del Palacio Real, pero es más amplia e invita menos al recogimiento. Es una suntuosa joya del arte árabe-normando.

El claustro de Monreale es una de las maravillas de esta isla encantada: es un poema de pequeñas columnas, todas diferentes, que forman un conjunto de simetría perfecta.

Los museos son soberbios y los barrios más modernos de la ciudad, el amplio paseo a orillas del mar, la plaza donde se cruzan las dos calles principales, formando así el corazón de Palermo, tienen un carácter y un sello especialísimo.

Nápoles, 14 de Mayo de 1920.

Mañana dejaremos Nápoles y emprendaremos el camino de regreso. ¡Qué dicha! ¡Cuánto he añorado en estos diez largos meses, mi casa, los campos, los bosques y las rocas, la poesía de nuestra colina!

¡Cuántas veces he suspirado por la dulce existencia que llevaba entre mis animales, mis libros, el colegio, mis compañeras! En esos tristes días de convalecencia, en esos largos, largos meses de sufrimiento que han transcurrido tan lentamente, todo aquello parecía tan lejano como si perteneciera a un irrevocable pasado. ¡Oh! Dios mío, creo que me has escuchado, creo que has apartado de mí la horrenda sombra de la enfermedad. Escribo estas líneas con lágrimas de reconocimiento.

¡De regreso a casa! El tren nos lleva hacia Florencia.

¡Qué emoción volver a ver los campos plateados, los negros cipreses! Dios mío, ¡qué bella puede ser la vida en ciertos instantes! Cuánto había soñado con Florencia, con mi hogar, en estos fríos meses de tristeza. Mi desolada nostalgia... esto, ¿es un sueño o es la felicidad? Al subir al coche en San Gervasio siento que se me oprime el corazón. Volvía después de diez largos meses; los prados y los árboles me acogían con dulces palabras. Después la Torrossa apareció, desapareció, volvió a aparecer en cada recodo del camino. Sentía profunda emoción con ese lento regreso a casa en esa tarde de Mayo. Esa lentitud hacía más solemne la visión de nuestro hogar que nos esperaba en la soledad de la campiña, en esa tarde de primavera.

CUADERNO CUARTO

Chiffon ha muerto. Durante nuestra ausencia una pulmonía fulminante se la llevó después de dos días de enfermedad. Aun no tenía cuatro años.

Qué falta me haces, querida Chiffon, en esta casa en donde todo me habla de tí. Mi pequeña amiga querida, tan bonita e inteligente, en vano lloro tus caricias; tu maullar dulce se ha callado para siempre. En vano sollozo en las noches cuando el vacío que has dejado me oprime el corazón. Tu extraño ser llevaba en sí lo que nos cuentan los pétalos de las flores y los rayos de la luna. Delicado, misterioso, su finura poseía una chispa de infinito: la ternura.

Sollozo en vano.

Tu camita está vacía y tu cuerpo reposa bajo la plateada palidez de un olivo. Duerme, mi gatita, duerme en inmensa paz, en esa gran luz, cuyos reflejos deben llegar también hasta las humildes almas que han dado tanto.

Duerme, mi querida Chiffon; siempre veré entre los recuerdos dorados de mi adolescencia, tu pequeña sombra gris, tus ojos grandes y profundos.

¡Ay! Pif tampoco está. Cuando yo tenía diez años lo recogí abandonado y enfermo. En su primera juventud vivió en la gruta del jardín adonde yo le llevaba su leche todos los días; después empezó a hacerse el convidado en la cocina y poco a poco sentó allí sus reales. Mi pobre y querido Pif. Nada de hermoso, con sus manchas grises y blancas parecía un

verdadero vagabundo, pero tenía bonita cabeza y una mirada franca que le daba siempre un aspecto de asombro; sus cascados maullidos lo hacían de lo más ridículo.

Pif fué un héroe. El instinto del gato y el cariño por sus amos libraron en él una violenta lucha en que triunfó el noble afecto. Dudo de que haya semejantes, aun semejantes nuestros, que hubieran hecho otro tanto.

Así fué como sucedieron las cosas. Nuestro cambio de casa fué el drama de su vida. Los gatos se sienten íntimamente ligados a los hogares y Pif debió de ver con terror el caos en que se convertía nuestro "villino"; desaparecían poco a poco los muebles y gentes extrañas recorrían con estrépito aquellos ámbitos sagrados.

Después lo encerraron en un canasto y fué transportado con los muebles en el último furgón.

Así llegó a la Torrossa. Abrimos el canasto en el garage. Estaba aterrorizado. Mamá había querido dejarlo en Via Faentina hasta que estuviésemos mejor instalados, pues la casa estaba todavía invadida por obreros y faltaban algunas puertas, incluso la puerta principal. Había un continuo ir y venir y este pobre gato llegaba dominado por el terror. Mamá decide devolverlo a nuestra antigua casa por el momento. Le damos de comer y con mil caricias lo volvemos a poner en el canasto, dentro del garage cerrado, y lo depositamos en el furgón que está por regresar.

Se podrán imaginar mi desesperación cuando me dicen a la mañana siguiente que en la Aduana de San Domenico abrieron el canasto y esos hombres imbéciles lo dejaron escapar.

Pif se ha perdido. Desolados damos sus señas en toda la región. ¿Cómo podrá volver a nuestra antigua casa si estaba encerrado en un canasto y dentro de un furgón? No hay esperanzas.

Un Domingo, empezaba ya a obscurecer cuando oí a lo lejos un sonido, un mayar reconocible entre millones de maullidos. Era lo que tanto anhelábamos. Ansiosos llamamos ¡Pif, Pif! Los maullidos se acercan a través de los campos. Vienen hacia nosotros... ¡Es un prodigio! Pronto tengo en mis bra-

zos a un gato y a la luz indecisa del crepúsculo reconozco su carita, su mirada franca.

Es increíble, pero esto fué lo que pasó.

Librado de su prisión, asustado ante los hombres, había huído en San Domenico. Pero en lugar de tomar el camino de la antigua casa, que su instinto de gato conocía, había preferido deshacer el camino y subir hasta la Torrossa, en donde había visto a sus amos por última vez. Lo que hace de este acto de nobleza algo verdaderamente extraordinario es que este pobre gato no había estado sino un instante en la nueva casa, había sido llevado y traído en un canasto cerrado. Pero allí había visto a sus amos. Había puesto todo su instinto al servicio de su devoción y nos buscó noches y días acercándose a nosotros a través de los campos. El humilde Pif tenía temple de héroe.

Desde entonces se instaló en la Torrossa y se contentó con una sola incursión a los lugares en que transcurrió su juventud.

Su vida se ha simplificado; no tiene que atravesar más que una puerta en vez de cuatro para ir del jardín a la cocina.

En invierno engorda, el pelaje se le pone reluciente, es casi bonito. En verano enflaquece, la nariz se le vuelve pálida y lo desfigura. Pif es el gran amigo de Baby. Pasaban días enteros apretujados uno junto al otro ante la gran chimenea del vestíbulo.

En la Torrossa, Pif comparte su vida entre los agradables sueños en la cocina o bajo los rayos del sol y en sus jiras nocturnas llenas de aventuras, a juzgar por los numerosos arañazos y heridas con que vuelve.

Así transcurrieron los años.

Durante nuestra ausencia había envejecido mucho.

Un día no volvió de una de sus excursiones. ¿Cómo podremos saber lo que pasó? ¿Se alejó para morir? ¿O terminó tal vez masacrado por algún campesino bruto a quien le robaba los pollos? Ojalá que un tiro de fusil haya terminado con su vida; no me atrevo a pensar en su misterioso fin; surgen suposiciones demasiado horribles.

¿Se ha apagado también la existencia de mi buen Pif?
Noble compañero de casi ocho años, adiós, adiós para siempre.

Pasé unos meses de feliz aturdimiento. Más que nunca los campos de nuestra colina mecieron mi alma con sus dulces encantos. Nunca me cansaba de recorrer la quinta. Vagaba sin cesar por las nuevas tierras que habíamos adquirido. No pensaba en nada. Todo pensamiento profundo me hacía sufrir. Un árbol mecido por la brisa, el perfume cálido de los campos y los bosques, esa profundidad misteriosa del verdor me decían cosas mejores y más bellas que todos los pensamientos del mundo.

Me sentía feliz en los largos paseos solitarios, me sentía feliz de ver la alegría de los niños, de contemplar las plantas, los animales y los insectos que gozan del sol, del inmenso cielo azul, y de la maravillosa primavera.

Después de vagabundear el día entero, subíamos con María, una pequeña campesina, y Joy a la parva de paja. Los grillos cantaban ruidosamente, las luciérnagas revoloteaban por los campos, a lo lejos Florencia extendía sus luces. Recostadas mirábamos cara a cara la inmensidad del cielo estrellado.

Qué felicidad es volver a ver a todos los amigos. Con qué emoción y alegría ví de nuevo el colegio después de tanto tiempo. Allí todos me quieren, y aunque no tengo permiso todavía para asistir a clases, voy de visita con frecuencia; lo considero como mi círculo, mi club.

Miss Penrose es escantadora conmigo, siempre alegre y simpática. Miss R. también expresa placer al verme, pero naturalmente agrega a sus elogios: —Se ve de más edad, y ¡qué lástima que se le haya obscurecido tanto el pelo!

Beatriz ha vuelto a Inglaterra. Ahora hay una cantidad de nuevas internas.

Los Domingos en la Torrossa están llenos de alegría. Después de estos interminables meses de ansiedad, de fiebre, de temores y recaídas, mamá se ha restablecido completamente.

He dado unas comidas muy simpáticas. Fritz cuenta ya diecisiete años, es el campeón del club de tennis y tiene una espléndida figura. Además se ha convertido en un gran bailarín. Desgraciadamente nuestro grupo se dispersa de nuevo, Janie se va a Inglaterra, tal vez para no volver. Fritz parte por cinco años a América donde seguirá estudiando.

Qué horror, Fritz, tendrás veintidós años cuando vuelvas. ¡Qué viejas vamos a estar entonces!

Boloña, 21 de Julio.

Con los ojos llenos de lágrimas he dejado mi querida campiña toscana. Vamos ahora en viaje hacia los Apeninos. Una vez atravesada la llanura el camino se hace más y más accidentado; pronto comenzamos a subir. Nunca olvidaré la impresión de grandeza que se siente al internarse en los Alpes.

Nuestro objetivo era Gressoney, un pueblito situado entre pastizales, bosques de abetos, y los ventisqueros del Monte Rosa, que se divisan al fondo del estrecho valle. Estamos a 1.391 metros de altura.

Gressoney, 22 de Agosto de 1920.

Un castillo se eleva en el tupido bosque y domina todo ese valle verde y risueño. En ese castillo vive una Reina que viene todos los veranos a soñar en la paz silenciosa de estos lugares, una Reina de cabellos blancos y de sonrisa encantadora: es la Reina Margarita.

La vemos con mucha frecuencia. Todos los domingos viene a misa al pueblo. El sacerdote la espera en la puerta de la iglesia y le da la bendición. La Reina entra y se arrodilla ante el altar. La música es bellísima, y mientras el órgano y el violín llenan con sus sonos el pequeño templo, implorando y glorificando al Señor, no puedo apartar la mirada de esa frágil figura de mujer en oración, la majestad humana prosternada ante la majestad divina.

Cuando se retira es saludada por los triples hurrahs de los niños de la "Colonia Alpina" y luego la rodea una gran

muchedumbre. En la plaza del lugar da una especie de audiencia, cosa desusada en la Corte y costumbre que no se ve más que en este pueblecito perdido de Gressoney.

Hoy le fuí presentada. Inclinandome profundamente besé sus manos tristes y blancas de Reina. Con su célebre sonrisa tan encantadora, me preguntó en inglés si yo hablaba ese idioma, pues sabía que papá estaba en misión en Londres, después continuó en italiano y terminó en francés diciéndome que Fiésole era un hermoso lugar para vivir y siguió conversando y conversando.

En esa plaza llena de sol y de gente, no podían dejar de entusiasmarme aquellas palabras dichas por una reina que desde la infancia mamá me había hecho idealizar y que ahora me fascinaba por su belleza y por su encanto.

No recuerdo absolutamente nada de lo que me dijo, como sucede con todas las cosas emocionantes que una quisiera conservar en la memoria hasta en los menores detalles; pero la Reina, su presencia, su mirada, su voz, se me quedarán grabados para siempre.

Terminada la entrevista corro a ocupar mi puesto entre la muchedumbre de fotógrafos, y mientras la Reina avanza seguida por sus damas de honor, el maestro de ceremonias y todo el gentío formado por veraneantes y aldeanos endominados, es enfocada por una veintena de cámaras fotográficas que tratan de captar un gesto, una actitud de la Reina tan amada. Pasa y llega a su automóvil. La muchedumbre pintoresca, entre la que se destaca el típico traje rojo de las mujeres de este valle, la sigue largo rato con la vista antes de dispersarse, mientras el auto real corre veloz hacia el castillo del bosque, donde en medio de la silenciosa paz la Reina Madre sueña con los tiempos idos.

Courmayeur, 14 de Septiembre de 1920.

El 8 de Septiembre, una tarde espléndida, dejamos la ciudad de Aosta y sus grandiosas montañas para iniciar la ascensión al Gran San Bernardo.

El camino nos lleva por pintorescos faldeos cubiertos de

vegetación, entre los que se agrupan pequeños pueblecitos, y luego se lanza audazmente hacia las regiones de los inmensos bosques y pastoríos. La intensa belleza de estos lugares agres-tes llegaba al corazón. En cada recodo del camino me acercaba más al misterio, a la majestad de la naturaleza, que en medio del silencio y de la soledad parecía hablarme más de cerca. Aparecían pequeños caseríos alpinos, humildemente cobijados en un repliegue de la montaña, algunos débiles abetos azotados por los vientos, cabañas de pastores, últimas moradas humanas. Luego, la inmensa extensión de rocas y el desierto dorado de musgo y de líquenes; después, nada más que cimas.

Subíamos siempre más, por valles húmedos donde nacían las fuentes, por rocas gigantescas que se erguían hacia el cielo o que formaban como un fantástico derrumbe a lo largo de las pendientes; la montaña se nos revelaba, sorprendíamos sus íntimos secretos; estábamos ya por alcanzar la cima cuando de pronto divisamos el Hospicio de San Bernardo junto a un pequeño lago. Causa asombro ver de repente este gran edificio gris levantándose en las cumbres de la montaña, en esa soledad inmensa de los alrededores. Voces, ladridos, y la vida nos rodea por todas partes; salimos de esa especie de éxtasis en que estábamos sumergidos.

Pero esta vida es muy característica. Aquí hay a la vez gente y aislamiento. Al entrar a la hospitalaria casa recordamos aquellos cuentos de la infancia (que en invierno nos hacían temblar junto a la chimenea); las historias de esos pobres viajeros perdidos en la tormenta, en medio de la nieve y los vendavales. Los padres del Hospicio, con sus perros famosos, los encontraban desvanecidos de frío y de fatiga y los traían a estas salas apacibles que recorreremos ahora y que han visto a tantos volver a la vida. Aun ahora, todos los meses, pasan muchos obreros por el San Bernardo en busca de trabajo. Hoy hacía un claro día de verano, el más hermoso de la temporada según nos afirmaron, pero comúnmente el tiempo es sombrío y amenazador. El excelente camino que nos ha traído hasta estas cumbres aparentemente inaccesibles, bajo

la nieve se convierte en una huella confusa, en un vago rastro.

Por eso, en medio de los horrores de la montaña, ahí está velando el Hospicio.

Después de visitar el convento nos detenemos un instante en una gran sala llena de gente que escribe cartas postales para enviar un recuerdo a sus amigos lejanos. Después bajamos a ver los perros.

Ya habíamos visto varios en el corredor y en el gran vestíbulo hay un héroe canino disecado, una víctima del deber. Un padre llama: ¡Flora, Júpiter, Turco! y pronto siete inmensos perros se agrupan tumultuosamente a la puerta del hospicio. Hay dos cachorritos de dos meses y ¡oh! imprudencia, queremos verlos. Un momento más tarde estamos mamá y yo con sendos bebés San Bernardo en los brazos y un violento conflicto en el corazón. Mamá es la primera en rendirse: “¡En la Torrossa un perro grande es de estricta necesidad!” (*)

Son suaves, de grandes patas y caritas muy serias. Sin embargo, después de muchas discusiones partimos sin decidírnos pues, como auténticos San Bernardo, tienen el pelo corto; el pelaje tupido sólo se ve en la raza ligeramente cruzada. No obstante, en Aosta todavía nos acordábamos de ellos cuando supimos que los perros San Bernardo no pueden vivir en un clima cálido si cada verano no se les lleva por lo menos dos meses a la montaña. Así, pues, el veraneo del perro guardián ofrecería múltiples inconvenientes, ya que habría sido esperado con ansiedad por todos los ladrones de la comarca.

Nos encontramos en territorio suizo. Antes de volver a Italia bajaremos por la otra ladera del Gran San Bernardo hacia la bella Helvecia que se extiende a nuestros pies.

Después de doce kilómetros de solemne y extraña soledad llegamos a un valle cubierto de bosques de pinos y pastizales muy verdes. Allí se encuentra un pueblecito junto a un alegre riachuelo: el Bourg St. Pierre. Aquí se detuvo Napoleón por una hora con su ejército antes de escalar las ás-

(*) En castellano en el original.

peras laderas del Gran San Bernardo. Entramos a la pequeña posada que se llama "El Almuerzo de Napoleón" y visitamos la habitación en donde estuvo, vimos su sillón, la mesa. Colgados en el muro estaban los retratos del hotelero y la mesonera que le sirvieron. Su nieta, ya anciana, nos mostraba estas reliquias con orgullo. Se parecía tanto a su abuela, y seguramente todo había cambiado tan poco en aquel valle perdido y en esta pequeña posada que era fácil imaginar que nos encontrábamos todavía en los tiempos del Primer Cónsul.

Le dijimos adiós al pueblecito y volvimos a Italia. Subimos hacia el paso del Gran San Bernardo a 2,450 metros de altura, era sobrecogedor pensar en los numerosos ejércitos que habían desfilado por estos parajes, ebrios de esperanza y de conquista. Ante ellos se elevaban las escarpadas montañas. Más allá, un maravilloso país que les pertenecería. Desde los tiempos más remotos han pasado por aquí los pueblos invasores. Llevando con ellos tradiciones y sangre de nuevas razas dejaron huellas profundas en la Historia y en la evolución del pensamiento y del arte.

El camino que seguía de cerca el antiguo sendero de mulas, (hasta hace poco la única ruta que conducía al San Bernardo) nos llevó hasta el Hospicio. A las personas que viajan en automóvil no se les permite pernoctar allí. Sin embargo, un pequeño desperfecto del motor casi nos dió la oportunidad de pasar una noche en la montaña. Pero todo se arregla, dejamos el Hospicio y poco después el auto franquea la frontera y estamos en suelo italiano.

Moría el día. La luz límpida de la montaña cedía el lugar a una misteriosa penumbra. Un estremecimiento parecía recorrer las laderas que la noche cubriría pronto de tinieblas. Sólo nosotros éramos testigo de la naturaleza en nuestra carrera silenciosa a través de la montaña. Sólo para nosotros este hermoso día se hundía en una noche solemne e inmensa, para nosotros solos los valles y los abruptos macizos se cubrían poco a poco de sombras y de misterio.

Y casi me parecía que no tenía derecho a contemplar todo esto —pobre ser pequeño y humano— que no tenía dere-

cho a escuchar el himno potente que surgía entre la montaña y el cielo— entre la naturaleza y el infinito.

Nuestra próxima etapa nos llevó a un paisaje diferente. Atravesamos primero el amplio valle cultivado donde se extiende Aosta. A lo largo de todo el camino vimos grandes fortalezas, vestigios de la Edad Media, frías y severas en su abandono. En medio del gran poema lleno de serenidad que nos cantaba la naturaleza, ellas relataban una historia humana y dramática.

Una a una sus formas rudas y orgullosas surgían desafiantes en las pequeñas colinas ante las montañas majestuosas cuyos perfiles inmensos se destacaban magníficamente en el cielo. Y nosotros corríamos con la rapidez del viento por el fértil valle...

Pronto se acercaron las montañas y entramos al valle de Courmayeur, el más risueño y pintoresco que se pueda soñar.

En una vuelta del camino divisamos de pronto la masa gigantesca del Mont Blanc. Se eleva majestuoso sobre los Alpes con su noble e imponente inmensidad. Se yergue entre la tierra y el cielo como un muro colosal, con rocas salientes y surcado por ventisqueros; sin embargo, su grandiosidad no aplasta el suave encanto del valle. Por el contrario, las nieves eternas hacen parecer más tierno y más fresco el verde de los pastizales. Los hermosos pueblitos dispersos se destacan como un cuadro contra el resplandor del fondo. Aquí no hay desolación ni aridez. Courmayeur ríe en medio de su chispeante vegetación y de sus nieves.

Otra mañana fuimos a la cima del Pequeño San Bernardo.

Bajamos llenos de impaciencia la amplia cuenca que rodea Courmayeur para entrar desde Pré Saint Didier por una garganta estrecha y tortuosa. Nuestro camino bordeaba Orrido, un pavoroso abismo donde la montaña cortada a pico deja ver inmensas profundidades que por su belleza trágica evocan un infierno dantesco; luego el camino accidentado nos llevó en rápida ascensión por túneles horadados bajo grandes rocas o en los lechos de los torrentes; o bien, formando am-

pios y graciosos anillos contorneaba los promontorios escarpados que se elevaban delante de nosotros.

Dentro de poco nos encontramos en la grandiosa soledad de la montaña y frente a un decorado que recuerda el Gran San Bernardo. De nuevo la desnudez impresionante de las altas regiones, las delicias del aire sutil, embriagador. Pasamos cerca de un lago sombrío y quieto entre las rocas. Luego vemos un círculo de piedras, un menhir según parece, extraña obra humana, que desde oscuros tiempos contempla a la naturaleza en sus manifestaciones más salvajes.

Hémos por fin en el hospicio y en la frontera. Ante nosotros se eleva el gran convento, solitario en la cumbre de esta montaña. Allá lejos se extiende Francia.

Almorzamos en el hospicio, en una gran sala que parece un refectorio. Unas horas más tarde franqueamos la frontera y descendemos hacia mi patria "espiritual". Me gusta llamar con este nombre el hermoso país en que nací y que me tiene ligada a él por fuertes y misteriosos lazos.

Algunas fortificaciones con los cañones apuntados hacia la tierra extranjera, velan en las alturas. El camino parece una gran terraza. De pronto se nos aparecen dos valles de Francia revelándose con la deslumbradora belleza de este día luminoso. Sentados al borde del camino contemplamos el soberbio panorama. Pero tuvimos que emprender el regreso. De Courmayeur fuimos al Valle de Cogne, el más solitario paraje en todo el Val D'Aosta. Hasta hace poco sólo era accesible a los peatones, pero la Ansaldo acaba de construir un magnífico camino y nos lanzamos en automóvil por estas rutas desconocidas. Esta carretera solitaria, siguiendo un torrente que murmura entre las rocas, nos llevó al pueblo de Cogne. Aquí todo da muestra del aislamiento en que se ha vivido, la expresión de los rostros, los artísticos trajes típicos, las casitas, la gente, todo hace pensar en esos lugares que existían en nuestra imaginación cuando éramos niños y no sería raro encontrar aquí a un geniecillo de la montaña después de la puesta del sol. Ha llegado el crepúsculo para este pequeño mundo, surgen ya grandes construcciones y se habla de una explotación de minas.

En los bosques de los alrededores de Cogne se encuentra aún el "estramberro", animal de una especie extinguida. Vimos un cachorrito que había recogido un guardia; se parecía a un cabrito y seguía a su amo a todas partes; se dejó acariciar por nosotros y tomamos algunas fotografías con él en brazos.

Después de pasar nuevamente por Pré Saint Didier visitamos algunos castillos antiquísimos; vagamos por entre las ruinas y las grandes salas desiertas evocando sombras, recuerdos, belleza, melancolía. El tiempo se hace sentir profundamente.

Turín, 22 de Septiembre de 1920.

Pasamos unos días agitados en Turín.

Al caer la tarde, el pueblo tumultuoso se lanza a las calles. Se ha levantado de pronto una ola revolucionaria, se ha transmitido vertiginosamente una orden del día y los almacenes se cierran con precipitación mientras los tranvías cesan de circular. ¿Qué ocurre? La gente febril, inquieta, pasa rápidamente por las calles, y las ventanas se llenan de cabezas curiosas. Traen la noticia de que los soldados recorren la ciudad disparando.

Impulsados por la curiosidad salimos llevando a los perros. El portero nos aconseja quedarnos en el hotel, pero nos lanzamos resueltamente a la calle.

No podemos ir muy lejos, por lo demás. Un destacamento de caballería nos cierra el paso en tanto que los guardias reales con bayoneta calada impiden el acceso a la Piazza Castello.

Volvemos al hotel; salgo a la ventana y siento golpes secos y entrecortados. Los reconozco demasiado bien; de un salto el pensamiento me transporta a las jornadas de Junio de 1919. ¡El tiroteo! Como por encanto la calle queda de pronto completamente desierta, mientras que detrás de los postigos cerrados escuchamos ese ruido mortal. Un silencio lleno de terror sigue al crepitar de las balas, y pronto se ve de nuevo la calle invadida por la gente mientras la caballería pasa a todo galope. Se oyen todavía algunos disparos y sigue el si-

lencio interrumpido por los autos blindados y los camiones llenos de soldados que atraviesan la ciudad en todas direcciones. Se cuentan varios incidentes, chispazos que tal vez provocaron este incendio; entre otras cosas se dice que en los funerales de un carabinero muerto en el tumulto, los "guardias" rojos dispararon sobre el ataúd. En verdad no es éste sino uno de los innumerables episodios de la revolución por que atraviesa Italia en estos momentos.

23 de Septiembre.

A eso de las dos de la mañana desperté al ruido de los disparos que se oían en una calle distante. Las detonaciones vibraban en la calma nocturna. Me levanté para cerrar la ventana y me puse de rodillas pensando en los que caían muertos en esos momentos.

El tiempo pasaba con lentitud.

25 de Septiembre.

Al salir de Turín vimos un cortejo impresionante. Tres carros fúnebres, llevando cada uno un ataúd cubierto de flores, avanzaban rigurosamente custodiados y seguidos por la muchedumbre; eran los cuerpos de los "guardias reales" muertos en los tumultos. Conociendo los antecedentes me alegré de perderlos de vista.

Hace frío y oscurece pronto. Mamá estudia los mapas y las guías. Ya es de noche y descubrimos que los faros del auto no funcionan. No hay luz para estudiar los mapas pero la luna nos alumbra la ruta y nos permite avanzar. Preguntamos cuál es el camino a Pavía. y nos dan una dirección falsa.

Nos hallamos perdidos, a la luz de la luna, en una carretera de la Italia central.

Después de muchas vueltas y revueltas llegamos por fin a Pavía. Como es natural dedicamos casi todo nuestro tiempo a la Cartuja. Es soberbia e imponente. Después de contemplar las innumerables obras de arte que ella contiene,

después de ver la tumba de Ludovico el Moro y la de Beatriz de Este, después de haber soñado por un instante en el gran claustro de los cartujos, en esas celdas donde tantas vidas transcurrieron lejos de la naturaleza, de la obra más grande hecha por Dios, volvimos a Pavía. En esta ciudad hay interesantes iglesias del siglo once con angostas ventanas ojivales y columnatas grises que huyen misteriosamente hacia la parte más alta de la iglesia — una explanada sobre la cual, según la antigua costumbre, se encuentran todos los altares. No existen ornamentos, salvo algunas esculturas en piedra — muy antiguas. Los vitrales dejan pasar una luz extraña que vaga por las bóvedas oscuras, una luz hecha de plegarias y que viene desde el fondo de los siglos.

Prefiero estas iglesias austeras a la gran Cartuja deslumbrante de mármoles y oro, con el lujo de sus mil preciosos detalles — el tesoro de la Italia del norte.

Nuestra próxima etapa es Parma, visitamos la bella catedral y seguimos adelante para subir a los Apeninos. Alcanzamos el punto más alto y nos encontramos en medio de una fría bruma otoñal. Hierba corta y húmeda, casitas derruidas. Después empezamos a descender hacia el mar Tirreno, y nos quedamos algunos días en el antipático Viareggio. Hicimos una excursión a Pisa y otra a Torre del Lago donde visitamos la villa del gran Puccini.

Avanzaba el otoño. ¡Qué ansias de volver a casa! Me sentía bien y tenía grandes proyectos: ir algunas veces por semana a clases al colegio, para no perder contacto con ese ambiente en que tan a gusto me hallaba — concurrir además al Instituto Inglés y al Francés, asistir como oyente a algunos cursos de la Universidad. Iba a arreglar muy bien mis días.

Por fin volvemos a Florencia. ¡Qué dicha!

Me llevan donde el profesor Frugoni, me ausculta y... no puedo pasar el invierno en Florencia. Partiremos antes de Navidad.

Me siento abatida. Temo que se repita lo del invierno pasado. Tengo horror del futuro, quisiera decir: "No oír, no sentir, es gran ventura — No me despiertes, habla bajo".

Antes de nuestra partida se produjo el desenlace del ro-

mance de nuestro chofer. Alfonso se comprometió oficialmente con la hija mayor de uno de nuestros campesinos. La muchacha es linda como una flor; a pesar de sus diecisiete años, de su cabello suelto y su apariencia infantil ha tenido ya dos pretendientes. Su padre vino una noche a pedir autorización para el compromiso. "Porque como Alfonso le ha hecho una proposición a esta muchacha, Patrona, será como usted mande Señora patrona..."

Estos son vestigios de las antiguas tradiciones que aún se conservan en nuestras tierras, en este siglo agitado por el comunismo.

CUADERNO QUINTO

Cannes, Febrero de 1921.

Hemos llegado a Cannes en medio del alegre carnaval. Asistí a los corsos de flores y me recordaron uno de hace diez años en San Rafael. En un carro decorado por nosotros mismos con flores celestes y amarillas una figurita vestida estilo Kate Greenaway (*) se inclinaba para recibir el gran trofeo que le otorgaba el Jurado.

Ayer hubo una batalla de flores en el golfo. Participaron centenares de barcas hermosamente adornadas.

.....

Fuimos a Valescure... A Valescure, donde hace diez años viví una época tan hermosa, Valescure, cuyo solo nombre evoca todo un espejismo de recuerdos de la infancia.

Me acerco a estos lugares con gran emoción. Tomamos el camino de la Corniche d'Or, que nos lleva hasta San Rafael. De pronto veo tantas cosas que había olvidado. Es una sensación extraña, porque estos recuerdos tienen algo de ensueño. He vivido tan lejos de este sitio que quise tanto en otro tiempo. Y me siento llena de alegría porque tenía miedo, miedo de volver a ver estos lugares de los que guardaba tan bello recuerdo, tenía miedo de que esos paisajes que contemplaba a través de mi infancia envueltos en tenue bruma, parecieran

(*) Artista inglesa, famosa por sus ilustraciones de libros. (1846-1901).
(Nota de la T.).

banales a los ojos de mis dieciocho años, temía que se rompiera el encanto. Pero ¡oh, raro milagro! He aquí que la sensación de belleza se renueva, se intensifica. Comprendo ahora lo que sentía fuertemente aunque de manera un tanto confusa. Sé lo que me dice la naturaleza, sé lo que había sentido, sé por qué lo amaba tanto.

Sí, este es el sitio entre los pinos, y las rocas, donde hace ocho años Margaret P. invitó a todos los niños a un pic-nic a orillas del mar y yo me caí al agua.

Y aquí está la casa de Alphonse Karr. Después llegamos al pueblecito de San Rafael, veo la gran iglesia donde asistí a una misa de Navidad, el sitio donde se encontraba el bazar de las "viejecitas" y donde por primera vez compré sola. ¡Pero ¡ay!, el bazar ya no existe.

Pasa la brisa cargada con mil aromas del bosque. Valescure tiene un perfume especial que me recuerda escenas, días por tanto tiempo olvidados, y despierta en mí todo un mundo confuso de imágenes lejanas.

24 de Febrero.

Fuimos a Monte Carlo para celebrar el vigésimo aniversario del compromiso oficial de papá y mamá que tuvo lugar justamente allí.

Estuve en el famoso Casino (haciéndome pasar por mayor de edad). Conseguí entrar, naturalmente, pero después de haber ganado, perdí todo, lo que hizo que el juego no me pareciera entretenido. Me disgustó esa sórdida atmósfera sedienta de dinero que se respiraba en esas salas suntuosas. ¿Cómo se puede estar tanto tiempo encerrada cuando afuera el cielo ríe ante los milagros de la naturaleza, de esta Costa Azul tan digna de su nombre?

.....

Asistimos a unos interesantísimos campeonatos de tennis. Admiramos a la incomparable Suzanne Lenglen en toda su gloria de campeona mundial, y a Miss Ryan, Mrs. Satherwaik, Lord Rocksavage, Hilliard, Balfour y a muchísimos

otros "grandes" del mundo del tennis. En efecto la flor y nata de la sociedad deportiva mundial se había reunido en la Costa Azul. Era grandioso contemplar esos bellos cuerpos de atletas luciéndose en el radiante decorado de una primavera en la Riviera. Un silencio religioso, interrumpido solamente por la voz del árbitro, reinaba en la vasta asamblea que rodeaba las canchas de tennis. Empezaba esta voz diciendo: *¡Love all!* y hasta que no proclamaba el *Game and Set*, todos los espectadores, desde el rey Manuel de Portugal, su mujer la princesa Victoria Augusta, y todas las figuras importantes del deporte, hasta los humildes jugadores que como yo se iniciaban en los misterios del arte, permanecíamos sin chistar siguiendo con la vista la rápida pelotita blanca; los amplios gestos llenos de gracia y el cielo azul intenso nos hacían evocar los juegos de la antigua Grecia.

Hicimos excursiones a Cap Martin y a Cap d'Antibes. Fuimos también a la Isla que se alza como una copa de verdor ante el golfo azul de Cannes. Un sitio donde me encantaría vivir; es como una pequeña selva; hay un restaurant creado por Poirot, dos casitas de los guardias, un vasto fuerte abandonado y sugerente: allí visitamos la prisión del príncipe de la Máscara de Hierro. Después sólo hay árboles inmensos, grandes extensiones llenas de arbustos, rocas y mar.

Estamos de nuevo en Italia. Ayer dejamos Cannes tranquila y dormida como una ciudad de provincia bajo el deslumbrante resplandor del mes de Mayo en la Riviera y por fin emprendimos el vuelo hacia el hogar, "el dulce hogar". Una exuberancia de flores y verdor, bordea el camino que ya nos es familiar, esta carretera ondulante, única, de la Riviera francesa.

Pasamos Niza, Menton, y llegamos al promontorio que marca la frontera. Le sonrió al último soldado de uniforme "azul horizonte" contemplo largo rato a Francia que se extiende tras de nosotros. Seguimos adelante.

Nos quedamos todo el día en San Remo, pues hoy es día de elecciones. Estamos de nuevo en Italia, que se ha convertido en el país de los disturbios populares, del socialismo extremado, de las reacciones apasionadas, etc.; de manera que

no es prudente aventurarse por los caminos. En Francia tan serena en su patriotismo, nos habíamos ya olvidado del bolcheviquismo, del odio de las clases obreras, de las miradas hostiles, de las pedreas y los tiroteos.

25 de Mayo.

Una carrera fantástica de todo un día nos llevó de San Remo a Sestri Levante. Toda la Riviera italiana estaba en plena florecencia, en el auge de su gloria, con su aire embalsamado y tibio. Almorzamos en Savona y atravesamos Génova. Pasamos cerca de Portofino Kulm, y después divisamos Santa Margherita, mal sueño, horrible recuerdo.

Al día siguiente atravesamos el Paso del Bracco que tanto me había gustado por esa amplísima soledad tan rara en Italia, y llegamos a Spezia. La ciudad parecía hechizada; las calles solitarias, las casas cerradas. Un pelotón de soldados armados de fusiles, se mantenía inmóvil en la desembocadura de una calle. Recordé Turín, allí habíamos visto el mismo espectáculo. En todas partes encontrábamos tropas a nuestro paso, el tránsito detenido, grupos de hombres inquietos, amenazadores... Yo iba sentada al lado del chofer y me volvía rápidamente para dar una mirada a papá y mamá. Ellos también habían comprendido. El auto avanzaba lentamente, solo, en medio de las anchas calles de la ciudad. —Han muerto a diecisiete socialistas, entre las víctimas hay mujeres y niños— nos dijo un hombre muy pálido y desgredado. Los tumultos habían tenido lugar el día anterior y habían durado hasta esa mañana.

Nos alejamos de Spezia a toda velocidad.

.....

Después de tan larga ausencia todo el mundo me hizo un gran recibimiento. Empezaron las invitaciones y las múltiples comidas; pero lo que me dió más alegría fué a ver el colegio: —Considérelolo como su casa, me dijo Miss P.

Y volví a ser colegiala tres veces por semana, las últimas dos horas de clase. Con profunda emoción miraba la sala,

siempre tan igual, me sentaba en mi pupitre, el tercero de la primera fila, dentro del cual se veía aún entre innumerables firmas el nombre de Lily Iñiguez, escrito con mi letra grande, y el corazón me hablaba de Francesca y de mis camaradas de antaño.

“La tumba más dulce y la más ignorada es aquélla en que duerme un recuerdo”.

Faltaban todos los rostros que me eran familiares, mis queridos compañeros se habían dispersado.

Los muros están cubiertos con la siguiente proclama:

¡Viva el Fascismo! ¡Vivan los Fascistas!

En las calles resuena su himno y de todos lados surgen grupos magníficos de adolescentes. Todos los admiran de corazón. El Fascismo en Florencia es un destello victorioso de luz; la pesada sombra del bolcheviquismo se proyectaba desde hacía tiempo, abrumando con su desaliento, sus ideas negativas, con sus sombrías y feroces amenazas. Esta sombra se había erguido triunfante y todo el horizonte se había oscurecido de espanto. Ciegas, embriagadas, las multitudes se lanzaban en su torbellino. De la desesperación nació la esperanza y todo un pueblo, toda una civilización presa del vértigo se dejaron arrastrar por la Revolución. Los destinos temblaban— un infinito confuso se extendía ante el pueblo exaltado por la causa de la Fraternidad. La tiranía, la rapiña, el crimen, crecían como la alta marea que todo lo engulle. El terrorismo hacía estragos— empezaba la noche. Entonces sucedió el milagro. Un grupo de adolescentes se levantó con un heroísmo sin límites para hacer frente a la Revolución, y al precio de sus vidas, proclamaron ante el mundo asombrado que el poder supremo es y será siempre el ideal que es la única verdad y lo único eterno.

La primavera maravillosa invade toda Italia con la amplitud de una epopeya. Y las cohortes de adolescentes voluntarios morían en su gloria.

En esta Italia de escépticos y desmoralizados, de egoístas y de encubiertos que habían censurado la guerra, surgió esta

joven generación como una antorcha, como una llama de sacrificio y de fe.

Desapareció la sombría tristeza de los tiempos de guerra.

Los "fascistas", voluntarios casi niños sonreían a la vida y a la muerte.

Era una alegría arrogante y soberbia, era un poema, era la inmortalidad.

31 de Diciembre de 1921.

L E Y S I N

*"Ring out wild bells to the wild sky
The flying cloud, the frosty light:
The year is dying in the night
Ring out wild bells and let him die". (*)*

Tennyson.

¡Qué año! ¡Qué año! Voy a resumir en pocas palabras toda la horrenda pesadilla: estoy en un sanatorio.

El 22 de Junio caí enferma. Debíamos ir a un picnic a la luz de las estrellas, sólo niñas y jóvenes en dos autos; de súbito me vino una influenza; tuve que renunciar al paseo, lo que me pareció "entonces" un gran contratiempo. La influenza aumenta: sufro terribles dolores de cabeza y mareos continuos.

El 29 de Julio emprendemos viaje a Suiza. Me siento más muerta que viva; me llevan en brazos al auto. Todos los empleados, todos los niños están en la puerta y cuando el coche se pone en marcha se me llena el corazón de tristes sentimientos.

El profesor Frugoni está en la estación y un médico nos

(*) *"Callad campanas tristes; si el cielo está sombrío
Si flota entre las tinieblas algún fulgor extraño
Si la estación obscura muriendo está de frío...
Callad campanas tristes, dejad morir el año.
(Traducción libre de autor anónimo).*

acompañará hasta Leysin. Me transportan al compartimento que nos han reservado. Allí paso la noche; mamá permanece sentada a mi lado mientras el tren corre hacia el norte.

Al día siguiente llegamos a Milán. Nos instalamos en el hotel. Hace un calor espantoso. El clima tórrido de este año me había hecho sufrir mucho, pero nunca la temperatura había sido tan atroz. Mamá y Mademoiselle pasan todo el tiempo a mi lado.

Partimos a la mañana siguiente. En Domodossola el calor es sofocante, lo que es terrible en mi estado de debilidad. Cuando llegamos a Aigle no puedo más. Me quedo en la sala de espera hasta que viene un auto para llevarnos a nuestro destino. Por fin llegamos a Leysin.

Me siento desfallecida. Acierito a comprender apenas donde me encuentro. No puedo contener las lágrimas que me queman.

Y desde entonces ¡qué de sollozos desesperados! Poco a poco lo comprendo todo. Las tinieblas me rodean, ya no veo la luz. Llego hasta los sombríos abismos de la desesperación. Lloro, lloro mucho, amarga, perdidamente. ¡Cuántas noches he sollozado junto a mi almohada! ¡Cuántas veces he repetido dentro de mí las cosas horribles que la dura vida me dictaba! Siempre en cama, veía transcurrir pesadamente las semanas y los meses.

Me sentía tan desgraciada que prefería la soledad y sólo Dios sabe los tormentos que he sufrido. Es horrible.

Todo pensamiento doloroso me tendrá a su merced; acostada en mi lecho pienso a veces que voy a morir. Veo delante de mí la ruina de mi vida —y eso es lo más terrible—, tengo la certeza de que no sanaré.

Por las noches me tomo la cabeza a dos manos y me pregunto: ¿Por qué? ¿Por qué?

Y entonces, yo que nunca había tenido esta clase de pensamientos serios, siento de pronto la mujer que despierta en mí al pensar que me estará vedado para siempre el derecho a tener un hijo.

Me repetía los versos de María Pascoli:

*Anch'io nei dolci sogni di mia vita
Sognai di voi oh figli miei non nati. (*)*

y lloraba tristemente en la obscuridad.

No podía rezar. Supremo desconsuelo. Me faltaba la fe. Dudaba. Podía decir: ¡Oh! Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Muchos fulgores se borraron para siempre del paisaje de mi vida.

El suplicio fué largo. El 29 de Septiembre pude bajar por primera vez y salí a dar algunos pasos; desde ese día salgo de vez en cuando si hace buen tiempo. Pero esos veinte o treinta minutos en que me arrastro a paso de tortuga por una pequeña avenida —siempre la misma— no traen ningún alivio a mi vida cotidiana. El resto del día paso acostada. Los meses de Octubre y Noviembre han sido tal vez los más crueles.

Mis vagas angustias —Dios sea loado— se hacen cada vez menos frecuentes, pero miro friamente mi destino.

Me había vuelto insoportable y, accediendo a mis deseos, tomaron una enfermera. Yo quería que se fuera Mademoiselle porque Leysin no es un lugar para ella. Pero cuando ya estaba por partir, se quedó con nosotras, y no volví a insistir, rodea a mamá de mil cuidados y yo la quiero mucho. Su ausencia nos causaría una gran pena.

En Diciembre empiezo a ocupar un poco mi tiempo. Escribo cartas, coso. Los trabajos manuales tan desdeñados por mí hasta hace poco, ahora me entretienen. Visto muñecas para los niños pobres. Así paso horas tranquilas llenas de satisfacción. A veces me parece que mis sufrimientos fueran los de otra persona. Extraña sensación. No me puedo imaginar que soy yo quien está en este callejón sin salida. Me tiene aturdida este golpe que me ha dado el destino. Me parece que todo no es más que una pesadilla y que tendré que despertar. Pero no, es la implacable verdad...

Y sin embargo empiezo a despertar... un poco...

(*) *También yo en los dulces sueños de mi vida
Pensé en vosotros, ¡oh! mis hijos que no nacieron*".

La esperanza renace. ¡Oh! Belleza incomparable del alba.
Voy a sanar. ¡Sanaré! Exquisitas palabras en las que antes no había creído. Sanaré. Mi corazón se lanza hacia el azul.

.....

Pesaba 52 Kgs. cuando llegué, en cinco meses he llegado a los 68. Ya no tengo fiebre. Todo va bien dentro de lo que es dable esperar...

Ha llegado Navidad, la gran fiesta del afecto y del cariño.

Oh dulce, tan dulce Navidad. Ahora comprendo el profundo significado de aquellas palabras que cantaba en mi infancia:

*Du grünst nicht nur zur Sommerzeit
Du grünst auch wenn es stürmt und schneit. (*)*

Justamente antes de Navidad tuvo lugar un gran acontecimiento: Papá entregó en una solemne ceremonia oficial el Monumento a los Héroes de la Concepción al Ministro de Chile. El monumento fué fundido en bronce y antes de partir a nuestra patria lejana donde glorificará por siglos el heroísmo, fué objeto de un ferviente testimonio de admiración en la bella Florencia que lo vió nacer.

La ceremonia tuvo lugar en la Fundición Vignali.

Navidad.

Fué una feliz Navidad. El 23 empezó a nevar y el 24 todo nuestro mundo estaba ya cubierto con un blanco manto. Las luces del pueblo y de las casas brillaban en la blancura. Celebramos la fiesta en familia.

Me habían preparado un árbol de Navidad y un pequeño Pesebre. Mamá había arreglado el pintoresco establo con su techito de paja, la colina rocosa salpicada de arbustos; y

(*) "No sólo reverdecen en verano.

Reverdecen también en medio de la tormenta y de la nieve".

había dispuesto las figuras colocando en el centro de todo un hermoso Niño Jesús que parecía irradiar luz.

Recibí muchos regalos y una cantidad de cartas y saludos de todas partes del mundo. Es emocionante verse rodeada del cariño que emanan tantos corazones. Me sentí conmovida. Mientras disfrutaba de todo esto, una cajita de música me hacía escuchar las melodías de otros tiempos queridos: "Noche de Paz", y "Oh Tannenbaum, du grünst nicht nur zur Sommerzeit...".

Bajé al comedor. ¡Cuánta luz! Que gran novedad después de seis meses de cama y de sufrimientos. Ponerme el traje café es ya un placer. Qué extraño es sentirse feliz. Había perdido la costumbre.

25 de Diciembre de 1921.

Un sol radiante en un cielo límpido derrama su fiesta de luz sobre la blanca fiesta de la tierra. Los aficionados al deporte están llenos de loca alegría. Por todas partes se ven trineos y grupos regocijados que se apretujan en la nieve.

En la colina, la iglesia del lugar acoge a los corazones agradecidos.

Después de almorzar, tendida en mi silla en la terraza, a la hora reglamentaria del tratamiento, escucho extasiada el himno reconfortante que canta el coro del Ejército de Salvación. Por la tarde voy con mamá al Sanatorio de niños; saludamos a los pequeños enfermos, admiramos el hermoso árbol de Navidad y dejamos una ofrenda. Cuando volvíamos, el sol poniente era una mancha púrpura en el níveo paisaje. Qué bello era todo.

Por la noche hay gran fiesta. Un espléndido, un inmenso árbol de Navidad ilumina por sí solo toda la vasta sala. Loca alegría. Gran cantidad de jóvenes. Somos cinco niñas, y una turba de muchachos de mi edad. La suntuosa comida se sirve en medio del ruido incesante de los pitos, las matracas y las sorpresas. Al final todo el mundo luce fantásticos sombreros, nosotras, guirnaldas o plumas y los jóvenes, unos gorros graciosísimos; la orquesta deja oír sus más animados compases y

empieza una loca batalla de una mesa a otra con grandes globos azules.

No he visto en ninguna parte una alegría tan viva, tan infantil y tan sincera. Se creería estar en un colegio o en medio de una numerosa familia.

Todos nuestros corazones acaban de salir de una pesadilla tan espantosa, que por justa ley de compensación sentimos la alegría de vivir cual niños en vacaciones en un hermoso día, con la diferencia de que nosotros conocemos los horrores de la noche y apreciamos la dulzura del sol.

Así transcurrió mi feliz Navidad.

El 27, vino a verme el Dr. Burnand, a quién quiero mucho, y me dijo que sanaría. —Usted ha hecho en cinco meses lo que otros consiguen en cinco años. Tiene toda la vida por delante.

Frase preciosa.

El Dr. Burnand es uno de los médicos más famosos del mundo.

31 de Diciembre, a las 10 de la noche.

La nieve amortaja al mundo con un sudario helado. El cielo está cubierto de nubes grises. Es de noche. Ha llegado el fin de 1921.

Estoy escribiendo en cama, a escondidas; quiero anotar algunas ideas. Este año he mirado de cerca el sufrimiento y la muerte. Dios mío, aun me siento inquieta, tiemblo; pero me has dado un don maravilloso. Creo que casi debo agradecerle que me hayas tenido cerca de la eternidad; ahora contemplo con verdadera dicha la vida que renace y me envuelve con sus lazos. Se ha disipado la bruma. Mi corazón tiene más caridad porque conoce la noche de la desolación.

El año se muere. Nunca he sentido este instante en forma tan solemne. Hay dentro de mí un inmenso reconocimiento. Y rezo. ¡Oh! Dios, concédeles fe y salud a los que amo. Dios mío, tú que me has hecho sufrir concédeme ahora esta gracia.

Le dije a mamá que me despertase cuando empezaran a

repicar las campanas. 1921 ha tenido momentos terribles pero ha terminado con un rayo de luz, de ternura y de esperanza. Gracias. Creo que me he salvado del bátratro de la enfermedad crónica. ¡Oh! Gracias. Ahora tengo que dormir.

La nieve atavía al mundo con un ropaje deslumbrante...

Mamá me despertó a las doce de la noche; escucho las alegres campanas que tocan a vuelo y leo la magnífica poesía de Tennyson. Cuando cesa el carillón, la banda municipal afuera en la obscuridad de la noche saluda alegremente al año que nace. Vuelvo a dormirme y sueño como una niña con las sorpresas que me esperan; dejé mis zapatos (esta vez fueron las botas para la nieve que son lo más grande que tengo) frente al altar que forma el Pesebre.

Por la mañana, qué alegría ver los paquetes y la enorme correspondencia, me han escrito todos mis amigos y amigas. Siento que se me ha entibiado el corazón. Tenía tanta necesidad de un poco de sol.

Recibí una larga carta de Francesca.

¿Por qué suspiré al terminar de leerla? Al principio me dió una triste sensación de alejamiento. Después la releí y no, siempre nos querremos mi bien intencionada Francesca y yo; y sin embargo, volví a suspirar. ¡hay tanta alegría de vivir en esas líneas! ¡Mi querida amiga! Siento el corazón oprimido, ¿por qué?

"Paso trabajando y divirtiéndome".

Y yo enferma, quizás nunca podré gozar de plena actividad.

Nunca, y yo también soy joven, ¿Es esto envidia?

6 de Enero de 1922.

Ha llegado la fiesta de los Reyes Magos. Habrá que quitar el hermoso abeto que adorna mi pieza y el pequeño Santa Claus que llega en un trineo bajo las ramas nevadas y centelleantes del árbol. Hoy es la fiesta de mi pesebre, pero también habrá que deshacerlo y guardar las figuritas colocadas ahí con tanto amor.

Mamá y yo rezamos una novena que terminó hoy ante el Niño en su humilde establo y le expresamos nuestra gratitud.

9 de Enero.

Como dije antes, el dieciocho de diciembre fué una fecha memorable para nosotros. Papá entregó el Monumento a los Héroes de la Concepción al señor Villegas, Ministro de Chile. Asistieron a la ceremonia gran número de artistas y casi todos nuestros amigos de Florencia.

Todavía lamento no haber sido testigo de este momento sin igual que ha glorificado a mamá. Papá al donar la obra pronunció un magnífico discurso que fué contestado por el señor Villegas en representación del Gobierno de Chile. Luego tomó la palabra Corcos, a nombre de los artistas florentinos y tributó grandes elogios evocando a "la hermana lejana". Por último, el Caballero Hugo Castelnuevo se expresó así: "La artista está lejos, en lugar de ella, y por sobre ella, está aquí su obra. La artista está lejos, señores, pero cuando se trabaja así, cuando se crea algo así, cuando se deja tras de sí, más allá de sí misma la armonía incorruptible y el consuelo inmortal de la belleza, ya no se está lejos, la distancia no existe". Y más adelante: "En los últimos años de confusión, de guerra y de luchas, cuando nuestra alma parecía enloquecer, cuando la vida de los pueblos emaciada por el egoísmo del lucro se ensangrentaba en los odios faccionarios, acudíamos a su ermita de Fiésole como a un refugio de paz y fe. Allí quedábamos los artistas extasiados ante sus obras de arte; los amigos nos sentíamos saciados en esa fuente de poesía, iluminados por los rayos del sol, consolados por una suprema esperanza de superación humana".

¿Qué se puede agregar a estas palabras? Mi pobre pluma enmudece.

Una lluvia de cartas y telegramas conmovedores nos trajeron un reflejo de este momento supremo a nuestro pobre destierro. Alrededor de mamá se formaba una aureola y ella asistía profundamente emocionada a su apoteosis en vida. Y

yo sentía cerca el batir de alas de la Gloria. Ví desde mi sombra a la Gloria posar su corona de laureles sobre aquélla que me dió el ser.

Mi madre.

Anticipación de inmortalidad.

Una inmensa onda de afecto la rodea atestiguando su bondad, y la admiración agradece la belleza que ha dado al mundo.

En la sombra me cegaba el resplandor.

4 de Febrero.

Gime el viento y se lanza impetuosamente a los espacios, bajo el gran cielo sin luz. Arrastra los copos de nieve que flotan perdidos entre el cielo y la tierra muerta. Junto a los cristales una niña los contempla a través de sus lágrimas; tiene el corazón tan angustiado.

¡Oh, qué tristeza!

20 de Febrero.

Me he dado cuenta de la poca importancia que tiene la vida humana. ¡Se apaga tan pronto! Unos versos de Sully Prudhomme creo que resumen todo mi pensamiento:

*Bleus ou bruns, tous aimés, tous beaux,
Des yeux sans fin ont vu l'aurore
Ils dorment au fond des tombeaux
Et le soleil se lève encore".*

¡Disfrutemos, pues, del instante que huye! El otro día suspirando miraba en derredor mío, veía sonrisas bajo las luces y me decía: qué suerte es estar viva todavía.

Mi vida se está haciendo mucho más agradable. La Hermana María me despierta a eso de las siete y media. Después

(*) *Pardos o azules, amados y bellos —innumerables ojos han visto nacer la aurora— duermen ahora en el fondo de sus tumbas— y siempre aparece el sol.*

de vestirme y tomar el desayuno voy a recostarme a la galería. Visita de doctores. Me levanto y salgo. Como he aumentado dieciséis kgs. tengo que pensar en adelgazar un poco. Subimos por los hermosos caminos de la montaña, cubiertos de nieve blanda y suave como seda. Pero ¡ay!, ¿dónde está la andarina de otros tiempos? Después: almuerzo y conversación en el hall. Ahora conozco mucha gente y me empeño seriamente en dejar a un lado mi timidez y sobre todo, la tendencia a sonrojarme. Esto es como un gran colegio: hay seis o siete niñas y una veintena de jóvenes. Por consiguiente reina el entusiasmo y la alegría. A las dos todo el mundo se levanta y va a seguir su tratamiento. A las 4, paseo, a las 5 tomé el té y después hago visitas, o bien escribo. Aquí escribo muchísimo, pues he vuelto a tomar mi diario abandonado por tanto tiempo. Trabajo en él desde enero, copiando algunas notas, llenando grandes lagunas y esta ocupación interesante que me hace vivir en el país de los recuerdos me ha ayudado a pasar horas en forma apacible. Todas las páginas a partir de Siena son fruto de esta labor. Después de esto me visto para ir a comer y en seguida charlamos en el hall. Existe un gran sentimiento de camaradería entre estos compañeros de infortunio, que unidos por las mismas tristezas marchan hacia un mismo fin. El tema de conversación más en boga es naturalmente nuestro mal. Me sorprendo yo misma cuando me escucho hablar con voz indiferente de todas estas cosas. En efecto, me apresuro a reírme de todo, por temor de llorar; sí, hasta un cierto sentido de humor emana de esta vida. Un señor D., por ejemplo, llegó anunciando que venía a Leysin a pasar un mes y tendrá para un año.

La señorita D. vino creyendo que iba a cuidarse un resfrío. Se ha quedado un año y medio y tendrá que volver el año próximo. Pero en realidad le hace propaganda al Mont-Blanc, completamente recuperada, es el vivo retrato de la salud.

Y yo, ¡Dios sea mil veces bendito! También soy un caso excepcional por los rápidos progresos que he logrado hacer. En resumen: no soy desgraciada.

Con frecuencia me acuerdo de que hace un año encontraba que Jack R. era sumamente simpático.

Aunque parezca extraño todo aquello está rodeado de una especie de fascinación.

El doctor P. acaba de decirme que no volveré a Florencia este otoño —ya casi tenía la certeza de poder hacerlo— y que tendré que pasar el próximo invierno aquí. Esto significa todavía un año más de Sanatorio. Apenas veo lo que escribo a través del velo de mis lágrimas, pero he aprendido a sufrir sin demostrarlo. Lo prefiero así. Me inclino entonces sobre mi querido cuaderno, testigo de días más felices, y a él le confío mis pensamientos.

Mi carácter ha envejecido. No puede una hundirse en el abismo de la desesperación sin cambiar un tanto. Ya no soy la niña de antes de Leysin. Sé lo que es el renunciamiento. Todo lo que formaba marco a mi vida, todo lo que constituía mi horizonte, ha cambiado, ha desaparecido para no volver jamás. Y yo, ¡ay!, también he cambiado, y ese marco y ese horizonte no podrían ya jamás ser míos. Las palabras que escribo son como gotas de sangre que escapan de una herida.

En los dos otros inviernos que pasé lejos de Florencia tenía la visión vívida de mi felicidad, el ardiente deseo de volver a ella. Soñaba con ternura infinita con mis campos y mis bosques; una intensa nostalgia de mi vida de colegio, de mis compañeros, de esas dulces y sólidas amistades y de esa dicha incomparable que no se puede olvidar, me daba también alegría. Todos mis pensamientos iban a ese querido rincón del universo que guardaba intacta mi felicidad.

Ahora... todo pasó. No sé si nuestras tierras podrán volver a decirle a mi alma lo que le expresaban en las horas quietas. Ahora veo las cosas tal como son. Los cuatro vientos han dispersado a mis amigas. Cada una tiene su camino en

la vida. Tengo ya mucha edad para formar nuevas amistades con esa confianza de antaño; bien lo ví esta primavera cuando estuve en el colegio. Y el colegio, aun mi colegio tan querido... ya voy a tener veinte años, todo pasó. Florencia ya no me ofrece los tesoros que me dió: un pequeño paraíso que añorar y la esperanza de volver a vivir las horas que tanto amaba. Y a pesar de todo —¡oh contradicción del corazón humano!— a pesar de mi coraza de amarga indiferencia, me siento abrumada por la sentencia del doctor, no sólo porque otro año de sanatorio se extiende amenazante delante de mí, sino porque estoy separada de tantos alegres recuerdos y de mi Florencia amada.

Dejo entre sollozos el dulce "jardín de margaritas".

Volví por última vez pero la vida implacable me rechazó. En adelante sólo tendré el tesoro perfumado de los recuerdos. Delante de mí hay una triste desolación.

Entré aquí cuando niña; con horror pienso que saldré mujer. ¡Qué espanto! Volveré como Rip van Winkle a un mundo cambiado. Pero es necesario que aprenda de una vez por todas, que "el que ve muerto su sueño debe morir con él o saber sobreponerse".

Y después de todo, qué bueno es estar viva, ver brillar el sol, "el mundo creado por Dios". Junto las manos y doy gracias al Todopoderoso por haberme alejado de la muerte. ¡Oh, qué alegría estar viva, saber que algún día sanaré!

El 26.

Las campanas domingueras tocan a vuelo en el aire azul de un día radiante. Y recuerdo otros domingos por la mañana en que pensaba feliz en la jornada que vendría...

Y me siento triste, descorazonada.

4 de Marzo.

¡Qué noticia! La Princesa María ha escogido Fiésole para finalizar su viaje de luna de miel y se instalará en la Villa Medici de la que tan gratos recuerdos tengo. La primera vez que visité la Villa estaba convertida en hogar para los

oficiales ingleses convalecientes. Después volví muchas veces integrando alegres grupos que se lanzaban en busca de la belleza y de la aventura.

La Princesa María siempre me ha parecido encantadora, y en cuanto al Príncipe de Gales, lo encuentro adorable.

En realidad pienso que más de la mitad de mi alma es inglesa. Todo el mundo lo dice. Tengo una antecesora inglesa, la mujer de don Andrés Bello. ¿Será posible que de ella tenga ese amor por la belleza del hogar inglés? Seguramente. Por lo menos así lo espero, pues me siento mil veces más británica que sudamericana.

8 de Marzo.

Una visita del Dr. B. me ha dejado feliz.

Mis progresos le parecieron "extraordinarios", "formidables". En efecto, me siento mucho mejor.

El 12.

Tuvimos casi tres metros de nieve y hasta hace dos días su blancura caía incesantemente sobre la grande y callada tierra. La primavera ya debe de haber llegado a Toscana. Aquí ruge el viento helado. A veces oigo en las noches sus imponentes armonías, lo siento cuando pasa con ímpetu salvaje y a lo lejos mueren sus largos gemidos. La gente de Leysin dice que en este invierno ha nevado excepcionalmente. Me siento afortunada. Presentan mucha novedad estos paisajes del norte. Pero ha sido como volver a encontrar un amigo de la infancia casi olvidado, no como trabar una nueva amistad. ¡Grande y hermoso Norte!

El 13.

"¡Qué comedia es la vida y qué tontería es hacer de ella un drama!". No; a menudo es un drama, ¿y dónde se le puede ver con más sobrecogedora ansiedad que aquí? Pero en este decorado existe también el lado cómico, la irresistible comicidad. Con frecuencia se oyen locas carcajadas en el hall.

Un pobre señor alsaciano, muy ingenuo, de regular edad, que llegó hace poco, ha pasado a ser el blanco de las bromas de todos los jóvenes. Le hacen creer lo que quieren.

—Yo tengo un neumotórax en cada pulmón, le dicen. Hay que estar sumamente grave para venir aquí. ¡Mire, aquí no tiene más que un pedacito de pulmón!

—¿Ese? ¡Pero es imposible, si tiene tan buen semblante!

—Mientras mejor se ve uno, peor está.

—Sí, dijo con mucha gravedad d'A..., ¿se acuerda usted del marroquí de la pieza 153, el que murió?

—¿De la pieza 153?, exclama el pobre señor. ¡Esa es mi pieza!

—¿De veras?, continúa d'A... No se preocupe por eso, aquí todas las habitaciones tienen la misma historia.

—Escuche, le dice otro, aquí es conveniente usar guantes, porque al abrir las puertas uno puede contagiarse. (Y el señor los usa).

—El domingo habrá una carrera de aros en que tomarán parte damas y caballeros. Venga a entrenarse. Y el pobre va.

Transcribo textualmente lo que estos atormentadores me han contado. ¡Cómo nos hemos reído!

Anoche, antes de dormirme, pensaba en la obscuridad, en tantas vidas fugaces, sombras de niñas que vagan en torno a sus primaveras perdidas.

El otro día miraba una hoja de estadística: cifras colocadas al lado de las siguientes palabras: Dados de alta, Restablecidos, Estacionarios, Agravados, Muertos... ¡Cuánto drama humano había en esas cifras! ¡Cuántas esperanzas perdidas, qué angustias, qué horrible desolación en cada uno de esos números, en cada una de esas vidas enfermas!

Con frecuencia parten los incurables... El mes pasado se fué un hindú que había dejado su país maravilloso hacía once años. Lo transportaron hasta Trieste, pero allí, en forma implacable, lo rechazaron en el barco. Murió algunos días después frente al mar cruel. Más tarde vimos partir a una niña. Podía caminar cuando llegó, pero después de siete meses de soledad y de astenia, sus padres vinieron a buscarla. Tuvieron que llevarla en silla de manos. Papá viajó con este

triste acompañamiento en camino a París. Escribió que humildemente había dado gracias al Todopoderoso por habernos preservado. Hoy partió una señora italiana. Tal vez podrá vivir mucho tiempo todavía, pero nunca sanará. Todo esto me hacía contemplar mi destino en estos días atroces.

El señor ingenuo quiere fundar un diario: "El canario de Leysin". Le mostró algunos artículos a d'A, quien los juzgó "una estupidez", pero después de leerlos le dijo seriamente:

—Señor, ¿usted ha sido periodista?

—Periodista exactamente no, aficionado sí.

—Está claro, se ve.

Así cada día, a cada instante, lo burlesco, lo trágico, lo sentimental, surgen en este extraño mundo de Leysin. Aquí todo se intensifica.

Nacen los más extraordinarios romances —en septiembre, por ejemplo, un médico se casó con una de sus pacientes— enferma desde hacía cinco años, tan delgada y frágil que parece representar todas las fases del mal, y en medio de los sufrimientos, su risa infantil estalla como una fuente de agua clara que surgiera entre las zarzas.

El 17.

Al término de mis diecinueve años abrazo con la mirada el tiempo transcurrido desde que entré a la adolescencia. Contemplando esta larga etapa del camino de mi vida, voy a resumirlo con palabras sugerentes:

Amistad (con A mayúscula), entusiasmo compartido, amor a la poesía, pensamientos profundos, penas, dudas religiosas, juegos, pensamientos menos profundos. Plena infancia, amigos, gallinas, campo, primera neurastenia, colegio, naturaleza, amistades, popularidad, montones de amigos, sollozos en la obscuridad, sombras, segunda neurastenia. Dejar de buscarle cinco pies al gato, depresión, deporte, rubores. Depresión y presentimientos, desesperanza, esperanza...

Este resumen dista de ser perfecto. Por lo demás, los cua-

ernos de mi Diario muestran mejor mi vida que este cuadro retrospectivo.

Voy a tratar de escribir algunas líneas. Sólo una enorme fuerza de voluntad me hace proseguir mi Diario. Desde el 21 de marzo vivo en una espantosa pesadilla. Esta horrible neurastenia que ya me había atormentado en otras dos épocas de mi existencia se ha apoderado brutalmente de mí. Mi alma está herida. Volveré a hablar de todo esto cuando recupere la serenidad. He sufrido atrocemente.

Hace pocos días papá me trajo la noticia de la muerte de mi abuela materna. Había soñado tantas veces ante su retrato, ante la serenidad radiante de su rostro joven. Siempre la había rodeado con los más tiernos pensamientos.

Esta noticia es tan triste como mi estado de ánimo. ¡Oh, Dios mío, cómo he sufrido en estos meses! Han sido los más duros de mi vida. ¡Tengo necesidad, horrible necesidad de sol!

29 de Junio de 1922.

¡Un año! Hace un año que caí enferma, es atroz. Un año de vida inútil, que día por día me trae insoportables angustias renovadas inexorablemente. ¡Oh, Dios! ¿Dónde está mi juventud? ¿Por qué, por qué, después de los tormentos de la enfermedad me das los tormentos del espíritu? Me ha sucedido una cosa extraña: he perdido mi "yo", no soy más que un pobre ser angustiado. Pues bien, no, me rebelo, no quiero. No debo permitir que la sombra se apodere de mi espíritu.

Quisiera dormir todo el día; qué fatigoso es recomenzar después de cada despertar la misma penosa jornada.

¡Qué bueno es dormir! ¿Y morir?

Si todo esto no ha de cambiar, sí. Pero la esperanza, único don de mi juventud, la esperanza me dice que todo cambiará, y entonces... la quieta vida de todos los días, *sin la sombra*, tendrá el fulgor de una resurrección.

"No siempre se tienen veinte años". Estos días aciagos tendrán que pasar. ¿Pero, cuándo? Ya no puedo más y mi juventud no florece.

Tal vez será mejor que no florezca dentro de un sanatorio. Pero entre el florecimiento y la represión en que me encuentro hay el justo medio: un espacio inmenso.

A veces me siento harta, harta, la vida no vale la pena de ser vivida.

No quiero terminar con esta frase mis meditaciones de hoy. Quiero apaciguarme con un recuerdo que traiga un poco de ternura a este presente lleno de mezquindades y temores. Ha transcurrido, pues, todo un año, un año de sombras. Un año desde que tocaba el piano, rodeada de amigos que cantaban a coro, un año hace que debía ir a un picnic con Maggie, Winnie, etc....

"Or non è piu quel tempo e quell'età..." ()*

2 de Julio.

Si no me rindo, es sólo para debatirme en una pesadilla. Sufro, sufro...

Si por lo menos de aquí pudiera salir más fuerte. Pero creo que seré desgraciada toda la vida; la existencia no escatima los tormentos, esto es sólo el principio, y ¿después? No, no, no. Seré feliz, porque bien he merecido la felicidad. La vida sería canalla si no me diera una luz reconfortante después de todo esto. Tengamos confianza, sería una infamia que esta angustia continuara. Todavía creo en las recompensas.

Quiero distraerme escribiendo. Por esto no voy a detenerme en el presente. Por piedad cambiemos de tema.

El otro día D., uno de los enfermos, hablaba de amoríos. Usaba el término "béguin", que yo nunca había oído y me puse en una situación ridícula pidiéndole que me explicase el significado.

He llegado a los veinte años sin haber amado nunca, pero ¿he tenido algunas llamaradas de entusiasmo? Sí.

Primero fué X. Me hace sonreír. Es el primer muchacho que me gustó y que en mí impresionó a la niña, no a la

(*) *"Ya pasaron esos tiempos y esa edad..."*

niñita. Lo encontraba hermoso, valiente y muy bueno con sus hermanas. ¿Hablaríamos tres veces? Me gustaba mirarlo por la ventana cuando estaba en el pinar, lo admiraba porque se alejaba más que los otros cuando nadaba. Se fué y entoné una canción. ¡Yo tenía diecisiete años!

Por cierto X, me parecía encantador y tal vez estuve un poco enamorada. En todo caso me impresionaba.

Después vino el entusiasmo por los fascistas. Los amaba impetuosamente y en forma colectiva. Luego me gustó el príncipe X, admiraba sus fotografías y me parecía fascinante.

Por fin, y sobre todo J., a quien amo ya durante cuatro largos años. ¿Quién es J.? Es buenmozo, alto, de ojos pardos, cabellos castaños, es un poco poeta y tiene un encanto que me ha conquistado. J., es uno de los personajes de una historia que me cuento a mí misma, se diría que vive y que no soy yo quien lo hace vivir.

El 8.

¡Maldito sea el día en que puse los pies en Leysin! Preferiría morir a vivir otro año igual. "He sido estafada en mi juventud", en todo el sentido de estas palabras.

La enfermedad, la neurastenia se han ensañado en un ser de veinte años. ¿Por qué?

Es un desmoronamiento que dura ya tres años. Desde esa noche de llanto en que supe la realidad.

¡Qué fracaso! Toda mi juventud ha sido un penoso descenso. Cuando pienso en lo que fuí. La niña vibrante, las grandes esperanzas, los vivos impulsos. Aun quebrantada por mi primera neurastenia mi adolescencia fué llena de dulzura. Atemorizada ante lo desconocido se refugió en el presente dichoso. Pero desde hace tres años, estos tres años que debieron ser la primavera de mi vida, ¡cuántos sufrimientos, cuánta desesperanza!

El 12.

Soy muy religiosa en apariencia y firmemente creyente en el fondo de mi alma. Pero entre la superficie y mi alma

hay todo un mundo de pensamientos íntimos entre los que surgen a veces razonamientos de atea.

Afuera hay una neblina densa y húmeda que todo lo oculta.

También en derredor mío hay una neblina densa y malsana que me impide ver. *Llegará un día, si no muero, en que estaré lejos de Leysin.* ¿Cómo miraré entonces esta etapa de mi vida? Hasta los veinte años fui una niña. Pero ahora ha caído el velo. Después de todo ocultaba menos maldad de lo que yo temía. Pierdo mi tiempo, pierdo miserablemente mis días, pero se ha apoderado de mí una gran inercia, un desaliento, y lo que es peor, tengo un miedo cervical. Tengo miedo de todo, de las cosas más serias hasta de las más ridículas. ¿Nervios debilitados?

Estoy leyendo "Matrimonio", de Wells, un libro profundo, recio; toma una pareja humana y la contempla. La joven siglo veinte, ni sentimental, ni cerebral, pero fuerte, capaz, perfectamente equilibrada en su idealismo, formada por el colegio y el deporte, está por hacer un matrimonio de conveniencia cuando de pronto surge el amor. Triunfa la juventud, pero a pesar de todo en la deseada unión se desliza inevitablemente el desencanto.

La vida marchita el amor. El hombre abandona sus aspiraciones por el dinero, la mujer que ha deseado apasionadamente la riqueza se entrega a las luchas y triunfos mundanos. En este horizonte mezquino, vuelven a la naturaleza, a preguntar decepcionados el por qué de la vida y con la esperanza de encontrar una razón elevada... su Dios.

Me pregunto: ¿y yo? He dicho siempre que no me casaré, pero durante mi enfermedad he visto bien que en el fondo de todo corazón de mujer sonríe un niño que sueña...

El problema está en que un niño debe tener también un padre. Ahora bien, admitiendo que en un futuro lejano tenga un montón de chiquillos —insisto en que han de ser numerosos— yo no me puedo imaginar casada.

La sola idea ya me sorprende; ¿yo con un hombre? ¡Qué ocurrencia!

Los hombres, si son jóvenes, me intimidan.

¡Qué carácter tan estúpido! Eres tonta Lily, pero se te puede perdonar porque esa timidez tuya es ajena a tu voluntad.

El 15.

Un poco de alegría. Para celebrar el 14 de julio nos reunimos en una gran comida. Banderitas, flores de tres colores, champaña, cigarrillos. Eramos 14, seis niñas y ocho jóvenes. Después de la comida fuimos todos juntos al cine.

En verdad me divertí mucho.

Llueve en medio de la bruma; me gusta el tiempo así, nada más cruel que los claros resplandores en la amplitud triunfal de las montañas, sobre la tierra que sonríe.

Pero la bruma es compasiva y la lluvia acompaña mis ensueños desolados.

Cuando al despertar veo el cielo gris, se disipa en mi alma temerosa un poco de la pesadumbre de la jornada que comienza.

Lloremos dulcemente, como esta lluvia, por mi porvenir marchito.

El 23.

No he progresado, cinco meses perdidos. ¡Y qué meses! Es para volverse loca. Estas enfermedades son un refinamiento de crueldad. Pienso, a pesar mío, en un verso de Leopardi: "*L'indegno mistero delle cose...*" (*)

¿Por qué se le ha dado la primavera a todo el mundo y esto a unos pocos?

¿Llegará el día en que seré lo bastante feliz como para poder exclamar: "valía la pena?" ¿Tendré alguna compensación? Si no, ¿por qué no he muerto antes?

Es una creatura de veinte años, que aun no ha posado sus labios en la copa de la vida la que se siente doblegada y temblorosa.

En mi alma he albergado siempre un extraño presenti-

(*) *El indigno misterio de las cosas.*

miento. Le tenía miedo a la vida, miedo a lo que me preparaba el porvenir.

He quedado sorprendida al releer mi Diario.

Lo que escribí en 1917 es particularmente sobrecogedor: "Una voz que me amedrenta...", etc.

Recuerdos lejanos. Vértigo del pensamiento. "En el sordido presente la luz de ese querido pasado vino a consolar mi mirada extraviada", son palabras de Musset, testigo de este horror que voy a escribir aquí, vibrante de emoción: "En la tierra, un recuerdo feliz es tal vez más verdadero que la felicidad".

2 de Agosto.

Periodo de calma moral, momentos felices, risas. Un poco de sol en mi camino.

Luego, el aniversario de mi llegada a Leysin; por la mañana, un soberbio ramo de rosas rojas, enviadas por D..., ese diablo que me divierte y que no me hace "sugerencias", y todo el día una lluvia de rosas, la chica de la florista llegaba a cada instante con nuevas ofrendas. Por la noche los invité a todos a una comida. Decoraciones de mascotas, rosas y sorpresas, gorros, narices postizas, etc., cajas-sorpresas con versos cómicos elucubrados por mamá. Nos divertimos y después de tomarnos fotografías al fulgor de una luz de bengala fuimos al Jardín de Invierno a bailar, ocupación estrictamente prohibida en Leysin.

Bailo por primera vez después de tanto tiempo, y ahora me gusta el baile. Bailamos y reímos hasta las once y media, hora en que D. empieza a jugar golf con un bastón y bolas de billar. Al llegar a tal grado de desmoralización, los enfermos descarriados tienen la sensatez de tomar el camino de los corredores sombríos —un poco impresionantes a estas horas de la noche— y sepáranse sonriendo.

12 de Agosto.

Fiesta nacional suiza, desfiles y fuegos artificiales bajo un cielo surcado de grandes resplandores.

13 de Agosto.

Estoy llorando... Mi alma ha muerto diez veces, para volver a resucitar, sí, pero cada vez un poco más enferma. ¿Morirán las almas? En todo caso la mía languidece, se aniquila.

15 de Agosto.

Carlos G. se mató con un revólver el 2 de agosto. Fué un accidente.

Carlos era un querido amigo de mi infancia. ¡Cuántos recuerdos, cuántos y qué pena infinita! Mi alma se acerca temblando al borde de esa tumba abierta de pronto ante mis pasos inconscientes. Y allí en la luz que ha hecho resplandecer la muerte he visto cuán profunda es la amistad que me unía a los amigos de mi adolescencia.

Ví sepultar con él algo mío muy querido; sentí lo irreparable con nueva intensidad, comprendo el sentido de estas dos palabras inmensas: "Nunca más".

No, nunca más jugaremos juntos, mi amigo de los días de sol, nunca más escucharé tus hazañas, mi joven héroe...

¡Oh! Si por lo menos supiera que el alma es inmortal, y que él sabe de mi pena y conoce mis afectos.

Mi alma deja sobre su tumba rosas blancas, hojas de laurel, la belleza delicada de un pasado luminoso y toda la sobrecogedora nostalgia que deja un afecto irremplazable.

16 de Agosto.

Pienso a menudo en Carlos. Cuando escucho música o miro los cielos estrellados, mi pensamiento se acerca a él.

El sufrimiento no ha perdonado mi joven existencia, pero la muerte rara vez se me ha acercado. Ahora la comprendo. Sólo leo versos que me hablan de muerte, de infancia y de recuerdos.

1º de Septiembre.

¿Qué he escrito? Llevada por la emoción he exagerado.

¿Qué clase de creaturas somos entonces si una emoción puede cegarnos de pronto? Tengo que decir, como atenuante, que esta emoción fué sentida por un alma que ha sufrido demasiado, y para quien todo lo que evoque un recuerdo feliz aparece aumentado y como si perteneciera a otro mundo.

De esta manera, por reacción al presente glorifiqué a mi buen camarada.

2 de Septiembre.

La señora R., la mujer del doctor, ha muerto.

¡Que Dios me proteja! Acaba de morir después de largos años de lenta agonía.

26 de Septiembre.

Estoy bien. He recuperado el valor. Amelia vino a pasar quince días conmigo; su llegada me llenó de emoción. Me había separado de ella con el presentimiento de que moriría sin volver a verla...

En cambio... ¿estaré salvada...? ¡quién sabe...!

En fin, no pensemos en cosas tristes por hoy.

¡Ay, cuántas vueltas tiene la vida! Es horrible pensar en la fragilidad de nuestro Todo, barrido como una débil barca en un mar amenazante.

¡Cómo cambian las cosas.! Y en todas partes, tristeza siempre, como una llaga que sangra... ¡Qué bueno era tener el sol en los ojos, no ver, creer en el impulso que perdura!

Cambiemos de ideas; hoy me siento de buen ánimo.

Si la enfermedad mental y física se aleja, me está reservada todavía tanta feliz incertidumbre; habrá azul y transparencia. Y tal vez, ya que la vida hasta ahora ha sido dura conmigo, me evitará por mucho tiempo las glaciales tumbas interiores.

Echemos una mirada en derredor, sobre la pequeña muchedumbre de jóvenes enfermos que luchan, esperan, se desesperan en las brumas grises de sus mañanas extrañas. Son —y lo serán por mucho tiempo— mis camaradas habituales, mi grupo.

Estos días no me siento deprimida; por lo tanto, puedo darles una mirada de simpatía.

¿A quién de ellos extrañaría si tuvieran que partir?

En verdad sería a ese diablo de D. Bromista, pillo alegre, ingenioso e impertinente hasta donde puede permitírselo, todo se le perdona por la profunda bondad que esconde bajo su espíritu travieso. A pesar de sus gritos y su jerga es un perfecto caballero. Tiene veintiún años, es muy inteligente y buenmozo, y sobre todo es sumamente fraternal. Es muy cariñoso y me levanta el ánimo.

R., también es fraternal, y me gusta bromear con él. Es menos brillante que D., pero lo creo muy íntegro. Lo estimo. Son perfectos camaradas.

La pequeña A., es una dulce florcita vivaz que se marchita ante nuestros ojos con el soplo helado del implacable mal. No quiere morir y corre a recibir el menor rayo de sol, riendo como una chicuela por la menor travesura. Es muy popular, es la niña mimada.

Pero en el fondo de sus ojos está la gran sombra...

Tiene un novio lejano. Es como una hermana para R. con quien pasa sus días.

Continuaré mañana con los retratos de mis compañeros de infortunio.

Desde hace algún tiempo visito a una enferma postrada por el mal: es la señora D., una hermosa rubia de grandes ojos azules, infantiles e ingenuos. Es incurable... Contrajo la enfermedad a los catorce años, hace doce que se arrastra de sanatorio en sanatorio.

Y esta creatura frágil y sin esperanza irradiaba en torno suyo una luz intensa. Que Dios la bendiga por el valor que sabe infundir a los demás, a los que aun creen poder sanar, con su encanto tranquilo y alegre, con la frescura que ha sabido conservar en su mirada.

Se casó hace dos años con un enfermo que sanó completamente.

—Usted sanará como él, me repite con frecuencia. Si hubiera sabido que iba a sanar, nunca me habría casado con él. Pobre muchacho, le he arruinado la vida. Me entristezco pensando que para mí esto no terminará... Pero no me dejo abatir. Me habían dicho que sólo viviría diez años, llevo doce y estoy firme.

¡Qué lección me das, heroína obscura!

K., por el contrario, es una amargada. Muy bonita, a pesar de su pequeñísima estatura, quiere ser la reina del círculo, les sonríe a los jóvenes y se burla de las muchachas. Ha sido bastante antipática conmigo durante largos períodos, de pronto cambia y me deja sin aliento con sus confidencias que me son casi desagradables. A la pobre le quedan diez años de neumotórax.

30 de Septiembre.

D'A. le llama a F., "el irresistible". El nombre le cuadra. Es tan buenmozo que mirándolo se siente una emoción estética. Su único defecto es la pequeña estatura. Es el galán del Mont-Blanc con su mirada cariñosa y atrevida; es, además, un deportista consumado, vencedor en invierno de las carreras de trineos y en verano, de las de motocicletas.

Fué por dos días a Milán y consiguió que le dejaran un ojo "en tinta" en un tumulto de fascistas.

Me convidó a dar un paseo en motocicleta, ¡qué alegrías! Es también el mejor bailarín.

Sin embargo, últimamente hizo una broma que me hizo palidecer cuando me la contaron, tanto me chocó.

Por lo demás, en el Mont-Blanc abundan los escándalos; las reputaciones son desacreditadas en la forma más sorpren-

dente en este fermento de vida, donde los despojos de la humanidad se amontonan por años en una intimidad forzada, ociosa, deprimida, y el bien y el mal se codean en un roce continuo y enervante.

2 de Octubre.

Vamos bien, ahora me río con los jóvenes. Nada de "flirts", sólo soy una buena camarada, y D. y R. se entienden bien conmigo.

A veces me divierto bastante, tengo que admitir la antigua teoría refutada por mí: los muchachos son más simpáticos que las jóvenes, por lo menos en este Mont-Blanc, donde el sexo femenino no está muy bien representado.

5 de Octubre.

—"Quisiera que el mundo estallara en mil pedazos", es habitualmente uno de los primeros pensamientos que me iluminan cuando despierto.

Pero hoy me siento feliz.

Los prados parecen verdes como en primavera. Y el viento que pasa me dice cosas que hace tiempo había olvidado. Miro con nuevos ojos, como si nunca lo hubiera visto, el pueblito acurrucado en torno a su iglesia; escucho los cencerros de los rebaños en esta tarde que sueña; me siento apaciguada.

Mamá ha hecho poesías magníficas, en una de ellas he encontrado estos versos:

*Adelante las tiernas esperanzas
Blanco grupo de vírgenes veladas
Que la vida en sus crueles acechanzas
Va tornando tan tímidas y heladas.*

Venid esperanzas, pensamientos serenos.

Ayer hicimos un pic-nic, ¡verdad!

Mamá y dos parejas de jóvenes partieron en la mañana

hacia el lago de Ai, en coche, se comprende. Y estas parejas estaban formadas por D., la pequeña A., R., y yo. Cómo nos divertimos. Así que llegamos arriba, cerca de las cabañas abandonadas que están en las riberas del pequeño lago, D., nos fabricó una mesa, R., encendió fuego, y todo resultó muy bien. Después del almuerzo arreglaron un reparo donde nos instalamos los cuatro a reposar. Pero no me gustan las familiaridades, ni siquiera con esos dos —que sin embargo son completamente —¿cómo se podría decir?— que no son sentimentales y que no ofrecen ningún peligro desde ese punto de vista. No es que dejen de lanzar algunas enormidades dentro del tema "béguin" pero eso no tiene importancia, no son más que frases y bromas y sus palabras son mil veces más inocentes que las miraditas lanzadas con cierta intención por aquellos que no poseen el don de ser buenos camaradas.

Lo que no me gusta en D. y en R., es esa manera tan demasiado franca de emplear palabras gruesas y lo que es peor, frases de doble sentido. Desgraciadamente ahora empiezo a comprenderlas. Les reprochaba sus expresiones cuando nos encaminábamos a través de las zarzas y las rocas de las cimas hacia un paraje que domina el gran lago Lemán.

—Delante de usted guardamos mucha compostura, dijo R., y D., agregó:

—Qué quiere, estamos acostumbrados a hablar libremente delante de las niñas y nos comprenden.

Sí, y cuántas veces con sus "Usted es muy joven, no esuche..." me evitó contrariedades que me habrían hecho sufrir.

En una ocasión me declaró: —El Mont-Blanc no es para niñas. Su caso es distinto, usted está con su mamá. Por desgracia, mi hermana ha recibido una educación igual a la suya y cuando venga a verme para Navidad tendré que taparle los oídos.

Es un buen muchacho a pesar de todo. Su espíritu chispeante lo asemeja al mirlo de Chantecler. Se ríe de todo y hace reír a los demás. Volvimos después de tomar una cantidad de fotografías.

Pensar que pronto, en unos seis meses, tal vez podría vol-

ver a la Torrosa, a la soledad santa, y después a la vida clara, lejos de las emanaciones malsanas de un gran sanatorio donde languidece la juventud.

¡Oh! el amparo sagrado de un techo que es el nuestro y en lugar de estas montañas atormentadas el tranquilo horizonte que limita los deseos pero deja libre el ensueño.

Mas, no me atrevo a esperar. Y las aprensiones, como negros pájaros en vuelo, retornan a devorar mi vida.

25 de Octubre.

Todos los jóvenes me rodean. Lo más simpático es que mis tres preferidos son muy francos y fraternales; me inspiran enorme confianza y siento que con ellos puedo dejarme llevar en una inconsciente camaradería.

Mis horas en el hall, en lugar de la pesadilla que solían ser se han vuelto realmente encantadoras. Ayer, por ejemplo, vino L., a decirme: Yo creía que usted iba a subir— qué pena me había dado. Me instalo en una mesa con R., que me está enseñando a jugar ajedrez. Pronto D., abandona el grupo central y viene a sentarse a mi lado.

—Consejo de amigo, mueva el caballo.

Juego dos partidas ayudada por D. Mientras tanto la orquesta toca con todo entusiasmo. Se abre la puerta del hall y pasa el conserje llevando tres grandes esferas cubiertas con una tela de color café.

—Mira, ¿quién se estará muriendo?

—C..... me responde D., moviendo un peón.

La música deja oír sus ruidosos acordes. En el centro, un pequeño grupo charla y comenta. En nuestro rincón prosigue el juego interesante en grata compañía.

Ví entonces intensamente el claroscuro de la vida. A algunos pasos de nosotros se libraba la suprema lucha contra la Invencible.

L., viene a sentarse con nosotros.

—¿Terminarán pronto?

—¿Por qué tanta impaciencia?

—Porque no puedo conversar con la señorita I.

Un instante más tarde tramamos un complot. Se trata de ir los cuatro al salón azul sin que nadie se dé cuenta; partimos uno a uno, en forma disimulada y llenos de displicencia y nos reunimos a jugar Pinock. Bautizamos los caballos con los nombres de los médicos y nos desternillamos de risa.

—¡Silencio, pasos en el corredor!

A mi derecha está D., a la izquierda, R., y al frente L.: en el pequeño salón azul hay alegría infantil, familiaridad de viejos amigos y un asomo de flirt inofensivo y picaresco.

La vida me ha enseñado que el sufrimiento es la única realidad y que estas alegrías no son más que fuegos artificiales. Apresurémonos en disfrutar... antes de que se extingan.

El 26

"Querida niña", "mi encanto", así es como me dice a menudo D. Pero como emplea los mismos términos con una media docena de sus conocidas del sexo débil, eso no tiene la menor importancia.

5 de Noviembre.

El otro día D. me declaró que estaba enamorado de mí. La señorita K. no puede disimular la cólera que le provoca mi popularidad. Ha sido destronada, ¿será posible? Ni yo misma lo puedo creer; no puedo sentir simpatía hacia ella. Me inspira más bien temor.

Hemos vuelto a jugar Pinock, a pesar de que hubo ciertos comentarios. La señorita K., está furiosa por haber quedado excluida.

—¡Qué mal hablarán de mí!, exclamé al encontrarme sola con los jóvenes en el salón azul. —Pero en todo caso tengo a mis dos caballeros para que me defiendan.

—Hasta la muerte, dijo D., y R. agregó:

—Va a quedar vengada con una pelotera que armaré en el hall.

Acabo de ser testigo de una tragedia.

La víctima ha sido nuestra querida "Pequeña". Era la

única joven recta y sincera. Nos habíamos hecho muy buenas camaradas. Una noche me dijo:

—¡Figúrese lo que me acaban de contar: las niñas X., le dicen a todo el mundo que sigo mal porque me divierto con R.!

—Siempre los chismes.

Enredos, lágrimas, cuchicheos, explicaciones, cólera, pacificación. El escándalo cayó como una bomba en el ávido hall. Las dos culpables, tontas y vulgares, no sabían a qué santo encomendarse.

Pero la pobre "Pequeña" cayó a la cama al día siguiente de la primera escena. Yo iba a verla tres veces por día, a menudo acompañada de jóvenes. R., que se había ausentado por ocho días, al volver supo lo que había ocurrido y armó un alboroto formidable en pleno hall. Fué un gesto caballeresco; R. es un muchacho de valer.

Lo ha demostrado en las miles atenciones nobles y delicadas que ha prodigado a la pobre "Pequeña", en su abnegación a toda prueba y en sus lágrimas (porque a él, siempre tan reservado, lo sorprendí llorando).

Y la pobre "Pequeña" sigue peor y peor. En una de las últimas visitas que le hice me dijo:

—Si vuelvo al hall habrá que prohibir la maledicencia en nuestro grupo y el que infrinja la ley deberá pagar una multa. Todo esto me desencadenó la fiebre. —Siento una extraña y dolorosa necesidad de permanecer al lado de esta pequeña moribunda. Una tarde las lágrimas le rodaban silenciosamente por las mejillas enflaquecidas.

—¡Este es el golpe final! No creo que haya en el mundo circunstancias más penosas que las de mi familia.

Pobre pequeña abandonada. Presa de terribles pesadillas se debatía sola en el silencio de la noche; las enfermeras estaban demasiado acostumbradas a molestarse lo menos posible para poder aliviarla.

Mamá y Berta la han cuidado. Ahora mamá está con ella. No la veo desde las cinco. Ya recibió la extremaunción.

Papá se fué el 2. Me he vuelto demasiado sensible desde que estoy enferma y todo me deprime muchísimo. Querido

papacito (*), mi mejor amigo y consejero, qué penosos han sido los tres años que hemos pasado juntos y qué dura es esta separación en el Sanatorio.

El 7.

Tristeza. La más linda flor ha sido arrancada.

Pobre "Pequeña", amabas tanto la vida, a pesar de que te mostró sus aspectos más duros, más injustos. Amabas la vida y te has dormido para siempre ansiándola tanto. Alma clara y fuerte, víctima de un destino demasiado cruel, pequeña mártir, primavera marchita, acuérdate de mí.

15 de Noviembre.

Cuán pocos son los días de sosiego.

Ha habido una infinidad de cuentos y chismes. Mamá le echó una reprimenda a todo el grupo del Hall porque las niñas X., dieron una comida dos días después de la muerte de la Pequeña. Les dijo unas cuantas verdades, y el pobre D. recibió todo el chaparrón. Qué de molestias, pequeñas y grandes miserias. El gesto de mamá fué noble.

Quiero mucho a D. para comenzar una segunda edición del asunto C. Cuando en la noche me tendió la mano diciéndome: —¡La que me llevé esta mañana!... sentí que nuestra camaradería no había sufrido. Resultado: estoy aquí muy solitaria escribiendo mi Diario mientras abajo todo el mundo juega poker y se divierte.

Estoy en desgracia.

He cantado todo el día aquella canción que me han enseñado mis camaradas de Leysin:

En la vida no hay que preocuparse...

Tengo sed de sosiego. He sufrido demasiado en estos tres años, he visto demasiado el lado trágico de la vida, ya no puedo más. Aprovecho que ese monstruo infame, la neuras-

(*) En castellano en el original.

tenia, no me tiene entre sus garras y temiendo que vuelva me aferro a la menor alegría. Después de todo y antes que nada, soy joven. Doy un Secretan (Secretan es una expresión típica de Leysin; quiere decir pasearse por una avenida —eternamente la misma— bordeada de clínicas por un lado; desde el otro se domina el valle como desde una gran terraza) con los muchachos y no me enoja con D. cuando me llama "su amor". Tanto él como yo sabemos que eso no tiene la menor importancia.

Su despreocupación es contagiosa y su risa me hace tanto bien.

Pero yo soy la joven más respetada por los muchachos.

—Había olvidado que la señorita I. estaba aquí, exclamó D. cuando acababa de decirle una palabra gruesa a la señorita K.

27 de Noviembre.

Recapitulemos. ¡Qué días tan entretenidos! La camaradería con los jóvenes es algo nuevo que ha dado a mi vida un poco de frescura y han vuelto a aparecer las risas a las que creía haber renunciado para siempre.

R. es el más profundo de todos. Su corazón sangra por la pobre "Pequeña". Trata de ocultarlo bajo un lenguaje ingenioso y mordaz. Recio y verdadero escudo para algunos de sus amigos, es terriblemente duro con los que le son antipáticos— y éstos son numerosos.

Me pide que le recite mis versos.

Rehusó— me ahogo con el humo del cigarrillo y nos echamos a reír. Estamos sentados en un banco en la quieta soledad del bosque; él ha traído cigarrillos y yo chocolates. Hermosa mañana de charla.

R. sigue contándome cosas...

—C. me dijo que pensaba hacerle la corte y D. me declaró confidencialmente: la hago rabiar, pero es la "única muchacha seria" en todo el Mont-Blanc.

Hago una vida aparte. Al principio me sentía incómoda, pero he visto que sé hacerme respetar y ahora me gusta esta independencia.

He hecho profundos estudios sobre la sociedad y sobre este extraño espécimen: "el hombre joven" a quien había ignorado y temido hasta ahora. Si llego a sanar, estos estudios me serán de suma utilidad.

.....

He pasado unos días atareadísima comprando regalos para mis amigos, terminé una blusa para mamá, y he escrito cartas y cartas. En medio de un alegre torbellino ha llegado la víspera de Navidad. Me siento feliz.

Mamá, Berta y yo pasamos la noche del 24 ante el Pesebre y el Arbol, que como el año pasado le dieron a mi habitación reflejos de fiesta. Nos alegran los regalos, leemos los telegramas y las cartas de los queridos ausentes. A las diez, Berta y yo bajamos. Asisto a la primera comida de Navidad. Un pequeño grupo dispuesto a divertirse ya se ha reunido en el Jardín de Invierno. Bailamos; después vamos a un saloncito donde los leños que arden en la chimenea dan un cálido resplandor. La mesa ovalada está cubierta de manjares, bebo champaña; a medianoche se apagan las luces y se oyen los doce golpes de un gong. Somos diez en total. —Pensar que somos los únicos que nos divertimos, le digo a mi vecino de la derecha. A medida que la noche avanza aumenta la alegría, hay sorpresas y sombreros; guirnaldas de papel decoran la estancia, caen de la lámpara y nos enlazan con cadenas de cordialidad.

¡Ahora sigamos bailando! Es mi proposición. Traen un gramófono y nos levantamos de la mesa para lanzarnos al ritmo hechicero de un fox-trot o de un one-step. ¡Qué bueno es estar viva! Bailamos y bailamos en esta noche de Navidad y regocijo. Al lado de nosotros, el gran sanatorio alinea en el silencio sus habitaciones lancinantes.

Afuera, un sudario de nieve. Ante nosotros, un porvenir

incierto; pero alrededor de la mesa cubierta de copas, de flores, de cigarrillos, en la luz que ilumina nuestros claros vestidos y nuestra belleza, la juventud y el entusiasmo reclaman su triunfo. Aferrémonos al instante que huye, este instante lleno de alegría... y sigamos bailando... hasta las dos de la mañana.

Vamos a hacer nuestro tratamiento, pero no antes de mostrarles el pesebre a todos los convidados y de ir a ver a mamá en mi nuevo papel de noctámbula.

Y al día siguiente todo recommienza a más y mejor. Se han levantado todos los que guardan cama, el Mont-Blanc está de fiesta... Como el año pasado, gran árbol de pascua, gran comida de gala. La orquesta toca "Tu boca" y "Eleonora" que todos cantan a coro dirigiéndose a mí. D. me regala unas flores después de la comida la cual termina con un ruido de mil cornetas; propongo que bailemos. El doctor X. nos da permiso para invadir el hall. Entonces vienen lo extraordinario, lo inaudito. Basta un pequeño instante para que la corriente eléctrica alcance a todos los enfermos.

El hall del sanatorio se convierte en salón de baile y cinco airosas parejas dan vueltas locamente al son de la espléndida orquesta. Bailo con furia desatada y soy la que tiene más éxito.

"La felicidad no existe, pero hay momentos... felices".

Cuando por fin subo a acostarme me desplomo en una silla ante el espejo y me contemplo. Tengo todavía en los cabellos las flores azules que tan bien le van a mi traje, mi lindo traje con reflejos ondulantes; en mis manos unos claveles se marchitan. Me contemplo. ¿Seré yo?

Año Nuevo 1923.

Anoche esperamos el nuevo año. Nos encerramos en una pieza y jugamos bacará hasta las 12, hora en que empezaron a tocar las sirenas. Abrí la ventana para que entrara la felicidad mientras todos se besaban. Yo no me quise prestar para eso, me contenté con distribuir cordiales apretones de manos y mis más alegres sonrisas. Después nos separamos como cons-

piradores y sólo mucho más tarde nos dimos cuenta de que habíamos sido trece.

Ha terminado el año más doloroso de mi vida. Apenas me atrevo a formular esperanzas para éste que comienza. Pero 1922 me dió al fin alegría y quietud, me ha enseñado lecciones inolvidables. He vuelto a encontrar mi "yo". Cada día me siento más fuerte, más capaz; el miedo se aleja. La preocupación por mi enfermedad se ha vuelto algo secundario. Es como una corriente subterránea, triste, pero sombría y monótona como la costumbre. Seguiré enferma... quizás por mucho tiempo. Un día sanaré... ¡quién sabe!

Pero se han aplacado otras preocupaciones opresivas, enloquecedoras.

No soy feliz, pero tampoco soy desgraciada, eso ya es inmenso.

Otro año de Sanatorio que comienza, otro poco de mi destino que ha de consumarse.

Rezo muy poco, pero hoy le he pedido protección a Dios. Valientemente continuaré la lucha en que me he empeñado, esta dura lucha por sobrevivir.

17 de Enero.

El demonio del juego ha tomado posesión de nuestro clan. Todas las noches jugamos poker, pero no tengo suerte. No hablemos más de mí; hablemos de la gente que me rodea: actores cuyas máscaras no logran siempre esconder las muecas de dolor. Veo la vida tan de cerca. Veo las cuatro fases de la eterna comedia: On se veut, on s'enlace; et après, on s'en lasse, on s'en veut. (*) Cuánta verdad encierra este juego de palabras, sucede exactamente así.

Papá me escribió desde Chile: "Ten presente que el gran desquite que espero del destino es llegar con mi hija a presentarla en este medio tradicional donde tenemos nuestra verdadera situación, y donde vas a ser recibida como una princesa. (**).

(*) Nos deseamos, nos amamos; y después, nos cansamos, nos odiamos.

(**) En castellano en el original.

8 de Febrero.

Tengo una cantidad de preocupaciones. Ya no me divierto, decididamente este medio no es el mío. Lucho por conservar mi aplomo.

El doctor F. me dijo que en la primavera podría ir a Florencia por un mes. ¡Qué liberación volver a tomar contacto con la vida activa y normal!

Estoy harta de Leysin, ¡harta!

22 de Febrero.

Sigo pensando en mi partida. Dentro de un mes, ¡gran Dios! estaré en la Torrosa. Sólo me quedan treinta días de angustia.

Valor.

LA JUVENTUD

CUADERNO SEXTO

Mont-Blanc, Leysin, 24 de Febrero de 1923.

Llevamos dentro de nosotros un cementerio secreto donde silenciosamente depositamos las amistades y las ilusiones muertas.

Una tumba más, y sobre ella, este epitafio: "Una sonrisa".

13 de Marzo.

Si me preguntasen cual ha sido la mayor preocupación de mis veinte años no diría: la tuberculosis. Lo que más me ha hecho sufrir, lo que me ha hecho soportar humillaciones odiosas ha sido esta tendencia mía a sonrojarme. Es una neurastenia como cualquier otra. Son los nervios los que me provocan el rubor. Nada más atroz que sentir que me pongo carmesí delante de un muchacho, que la frente se me empieza a perlar de transpiración, que me siento congestionada sufriendo lo indecible. Saber que eso se repite, que si alguien pronuncia un nombre, sólo Dios sabe por qué me pongo roja. Es el término de toda charla despreocupada y alegre. ¿De qué vendrá esta enfermedad? ¿Por qué me echa a perder cualquier rayito de sol? Veo que todas las jóvenes en torno mío permanecen tranquilas y sonrientes delante de los hombres.

Me había acostumbrado a ellos en Noviembre y Diciem-

bre. ¿Por qué me ha vuelto la neurastenia? ¿Por qué sufro esta angustiosa timidez?

He tenido momentos de horrible tortura delante de B. y D. en presencia de esa gente del hall, todos maledicentes, burlescos, amargados, vulgares y malvados. Sin embargo creía poder guardar fresco y luminoso el recuerdo de esas camaraderías, el único recuerdo feliz de veinte meses de pesadilla. Ahora se ha malogrado el recuerdo. La partida de R. me emocionó, aunque me alegraba de no volver a verlo. Pienso con disgusto en nuestros innumerables paseos. Qué complicada es la vida. Por un día que parece agradable tiene cientos que le dan un aspecto antipático.

19 de Marzo.

Ya pasaron mis veinte años, ¡qué dicha! La vida es un mal negocio y mientras más pronto pase tanto mejor. ¡Oh! Este cumpleaños en Leysin cómo me hace llorar.

Podría ser el último.

Me pregunto si el año próximo estaré muerta, si habré empeorado o si estaré enamorada para colmo de males.

Me pregunto para qué se nace. Siempre se es más desgraciada que feliz, entonces, ¿por qué extraño capricho...? no, no estoy completamente loca aunque formule la Gran Incógnita.

Pienso profundamente. A veces no creo en nada, razono, niego. Luego, un día junto las manos y llena de confianza exclamo: ¡Dios mío protégeme, ven a mí y presérvame! Cosa extraña, los conflictos religiosos ya no me hacen sufrir, me dejan indiferente.

El 20.

Los días se suceden siempre iguales. Ha terminado el invierno y todos se sienten cansados. Estoy harta.

He cambiado mucho. Me gustan los juegos de palabras, el ingenio parisién, las frases incisivas. Miro con aire superior a la gente que no es brillante y el otro día dije en un té: "Mu-

cho le será perdonado porque ha tosido mucho". Me he familiarizado con muchas ideas y ya no sufro cuando oigo hablar de escándalos. Todo es muy simple.

Mi propia moral, se comprende, es de una estrictez absoluta, inquebrantable... ¿por qué he de preocuparme si los otros tienen una conducta diferente? Aquí las cosas son así, y los muchachos se expresan con toda libertad. En Italia se cuentan cosas inocentes en una forma que ofende mucho más.

El 25.

Ayer D. "salió a vacaciones". Ni siquiera nos dijimos adiós. Qué se hicieron esos días en que exclamaba al verme: Qué linda está hoy, señorita Iñiguez! En verdad Noviembre y Diciembre han sido los únicos meses felices en Leysin.

Ahora me siento hastiada de Leysin, de su vida estúpida, de ese espíritu sin lealtad, sin elevación que reina entre la juventud, de todo ese marco que ha encerrado mi vida llena de depresión y de extraño desvarío.

En fin, son los últimos días que pasaré aquí. Puede que no vuelva jamás. Nuestro regreso ha sido fijado para el mes de Mayo, pero de aquí a entonces puedo morir, o ir al Tirol o a cualquier otro sitio, nunca se sabe. Odio con toda el alma a este Leysin que me ha robado "mis gloriosos veinte años".

Este Leysin donde mi alma no se ha enriquecido con ningún afecto profundo, con ningún íntimo tesoro, y al que puedo dejar ahora, después de dos años como se desecha el recuerdo de una pesadilla al despertar.

27 de Marzo.

Partimos. Se cumple lo que he deseado tan ardientemente. Es la última noche. Me despido de los enfermos graves, de los moribundos. Y yo vuelo hacia la primavera... Me despido de mis compañeros, del grupo con el cual he conocido la vida, con quienes me he sostenido sobre las olas del mar atormentado en los días grises.

No nos queremos, sin embargo, existe un vínculo, juntos hemos vivido demasiado, hemos sufrido demasiado.

Entre mis recuerdos y el mundo al cual vuelvo ahora hay un inmenso abismo: la hora negra... la he vencido, merezco un poco de felicidad.

Aigle, 28.

L., d'A., el doctor P., la Hermana María y Margot D. me acompañan a la estación. ¡Adiós!

¡Hasta pronto! Subo rápidamente al funicular. Pero me olvido del anatema que había preparado: "Maldito sea Ley-sin... ojalá no vuelva nunca". En cambio experimento una sensación de solemnidad.

Me asomo a la ventanilla y hago señas con el pañuelo a Margot y a L. que caminan a lo largo del Secretan que el trencito bordea por un instante. Hago señas al Mont-Blanc desde donde T. me contesta agitando una manta. Eso es todo. ¿Es posible? ¿Es un sueño? Me invade una inmensa paz.

Me parece presenciar un dulce milagro cada vez que aparece una luz en mi camino. Dudaba tanto de que todo fuera verdad, por momentos creí caer, caer en abismos sin fondo. La primavera pasada fué dolorosa. Esta se anuncia con resplandor de resurrección. Conservo algunos recuerdos de Ley-sin; no podré olvidar jamás que allí fué donde supe lo que eran los hombres, allí me dijeron la primera galantería, y fué allí donde aprendí la ciencia de aparecer alegre sin ser feliz.

La Torrossa, 14 de Abril.

La casa estaba toda adornada de flores para recibirme. Pero es curioso, después del placer del regreso, sentí en los primeros días, un abatimiento moral, una postración, si se quiere; una gran tranquilidad llena de tristeza. Me dije: —La ley de las compensaciones no es más que una broma pesada. —En realidad toda esa belleza no me conmovía, las alegrías me dejaban extrañamente inmutable. Y en cuanto a mis amigas, que tanto había deseado ver y a quienes durante veinte

meses había enviado cartas tiernas y nostálgicas, no lograban sacarme de una indiferencia que ante ellas ocultaba con esfuerzo. Los dos últimos años arrojaban su poderosa sombra sobre mí.

¿De manera que esa había sido mi vida, esos cuadernos, esos libros, aquellas amistades, este aislamiento, la naturaleza, todo eso había sido mi pasado? Lo había olvidado.

Todo aquello había desaparecido en el torbellino.

Después de la ruina de mi existencia, esta perturbación del cerebro. Cuando volví en mí, estaba en un mundo desconocido, tan pequeña ante la lucha sin tregua. Y mi orgullo estaba herido.

La vida se me había hecho hostil, peligrosa y cruel. Día a día, año tras año, repetía su desolación.

Salí de la contienda esquivando y desconfiada.

Los recuerdos estaban aún demasiado latentes. Se deslizaban en medio de mi actual existencia y la hacían más extraña y dolorosa. Vivía mis momentos más tristes, recordaba mi humillación: ¡pensar que soy tísica!

Sin embargo, se ha operado un cambio. Me causa una especie de asombro encontrarme en un medio en que *todos* me miran con benevolencia. Qué alivio no sentirse observada ni denigrada. Me encuentran muy tranquila y segura de mí misma. Es que la atmósfera es tan apaciguante. Y luego he vuelto a admirar la naturaleza como antaño. Ya no son árboles y piedras los que veo ante mí, sino el alma, el alma de estos lugares. Parecía que todo aquello había sido sólo una ilusión de mi juventud.

19 de Abril.

Ayer fui a ver a Miss Penrose que me recibió con afectuosa cordialidad. Qué lejos están los días de colegio. Ya casi nadie me reconoce. Es curioso ver la misma expresión de asombro en las caras de la gente que saludo. Todos exclaman: qué bien está... pero, ¡cómo ha cambiado! Dicen que me he convertido en mujer. Leysin ha dejado su huella.

El ser que me prodiga mayor ternura, y que me ha re-

cibido como si estos años no hubieran pasado, es mi perrita Joy.

1º de Mayo.

He estado una semana en cama. Me sentía muy deprimida pero me levanté cantando. Me impresiona la dulzura que me rodea y a veces siento un reflejo de mi antigua serenidad. Pero sé que mi vida está vacía. No la puedo hacer activa ni amena, tengo que reposar, eternamente reposar. Replegarse sobre sí misma en el ocio empequeñece terriblemente. En derredor mío surge la primavera con hermoso ímpetu. Las vidas jóvenes llenas de energía se entrecruzan en su carrera, se lanzan hacia sus objetivos, hacia sus ambiciones. Yo me siento fuera de todo aquello; miro los bosques en su glorioso verdor y los ojos felices de los adolescentes; parece que de nuevo tuviera cinco años.

19 de Mayo.

Soy feliz, si dejar de sufrir es felicidad. Siento que atravieso por un momento de tregua. Por las noches el auto me lleva a la ciudad y vuelvo a tomar contacto con la vida normal, esa vida que por cierto no es feliz, pero que tampoco es la conmovedora tragedia ni la farsa brillante y artificial de los prisioneros de allá arriba.

29 de Mayo.

Han transcurridos dos meses y tengo que volver a presidio. Ahora será con nuevas intenciones. El domingo pasado después de la recepción, que como siempre resultó muy animada y concurrida, fuimos en el auto a Florencia a eso de las diez.

El espectáculo que nos atraía era un equilibrista que atravesaba la Piazza Indipendenza haciendo toda clase de maromas sobre la cuerda. Observándolo pensé que la vida de una muchacha es muy semejante a esa cuerda: ¡Qué milagros

de equilibrio hay que hacer para atravesarla! Al menor paso en falso una tropieza, resbala, y se precipita al abismo. Por lo tanto, prudencia, extremada prudencia. Pero si no se pueden aprovechar los más bellos años, ¿hay que esconder bajo una máscara de hipocresía la sonrisa de la juventud?

Después de tranquila y seria reflexión me dije: En Leysin sí; Leysin no será eterno y después... Y aunque esté condenada a pasar el resto de mis días en un sanatorio siempre tendré tiempo para cambiar de idea. Pero no creo, me juran que sanaré; en todo caso siempre podré alternar en un medio de gente bien de vez en cuando. Pero soy aún tan joven, tengo todavía tantas oportunidades y se necesita tan poco para trizar una vida.

Por esto me repito: prudencia, extremada prudencia. Y aun cuando no sea amor, esos pequeños "flirts-camaraderías" no traen más que disgustos. En otoño me reí, en Febrero, fué todo lo contrario. No vale la pena.

Sí, hablo como la sabiduría misma, pero olvido... la Vida, la lucha entre la tristeza y la alegría en un pobre corazón. ¡Dios mío, pensar que basta a veces una mirada para desencadenar una crisis moral! Qué difícil y complejo es todo: a un lado la depresión y al otro el aturdimiento que puede traer el eterno pesar.

No, decididamente en Leysin seré muy moderada. Volveré a leer estas páginas llenas de cordura. Seré alegre para dejar de ser tímida, pero en el fondo de mí misma miraré a todo el mundo de alto abajo y me mantendré a distancia.

Llenaré mis horas de reposo con algo que valga la pena. Seré poetisa. Está decidido. Haré versos, buenos o malos, mi alma hablará. Después, como no podré escribir todo el tiempo aprenderé a bordar. Destino, eso es lo que quieres de mí.

31 de Mayo.

Ayer dos amigas se disputaban mi compañía. Por la tarde vino el profesor Frugoni a hacerme una visita y a recomendarme paciencia, precauciones y fe en mi restablecimiento.

Horas alegres pasadas en compañía de mis amigas, bajo los cerezos y los cipreses de la quinta; después, la presencia de ese sabio en mi cuarto... No sé cómo sucedió, pero más tarde me encontré tratando de llorar en la obscuridad. Allí estaba la vida llamándome con sus evocaciones, y yo prisionera de mi mal sufría los embates de una existencia idiota. Pensaba con rabia que cuatro años antes había sollozado en ese mismo lecho al tener la primera revelación de mi desgracia. En esos días lejanos lloraba desesperadamente, con ese llanto que consuela. Ahora mis lágrimas se han secado. ¿Para qué sollozar...? Cuatro años... sí, cuatro años... ¿Por qué? Hacía calor, salté del lecho y poniéndome una bata salí a la terraza.

Sí, ¿por qué?

Algunas nubes negras querían eclipsar el esplendor de la luna pero triunfaba el mágico encanto. Por encima de los bosques las copas de los cipreses se dibujaban claras y esbeltas en la claridad de la noche. Los pájaros estaban mudos, el aire oprimía. Se destacaban las fachadas blancas y espectrales de las antiguas villas. Era medianoche, estaba en Italia en primavera.

Me senté en un sillón y ahí me quedé grave y dura interrogando a la noche.

A lo lejos se veía luz en una ventana. Tal vez otra alma joven se hacía la misma pregunta.

En la soledad de la terraza, ante el gran misterio de las cosas, en medio de mis dudas miraba la nubes que cubrían la planicie como una amenaza.

Pero la colina estaba bañada en luz.

.....

En algunas horas más estaré lejos del jardín que me consuela, del techo que me ampara... ¿Han sido un sueño estos dos meses?

Parece que hubiera llegado ayer. La pesadumbre me entierra sus garras crueles.

Dejar el paraíso por el infierno, la soledad por la vida colectiva, las amistades escogidas por esa gente mezclada, las

manos amantes por las miradas ruines, el culto de la belleza por el culto de la ironía, el perfume de las rosas por el olor a hospital. Todo eso es dejar la Torrossa por el sanatorio. Quisiera ver por última vez mis rincones predilectos, volver a ver a todos los que quiero. Quedarme todavía una semana, tres días... quedarme... quedarme...

Mi villa se extiende altivamente por sus tierras rodeadas de bosques. La torre de ladrillos rojos se lanza hacia el espacio, y una docena de niños corren por todas partes. Los salones están llenos de flores y de personas cariñosas. En algunas horas estaré lejos, en el espantoso aislamiento de mi destierro, de mi destino...

Pero me han prometido llevarme al Tirol en el verano y volveré aquí en septiembre. ¡Valor, pues, y optimismo!

*Mont-Blanc, Leysin.
16 de Junio.*

Nieva en la bruma, mientras evoco los acontecimientos de las últimas semanas. Veo la noche de mi partida y una carrera loca por la estación de Florencia. Luego, asomada a la ventanilla miro sonriendo y llorando a todos los que me dicen adiós. El tren parte; se agitan los pañuelos en la obscuridad de la noche. Apoyo la frente en los cristales y lloro con amargura. Me voy por fin al compartimento y me desvisto entonando una canción que ha tenido mucho éxito:

Mimosa, mimosa, cuanta malinconia nel tuo sorriso.
Cuanta melancolía hay en tu sonrisa... Veo mi vuelta a Suiza, las horas de espera en Aigle, el trayecto lento del funicular. Pienso en la angustia que me ocasionará ver aquel horizonte familiar, el Mont-Blanc, mi primera bajada al comedor, el hall. Momentos amargos, enervantes, dolorosos.

De nuevo estoy aquí. Encontré mi pieza tal como la dejé en marzo. Un fugaz "buenos días" fué toda la bienvenida de "mi camarada de carácter despreocupado". Después no me volvió a saludar. A causa de una estúpida querella no le contesté la tarjeta que me escribió a Florencia. También yo he adoptado una actitud bélica y en vano se sentó a mi mesa

la otra noche cuando jugábamos a las cartas. Al principio todo esto me apenó, ahora me parece tanto mejor. No me importa, por el contrario.

El hall está casi vacío, han terminado los chismes, no se juega por dinero, toda "la canalla" ha desaparecido. Tanto mejor, porque el viaje al Tirol se esfumó. Papá volvió de Chile; he encontrado en él un excelente camarada y consejero. Ahora que soy menos puritana y más irónica sé apreciar mejor sus bromas. Con él doy ahora los Secretan y los días de sanatorio han recommenzado su lenta sucesión. Es la misma vida de siempre, a veces, por cambiar, se juega a las cartas y una vez por semana vamos al cine. La otra noche nos sentamos alrededor de una mesa e invocamos un espíritu que dijo ser Miguel de Cervantes. Aunque sea dolorosamente, nos divertimos.

Hace un tiempo horrible y cuando no nieva, llueve. Sin embargo, las lilas quieren florecer.

21 de Junio.

Tuve la desagradable sorpresa de recibir un diario extranjero que publicaba una de mis poesías y un pequeño artículo sobre mí. El autor cometió un error en el artículo. No hay que confiar en nadie, algunos por maldad, otros por torpeza...

A propósito, pienso que este diario no es *publicable*, porque es demasiado sincero, y por lo tanto, demasiado íntimo... Tal vez una selección... Páginas de un Diario... Pero más tarde, después de mi muerte. Mejor sería no hacerlo. En fin, quién sabe, veremos...

En todo caso *nada, nada de íntimo*.

2 de Julio.

Me siento orgullosa de ser poetisa.

Temo que mi enfermedad se vuelva definitivamente crónica. Papá me habla de la vida que llevaré en Chile, de la linda casa que acaba de comprarme, de los trajes de baile

que debo llevar... Toda una etapa de un futuro que nunca existirá. Anoche en la habitación de la señora D., que sigue peor, y siempre sonríe valientemente, el doctor G. decía:

—Es una suerte ser enfermo crónico porque no se tiene más alternativa que la forma que lleva rápidamente; en cuanto a los que sanan... no se ven. El también está muy enfermo, lo que no le impide estar enamorado de la señora P....

Extraño sitio este Leysin donde uno se debate entre el amor y la muerte en forma ávida y precipitada. No hablo por mí, mi corazón está vacío. ¿Verdad? Sí. Paso por un período de gran seriedad, el flirt me parece idiota. Me pesa haber tenido aquellas amistades en el otoño; a veces encuentro que fueron una experiencia útil y necesaria, pero en raras ocasiones me gusta acordarme de todo esto.

Mis relaciones con D. son bastante curiosas. Me explica cómo se usa una Kodak, me enseña a jugar "piquet", me ayuda a ponerme el abrigo y... no nos saludamos. Hacer la situación más tensa sería ridículo, por eso juego con él al póker y le contesto cuando me dirige la palabra como un buen niño. Pero lo evito cuanto puedo. Todo esto no tiene la menor importancia, y si mis pensamientos dan vueltas alrededor de lo mismo es a falta de algo mejor, a falta de algo viviente y activo.

Me concentro cada día más en mí misma. Soy amable y desconfiada. Y poco a poco, suave y tímidamente comienzo a adquirir un arma preciosa e inestimable: el desplante...

5 de Julio — 10 de la mañana.

¡Nado en el lujo! Acabo de despertar en una habitación suntuosa, decorada en tonos grisáceos y ocre. La amplia ventana está abierta dejándome ver el parque y las banderas tricolores que ondean en la débil brisa mañanera.

Estoy en Francia, de paseo, con mis padres.

Ayer bajamos a Aigle, seguimos hasta Villeneuve, lugar limpio y coqueto con su gran escuela de donde se escapa un grave canto de niños. De pronto, aparece el Lemán inmenso. Tomamos el barco y bordeamos el castillo de Chillon y

estas joyas de lujo y de verdor —Territet, Montreux, Vevy— y luego una costa tapizada de viñas. De vez en cuando aparecen árboles inmensos cerca de los embarcaderos floridos de geranios. El azul del lago se hace más y más luminoso. Llegamos a Ouchy, almorzamos en el Beaurivage y tomamos el barco que dándole la espalda a Lausanne, nos lleva al compás de la música hacia Francia.

Estamos en Evian en el Royal Hotel. Anoche me puse un traje de color gris perla y un americano se dió vuelta varias veces para mirarme.

El 8.

Segundo día en Francia. Estuve en el casino y miré bailar. Por la noche comimos en la terraza. En una mesa cerca de la nuestra se sienta un simpático anciano: es el señor Venizelos.

Después cae la noche. Mientras mis padres se alejan por la terraza, me quedo en un sillón agradablemente colocado entre la luz del salón y la penumbra del jardín y del lago. Miro, ya al interior donde estallan la música vibrante y los acordes inusitados del jazz y en que las mujeres escotadas muestran sus formas, sus joyas, sus sedas y los nuevos pasos de baile, o bien, contemplo el paisaje armonioso y apacible que atrae algunas parejas elegantes hacia la penumbra.

De nuevo siento una apaciguadora y casi agradable tristeza...

Leysin, 8 de Julio.

La noche del seis comimos en el Casino. Después fuimos al teatro —¡qué suerte!— vimos "El viaje del señor Perrichon". Yo había leído la pieza y me gustó su espíritu festivo y profundo. Estuvo muy bien representada por actores de París. Al día siguiente nos apresuramos para la partida; hemos comprado tantas cosas que no caben en las maletas, me siento encima de ellas, pero en vano, tenemos que sacar parte de su contenido.

Partimos, dejamos el inmenso hotel de la colina y el auto nos lleva hacia el lago. La mañana está hermosa. Nos embarcamos y digo como el señor Perrichon: "¡Adiós Francia, Reina de las Naciones!". Al salir de Ouchy bajamos a almorzar al lindo comedor del barco. Vemos desfilar los paisajes. Llegamos a Villeneuve con un calor sofocante; atravesamos corriendo la plaza, pues hemos visto llegar un tren; no es el nuestro.

Por el contrario, tenemos dos horas de espera. De pronto mamá se da cuenta de que ha dejado su cartera en el barco que ya está lejos. Papá hace un gesto de infinita calma y por un momento guarda un silencio trágico. Tengo que sentarme en un banco y a espaldas de mis padres me desternillo de risa. Mamá se queda en Villeneuve para recuperar su cartera y con papá tomamos el tren en medio de un calor sofocante. Canto: "hay que saber tomar las cosas con una sonrisa..." Llegamos a Leysin transpirando y de buen humor, casi con una sensación de alivio.

Me tiendo alegremente en mi lecho.

Pronto llega un hermoso ramo de flores: es de L....

El Diario de María Bashkirtseff y las Memorias de Sarah Bernhardt han despertado en mí una rara energía. Arremeteré contra los obstáculos con la cabeza baja.

"No hay que conceder a lo indiferente el poder de hacer sufrir", dice María Bashkirtseff. Por lo tanto, seré indiferente a mi timidez. Adoptaré la divisa de Sarah Bernhardt. Encuentro que es justamente lo que necesitamos nosotros, los soñadores en el vacío. Haré mías estas palabras vibrantes: "A pesar de todo".

El 10.

¡Que Dios sea mil veces loado! Ya no me ruborizo. ¡Qué indecible alivio...! Con tal que dure...

Mi salud tampoco está muy mal. A veces me parece que vuelve a mi alma un reflejo del impulso, de los entusiasmos, de los sueños de mis trece años. Era ambiciosa, hablaba de escribir libros. ¿Te has olvidado, amiga del alma?

Ahora después de grandes terrores empiezo a vacilar menos, a ascender nuevamente hacia la vida. ¿Y si hiciera una recopilación de poesías? Eso sí que no me gustaría publicarlas. Es imposible exponer mi alma al desnudo, yo tan joven, yo, un "Ortus Conclusum". Por el contrario, elevemos aún nuestras murallas, hagámoslas inexpugnables.

Ha llegado el verano y una onda de calor se cierne sobre nosotros. Esta mañana acompañé a papá a la estación. Partió en viaje a París. Fué conmigo D'A y me compró unas rosas blancas. Pensar que hace un año le tenía miedo, porque me imaginaba que estaba enamorado de mí. Me preguntó si... pienso que... Basta. Mi pieza está llena de flores, pues la adornan también los lirios, las rosas y los clarines de L....

El 11.

La vida es como un paisaje que se contempla desde diferentes puntos de vista. Estos puntos de vista varían según la fisiología, la educación y el estado de alma del individuo; una misma persona puede cambiar completamente de puntos de vista. Nadie se encuentra en la misma posición de otra persona, por lo tanto, el paisaje no puede ser igual para dos seres. Cada visión es tan íntima, tan absoluta en sí, que produce el aislamiento moral, el terrible, el delicioso aislamiento que envuelve en sus velos a los pobres peregrinos.

Nadie ve verdaderamente lo que nosotros vemos. Sólo aquéllos que alcanzan las altas cimas del arte y de la armonía logran vastedad y saben hacer llegar hasta nosotros amplias vibraciones en que nuestras emociones son absorbidas, imágenes en que cada uno reconoce la suya.

Anoche nos reunimos nuevamente en la galería, éramos unos doce; en pequeños grupos jugábamos ajedrez o a las damas. Afuera tocaba la música. D'A. nunca viene, permanece a distancia.

¿Estará neurasténico, o...?

Nuestro ambiente es muy parisién; me deslumbra la conversación rápida, decidida, brillante. Por cierto que no decimos nada extraordinario, pero del lenguaje emana un no

sé qué de picaresco, chispeante e imaginativo que me encanta. Recuerdo que hace ocho años me hice un diccionario de la "jerga" parisién; con una amiga copiábamos términos "escogidos" y le agradecíamos a Amelia las palabras que ella encontraba en "Los Miserables".

.....

Con verdadero placer garabateo las páginas blancas de mi diario. Desde que estoy en Leysin este relato de mi vida es absolutamente sincero, aunque mi alma nunca saque a la cruda luz una cantidad de pensamientos que vagan en una tranquilizadora penumbra. Mi alma, por tanto tiempo aplastada, es todavía muy joven y frágil, y las páginas de este libro están llenas de mi espíritu. Me siento a veces como una rosa marchita que aun no ha abierto.

El 13.

Ayer acompañamos a la estación a Evelyn van P. y su padre. Evelyn no tiene aun dieciséis años, y es una verdadera niña con sus cabellos de oro y su mirada cándida. La había conocido antes en Cannes; cuando volví a verla aquí, su infancia me dió pena, no pude dejar de pensar en los versos de Heine:

"Du bist wie eine Blume..." (*)

14 de Julio.

Recuerdo la comida del año pasado. Esta vez no hicimos nada especial. Por la noche salimos a pasear afuera y encontramos al director del Mont-Blanc en su auto. Nos invita a dar una vuelta, me siento a su lado, y atrás van Violeta, D'A. y el capitán... (un español, padre de familia). Vamos por el camino a Sepey y contemplamos desde lejos las luces de Leysin en medio de los fuegos artificiales.

(*) "Eres como una flor..."

17 de Julio.

Después de almuerzo bajo al segundo piso a visitar a la señora P. y a la señora D. Las encuentro instaladas en sus galerías, llenas de flores gracias a los cuidados de mamá. A pesar de su encantadora acogida pienso que estoy demás: la primera espera a un amigo y a la segunda le ahuyento un admirador.

Por la noche jugamos estúpidamente a las cartas. Más tarde tomo alegremente el camino del salón amarillo seguida por todo el elemento joven. Allí tocamos el gramófono que hace resonar los acordes de las guitarras hawaianas o del jazz-band. "A los espíritus les gusta la música", exclama alguien en la obscuridad; estamos todos agrupados en torno a una mesa que, a fuerza de puntapiés, da vueltas, responde y nos entretiene toda la noche.

El espíritu dice llamarse Dada y nos hace reír muchísimo.

—Dínos si P. está enamorado.

La mesa responde afirmativamente.

—Dínos el número de su pieza...

Por fin D. toma el fonógrafo que toca el más bullicioso de los fox-trots. Todos lo seguimos tomados de las manos, formando así una larga cadena. Corremos hasta el ascensor haciendo el mayor ruido posible, siempre al compás de la música.

¡¡Chist... chist!!

Son más de las diez, hora en que, por reglamento, se extinguen los fuegos. D. nos sirve de ascensorista y nos dirigimos a nuestras habitaciones después de pasar unas horas muy entretenidas.

18 de Julio.

Volvemos de la estación adonde fuimos a despedir a Violeta. Los jóvenes llevaban banderas francesas con crespones enlutados. Cuando subió al funicular, presentamos armas con los bastones y le dijimos adiós con los pañuelos.

La partida de esta encantadora chica fué muy lamentada; pero siempre es así en Leysin; apenas desaparece el fu-

nicular la indiferencia tiende su manto de olvido. Aunque una sea el éxito del hall, aunque se vaya o se muera, nunca deja un vacío. ¡Es en verdad extraño!

De cuántos camaradas me he despedido; a veces he visto con alivio desaparecer el funicular, otras, no he experimentado la menor emoción. Recuerdo, sin embargo, que después de la partida de R.... fui a la pieza de Berta y lloré mucho. ¿Cómo pude hacer tal cosa?

22 de Julio.

A propósito de R., contesté muy brevemente a aquella larga carta que me envió después de partir y que empezaba así: "Querida señorita Iñiguez", para terminar: "Cuénteme entre sus mejores amigos". No sé si me intimidó o me dió fastidio; a su segunda carta respondí después de dos meses con una simple tarjeta. Siguió escribiéndole a mamá, pero nunca más a mí.

Esta timidez se extendió a mis relaciones con su amigo C. Muchas veces había ido en invierno a verlo a su "humilde bohardilla", como le llamaba él a su pieza del sexto piso. Era encantador, elegante, distinguido, excesivamente ingenioso y muy... *francés*. Sabiendo que me hablaría de R., no fui a verlo cuando volví de Florencia. Pobre muchacho, hacía ski el primer año, pero después tuvo una seria recaída. A veces desde mi galería lo escucho tocar el banjo, melodías bailables, aires de juventud... Hoy no he podido dejar de pensar en él, está muy mal, creen que no vivirá mucho tiempo. Ahora que es demasiado tarde me arrepiento de mi conducta. ¡Ay, en vano, para él se han terminado las visitas, y tal vez para siempre!

D'A. ha vuelto a mirarme en los ojos. Si fuese otro me sentiría halagada. Con T., por ejemplo, no temo reírme, corresponder sus miradas y así flirtear ligeramente. Pero con D'A. es otra cosa, en él todo es seriedad. Aun olvidando los disgustos que tuve el año pasado, y pasando por alto el hecho de que es gran amigo de mis padres, no sentiría ningún placer en flirtear con él. Su carácter es demasiado pare-

cido al mío y no lo puedo soportar. La otra noche, cada vez que volvía la cabeza, encontraba su mirada fija en mí. Considerando que esto no me traería más que disgustos al día siguiente no lo saludé, haciéndome la distraída. Comprendió la lección. Soy rudamente exagerada, convengo, llega a ser tontería, por eso estoy ahora sin admiradores. Pero por lo menos tengo paz. En cuanto a D. es otra cosa. Pasan los días, se van las semanas y no nos acercamos. Si me habla, lo escucho y no le contesto, permanezco indiferente, en silencio... y le tengo tanta simpatía.

Todos lo rodean, lo admiran, me da envidia la amistad fraternal que le dispensa a la pequeña K. Por fin D., es el ser más divertido que pueda darse y él lo sabe. Tiene buen corazón, una inteligencia brillante, y todo lo que se necesita para ser un buenmozo, ¡querido D!

25 de Julio.

Ayer escribí un poema y no pude terminarlo como yo quería. El verso tenía una sílaba demás y tuve que cambiar la idea. ¡Ay! los más bellos versos son los que no resultan y los más inspirados son los que nunca se escriben.

Mamá no quiere leer mis poemas, porque me negué a darle "Manos de niña". No me gusta que vaya a mostrárselos a sus amigas, "porque estos gritos y este llanto que me salen del corazón" (como diría Musset) son demasiado míos y no quiero divulgarlos.

.....

T., que es todo un "gentleman" está en cama actualmente. A menudo llega al Jardín de Invierno con su pijama blanco y azul (pensar que nunca visito a los enfermos en cama porque en Florencia encontré chocante frecuentar a los jóvenes en pijama); pero aquí esto no tiene nada de particular; en el sanatorio el pijama es una cosa tan habitual que a nadie le preocupa ni ve en ello nada malo; aquí se adquiere la mentalidad de las playas.

La otra noche S. me robó un pañuelo muy perfumado que tenía bordada mi inicial. Desde entonces lo lleva siempre consigo. Esto me hace recordar que en el otoño, cuando estuve en cama, D. me pidió un pañuelo con una negrita bordada. Algunos días más tarde cayó enfermo. Fui a visitarlo y volví a ver mi pañuelo clavado con alfileres en el muro frente a su cama. Ambos sonreímos.

28 de Agosto.

Estoy nuevamente en cama.

La otra tarde golpearon a la puerta, y la empleada anunció:

—La señorita K y el señor D. quieren hacerle una visita.

—No, hoy no, me siento fatigada.

La próxima partida de D. me ha puesto sentimental. He vuelto a recordar los felices momentos del otoño, nuestros paseos por el camino a la quebrada, los tiempos en que era mi profesor de ajedrez y de ciencias "políticas" y morales, todas las cosas agradables que me decía, su manera de mirarme, siempre tan cómico, tan divertido. Me pongo terriblemente sentimental y recito: *In mein gar zu dunkles Leben strahlte einst ein süßes Bild— nun dass süsse Bild erblichen— bin ich gänzlich Nachtumhüllt.* (*) Me siento conmovida, y paso los días siguientes esperando su visita...

Sí, sentimental, sentimental.

Martes 29.

Esta mañana tuvo lugar nuestra última entrevista. Lo encontré al bajar y le tendí la mano.

—¿De veras se va?, le pregunté.

—Justamente ahora subía a verla.

—Me llaman, hasta luego.

Un momento después fui a mi pieza y llegó D. muy circunspecto y seguramente emocionado por tantos adioses. Lo

(*) "En mi obscura vida surgió una imagen —ahora que la imagen se ha esfumado— me siento rodeada de tinieblas".

encuentro un poco distante, como en aquellos tiempos en que apenas nos conocíamos. Se sienta en un sillón, yo en el diván, y conversamos, conversamos largamente...

Cuando por fin le digo tristemente adiós, me contesta: ¡Hasta luego!

¡Parte, pues, mi "camarada de carácter despreocupado", lleva a otras partes tus sonrisas, tus alegres palabras, yo no seré en tu vida más que un recuerdo fugaz que pronto se borrará!

Pero has consolado a una niña que temblaba de miedo, y en una hora demasiado negra le mostraste la fresca claridad de la juventud.

No lo olvidaré.

3 de Septiembre.

Siempre en cama.

Vino a verme un especialista en enfermedades del estómago. Resultado: saldremos mañana para Montreux. Pensamos estar de regreso en cinco días.

.....

¿Era yo quien ansiaba un título de profesora? ¿Yo la alumna modelo a quien aplaudió todo el colegio? ¿Yo, quien soñaba con deportes y estudios en Inglaterra? ¡Qué juventud! Me siento triste, descorazonada. Sé lo que me espera y estoy harta. ¡Qué perspectiva! ¡Flores de sanatorio, me dáis miedo! No, no, no, sería demasiado horrible.

10 de Septiembre.

La otra tarde mis padres acongojados me rodearon de ternura. Sentados a cada lado del lecho me contemplaban, me devoraban con la mirada y los ojos se les llenaban de lágrimas. Me amenazaba una operación.

Yo estaba tranquila. Tenía el presentimiento de que aquello no acabaría mal. En efecto, los exámenes de hoy son tranquilizadores. No me operarán.

Con pesar dejé la clínica (La Prairie). Por la ventana veía los huertos, el lago azul, los barcos que pasaban. Una tarde papá me llevó a tomar té al Montreaux Palace y a ver bailar. Montreux es alegre y elegante.

Ahora me he reintegrado al Mont-Blanc con el corazón oprimido. He encontrado todo tan cambiado, vacío.

T. nos ha abandonado durante mi ausencia. Estaba peor, tenía el corazón débil, ha partido para siempre. Lo extraño mucho, era tan buen camarada, pegaba las fotografías de mi álbum, era gracioso y me hacía reír.

D'A. se va en estos días. No queda más que L., que en su papel de único joven, ha perdido la timidez y toma bríos visiblemente. Es el gallo del gallinero, un gallinero compuesto de algunas recién llegadas, muy jovencitas, una divorciada, Evelyn, la pequeña K., y yo.

K. está completamente transformada, ha dejado de ser envidiosa.

20 de Septiembre.

El 17 tuvo lugar el matrimonio de Amelia.

Por la mañana a las 10, sola en mi pieza canté la Marcha Nupcial, y después leí la "Misa de Desposorios".

27 de Septiembre.

El 23 de septiembre hacía un tiempo horrible. Estaba siguiendo mi tratamiento y pensaba: las cosas desagradables que suceden deberían encasillarse para tropezar con ellas lo menos posible, y si por una feliz casualidad sobreviene algo agradable debe recibirse con regocijo como si fuera una sorpresa.

Un momento después la puerta se abrió y una pequeña silueta se deslizó en mi pieza y se echó en mis brazos balbuciendo:

—¿Habías podido pensar que me casaría sin venir a verte, Lillina?

Un viaje de bodas a Leysin, (algo nunca visto). Y, sin embargo, aquí están los dos recién casados vibrando de amistad, dándome con su presencia una magnífica sorpresa, un espléndido regalo. Tres días de su luna de miel, en un total de cinco. Me dejó iluminar por la llama de su dicha, de su tranquila felicidad.

El martes fuimos a Montreux en auto. Al día siguiente llovió y nos quedamos en mi pieza, conversando, evocando el pasado, haciendo proyectos para el futuro. La última noche comimos un pedazo de la auténtica torta de novia. Gocé con esta visita más que si hubiera asistido al matrimonio. Los recién casados emprendieron ayer el vuelo hacia Travignoli con la esperanza de volver a verme en el invierno.

La Torrossa, 17 de Octubre.

Sí, estoy aquí, entre las colinas, bajo mi techo.

Obtuve de pronto el permiso inesperado y el 4 de octubre salimos del brumoso y nevado Leysin.

En Florencia, acogida triunfal de todos los campesinos. Tres días después, partida hacia Travignoli, a media hora de auto de la Torrossa. Una recepción inolvidable. Cuatro niñas me entregan ramos de flores mientras la fusilería dispara una salva formidable.

—Estás en tu casa, me dicen Amelia y Clemente irradiando alegría y amistad. Pasé casi una semana en ese dulce nido y guardo un recuerdo encantador de aquellos días. Travignoli es una antigua mansión que se eleva en medio de extensas tierras extraordinariamente fértiles. Hace dos siglos que todo esto pertenece a la misma familia y ahora Amelia ha pasado a ser la reina de estos dominios. Ella y su marido me rodearon de afecto y me ofrecieron toda la belleza de su hogar.

En la capilla se dijeron misas por mi salud; me sentí conmovida hasta las lágrimas.

El día anterior a mi partida hubo una gran sorpresa. Por la mañana recibí una invitación: "El Conde y la Condesa Clemente B. invitan a la señorita Eleonora Lily Iñiguez al

baile que se llevará a efecto en la Villa de Travignoli en el salón de verano, el 13 de octubre de 1923".

Era la fiesta de la vendimia, y en la noche el gran patio estaba lleno de una alegre muchedumbre de campesinos que bailaban al son de la orquesta, bajo guirnalda y faroles multicolores. Amelia y Clemente abrieron el baile y sus graciosas siluetas se destacaban como un cuadro en ese fondo lleno de alegría. Bailé tres veces y la noche terminó con aclamaciones entusiastas e himnos cantados a coro.

La Torrossa, 19 de Octubre.

Escribo en mi estudio, rodeada de mis libros y de todos los objetos que me fueron familiares.

¿Dónde estoy? ¿Qué es mi vida? ¿Qué orientación podré darle? ¿Qué camino seguiré? Tengo veintiún años y medio. Es hora de reflexionar, de saber y decidir. En este alto del camino, en esta calma pasajera, mis pensamientos van hacia el pasado y el futuro. En este momento no lucho, estoy fuera de la contienda, pero no me atrevo a olvidar completamente. ¿Dónde estoy, pues?

La preocupación que domina todo mi horizonte es naturalmente el estado de mi salud. No creo que esté mejor. Por lo tanto, hay que excluir el camino normal de mi vida: aparición en el mundo, viaje a Chile, matrimonio; no hay ni que pensar en todo aquello. Por consiguiente, no tengo problema que resolver; no podré casarme con un compatriota ni con un extranjero. Es triste, es injusto. Bueno... por lo demás, el matrimonio no me tienta por el momento; mi alma ha sufrido tanto que aun no tiene fe en la vida para lanzarse a ella. Pero tengo necesidad de algo —no voy a vivir esperando únicamente esta mejoría que tarda tanto en llegar, teniendo como preocupación dominante el hall del Mont-Blanc. Necesito algo— ¿pero qué? Siento el frío, el vacío de mi triste porvenir.

¿Flirtear?, francamente no me entusiasma.

¿Escribir?, cuando el alma está apagada y no ha madurado no se puede escribir un libro. No se puede producir

una obra sin haber amado. Y el amor sería lo que más me torturaría en esta situación. Esas poesías melancólicas, esos garabatos sinceros no me absorben lo bastante. Lo sé muy bien. "Dedícate a tus padres, mímalos, ilumínales la vida". Eso está muy bien, pero...

Prefiero dejarme mimar por ellos, buscar su protección cuando la necesito, cuando tengo miedo.

¿Qué finalidad podré darle a mi vida?

Me falta la fe, la resignación, y los rezos no me iluminan.

En este momento de serenidad moral, contemplo todo esto y busco en vano. Me espanta no encontrar el camino.

Soy joven; aunque no sane me quedan varios años de vida: ¿qué haré para emplearlos noblemente, para hacerlos dignos de mí?

Pobre de tí, bastante tendrás con resistir a tus enfermedades morales y físicas. Esta lucha llenará tu tiempo en los últimos años y por experiencia lo digo: eso no basta. ¡Oh, Dios mío, no, eso no basta! Otra cosa... No sé... no veo nada...

1º de Noviembre.

He vuelto a encontrar a dos de mis amigas. L., plácida, satisfecha, no sabe hablar más que de fiestas. Es una buena chica, recta y tranquila, ningún pensamiento serio la ha turbado. Beatriz, por el contrario, lleva en su rostro pálido, en sus grandes ojos negros, las huellas de la lucha. Ha pasado varios años en Londres, trabajando, ganándose la vida. Su tarjeta de visita dice:

Beatriz

Dactilógrafa, traducciones, intérprete,

correspondencia extranjera.

—¿Te acuerdas Beatriz, le dije, de nuestros juegos, el picnic bajo el claro de luna, Siena, etc.?

—¡Ay, qué vieja me siento!, me contestó con un suspiro. No nos veíamos desde 1919.

Aquí termino este cuaderno que empezó con el epitafio sobre la amistad de mi "camarada de carácter despreocupado", escrito algunas semanas después de su impertinencia: me había hecho una broma de pésimo gusto. Pero ¡qué lejos está todo aquello y qué poco me importa ahora!

Me tortura la angustia de partir. Esta noche... Tengo miedo del invierno que me espera.

De prisa: ¡hasta pronto!

CUADERNO SEPTIMO

Leysin, Mont-Blanc.

23 de Noviembre de 1923.

Días de sol; un frío intenso, seco, vivificante. Bañada en lágrimas dejé la dulce tierra "dove il si suona" (*). Los tintes otoñales eran suaves y armoniosos. Al salir del Simplón nos encontramos de pronto entre la nieve, en un mundo enteramente blanco. Y mientras el tren corría por el paisaje helado, pensaba en el invierno que se extendía frente a mí.

Y bien, estoy nuevamente en el Mont-Blanc escrutando la atmósfera que respiraremos este año. Será una atmósfera sana y simpática, pues hay muchas niñas jóvenes.

El 26.

El otro día fuí a hacer el tratamiento a la galería común. Eramos siete. Acostados en nuestras sillas, no había manera de que guardáramos silencio. Hablábamos de mil tonterías y de cosas interesantes al mismo tiempo.

De pronto se me ocurrió:

—¿Por qué no fundamos un club?

—Sí, sí.

Prosigo:

—Un club cuyo reglamento exija, por ejemplo, estar siempre de buen humor y no hablar mal del prójimo.

(*) Literalmente: "donde resuena el sí". Referencia a la melodiosa entonación del idioma italiano. (N. de la T.)

—Sí, sí.

Se organiza una sesión y nombramos presidente al señor A., quien pronuncia un discurso sobre "La sonrisa", pues el programa del club es "la lucha contra el hastío".

Un día después, el presidente entrega su renuncia, porque está muy mal de la laringe y no debe fatigarse.

Elegimos a N., presidente y a mí me nombran presidenta por unanimidad.

26 de Noviembre.

Ayer recibimos una noticia de Bélgica: la muerte de T.

Estoy muy apenada; sentía tan viva simpatía por este muchacho, tan agradable y divertido, fué especialmente cariñoso conmigo.

Haber reído, comido, jugado juntos, haber estado uno al lado del otro casi todo un año y pensar que ahora no es más que una masa inanimada bajo la tierra gris.

Y tan pronto... tan pronto.

Anoche, oyendo la "Serenata" de Toselli, que tanto le gustaba, pensé en la juventud... la muerte... una queja sentimental en el silencio inmenso de lo que ya no existe... Sentí algo frágil y humano ante el destino y un fugaz roce de almas en la senda misteriosa...

En esos momentos supe que Leysin sería en adelante algo más que una detestable pesadilla. He vivido demasiado. Un sentimiento profundo se eleva en mí y me dice: Aquí en la horrible tempestad en que se debaten la vida y la muerte vagarán para siempre tus visiones de alba.

El 2.

Es ésta una típica velada en el Mont-Blanc; mientras alguien agoniza en el sexto piso, los jóvenes desordenan las habitaciones de las chicas del segundo, poniendo patas arriba todo lo que se puede dar vuelta para presentarles así un lindo espectáculo cuando ellas regresen del cine. Fué una suerte que respetaran mi pieza por temor a mamá.

Ayer pasamos toda la mañana deslizándonos en trineo. La nieve estaba dura y los árboles cubiertos de escarcha. Corríamos alegres por las pendientes gritando: ¡Bob! ¡Frenen! Amarramos un trineo al otro para alcanzar así mayor velocidad. Cuando llegábamos abajo volvíamos a subir lentamente por la cuesta. Tal como en la vida: por un breve momento de placer, hay que recorrer un largo y fatigoso camino.

2 de Enero de 1924.

Todavía canto ebria de alegría. ¿Cómo podré contar en forma rápida y resumir en pocas páginas tantas risas y emociones? Por lo demás, ya de poco me acuerdo; los días han estado plenos de actividad.

El 24 invité a todo el club a ver el Pesebre y el árbol a mi pieza. A cada uno le hice un lindo regalo. Por la noche, rodeamos en familia los dos símbolos de Navidad. Están mis padres y tía Inés, que ha venido a pasar las fiestas con nosotros. Al día siguiente hay comida de gala como en los años precedentes. Tía Inés me ha dado a hojear su Diario, que está lleno de páginas impresionantes sobre Leysin. Transcribo estas líneas que reflejan mis propios pensamientos:

"Esta cena de Navidad tiene la solemnidad del adiós, el encanto del último encuentro, la melancolía del recuerdo... Tantos desaparecidos, tantos condenados, tantos amenazados... Ribera de la vida donde aun nos damos la mano antes de partir. Es tierna como la Cena de Jesús en el Cenáculo antes de la Pasión... porque toda esa juventud en flor está ya marcada para el gran viaje... Y a pesar de la apariencia de vida sabemos que vamos a separarnos; que riamos o no, es la cena en la última estación del camino... Mientras más interesante ha sido el viaje, más lleno de accidentes en la lucha contra el peligro, más vivas son las emociones compartidas y más triste es la separación".

Varios enfermos graves bajaron a comer, entre otros, la señora D., la querida mártir resplandeciente. Después de la

comida bailamos un poco y permanecemos en el hall hasta medianoche. Esta semana —semana de tormentas, de aludes y de conmovedoras promesas— vuela y ya estamos en plenos preparativos para el 31 de diciembre.

El club arrendó una sala en el primer piso. Yo facilito mis lámparas y la alfombra, y los otros miembros del club, cojines y tapices.

Todo el día recibo flores; un inmenso canastillo de azaleas y ciclámenes blancos de C., (ha vuelto porque quiere morir en el Mont-Blanc).

Voy a visitar a los que guardan cama, veo los rostros demacrados de C., y de la señora P., que también se apaga rápidamente. Viene la noche. Me pongo un traje negro sin mangas y pieles blancas. En la habitación de Susana me pinto los labios. A eso de las once bajo a la sala del festín. Es espléndida. Cuatro divanes cubiertos de cojines e iluminados por la suave claridad de las lámparas bajas; en un rincón, una mesa llena de flores, de copas de champaña, sandwiches y pasteles, un gramófono con los últimos discos bailables, en el centro, espacio para bailar y bajo un arco un inmenso ramo de muérdago: todo aquello se nos ofrece en una penumbra rosa e íntima.

Somos siete niñas y ocho jóvenes.

¿Cómo transcurrieron las horas de esa noche memorable?

No sabría decirlo. Sólo conservo una impresión deliciosa y vaga.

Reímos y flirteamos a más y mejor. Después de la tercera copa de champaña siento que la pieza gira un poco en torno mío y me pongo excesivamente ingeniosa. Nunca había tenido tal facilidad de palabra ni ideas tan brillantes y parisienses. Me levanto muchas veces para bailar y en los intervalos vuelvo a hundirme entre los cojines del diván al lado de Susana. Me siento transformada, flirteo y todos nos divertimos locamente. Tomamos fotografías. El gramófono toca: "Yes, we have no bananas", y hago una parodia. Esta música obsesionante se quedará para siempre mezclada al recuerdo de este Año Nuevo. El tiempo huyó vertiginosamente y no hubo ningún incidente desagradable, todos se portaron

muy bien sin extralimitarse jamás, lo que contribuyó al éxito de la fiesta. Tampoco hubo besos bajo el muérdago.

¡Qué bella noche! Creo que nunca me he divertido tanto.

El 21.

A veces... voy a ver a C. Yace en su lecho en la penumbra verde de su habitación en una actitud cansada y débil. Pero se anima en cuanto le hablan, mantiene la conversación, habla maravillosamente y todavía sabe decir encantadores elogios. Tiene un valor a toda prueba. Sonreíamos mirándonos en los ojos.

—No, no se vaya todavía, acerque su sillón.

Sería el único de quien podría enamorarme este año, pero eso no sucederá.

D'A. llegó hace dos días. Mady dice que está enamorado de mí.

La hice callar.

En todo caso creo que eso pertenece al pasado. Al saludarme demostró emoción, pero no quiero nada con él, sería inmediatamente algo serio. Y yo no podría amarlo nunca, por lo que no me atrevería a jugar. Afecto un modo desenvuelto cuando lo veo tomar "actitudes". Pensar que es el ser que más me ha hecho sufrir en la vida. Ahora ya no lo detesto con tanta violencia, me es indiferente. Hasta me divierte cuando sé que me está mirando desde el rincón más apartado del hall. Me siento un poco halagada porque Jeanne dice que se ha enamorado de él. Eso es todo.

Mi corazón es completamente libre. ¿Ha estado alguna vez aprisionado? Pienso en mi fugaz entusiasmo por Jack R.... un capricho infantil.

Y aquí dicen que el amor es hijo de Leysin, pero yo...

R. me hizo la corte, me impresionaba un poco, eso es todo. G., encantador, pero sólo sentía amistad por él. T., ídem. En cuanto a D., aquí me detengo... no, no me he olvidado de D. *Estrella del amor no bajas del cielo*, me decía yo una noche. Hubiera querido ser su hermana. A veces... tal vez estuve enamorada, no lo sé, pero lo quería mucho.

Cuando sienta el verdadero amor sabré reconocer esta ternura. Pero ¿me enamoraré algún día? Me he vuelto fría, antisentimental.

Bastante he desvariado sobre el amor en estas páginas, pero por más que se diga y haga... es siempre la "Eterna Canción" que oímos a nuestro alrededor y en ninguna parte con mayor fuerza que en esta tierra de agonía.

Amor... mi joven alma recta y límpida ante lo desconocido no se cubre como antaño con el velo del espanto. Amor... debe de ser algo así como la alegría de vivir... Así es por lo menos como lo deseo para mí. Amor... palabra mágica que se me aparece joven y fresca, despojada de las tenebrosas fantasmagorías de la adolescencia. Entro a una edad más franca, más confiada. "Te seguiré, haré lo que tú quieras", quiero decirle al hombre que yo escoja.

Le pido mil y mil excusas al poeta; pero, ¡oh!, Musset, tu: "Amo y quiero sufrir, amo y quiero palidecer", no son muy tranquilizadores.

El 26.

Fuí por última vez a la maravillosa habitación de la señora P. En medio de los muebles antiguos y de las sedas atormentadas abracé a la pequeña creatura rubia, todavía fresca y bonita a pesar de que la enfermedad la ha maltratado cruelmente.

Hace cinco años que está en el Mont-Blanc. Deliciosa, con toda la gracia de la joven francesa, gozaba plenamente de la alegría que reinaba en los grupos de aquél entonces. Un joven inglés, bello como un Lord Byron se enamoró de ella. Estaba muy enfermo, a pesar de todo, lo amó y se casó con él.

Poco tiempo después llegamos nosotros al Mont-Blanc. Yo estaba agotada, en cama. Ella por el contrario, irradiando salud, casi curada, cuidaba a su marido que había sufrido una recaída. Después en Noviembre, un día gris y glacial, partieron los dos hacia Inglaterra.

El pobre joven se sentía morir y quería volver a ver su patria.

La vimos llegar a la primavera siguiente, una frágil viuda

de rostro infantil. Con su salud destruída, y trizado su porvenir volvía sola a llorar sobre sus recuerdos. Mamá pasa a ser su confidente y todos la rodean con su afecto. Después de la muerte de su marido deseaba morir, de pronto empezó a ansiar la vida con toda la fuerza de la desesperación. El amor se había acercado a ella. Pero lenta, horriblemente lenta y cruel la muerte se acercaba implacable. Las decepciones agregaron su sombra a la callada agonía — pues el hombre que amaba no era digno de ella. Se sentía asediada por la idea de su última hora; escribió versos — una Oda a la Muerte.

Mientras escribo veo el trencito que desciende por las pendientes nevadas llevándose a la linda señora P., ay, tal vez para siempre. Se fué a Territet.

El 27.

Practico "mentalismo". Lo hago por G.; trato de enviarle el flúido reparador.

El 29.

Anteayer me dijo mamá:

—C. partirá definitivamente. Desde entonces me siento invadida por una extraña emoción y pienso constantemente en él. Ayer en la iglesia rogaba con todo fervor por este muchacho a quien estimo tanto, y de pronto, como respondiendo a mi oración, el sacerdote nos leyó el Evangelio: "Señor, Señor, yo no soy digno de que entréis en mi morada, pero decid solamente una palabra y mi alma será sana".

Ay, él no podrá sanar, pero que viva un poco todavía, puesto que ama la vida, ya que en medio de horribles sufrimientos se aferra a ella con todo el heroísmo y el amor de su juventud en flor. Que viva todavía unos pocos meses, y si va a París que encuentre a la chica de quien está enamorado y se duerma en su ternura. Es terrible verlo debatirse en la agonía ante los ojos de su madre que sigue silenciosamente el camino del Calvario.

Pobre madre.

He sido como una ciega que buscaba a tientas su camino en la obscuridad. De pronto se ha hecho la luz. Súbitamente tuve la gran revelación y por primera vez en la vida quiero gritar: "¡Amo!"

He sentido lo que es el amor, algo tan noble, tan puro, como el alma de Aquél que me lo ha inspirado. Oh, mi Dios, apenas puedo escribir, pues desde ayer me he entregado a la emoción más profunda de mi vida.

Ayer después de almuerzo fui a ver a C.; era la víspera de su partida y no quería cansarlo con visitas frecuentes.

—Hay personas que me fatigan, pero usted no es una de ellas, por el contrario, me dijo.

Tristes palabras sin voz... Hablamos mucho tiempo y sentí gran ternura.

Quedó convenido que yo volvería a las seis.

Cuando fui de nuevo a visitarlo su madre nos dejó solos. Allí estaba yo ofreciéndole toda mi alma... y entonces me habló como un santo... como un espíritu ya liberado de esta pequeña esfera miserable, pero ligado a nosotros por todo el dolor de su pobre humanidad. Y me dijo tantas... tantas cosas... Sufro, no puedo coordinar mis pensamientos pero trataré de recordar algunas de sus palabras.

Una luz verdosa envolvía suavemente la habitación, la delgada silueta que yacía en cama.

Empecé bromeando:

—Qué suerte ir a París, saber que ésta es la última noche en este odioso sanatorio...

—Voy a tocar madera; con tal que no sea mi última noche en este mundo.

Tenía razón. Bien sabía yo que temían que no pudiera hacer el viaje.

—Con su voluntad y su valor usted se sobrepondrá a todo. El valor de C. se ha hecho proverbial en el Mont-Blanc. Yo sentía toda la emoción de aquél instante.

Él prosiguió:

—Hace más de un año, cuando llegué aquí había conse-

guido un dominio completo sobre mis sentimientos y pasiones. Hacía de mí lo que yo quería. Ahora no es lo mismo. Siento necesidad de mi madre...

—Déjese mimar por ella, estará feliz de darle su ternura.

—No me gusta depender de nadie.

—Pero eso es egoísmo...

—No, no es egoísmo, es algo muy diferente, siempre he sido así, diferente a los demás.

Y agregó:

—Nunca he estado enamorado... Lo que me ha sostenido no es el valor sino el orgullo. Me decía siempre: no es posible que alguien que vale lo que yo valgo vaya a terminar así muriendo en un sanatorio. Ahora me he vuelto humilde... muy humilde. Me digo... tanto peor. No es que sea fatalista, con ese fatalismo árabe— pero me doy perfecta cuenta. Yo habría podido hacer algo en la vida.

—Lo hará.

—Habría podido. Hay que ponerlo en participio, me respondió con una vaga sonrisa. Y continuó:

—En la vida no hay más que una cosa: no es el amor ni las diversiones ni el dinero — es el trabajo.

(Y yo comprendía por primera vez que no había más que el amor).

Y agregó:

—Para usted es diferente. Las mujeres deben tener sensibilidad. Pero la compadezco porque nunca ha sabido lo que es el trabajo. Trabajar hasta exteriorizarse, hasta el punto de estar fuera de todo...

De vez en cuando lo interrumpían fuertes accesos de tos. Sus rasgos finos, su mirada grave eran a la vez majestuosos y conmovedores. Cada una de sus palabras sin sonido... caía como una sentencia y vibraba en mi alma. Sentada en el sillón, con una mano posada por momentos sobre la piel que cubría el lecho, lo escuchaba ávidamente.

Siguió hablando:

—No le temo a la muerte. Cómo quiere que me importe... He estudiado mucho y reflexionado demasiado; he llegado a una percepción muy clara y tranquila de las cosas. No

le temo a la muerte... y a la vida tampoco. ¡Ah! Yo habría sido un hombre...

—Lo es, exclamé, rara vez se alcanzan ese valor, su elevación.

—No hay que tener miedo de nada, de nada.

—Usted tiene razón, yo también trataré de no tener miedo, pero es difícil.

—No le temo a nada. El dolor físico me deja indiferente. En cuanto a los sufrimientos morales y psíquicos... eso es otra cosa... he sufrido mucho... pero me sobrepuse... tantas cosas... amistades traicionadas... mi carrera trunca..

Su mirada parecía perseguir dolorosos recuerdos.

—Quise ser oficial de marina. Se opusieron. Estudié ingeniería... caí enfermo. Ahora si llego a mejorar, seguiré medicina. Me parece que como médico llegaría a hacer algo bueno.

Invencible hasta el final.

—Qué puedo decirle, repliqué un poco más tarde, después de sus palabras tan elevadas. Usted me ha hecho comprender la grandeza de la vida— lo admiro y lo envidio. Nunca nadie me había hablado así en Leysin. Piense sólo en el porvenir y vencerá, estoy segura. Los seres como usted se sobreponen a todo. Con su valor y juventud, será más fuerte que el destino. Si hubiese otros como usted, el mundo sería radiante... balbucíaba yo apenas, pero mis ojos decían mucho más.

—¿Qué piensa de la medicina?, me preguntó.

—Es una idea magnífica.

—Seré especialista en enfermedades del pulmón.

—Con sus sufrimientos habrá adquirido lo que les falta a todos estos médicos —dije— la comprensión.

6 de Febrero.

He pasado por una crisis moral tan fuerte que sólo una semana después me atrevo a tomar la pluma para tratar de contar... decir... ¡Cuánto me cuesta!

Al día siguiente de mi visita volví a ver a C. acompañada de mamá. Ella le llevaba como todos los días uno de esos pos-

tres que se preparan en nuestra tierra para los enfermos graves. Apenas un apretón de manos y una sonrisa. Me comprometo a volver en la tarde.

A las cinco lo encuentro más demacrado que la víspera, pero también más endurecido y frío.

Me pide excusas por el desorden en que está su pieza y le respondo:

—No quiero ver las maletas porque me hacen pensar en su partida. Me sentaré aquí, donde no se ve el desorden y sólo lo veo a usted. Después prosigo: estoy segura, segura, ¿comprende? de que usted sanará. Tengo la convicción... quisiera transmitirle mi fe... darle un talismán. Tome, le digo sacándome un anillo, tome esto que le traerá suerte.

—Pero... no, dice devolviéndomelo.

—Sí, sí, tómelo. Me lo regalaron en un momento de horrible depresión y me ha traído suerte.

—En ese caso, no quiero trizar su ventura.

—Sí sí, recíbalo, me haría tan feliz. Tómelo como un recuerdo de alguien que lo quiere mucho y que lo admira con toda el alma.

—Pero ¿qué dirán? me dice con una sonrisa irónica poniéndose el anillo.

Ya no me acuerdo cómo se encadenaron mis frases, pero mientras él miraba silenciosamente el anillo en su dedo meñique, estas palabras salieron de mi boca:

—Usted es el primero y el único que me ha despertado admiración. Es verdad, desde ayer, desde que usted me habló veo la vida de otra manera.

Nuestra conversación cambió de tono, hablé de mil cosas para entretenerlo, le conté los flirts del día, los compromisos rotos, antiguas historias. Muy cáustico, no dejaba de agregar observaciones a mi maledicencia, dándome su opinión sobre una cantidad de gente. Dos años de recuerdos comunes, es bastante.

Frecuentemente lo sacudían horribles accesos de tos, por un momento se quedó rígido, decía que no podía respirar.

—¿Ha sentido alguna vez esa sensación de ahogo, como la de un pez fuera del agua? me preguntó.

Yo sabía que lo mantenían a fuerza de inyecciones. Pasamos por un momento de silencio. Estaba lívido.

Después me habló de la evolución, me mostró en un libro unos cráneos de hombres prehistóricos y era un convencido de que el hombre desciende del mono.

—Los sabios aun no han podido descubrir el espécimen que constituye el eslabón perdido de la cadena, pero creo firmemente que existió. En cuanto a aquéllos que pretenden que de un momento a otro entró el alma a la especie no puedo encontrarles razón. Y prosiguió:

—El alma... he ahí la gran cuestión. ¡Pero si hay perros más espirituales que muchos hombres! No puedo estar de acuerdo con las religiones. Soy un hombre de ciencia y la ciencia echa a tierra muchas cosas. Es el genio de la evolución quien ha creado todo.

—Y a ese genio ¿no puede llamársele Dios?

—Sí.

—Y quizás eso sea más consolador, agregué.

—No, me contestó en un tono indiferente.

—¿No encuentra usted que la religión comprendida ampliamente puede muy bien estar de acuerdo con la ciencia, sin opugnarla?

—Sin duda, me respondió con seriedad.

Era extraña esta conversación sobre metafísica con un moribundo. Ese pobre cuerpo destrozado por la tos homicida... esa mirada tan grave, firme y serena... el espíritu con su anormal lucidez...

Le había pedido varias veces que me dijera cuando debía retirarme. No lo vería nunca más, porque a las siete se lo llevarían en una camilla y no quería ver a nadie en la estación. Por fin le pregunté: ¿No me echa todavía? e inclinó su pobre rostro demacrado.

—Hasta luego, le dije.

—Hasta luego, en dos meses más la veré en París, ¿no es cierto?

Y sin sonreír, me tendió la mano.

—Hasta pronto y gracias por todo lo que me ha enseñado, le dije por último.

Cerré la puerta del 145 y me encontré sola en el corredor.

Esa noche no bajé a comer.

Al día siguiente empezó, o más bien estalló la reacción brutal, burlesca, horriblemente dolorosa. ¡Ah! La tormenta, la rabia que puede rugir en un pobre corazón.

Eso... ¿amor?... jamás... Una malvada hostilidad reemplazó bruscamente mi ternura hacia aquél a quién había dicho tantas cosas dulces, todas esas cosas que ahora me pesaban amargamente.

—Esto es estúpido, estúpido, completamente estúpido, me repetía sin cesar; haber hecho una declaración, *yo!!!*

Qué tortura; al no sentir el menor afecto ni la más mínima exaltación veía de pronto las cosas tales como eran, por el lado ridículo... Tenía la cabeza vacía, el rostro demacrado, me sentía desorientada, perdida, y me esforzaba en aparecer alegre, en reír ruidosamente, iba al cine, andaba en trineo por asirme a cualquier cosa, ya no era dueña de mí misma, había perdido el equilibrio.

Me parecía escuchar una mofa: ¡Ah, querida, quisiste intervenir en los acontecimientos, mezclarte a las terribles fuerzas que rigen el mundo: el Amor y la Muerte — pues bien, no se las puede mirar impunemente sin ser arrastrado en el torbellino!

Lunes.

Había partido un jueves. Le escribí algunas líneas banales con la ayuda de papá a quien había confiado mi extravío, y después, nada.

Analizaba todo con una dureza atroz y para consolarme repetía deseándolo desde lo más profundo de mí misma: “Moriré pronto”.

Me parecía haber cometido una falta más que una inepticia. Mamá me dijo: Es la primera vez que actúas como una hija mía — no malogres tu acción rechazándola”. Pero estoy arrepentida, arrepentida.

Por instantes me siento aplacada, vuelvo a comenzar:

Eso ¿amor? jamás. ¡Nada más que piedad! ¡Oh! haberme dejado llevar por un impulso, no haber conservado mi dominio habitual, haber hecho creer algo que no existe...

10 de Febrero.

Ahora ha pasado la tormenta, y comprendo que ha sido una página inolvidable— que este extraño incidente, lleno de elevación, me ha sido dado por una mano amante, y conservaré para siempre el recuerdo del joven héroe.

He vivido algo muy grande y noble, noble con toda la nobleza que da el sufrimiento. Hoy día en la iglesia por primera vez después de su partida pude juntar las manos y rezar... pude decir con fervor: "Que viva, oh mi Dios, piedad, haz que viva, que viva..."

27 de Febrero.

Ultimamente no ha habido noticias de C. Su madre le escribió a mamá; está peor y se espera el desenlace fatal de un momento a otro. De pronto S. recibió una carta del heroico moribundo: "La vida es bella" escribe. "Saludos para el doctor y la señorita Iñiguez". Ni una palabra directa para mí.

Febrero termina y pensamos en partir. Si todo anda bien no volveré hasta Noviembre. Sólo ahora he empezado a sentir el áspero encanto del Mont-Blanc y la dulzura de las cosas que terminan... Amo a Leysin. Siento que vivo intensamente, cada día es para mí una página de esa novela maravillosa que es la lucha de la humanidad contra el sufrimiento.

A medida que los desaparecidos aumentan se hacen más fuertes los lazos que me unen a mis compañeros de infortunio. Quién hubiera dicho que algún día escribiría estas palabras: *Amo a Leysin.*

29 de Febrero.

Una palabra sobre D'A. ¡Qué extraño es este muchacho! Otro que jamás podré olvidar. Creo que nunca lo he presentado aquí. Tiene veinticinco años aunque parece diez años

mayor, su carácter es triste; no lo domina ninguno de esos impulsos que hacen amar la juventud; ni feo ni buenmozo, es muy fino y preocupado de su persona. Se había preparado para seguir la carrera diplomática en cuyas artes demuestra a diario ser muy avezado. Hace contraste con la banda de niños grandes— banda tradicional de revoltosos, que, aunque varían sus miembros, es una institución permanente del Mont-Blanc. Jamás tutea a las niñas, sabe decir galanterías, narra algunos cuentos un tanto picarescos empleando palabras muy finas. A mí jamás me dice algo divertido, tampoco me adula — a veces ni siquiera me saluda. O me mira, o se hace el enojado. Y ¡cómo me mira!, es de partir el alma.

El primer año yo estaba neurasténica y le tomé horror.

El segundo, fué muy diferente. Estaba demasiado ocupada con D. y con R. para fijarme en él.

Ahora me siento un poco sola y no me gusta oírles decir a todos que D'A. está loco por la señorita Iñiguez.

Si está enamorado no creo que sea de mí. En el fondo no es más que un pobre neurasténico con mucha astucia.

Recibí una carta de C.: "paso por días muy penosos... mis noches son tan blancas como la nieve de Leysin,... llevo una vida monástica... El mundanal ruido no alcanza a turbar mi quietud... mis pensamientos están en el Mont-Blanc.... necesitaré muchos meses para borrar dos años de recuerdos... Guardo el fetiche religiosamente en su sitio... Cuente, señorita Iñiguez, con la sincera y abnegada amistad de..... C.".

He pasado unos días de hastío y de aislamiento. — Mañana es carnaval. Hemos cavilado largamente buscando cómo disfrazarnos. Por último los jóvenes nos han prestado sus trajes y nos hemos convertido en poetas y apaches. Los muchachos se ven divertidísimos con nuestras batas de casa y flores en el pelo. Cuando estoy lista para bajar a comer recibimos una llamada telefónica... La señora P. está muy grave; mamá parte inmediatamente a Territet. Contraste impresionante. La fiesta fué muy alegre. Al día siguiente telefono a Territet y mamá me dice que la señora P... ha muerto.

¡Ah! Leysin, tengo un vacío en la cabeza y trato de ayu-

dar a la señora D. que siente muy cerca la presencia del gran fantasma.

La linda flor que acaba de marchitarse ha caído como tantas otras. Cuando se sintió oprimida por la terrible angustia hizo telefonear a mamá y al doctor X., las dos personas que tenía en el mundo. Después, a pesar de sus aires volterrianos y escépticos de otros días, quiso comulgar. Mamá y el doctor X. la acompañaron en la triste espera. Sabía que era el momento supremo y les pidió que no le hablasen de una posible mejoría. De vez en cuando, algunas palabras profundas—entrecortadas por el sofocamiento que aumentaba lentamente. Junto a ella, el cariño de mamá, el doctor X.,— y la presencia del hombre que ella amaba, el hombre que la había matado. Quince días antes le había enviado una carta de rompimiento para lanzarse a una aventura vulgar que felizmente ella ignoró. Ahora, desesperado, ya no podía retenerla.

11 de Marzo.

Día de tristeza y de hastío. Caen las ilusiones, caen implacablemente. La vida se revela crudamente, la fe en la amistad vacila, se apaga. Me siento marchita, no tengo nada a qué aferrarme. No hay lealtad, en el fondo de cada copa hay amargura.

Amigo desconocido, quienquiera que seas, ¿cuándo vendrás a tomar mi mano y consolarme, cuándo me revelarás el amor? Pero no, tú no serás más que un hombre miserable que sólo mi alma elevará.

¡Oh, mundo falaz e impuro! La niña de antaño, melancólica, feliz, idealista y puritana se ha transformado en una mujer que lleva en el alma el desencanto y la aflicción. Y sin embargo no he vivido, he flotado sobre los días y los años sin que nada surja en mi vida. Y ¡he sufrido tanto!

El 16.

"A veces es más fácil morir que vivir",— fueron las últimas palabras de la señora P. Después mamá y el doctor que tenían tomadas sus manos sintieron que el pulso cesaba de la-

tir. El momento brutal— después, una paz inmensa en el triste rostro y la violenta desesperación del hombre enloquecido.

Mamá veló sola el cadáver hasta las once de la mañana, hora en que él volvió trayendo algunas flores.

Según su voluntad, la señora P. fué sepultada en el cementerio de Leysin y el funicular que la había llevado algunas semanas antes, trajo en el furgón gris el pequeño cuerpo inanimado. “Es en Leysin donde he vivido, decía ella, antes mi existencia era opaca. En Leysin es donde más he gozado y he sufrido”. Pero yo sabía que el amor de la pequeña muerta erraba sobre la tierra... y que la vida la había traicionado.

18 de Marzo (por la noche).

Mañana cumpliré veintidós años. Me asusta comprobarlo. Pero afrontaré el hecho valientemente con esta firme intención: gozar tanto como pueda. Pues ¿cómo sabré lo que va a ocurrir?... Si no mejoro puedo muy bien vivir todavía cuatro o cinco años antes de la recaída que me transformará como a la señora D., en una enterrada viva. Y bien, si no tengo salud, soy joven, y la juventud es un tesoro que antes no había estimado y quiero aprovecharlo. Haré más las sonrisas antes de que la juventud se marchite, antes de que se apague toda esperanza, antes de que el horrible mal aprisione definitivamente la presa entre sus brazos. Felicidad, felicidad, ven a lanzarme en pleno rostro tus perfumes de primavera. No quiero esperar más, tendré las manos llenas con las flores que recoja en mi camino. Pasaron para siempre mis veintiún años, sus ilusiones y sus adioses, los dulces momentos de paz y las alegres carcajadas, sus días de lucha y de dolor.

19 de Marzo.

Salud, mi viejo diecinueve de Marzo. Salud a los recuerdos de mi infancia que despiertan al sonido de tus sílabas. Recuerdos que no osaba evocar en mi tristeza, y a los que ahora les abro todo mi corazón porque fueron mi felicidad y

son aún mi única dicha... La claridad ríe en un cielo sin nubes sobre la tierra blanca, y mis veintidós años comienzan con un impulso de esperanza.

El 27.

Las partidas se multiplican. Todo el mundo se va. No se quedan más que los enfermos graves. Odette, la linda rubicita de diecisiete años, también está condenada. Pobre Odette.

El 29.

Mi salud ha mejorado mucho este invierno y moralmente también me he "recuperado". La vida es buena. No he sanado pero estoy en vías de un restablecimiento definitivo. A veces creo que podré volver a "la vida normal" — aunque en ciertos momentos, cuando veo a la señora D. sin aliento, me digo: he ahí lo que me espera.

Le dije adiós a la iglesia que en otros tiempos acogió mi corazón desesperado. Estuve alejada de ella casi todo un año. Después, oyendo la bella música y rogando por los enfermos me dió horas de dulzura y de confianza.

CUADERNO OCTAVO

3 de Abril.

Estamos todavía aquí en un Mont-Blanc casi vacío.

Me he hecho amiga de dos nuevas nuevas niñas; Cristina y Mariana.

Cristina pertenece a una familia noble de Florencia. Es fina, sincera, inteligente.

Mariana es una pequeña burguesa, un pobre gorrión extraviado que vive en una pensión en el Secretan. Ha tenido que luchar contra la vida, la soledad, la enfermedad, la pobreza.

Ama la poesía, la música, Italia, el Arte... También ha sido arrojada por años a estas riberas y, lo mismo que yo, ve que la jaula se entreabre, pero ¡ay!, para devolverla a la desoladora monotonía de una pobre existencia sin sol. Pertenece a esa clase de jóvenes cuyos gustos, lecturas, aspiraciones y amistades han elevado muy por encima de su medio. En consecuencia el matrimonio se hace si no imposible, de lo más aleatorio. Nunca podrán unirse a un empleadito, a un hombre insignificante y vulgar. Sin dinero, desprovistas de belleza, pasarán por la vida soñando con quimeras imposibles, realizándolas a veces en un instante glorioso para caer más duramente sobre las piedras del diario camino.

—¡Quién sabe si no llego a cometer una tontería! me decía Mariana una noche. Mas, al mirar su cara tosca y burguesa, reflejo de honradez y de buen sentido, estuve a punto de sonreír. Pero las líneas dolorosas que le rodean la boca y

un fulgor nostálgico en sus ojos negros demuestras a veces que su placidez es sólo aparente.

Sus confidencias me han dado a conocer todo un aspecto de la áspera vida.

6 de Abril.

Mañana partiremos para La Torrossa. El doctor B. ha confirmado que estoy en franca mejoría, el mal se ha detenido. Lo que necesito ahora es mucha prudencia y... tiempo... mucho tiempo. Pasaré el verano próximo en St. Moritz y en Junio vendré de paso a Leysin.

Soy, por tanto, una de las raras privilegiadas: siento un vértigo moral observando la situación, mi situación. No es un transporte de alegría, sino una esperanza alentadora, un vago sentimiento de equilibrio, tímido aun, que ha nacido en el fondo de mi alma con las cálidas promesas del sol levante. Quiero ser digna de vivir.

Por la noche.

Me he despedido de todos los enfermos. Muy conmovida le dije adiós a mi heroica amiga la señora D. —No piense en mí, me dijo, yo me cuidaré. Goce de su juventud, de los días que pasan... porque nunca volverán.

Sufre lo imposible y así lo ha dicho en su "Canción en seis notas", poesía maravillosa que termina en una queja.

Sé que el otro día declaró: —Si esta fiebre continúa no me quedan más de tres semanas. Me alegra pensar que la señora Iñiguez no estará aquí, se evitará un espectáculo doloroso.

Hoy me habló de mi porvenir. —Tiene que casarse, Lily; después de todo, esa es la vida. Pero tenga cuidado, elija bien, no como yo. Sea difícil, usted puede serlo, lo tiene todo para serlo. Y si no está completamente segura, si piensa: "tal vez podría amarlo", comprenda entonces que no es ése el elegido, y no lo acepte. Es preciso que se sienta atraída hacia él".

Siempre pensando en los otros. En su habitación llena

de flores está el piano que mamá le regaló para Navidad, porque D., es una excelente ejecutante. Qué potencia tienen sus acordes; hay un hálito del más allá en esos armónicos sollozos. Ahora todo ha enmudecido. El piano inútil duerme al fondo de la pieza; en el cuaderno de versos ya nadie escribe inspiradas estrofas. Pero la creadora todavía irradia belleza; allí está en su lecho de dolor, frágil e infantil, hermosa, ya divina.

Mis lágrimas borran lo que escribo.

—Ya tengo los ojos hundidos, me dijo hoy. Sentí que me oprimía el remordimiento. Porque sólo por mí va a abandonarla mamá, ahora que tanta necesidad tiene de su única amiga.

7 de Abril.

Una cortina de niebla oculta las cosas. Sólo las negras cimas de las montañas surgen como fantasmas. Ayer nevó y manchas blanquizas cubren todavía el suelo. Una luz pálida se desprende de la bruma y vaga por mi pieza en desorden—llega hasta el lecho donde escribo estas líneas. Hace un tiempo horrible en la montaña.

Adiós Leysin, adiós Mont-Blanc que me has enseñado tantas cosas.

La Torrossa, 15 de Mayo.

Hace más de un mes que no abro este cuaderno, y ahora... cuántas cosas que anotar...

Al llegar a casa me esperaba una carta de D'A.

Me hizo suspirar gravemente. Por culpa de él me había atormentado tanto... y justo dos años después... Parecía que la vida empezaba poco a poco a pagar sus deudas. Algunos días más tarde llegó un regalo: dos frascos de cristal y plata conteniendo perfume; uno para mamá el otro, para mí.

Le dí las gracias en una tarjeta muy banal.

Las semanas pasaron. Malas noticias de la señora D. llaman a mamá a Leysin.

Un día vinieron a decirme que "un señor" me llamaba por teléfono. Inmediatamente tuve la intuición de quién podía ser, pero no dejó de impresionarme cuando a mi seco "¿con quién hablo?" la voz me contestó: "con d'A".

¡D'A en Florencia! Me tiembla la voz a pesar mío, pero me esfuerzo en hacerla brusca y chillona... Digo que papá no está en Florencia... que le avisaré...

Al día siguiente a las once de la mañana nueva llamada telefónica. Le digo a la empleada que conteste que estoy en cama.

—Parece que se molestó ese señor del teléfono, me dice ella después.

Luego, regreso de papá. Abre las cartas que han llegado durante su ausencia, entre ellas una de d'A; dice que está muy mal, que pronto emprenderá el camino del destierro, que es duro sentir que su patria le es inhospitalaria... Me apiaído. Voy yo misma al teléfono y le transmito una invitación a comer de parte de papá. Todo el día tengo el corazón en suspenso.

Antes de las siete siento que se detiene un auto y bajo al salón. Es d'A. —Y bien, ¿cómo está usted?, le digo cordialmente. No deja de mirarme; yo le hablo en un tono de camarada, amable y sencillo. Me sentía muy tranquila y dueña de mí misma, mi timidez habitual había desaparecido.

Como todavía estaba claro paseamos por el jardín y le mostré las obras de mamá.

D'A. me contaba sus penas. Tenía mucha fiebre, se había agravado.

Pensar que había estado tan bien cuando yo me sentía mal. Ahora yo marchaba hacia la vida y él...

¿No tiene frío?, ¿quiere ponerse el abrigo? —le dije en un tono de hermana—, usted sabe que entre nosotros no tenemos por qué preocuparnos de ciertas fórmulas.

Entramos a la casa y pasamos a la biblioteca. Allí visiblemente impresionado, contempló mi retrato, pero permaneció en silencio; era sin embargo un momento propicio para decir algún elogio.

Charlamos largo rato esperando a mi tía Inés.

Hablé del abismo que se abre entre nosotros y la gente sana y estuvimos de acuerdo en la dolorosa impresión que producen sus preguntas: ¿Qué hace usted, cómo vive su vida?, etc.

—Se extrañan de que no haya dado exámenes —¿Qué puedo contestarles...? Me callo— dice D'A.

—Yo, respondo, hace tiempo quise obtener mi diploma de profesora de idiomas, mis padres se reían de la idea, pero había estudiado mucho y quería tener, en cierta manera, una prueba tangible. Todo eso fracasó. Estoy en el mismo punto que cuando tenía diecisiete años.

Durante la comida, a esta declaración de papá: "Lily está muy bien ahora, el próximo año la llevaré a Chile", respondí: —Ese viaje está todavía muy lejos de ser una realidad.

D'A. pareció hundirse en sus negras ideas. Al cabo de un instante replicó:

—Estoy en una situación en que ni siquiera puedo formular un deseo...

—Yo tampoco puedo decidir nada, dije.

Mi tía Inés habló de la muerte de la señora P.... y después la conversación pasó a los amores de D'Annunzio. D'A. le contó a mi tía que durante la guerra la Duse concurría a una posada adonde el poeta iba con frecuencia y se contentaba con verlo desde lejos.

—¿Sólo con verlo?, preguntó mi tía, muy emocionada.

...Yo era todo oídos.

Más tarde estuvimos observando una cafetera de mayólica que tiene grabada una famosa frase de Tayllerand. Dice refiriéndose al café:

*Negro como el diablo,
Ardiente como el infierno,
Puro como un ángel,
Dulce como el amor.*

Pensé vagamente que debe de haber en ello cierta ironía, y que, con seguridad, no encontraba este último ítem muy dulce.

Después de la comida D'A. y mi tía se sentaron en un sofá en el salón y yo casi no tomé parte en su conversación.

Hablaron de "El Placer" de D'Annunzio. D'A. decía que llevaba siempre el libro consigo y agregó:

—Pero lo que encuentro infame es que una mujer noble y superior como la Duse haya sido sacrificada. Eso no debió ocurrir...

Yo permanecía grave y silenciosa. Observando el rostro pálido de D'A. me decía que aquella visita no había sido en absoluto una entrevista sentimental.

Al despedirnos le pregunté si volveríamos a vernos en Leysin.

—Quién sabe, me contestó.

—*Parecía enamorado ese joven*, (*) dijo mi tía Inés al día siguiente.

—*Pero nunca me lo ha dicho*, (*) fué todo lo que contesté.

D'A. me envió un ramo de claveles rojos, lo que me puso furiosa.

Cuando supe que Davos estaba muy cerca de St. Moritz y que papá pensaba ir a verme junto con D'A., mi aversión se acrecentó.

¿Cuándo aprenderé a no apiadarme?

.....

Mamá ha vuelto al trabajo después de seis años de inercia artística. Está haciendo una maqueta hermosísima. Es "El Mensaje". Un inmenso ser alado entrega el mensaje de la vida a la muchedumbre que sube hacia él. Encontré la maqueta tan impresionante que después de contemplarla por algunos minutos, escribí sin vacilar, como si alguien me hubiese guiado la mano, un largo poema que titulé tal como la estatua, "El Mensaje". Ha merecido cálidos elogios.

.....

Recibí una carta de D'A. Reconocí al instante la letra del sobre. Apenas la leí me lancé a la pieza de papá y le dije que sólo ellos tenían la culpa de todo y que había que terminar con este asunto definitivamente y de una vez por todas.

(*) En castellano en el original.

(**) En castellano en el original.

Volví a mi habitación y con mano temblorosa le escribí a D'A. estas líneas:

"Me ha dejado asombrada la carta que acabo de recibir. Veo por su tono sentimental que usted no sabe ser un buen camarada y le ruego vivamente que deje de pensar en mí.

Buena suerte".

L. I.

—¡No mandarás eso! No seas cruel; te conozco y sé que te pesará toda la vida, me rogó mamá.

—Tengo que matar esta quimera, esto dura ya dos años; yo no puedo darle ni siquiera mi amistad y no quiero mantenerlo en la ilusión. Hay que cortar inmediatamente.

—Pónle mucho cloroformo— me pidió mamá.

Dejé pasar veinticuatro horas y hablé con tía Inés, a quien le descubro condiciones de abogado. Toma en forma franca el partido del pobre enamorado y me dice que es "algo muy serio", que la señora M., que estuvo en Leysin con nosotros y es la confidente de D'A., sabe que se alejó de mí llevado por el espíritu de sacrificio.

Esta conversación con mi tía cambió totalmente el aspecto de las cosas. Antes había pensado romper mi carta y no contestarle. Ahora que comprendía que su amor era grande y serio, desaparecía mi mal humor. Aunque no dejaba de repetirme con tono airado: —¡Qué desagradable es todo esto!— en el fondo de mí misma sentía que anidaba un rayo de felicidad.

Pensar que siempre había tratado de hacer el bien en derredor mío y ahora sería el instrumento que debía asestar una puñalada en un corazón. De pronto adquiriría importancia.

¿Qué hacer? Resolví pedirle consejos a la señora M., gran amiga de mamá. Es una mujer muy juiciosa y conoce la vida.

—Estoy en un lío tremendo— le expliqué. D'A. me ha enviado una carta...

Ella me interrumpió:

—No me venga a hablar mal de mi joven *Werther*.

Y entonces la señora M. me contó todo. El le había confiado su amor por mí. Volví a casa y le escribí. Me sentía llena de importancia, me daba cuenta de que por fin era "mujer", de que por fin desempeñaba un papel en el teatro de la vida. Yo había inspirado aquello, yo. "Un amor incierto, tanto más noble cuanto que era en vano". Y era por amor a mí que se había hecho intolerable. No podía vencerme de que se trataba de mí, me parecía constantemente que veía vivir a otra persona, pues no llegaba a conmoverme. Tenía la sensación sí, de que se había llenado un vacío, de que ahora era como los demás; sentía que comprendía mejor la sombra de la primavera, pero era el pago de una deuda. Me parecía que había vivido ya todo eso, no sentía ninguna exaltación. Sin embargo, mi nuevo sentimiento de equilibrio se había oscurecido por la tristeza de tener que hacer sufrir, sensación de melancolía y de importancia.

Terminé la carta y salí a la terraza a contemplar la noche. La luna en todo su esplendor vertía su magia sobre el jardín perfumado y los ruiseñores cantaban... como cómplices del amor.

Volví de la terraza resuelta a agregar una pequeña frase de agradecimiento a mi carta demasiado dura. Toda la noche cantaron los ruiseñores y la luna iluminó la habitación y mi lecho. Al día siguiente rompí la carta y escribí otra con mi letra más enérgica, intercalando una frase amable en una fría hoja de papel blanco.

18 de Mayo.

Llegó una carta de D'A. Reconocí su letra con inquietud, pero el contenido me gustó mucho más que las frases enfáticas de sus otras "epístolas". Al terminar de leerla experimenté una fugaz sensación de pesar, y pasé la tarde leyendo poesías. Esta es la carta que me entristeció:

"Perdóneme y no me guarde rencor. Le deseo todo el bien que se pueda desear en la vida.

Adiós.

A. D'A.

19 de Mayo.

Recibo la noticia de la muerte de C.... ¡Oh! ¡Piedad!

Y vos, inolvidable, dignáos extender sobre mí vuestras alas de ángel... Porque vivís, respondedme, universo, respondedme que vive... que su vida no ha terminado.

31 de Mayo.

Qué difícil es volver a tomar la pluma. No sé, siento un vacío en la cabeza. Ha muerto la señora D.

La muerte, la muerte, y mis pensamientos giran en rondas desatinadas, y por fin van a posarse como grandes pájaros cansados junto al pequeño sarcófago... Ahora dejaré que el mundo florezca y cante, yo pensaré sólo en vosotros, acunaré mi alma adolorida con vuestras imágenes. Vosotros sois caritativos más allá de la tumba.

Recibí bruscamente la noticia de la muerte de C. Por la noche, leyendo *Le Figaro* encuentro el párrafo banal por el cual los padres de C. "tienen el dolor de anunciar la muerte de su hijo, fallecido a los veintitrés años. Las exequias tendrán lugar el 19 de mayo en la Iglesia de la Magdalena".

Una noche, según mi costumbre, había ido al fondo de quinta, y sentada en una escalera de piedra empecé a cantar. Era una bella noche de Mayo y la naturaleza resplandecía al claro de luna. Cerca de S. Domenico, en la lejanía, empezaron a verse pequeñas lucecitas, luego, otras y otras. Eran pequeños puntos luminosos, antorchas que se alineaban en un gran cortejo. Luego la cinta de luz empezó a moverse lentamente al son una marcha fúnebre que la brisa nocturna nos hacía llegar en ecos desvanecidos. Quedé embrujada por el contraste, al ver pasar la muerte en aquella noche de primavera.

—Son los funerales de un joven, me dijo la voz despreocupada de uno de los niños.

Pensé en él, debió morir ese día.

Papá asistió a los funerales. De paso en París, leyó el anuncio en el diario, y al día siguiente fué a la gran misa de

Requiem. Una muchedumbre —más de mil personas— se hallaban reunidas en la Magdalena, el órgano y los coros elevaban su poderosa armonía. Al final vibró majestuosamente la Marcha Fúnebre de Chopin.

El desfile fué interminable, papá saludó a la pobre madre que muy emocionada agradeció su presencia.

Papá no conocía a C., fué a la misa pensando en mí.

.....

Nuestra querida D., también ha desaparecido para siempre. Sus boletines de salud nos llegaban todos los días, escritos por su madre y firmados por la misma D., dejándonos entrever el martirio, un martirio sonriente y altruista hasta el último momento. Después llegó el telegrama del doctor P.; "Fin inminente" y mamá partió en seguida a Leysin.

Cuando D. vió a mamá junto a su lecho le apretó la mano fuertemente. Ya casi no podía hablar, sólo balbució: Es muy bello, muy bello, haciendo alusión a la maqueta de mamá y a mi poesía sobre "El Mensaje". Más tarde murmuró: —Todo está bien ahora, todo está bien... Caía la noche... "Trabaje..., Trabaje..." fueron sus últimas palabras para mamá, imperiosas e insistentes. Mamá se arrodilló junto a ella y le dijo: —Esta es la hora del mes de María allá en nuestra capillita, y todos están rogando por usted. ¿Quiere que recemos? Mamá murmuró algunas frases de invocación que D. repitió. Y ese fué el fin.

Después de haber pasado la noche en calma, D. perdió pronto el conocimiento y la mañana se arrastró dolorosamente en la habitación de la moribunda. Su madre y su suegro esperaban en la galería pero mamá no quiso separarse de ella un solo instante. A eso de las once de la mañana el martirio se había consumado.

Mamá nos contó todo esto al volver de su triste peregrinaje y casi era un alivio saber que la dolorosa prueba había terminado.

Pero D. amaba tanto la vida. Al final preguntaba: "¿viviré todavía ocho días? Nunca he deseado tanto la vida como

ahora". La sombra de la muerte pesaba sobre nuestro espíritu. Mantuve mi calma hasta que leí sus últimos versos, "su mala poesía" como ella los llamaba. Entonces sollocé desesperadamente hundiendo la cabeza entre las manos.

*Et je voudrais sourire a tous, à la mort même
Et parler de bonheur à mes amis que j'aime..." (*)*

Estas dos líneas resumían todo lo que ella me había dado.

8 de Junio.

Anoche mamá me entregó una carta de la señora C.

Me encerré en mi cuarto y de rodillas, después de haber hecho la señal de la cruz como al principio de una oración, empecé a leer esas líneas que con seguridad serían el último eco que llegaría de él: "...gracias de todo corazón... moralmente sufrió mucho... su fin fué muy dulce... se llevó en el dedo, de acuerdo con su deseo, el anillo que su encantadora hija le dió cuando partimos... Gracias otra vez... que Dios le devuelva la salud a Lily... es el deseo ardiente de una madre desolada".

"Se llevó en el dedo, de acuerdo con su deseo...". Nunca me lo hubiera imaginado.

Solemnemente, ante la inmensidad del cielo nocturno, le he prometido hacer algo de esta existencia, hacer algo que valga la pena con este jirón de vida que aún poseo. No comer jamás algo que pudiera avergonzarme ante él, y no tener miedo de nada. Le he pedido que sea mi protector.

Mi humilde anillo ha permanecido en su sitio.

Eso quiere decir que sentía algo por mí, que aceptó lo que quise darle..., eso quiere decir tantas cosas bellas y dulces, quiere decir que nuestros primeros sueños no mienten, que el ideal existe, que la vida es maravillosa.

Ha venido a decirme que, en la hora suprema, por encima de toda la miseria humana acumulada en nuestras jóve-

(*) Y quisiera sonreírles a todos, hasta a la muerte misma.
Y hablar de felicidad a los amigos que quiero.

nes vidas, nuestras almas se han encontrado allá, en el espacio de luz. Ha venido a decirme que en la cima del horrible calvario, cuando todas las angustias se agolpaban alrededor de su ser que espiraba, cuando en medio de su agonía se elevaba hacia el infinito, tuvo fe en mí, en mí que apenas pasé rozando su existencia.

Y ahora creo, creo que el alma existe, sé que la vida no termina porque he sentido en mí un batir de alas. "Aquél que no ama, permanece en medio de la muerte" porque no puede comprender... Pero el que sabe lanzarse al infinito en la grandeza y en la hermosura, ése no caerá.

15 de Junio.

La vida es una noche llena de estrellas.

St. Moritz, 6 de Julio de 1924.

De nuevo las montañas. Otra vez en Suiza, pero en un gran hotel y lejos de Leysin.

Aquí me han vuelto a asaltar las dudas y los negros pensamientos. Los primeros días me sentí muy cansada pero ya el aire de la montaña ha obrado el milagro.

¿Por qué mis ímpetus no pueden durar? ¿Por qué vuelvo a caer en la bruma después de que me ha deslumbrado el resplandor? ¿Por qué estos fríos pensamientos en un corazón marchito? Me detesto.

El alma llena de melancolía rechaza la belleza. No no, no me dejaré arrebatar mi ramillete de flores.

Quisiera escribir muchos poemas para dejar un pequeño volumen que se pueda publicar después de mi muerte; o tal vez mucho más tarde, en mi vida.

.....

¿Qué más puedo contar? Que el hotel es muy elegante, que no conocemos a nadie y que por consiguiente en esta brillante muchedumbre nos sentimos como en un desierto; que esto me agrada porque paso por una crisis de misantropía.

pía y bien podría tener quince o cincuenta años, de tal manera veo fuera de mis posibilidades y deseos una pareja que se dedica al flirt (pero me equivoco, debería decir ocho u ochenta, porque con las costumbres modernas nunca se pasa el límite de los años aptos para el flirt). ¿Qué más? ¡Ah! sí, el paisaje es muy pintoresco y hacemos lindos paseos en auto, a veces conducimos el coche nosotras mismas.

Nancy, 11 de Septiembre.

Si me hubieran dicho "Vas a ir a Francia, pasarás un mes en Nancy", nunca lo habría creído y sin embargo estoy en la tierra que me vió nacer y en esta gran ciudad del este trágico.

Resumiré todo lo que ha pasado en el mes de Agosto.

Primero, caigo enferma (¡qué variación!) Mamá llama a papá que viene de París con tía Inés. Falsa alarma, porque me recupero y luego me levanto. En este gran palacio lleno de gente elegante siguen unos días de tristeza colectiva.

Mamá oye hablar de los milagros de Coué, y aunque siempre nos hemos reído del famoso "Cada día y desde todo punto de vista estoy mejor y mejor", se decide a ir a Nancy porque tiene necesidad de descanso moral. Mamá nos deja y me quedo en St. Moritz con papá.

A los tres días hacemos nuestras maletas para ir a reunirnos con mamá a Nancy. Coué le ha dicho que podrá hacer algo por mí.

En estos últimos días nos ha llegado la noticia del nacimiento del primer hijo de Amelia. Contraste impresionante. Recibimos también una carta bordeada de negro: ha muerto la pequeña Odette.

¡Qué hecatombe! Qué triste sería volver ahora a Leysin después de tantas muertes.

.....

Inglaterra es el país de la razón, Italia, el de la emoción, y Francia el del buen sentido.

"Sí, exclamaba un hombre el otro día; no hay que rom-

perse la cabeza buscando la razón de las cosas, porque es imposible encontrarla. No sólo los americanos la han buscado, antes que ellos lo hicieron los griegos, los romanos y muchos otros, y no la encontraron". Y el individuo sonreía de un modo picaresco.

Nancy, 14 de Septiembre.

Hace ya una semana que asisto a las sesiones de Coué y efectivamente siento nacer en mí una actividad física por mucho tiempo olvidada. Todos los días vamos a la villa de la calle Juana de Arco y nos reunimos con los otros enfermos en una enorme sala blanca con grandes ventanas. Una joven americana me decía que el espectáculo de los enfermos la impresionaba y entristecía. Lo que es yo, estoy cansada de ver a los enfermos en conjunto; pero este pobre rebaño no tiene el encanto de los grupos de enfermos del pulmón, jóvenes y sonrientes. Aquí hay paralíticos con rostros estáticos, neurasténicos, sordos, idiotas, defectuosos, toda la gama de dolientes.

¡Pobre humanidad! Llenan completamente la sala y cuchicheando unos con otros, esperan... ¿Qué? ¿Qué vendrá por esa puerta entreabierta? ¿La liberación? ¿El restablecimiento?

Súbitamente entra con un paso preciso y alerta un viejecito robusto y jovial, que yendo de un enfermo a otro se informa atentamente de los males de cada uno.

—Yo tengo ideas negras...

—Yo, úlceras varicosas...

—No puedo caminar...

—Soy tuberculosa...

—No puedo aprender el alemán...

Una anciana gime: —No puedo caminar, y un joven murmura: —Yo no puedo creer...

Después de hablar con cada uno de nosotros fijándonos sus ojos penetrantes, el viejecito se sienta en medio de los enfermos y comienza a exponer su método.

Habla largamente y en forma simple y clara trata de pro-

barnos la veracidad de los dos principios sobre los cuales ha basado su teoría de autosugestión.

1º Toda idea que se halle en nuestro espíritu, ya sea buena o mala, tiende a convertirse en realidad y llega hasta a ser una realidad en el campo de la posibilidad.

2º Cuando hay un conflicto entre la voluntad y la imaginación, vence esta última. Contrariamente a todo lo que se ha dicho, no es la voluntad sino la imaginación la primera facultad del hombre.

Existen en nosotros dos fuerzas diferentes: el consciente y el subconsciente. El consciente es dueño de la voluntad, el subconsciente es más fuerte y es el que nos guía. Si aprendemos a dominar este subconsciente que nos guía, aprenderemos a dominarnos a nosotros mismos. ¿Cómo dominar el subconsciente? Simplemente imaginándonos que... ¿Cómo podemos imaginar esto o aquello a voluntad? He aquí el problema. Felizmente nuestro subconsciente es muy dócil y esto es lo extraordinario: Cree fácilmente lo que se le dice en voz alta, aunque el consciente no lo crea. Conclusión: Si repetimos mañana y tarde, en alta voz de manera que podamos oírnos "cada día y desde todo punto de vista estoy mejor y mejor", "cada día y desde todo punto de vista estoy mejor y mejor", esto se cumplirá con toda seguridad, casi matemáticamente.

Otro consejo: Cada vez que sintamos un dolor físico o moral, pasemos la mano por la parte adolorida, si es físico, y por la frente si es moral, repitiendo en alta voz "esto pasará" "esto pasará" con bastante rapidez de manera que entre las dos frases no haya un segundo en que pueda deslizarse la idea de que "no pasará".

En suma, el subconsciente no es solamente la fuerza que preside el funcionamiento de todos nuestros órganos sino la parte del espíritu que llamamos imaginación (una de sus manifestaciones son los sueños nocturnos). Por lo tanto, tiene un gran dominio sobre nuestros pensamientos ya que "cuando hay un conflicto entre la imaginación y la voluntad, etc...".

El segundo principio es un descubrimiento personal de

Coué. Guiar el subconsciente sugestionable por la "autosugestión consciente", domar "la loca de la casa", poner las riendas al caballo fogoso, no es empequeñecer una personalidad con el opio de la ilusión artificial y provocada, por el contrario, es acrecentar la potencia de la parte más noble y espiritual de nuestro ser poniendo en adelante a su servicio la fuerza temible que hasta ese momento había sido la más fuerte.

Es devolver a la voluntad un poco de ese libre albedrío que suponíamos que poseía y que sólo le pertenecía cuando la imaginación lo quería, o bien cuando ejercíamos, sin saberlo, esa presión sobre nosotros mismos a la que se le ha dado el nombre de autosugestión. Presión que era una persuasión, pues se dirigía a la imaginación y no una resolución dirigida únicamente a la voluntad, porque en este último caso si la imaginación está en su contra, la resolución quedaría infructuosa.

Después de hablar de su método, Coué se levanta y empieza sus experimentos. Entonces ocurren "los milagros".

Dirigiéndose a una señora sorda la hizo ponerse de perfil delante de él.

—¿Me oye usted?, pregunta. Un segundo de silencio, después la respuesta clara:

—Sí señor, le oigo.

Coué retrocede dos pasos.

—¿Me oye siempre?

—Le oigo siempre.

Coué sigue retrocediendo y haciendo la misma pregunta hasta llegar al fondo de la sala y la señora siempre le contesta.

—Usted ve que oye muy bien.

Y la señora en el otro extremo, repite:

—Oigo muy bien.

Coué entonces explica:

Esta señora era una sorda imaginaria. Probablemente ha tenido lesiones en un oído y a fuerza de repetirse: "Cada vez oigo menos, me estoy poniendo sorda" el inconsciente ha hecho que el oído sano deje de oír.

Después volviéndose a una paralítica, dice:

—Levántese, levántese. Usted no está paralizada puesto que puede mover sus miembros. Déme las manos y avance repitiendo: “Puedo hacerlo, puedo hacerlo”. Así, ¿ve usted como puede avanzar? Ahora y sin cojear sígame. Y Coué da vueltas a la sala seguido, clopin-clopan, por la enferma. Llega un momento en que ésta mejora en tal forma que Coué le ordena: alcánceme, y empieza a trotar finalizando el “milagro” con una carrera de lo más divertida.

Viene ahora la segunda fase de la sesión. Coué nos pide que cerremos los ojos y comienza con una voz lenta y monótona su sugestión colectiva: —Piensen que las palabras que voy a pronunciar van a grabarse, fijarse, incrustarse en el cerebro y es preciso que ustedes y sus organismos obedezcan sin quererlo, en una forma totalmente inconsciente.

Si hasta hoy día habéis experimentado cierta desconfianza hacia vosotros mismos, este sentimiento desaparecerá para ceder el lugar a la confianza en vosotros mismos. Esta confianza os permitirá hacer no sólo las cosas que deseáis hacer sino aquellas que estáis obligados a hacer. Hay que pensar que todo lo que es posible es fácil. Por consiguiente las palabras, difícil, imposible, no puedo, desaparecen del vocabulario. Esas palabras no pertenecen a nuestro idioma. En nuestro idioma se dice: Es fácil, puedo hacerlo; de esta manera se logran verdaderos prodigios.

Después empezaron las sugestiones individuales, aludiendo a cada caso en particular. —A las personas que pudieran tener lesiones al pecho, los pulmones, los bronquios, les digo: poco a poco, bajo la influencia de la autosugestión vuestro subconsciente hará lo necesario para que estas lesiones mejoren, y poco a poco se atenuarán los síntomas para desaparecer por completo.

¡Ah! Mi buen subconsciente: escucha con atención y obedece.

Luego nos hace abrir los ojos y nos recomienda su pequeña fórmula: “Cada día y desde todo punto de vista estoy mejor y mejor”. Todos los días “el abuelito Coué”, como lo ha bautizado mamá, repite exactamente lo mismo. Las sesio-

nes duran dos horas y media y tienen lugar dos veces por día. A veces uno de sus alumnos reemplaza a Coué. Es René de Brabois... hermoso nombre. Es de la edad de Coué, debe contar unos sesenta y siete años, tiene todavía una apariencia joven y elegante, pero su rostro muestra las huellas de una terrible neurastenia que lo persiguió durante veinte años hasta que sanó con "cada día y desde todo punto de vista..." En sus conferencias no sigue el método de Coué sino que improvisa, y mientras el profesor da la impresión del equilibrio perfecto, se siente que Brabois conoce mejor el negro abismo de que trata de salvarnos.

Habla muy bien. Dice por ejemplo: "Somos lo que creemos ser, hasta el momento en que dejamos de creerlo...". No ahuyenten las malas ideas, rechazadas pueden llegar a transformarse en obsesión, hay que reemplazarlas por ideas agradables. Cuando una idea nociva se apodera del cerebro hay que ridiculizarla —el ridículo mata— hay que reemplazarla inmediatamente por una idea agradable y bienhechora. Nunca hay que lamentarse en voz alta. Si nos preguntan cómo estamos, hay que decir "muy bien", de tanto oírlo llegaremos a convencernos nosotros mismos de que es así.

De esta manera habla René de Brabois. Me asegura que ha curado innumerables casos de tuberculosis con su método. Todas las clases sociales están representadas en las sesiones y entre los dolientes reina una atmósfera de solidaridad.

.....

Recibo una carta del "club" en masa. Son doce páginas, e incluyen unas líneas de Odette. Es como sentir una ráfaga de Leysin; no faltan los juegos de palabras y las frases de doble sentido; por el mismo correo y como para sentirme más cerca de Mont-Blanc, llega la noticia de la muerte de Odette.

Fuimos a la ópera; oímos "Manon" por artistas excelentes.

Partimos nuevamente hacia Italia. Hacemos el viaje atravesando el San Gotardo. En Como saludo a antiguas amigas del colegio que van a verme a la estación. Un abrazo fugaz después de cinco años. Seguimos nuestro camino y despertamos en Florencia.

La Torrossa, 13 de Octubre.

Con mil precauciones de parte de mis padres recibo la noticia de la muerte de d'A.

Me siento horrorizada de haber sido el instrumento designado para herirlo. Pero no es culpa mía. La culpa es de la vida... no somos más que títeres y no sé qué manos manejan nuestros hilos.

No soy una miserable avara. He dado, pero a quien no me lo pedía, a quien, con su alma orgullosa, se bastaba a sí mismo — y al otro, al que se moría de hambre y de sed en medio de esa obscuridad que conocía por haberla atravesado yo misma, al otro, al que pedía de rodillas, en un ímpetu de estupidez, de irritación y de temor le he negado una palabra dulce que lo habría hecho sonreír en medio de la pesadilla, una amistad casta que habría embellecido el fin de su calvario. Y ahora ¿qué tengo después de tanta reserva? El pesar, por no decir el remordimiento, que me acompañará el resto de mis días, junto con la imagen del hombre que me quiso con un amor del que no supe ser digna.

14 de Octubre.

No, no era digna, no había adquirido madurez para ese sentimiento. Buscaba camaradería cuando tenía el amor entre las manos; los ojos sonrientes me hacían soñar en tanto que las miradas sombrías me inspiraban temor. De pronto los sones de la verdadera armonía rozaron mi alma; pero sólo comprendí a medias aquella lección de piedad y amor.

Y ahora es demasiado tarde, demasiado tarde. Sólo puedo escribir palabras de desolación y sufrimiento. Sin embargo, debí darme cuenta; con todo lo que he sufrido mi alma debiera estar madura, casi vieja. Después de tres años de Mont-Blanc... haber escrito esa carta... Es imperdonable.

Algunos días después de la muerte de C., agregué dos líneas a D'A. al final de una carta que le escribía mamá: "A pesar de su adiós quiero enviarle un saludo de amistad". En su afectuosa contestación a mamá le rogaba corresponder mi saludo. Siguió aquella correspondencia con mis padres, pero

entre nosotros todo había terminado. Q., un común amigo que nos visitó en St. Moritz, nos contó que d'A. se sentía mejor en Davos, pero que estaba decidido a someterse a una operación de vida o muerte en el otoño.

Ahora Q., le escribió a papá la impresionante noticia: "Tengo que comunicarle un triste suceso; d'A. murió el 27 del mes pasado... Llevaba unos días con fiebre... no le dimos importancia... le sobrevino una complicación al corazón... tuvo un desenlace rápido... Vino su padre y se llevó el cadáver a Italia... Me pidió la dirección de ustedes para escribirles...".

Así terminó tanto ardor, terminaron la lucha y los sufrimientos. Así terminaron los sueños de amor y los recuerdos del pasado se extinguieron con él. Murió su dulzura, su pasión.

Durante tres años obsesionamos nuestros sueños y nos hicimos sufrir. Hubo días en que su sola presencia me hacía temblar, el solo escuchar su nombre me angustiaba. Con todas mis fuerzas rechazaba esta extraña emoción, fué la época más dolorosa de mi vida. A ese sentimiento yo le llamaba aversión.

Desde entonces dejé de ser una niña; volvió a mí la salud moral y con ella se calmó el temor. Sentí hacia él indiferencia, cordialidad, amistad casi. Pero, ¿para qué analizar, remover el polvo? ¿Busco el perdón y consuelo para mis sufrimientos? Mi Diario encierra muchas páginas de esta novela, pero no me atrevo a releerlas, me harían mucho daño.

Lo que más aumenta mi dolor y mi pena es el sentimiento de lo irreparable. Yo que tenía la sensación de haber sido maltratada por la vida, de tener mucho menos de lo que merecía, veo ahora que tengo una deuda que pagar.

20 de Octubre.

El umbral de mi juventud está sembrado de tumbas.
(adaptado de Musset).

Pensar que dejé marchitarse un gran amor. No supe representar mi papel, ennoblecer lo que se me acercaba. En el gran drama de la vida, no supe estar a la altura de los acontecimientos.

tecimientos. Me mostré pequeña, terriblemente pequeña. Cualquiera otra habría sabido comprender mejor su misión, y yo había tenido por maestros el sufrimiento y la muerte.

Y ahora...

Nunca me había parecido tan intenso el azul del cielo, ni tan profundo el silencio de ultratumba.

24 de Octubre.

Volvemos a Suiza después de diecisiete días en la Torrossa. Conocí al niño de Amelia, un bebé precioso, blanco y rubio, de ojos azules. Soy su madrina.

Joy, mi querida perrita, tendrá hijitos en algunas semanas más. Y ahora. ¡En camino hacia Davos! A pesar de mis protestas voy a su mismo sanatorio.

Davos, 3 de Noviembre.

Llegamos a Davos de noche. Sufro una emoción intensa. Durante todo el viaje tengo ante mí la imagen de d'A. Saber de una muerte y estar lejos es menos brutal, pero venir aquí, al mismo sitio...

Seguramente vió estas mismas montañas pensando en mí; sólo que estarían cubiertas de verdor en Mayo. Ahora ya murió esa primavera y estamos en otoño.

Veo con angustia la estación de Davos. Está oscuro. Tomamos un coche que después de un largo trayecto entre tiendas y almacenes nos deja ante el Sanatorio. Al verlo hago la señal de la cruz y papá me dice: ¡Ten valor! (*)

Y luego estoy entre esos muros —entre esos muros donde sufrió tanto por mí, donde murió. Es atroz el fin de su vida, terminar así. ¡Solo! ¿Es posible? Me trastorno, me sublevo, tiendo las manos juntas en la obscuridad y caigo anadada.

Perdón, perdón, perdón.

Fuí yo quien desde mi refugio hice más amarga y dolorosa la obscuridad de su noche. Ahora siento de cerca lo que

(*) En castellano en el original.

fué el final de su existencia, esa vida en que todo le había sido negado, hasta la ilusión. Comprendo ahora toda la nobleza de aquél que se había acercado a mí.

—Que ella no sufra. No quiero que ella sufra, había dicho una vez en Leysin.

Eso era amor.

Ahora comprendo, y en el fondo de mi desesperación su luz me ilumina. Lo hice padecer, pero cuánto padezco yo también. Mamá viene a acunarme entre sus brazos mientras sufro una crisis de llanto desesperado.

A los dos días viene el doctor a examinarme, no me encuentra bien y les da su opinión inquietante a mis pobres padres.

5 de Noviembre.

¿Por qué empiezo a sentir en el fondo de mi alma este extraño sentimiento de paz?

No veo causa alguna que lo inspire.

El doctor no me encuentra bien y tengo que guardar cama. Me siento muy cansada y vivo horas vacías. Oscuras visiones me asedian. Tantos, tantos son los que han partido antes que yo. ¿Es ésta la recaída? De pronto tengo miedo, no quiero morir.

He adelgazado mucho. Nunca como ahora he retrocedido ante la sombra... No, no quiero morir aún.

Trato de sonreír, de pronunciar una palabra animosa pero se me ahoga la voz. Y pasan los días, pasan sobre mi pena.

El 2 de Noviembre se deslizó silenciosamente sobre esta ciudad de enfermos. Pienso en tantos cementerios. Los imagino a las puertas del tumultuoso París, o en las riberas del Mediterráneo en las costas deslumbrantes de luz... Y en las tumbas dejo mi piadoso recuerdo. Tantos cementerios... Veo ante mí a los camaradas difuntos.

8 de Noviembre.

El otro día una niña se acercó a mamá y le dijo que había sido vecina de pieza y amiga de d'A. Después de la co-

mida mamá la invitó a mi habitación y nos trajo dos pequeñas instantáneas de d'A., tomadas dos o tres días antes de su muerte. Tiene un aspecto espléndido y nada había cambiado en él.

La joven nos hace el relato de sus últimos días y yo, ávida escucho sus palabras:

Murió en la noche de un sábado. Nunca comprendimos su muerte; estaba muy bien, sólo guardaba cama porque tenía un poco de temperatura. Aquella noche dijo que llamaría a sus padres, quería volver a verlos. Después le expresó a la enfermera que lo cuidaba: —Estoy mucho mejor—. Pidió de beber y cayó sin conocimiento. Estaba muerto.

—¿Le habló alguna vez de nosotros? le pregunté.

—¡Oh! Sí, hablaba con frecuencia de sus amigos de Ley-sin, se alegraba mucho con la idea de que usted vendría. Lo queríamos mucho; siempre decía "yo estoy más enfermo que todos ustedes" y nos reíamos de su pesimismo. Tenía excelente aspecto. Sin embargo, estaba decidido a someterse a una operación delicadísima en que arriesgaba el todo por el todo. Si salvo, decía, me iré sano, en primavera.

Cuando la joven se levantó preguntándome si podría volver a verme, le rogué que repitiera su visita; me pareció encantadora. Y luego... este acercamiento... que haya venido hacia mí de esa manera... ¿guiada por quién? Hay cosas que hacen creer en la inmortalidad del alma.

20 de Noviembre.

Recibo la noticia de una serie de defunciones: D., el capitán español, y dos personas más. Es para volverse loca.

Diciembre de 1924.

Siempre en cama. Me transportan todas las mañanas a la galería y allí me quedo hasta la noche. Cuando las sombras cubren el mundo blanco el cielo lleno de estrellas se ve hermosísimo. Empecé a leer la *Astronomía Popular* de Flammarion, pero tuve que interrumpir la lectura porque me sentí cogida por un vértigo moral.

"En este globo móvil estamos más o menos en la misma situación material que los granos de polvo adheridos a la superficie de un proyectil lanzado a la inmensidad...

"Se trata de un pequeño globo que gira en el vacío infinito; alrededor de este globo vegetan 1.450 millones de seres que se dicen razonables —pero que más bien son razonadores— que no saben de dónde vienen ni adónde van, cada uno de ellos nace sólo para morir pronto..."

La muerte me ha rozado muy de cerca para que semejantes frases no transporten mi pensamiento en espirales dolorosas hacia el infinito de la Gran Incógnita. Hay momentos en que nos sentimos demasiado anonadados ante la clara visión de nuestra pequeñez y la indiferencia matemática de las grandes leyes.

CUADERNO NOVENO

Davos, 6 de Enero de 1925.

Amor, ch'a null'amato amar perdona. ()*

Comprendo por fin estas palabras como he comprendido tantas cosas últimamente. Siento el elevado ritmo de la vida. Me amó con el más noble de los amores. Ahora lo comprendo todo, y lo más dulce, es que tuvo piedad de mí.

...Pues hay heridas que el tiempo no cicatriza, y que por el contrario, se hacen más profundas.

Mi mamá querida ha hecho cuanto ha podido por embellecer las fiestas. Cerca del Pesebre, los cánticos de Navidad, esos cánticos que habían mecido mi pasado, eran muy dulces para mí que había demostrado ser tan dura — y no puede retener las lágrimas.

Me levanté la noche del 24 para tomar parte en el regocijo. Pero mis pensamientos estaban demasiado cerca de aquellos que habían vivido con nosotras las pasadas navidades. Lloré amargamente.

Por esos días apareció "El alma que se deshoja", una pequeña recopilación de poesías de la señora D., que mamá había hecho publicar. La señora D. había soñado para su obra un prefacio de Camille Mauclair, a quien había admirado desde la infancia. Mamá y tía Inés consiguieron el prefacio, y acompañado de tan bella prosa el pequeño volumen va a emprender el vuelo.

(*) "*Amor, que no dispensa de amar al que es amado*". Dante Alighieri, *La Divina Comedia*, Canto V. (N. de la T.)

Con alegría profunda recorrí esas páginas en que descubría, impresos, los conmovedores poemas que D., me dió a leer. Hace un año, las dos preparábamos un pequeño volumen de versos para dedicarlo a nuestras madres. La idea había sido de D. Había llegado casi a aprenderlos de memoria, y para mí siguen siendo como algo viviente.

Recibimos también en esta última semana del año un artículo publicado por un periódico chileno, se titula: "La leyenda de la familia Bello" y dice así:

"Han comentado más de una vez los observadores el fenómeno de la herencia intelectual manifestada en forma tan visible en la familia de don Andrés Bello. Forman una pléyade los escritores y artistas de su sangre, entre ellos, para no citar sino a los de las últimas generaciones, la señora Prats Bello de Sarraatea, la señora Rebeca Matte Bello de Iñiguez, la señorita Ana Luisa Prats Bello, don Joaquín Edwards Bello, don Arturo Lamarca Bello, el malogrado Mariano Sarraatea Prats Bello. A esta lista brillante debemos agregar hoy el nombre de una joven, muy joven, la hija de la ilustre escultora, señora Matte de Iñiguez, que habita con su madre en un castillo medioeval sobre las colinas de Florencia".

Sigue en ese mismo tono diciendo que "el talento de esa niña privilegiada se ha desarrollado como flor de invernáculo" y luego reproduce un cuento que escribí hace seis años. Termina la relación con el siguiente párrafo:

"Hace pocos meses ante la breve contemplación de una maqueta en greda que la señora Matte de Iñiguez hiciera para un gran monumento que prepara, la hija cantó en estrofas que nos es imposible traducir, la soberbia creación de la escultura cuyo simbolismo penetró la niña en silencio. Tal es la genialidad de estas almas con que el tronco Bello se engalana de nuevas flores en cada generación". (*)

Se arrastran las horas la noche del 31 de Diciembre. Me levanto a pesar de la fiebre. Comemos en compañía de la señora M. y de su familia que ha venido a verla: su marido

(*) En castellano en el original.

y sus dos hijos; después escuchamos la orquesta. Siento que mi emoción crece rápidamente y me reconcentro cada vez más en mis pensamientos, en mis recuerdos. Mi imaginación revive escenas del pasado, en que los rostros de los muertos se me aparecen llenos de vida, como lo estaban en estos días de fiesta, como lo estaban cuando sus ojos se encontraban con los míos. Toda esta apariencia de alegría y juventud está tan cerca del abismo helado que espera... Qué marchita me siento y qué lejos de las risas. Veo las parejas que dan vueltas al compás de la música y pienso que D'A. bailaba hace poco en este mismo sitio y con igual entusiasmo. Un joven se acerca y me pregunta:

—¿Usted conoció a D'A.?

—Sí, mucho.

—Qué triste fin, ¿no le parece?

Sólo yo sé hasta qué punto fué triste. No espero que termine el baile y huyo a mi pieza con el corazón destrozado. Dios mío, que fin de año tan amargo. ¿Por qué, por qué siempre espinas? ¡Esta perra vida! ¡ah! C., gracias, gracias! ¡D'A., perdón, mis pensamientos incoherentes vienen del corazón!

Voy donde mamá, descubre que he llorado y me lo reprocha violentamente porque piensa en mi salud.

—Cómo, ¿todo el trabajo que me he dado para organizar las fiestas ha sido en vano?, dice con profunda tristeza.

En ese momento claras y alegres tocan a vuelo las campanas para anunciar el nuevo año. Me arrastro hasta el lecho y mientras las lágrimas me corren por las mejillas, mamá contempla a su niña enferma.

—Yo gozo de la felicidad donde la encuentro —me dice— pero desde que algo me fué negado, busco en todas partes donde ayudar y hacer el bien.

¡Ah! ésa es mi pena, tener tanto que lamentar. Ahora se ha completado el cuadro, pues he conseguido hacer llorar a mamá.

Y las campanas en la noche, repican y repican...

10 de Enero.

Sus sentimientos habían alcanzado tal elevación que yo no podía alcanzarlos. Al atravesar mis años sombríos, viviendo esa misma vida intensa, agotadora, había perdido la fe en las quimeras; él, en cambio, había llegado a un idealismo heroico. En el último invierno en Leysin pudo haber intentado un asalto a mi corazón, que con frecuencia estaba solo. Pero temía que al ofrecirme su amor y su dolor pudiera arrojar la sombra sobre mí; temía perturbarme. Sintiendo toda la fuerza de su pasión prefería ser indiferente a mis ojos y soportar la sonrisa banal que yo le prodigaba. Rechazó todas las palabras de amor, todo el ardor de su juventud y de su raza, y cuando por fin me dirigió su tembloroso ruego, chocó con toda la aspereza, la incomprensión y la desconfianza de un alma que él no había osado hacer suya.

15 de Enero.

Llené de amargura sus últimos días cuando me ofrecía hacer mi vida digna de ser vivida, una justificación a mis sufrimientos, una respuesta a mis "por qué". Hubiera podido desempeñar un papel cuyo recuerdo me habría consolado hasta en la agonía.

21 de Enero.

Hace tres meses que guardo cama. Mi vida de reclusión no es penosa, por el contrario, es la única que me agrada en estos momentos. Por lo demás, estoy mejor, por lo que tengo la intención de continuar mi existencia de "clausura". No recibo más que a los médicos y a dos o tres niñas que vienen a verme de vez en cuando.

30 de Enero.

¡Aniversario!

Vivo en el recuerdo aquellas veinticuatro horas. La habitación con su luz verdosa... me veo arrodillada junto a mi

lecho llorando lágrimas quemantes, —el amor vela— la noche y el día que siguieron, esa sensación victoriosa de sentirme por encima de todo lo que me rodeaba, en un mundo mío...

“No hay que temer a nada”.

Estas palabras me han ayudado últimamente. Hoy día en la soledad de mis horas, todavía murmuraba: ¡Qué bello fué! ¡qué bello!

31 de Enero.

Paso dos días de recogimiento.

2 de Febrero.

Tuve uno de esos extraños sueños que de tanto en tanto vienen a turbarme. Me encontraba en una sala desconocida, y había dado vuelta mi cofre de joyas. El collar que me regalaron el día de mi primera comunión se había cortado y las perlas rodaron por el suelo. Llamé entonces a la sala vecina en donde había mucha gente. Sólo D'A. se separó del grupo y vino hacia mí, lento y grave. Me ayudó a recoger las perlas; mientras las juntábamos sentí que su mano rozaba la mía.

8 de Febrero.

Sigo en cama. Con indiferencia contemplo los despojos de existencia que viven cerca de mí. Los grupos de niñas y jóvenes que conversan tomando el sol en la terraza, los que pasean a pie o en trineo; amistades que se forman; la vecina de D'A. parece estar en pleno romance con un croata de ascendencia italiana a quien no abandona un instante. ¡Ah, la vida de sanatorio!

Yo me siento muy bien en mi rincón. No deseo tomar parte en la vida. Por el contrario, me encierro en mi soledad que no es aislamiento, porque está llena de su amor y de mi pena.

10 de Febrero.

Día negro.

Creo en el Dios creador y animador de las constelaciones, en el Dios que rige las leyes de la Naturaleza. Pero, ¿es ése el Dios de Jesucristo?

¿Y la inmortalidad?

Es curioso cómo la vida le da la razón a mamá. Tiene un notable instinto para descubrir las almas nobles bajo todas las apariencias, un instinto para guiar el gesto creador de la belleza. Le debo las páginas más hermosas de mis días. A veces me parece un poco exagerada, sin embargo, los hechos le responden siempre. Jamás cae de plano como la gente que razona, tantea el terreno y no se aventura fuera del camino indicado por el buen sentido. ¡Ah, el buen sentido! Nunca podré sentirme orgullosa del mío. Cuando me he dejado influir por mamá, tarde o temprano he visto un bello resultado; cuando no la he escuchado...

El éxito del idealismo de mamá demuestra en forma clara y casi tangible, que una gran cantidad de gente de toda clase es digna de este idealismo y que esta pobre humanidad lleva un "sello" noble.

¿Adónde quería llegar? ¿Al Dios de Jesucristo? Simplemente, dígame lo que se dijere con respecto a la vida, mamá tiene razón en creer que existe un Dios misericordioso. Concluyo, por lo tanto, aceptando la inmortalidad. Pues sin ella, si hay un amor todopoderoso, ¿qué significaría una existencia como la de D'A.... por ejemplo?

11 de Febrero.

Cuando miro de frente a la muerte, no es la fe lo que me sostiene, sino los ejemplos que he recibido.

Siento una extraña sensación de "compañía" cuando pienso en los camaradas de ruta que ya han llegado. Yo seguiré su mismo camino. Se sobrepusieron a esos últimos días tan temidos con gran valentía. ¿Por qué habría yo de tener menos valor?

16 de Febrero.

Otra compañera de infortunio que va a sucumbir. Mamá había convertido a Cristina al Couéismo, y la neófita había logrado tales progresos que estaba por dejar el sanatorio; después de año y medio de ausencia volvería a Florencia. Cristina estaba loca de alegría. Sufrió una recaída y su caso es desesperado; ella no se da cuenta de toda la gravedad.

27 de Febrero.

Pasé cerca de un sentimiento bello con los ojos cerrados. ¿Cuáles habrían sido nuestros dolorosos destinos, qué se habría podido llevar la muerte después de este amor?

Antes lamentaba que mi imagen hubiera estado junto a él cuando se acercaba su fin; ahora me pregunto si me amó hasta en el último momento.

Me siento destrozada. Cuando me asaltan los remordimientos experimento una angustia física.

El amor me ha deslumbrado.

Cuando la vida une, la muerte separa, pero cuando la vida separa la muerte une.

Eso es lo que me has enseñado, lenta y fatalmente.

“Amor, ch’a null amato amar perdona”. Ya no somos nosotros, es la Presencia. El amor que debe responder al amor; ¿es tal vez el fondo de las cosas? Es, en todo caso, la fuerza creadora. A veces acerca sólo a las almas.

En la extraña serenidad que ha alcanzado mi espíritu, siento que el amor es más fuerte que la muerte. Se acabaron las obscuras angustias, una nueva confianza, una nueva resignación han despertado en mí.

18 de Marzo.

Esta mañana mamá recibió una carta del marqués de Gondi: “Cristina nos ha dejado hoy a las cinco.. se fué con esa serenidad característica de toda su vida... ruegue, más que por ella, por nosotros...”

Cristina, una muchacha hermosa y noble, digna descendiente de generaciones ilustres, habría sido la continuadora de las antiguas razas.

18 de Marzo.

Recuerdo que hace un año resolví coger las flores de mi camino; no quería esperar más. Siempre pensaré "cuando tenía veintidós años pasaron grandes cosas". He cogido flores, no las que yo quería, flores extrañas y pálidas con aromas de primavera.

Dos veces la Muerte me ha mostrado lo que es el Amor.

27 de Marzo.

Cada instante me lleva hacia el pasado y siento que me sería muy duro dejar estos lugares que conservan su última huella. Por lo demás está fuera de toda posibilidad ir a la Torrossa en primavera, de lo que me alegro. No quiero moverme, deseo la tranquilidad de mi lecho de enferma.

Me siento como en suspenso y fuera de la vida. Mi pasado sucumbió. En cuanto a mi futuro, no tengo proyectos ni pienso en él.

Jamás he estado tan aislada entre el ayer y el mañana. Parece haberse cortado la cadena que une el pasado y el porvenir. Los mil acontecimientos que forman la trama de la existencia parecen retroceder ante mi huraña soledad.

.....

Mamá acaba de regalarme una instalación de radiotelefonía, y me estoy iniciando en sus misterios. Las primeras experiencias me demostraron que la vida y la radiotelefonía tienen mucho en común. Las estáticas que interceptan la música lejana, los repentinos y breves instantes de armonía clara y pura, luego nuevas estáticas, voces extrañas, disonancias insospechadas, la onda que se va; se mueven todos los botones, se tocan todos los resortes, inútil, no vuelve. Hay

que pasar a otra cosa. Por la noche tuve una pesadilla, soñé que me decapitaban.

Mis ulteriores experiencias fueron más alentadoras y me pusieron en contacto con toda Europa. Palabras italianas, claras, vibrantes, llegan hasta nosotros interrumpidas sin cesar por las hoscas voces de una de las dieciséis estaciones alemanas.

Siempre tratamos de oír Roma. El otro día guiada por una voz lejana, que cantaba como sólo los italianos saben hacerlo, pude captar la onda justamente cuando la canción terminaba en una frase dolorosa que me hizo temblar. Extraño explorar en la búsqueda de emisiones en la atmósfera nocturna saturada de música.

7 de Abril.

¡Qué tristes pensamientos me asaltan hoy día! Hace un año que dejé el Mont-Blanc, un larguísimo año.

Si yo hubiera comprendido, habríamos vivido nuestra primavera. Tomados de la mano habríamos sufrido juntos esperando el gran misterio. Habríamos escuchado juntos la música inefable.

El había visto toda mi juventud. Yo me había transformado, empezaba a vivir ante sus ojos. Me conocía tanto. Todo ese pasado se ha perdido. Ya no seré nunca —para nadie— la niña de esos tiempos. Lo que él había visto en mí le pertenecía. Mi sufrimiento, mi lucha, mis victorias...

Por querer huir del sufrimiento he ensombrecido mi vida para siempre. Se acabaron los ímpetus de alegría, la aparente despreocupación, nunca podré volver a sonreír así. No se podrá borrar lo que he sufrido.

20 de Abril.

La crueldad de esta nueva primavera me oprime el corazón y me hace unir las manos en un gesto de dolor cuando pienso que él no la verá.

CUADERNO DECIMO

He empezado a levantarme dos o tres veces por semana. Pero, por lo general, continúo con mi perezosa existencia.

No me aburro, me gusta estar sola. Las horas que paso en la galería se suceden rápidamente.

Musset, Heine y la música han sido mis queridos compañeros en este invierno. De vez en cuando tengo momentos de desaliento, pero ya la rebelión contra la enfermedad ha terminado, ya todo me es indiferente.

3 de Junio.

Ahora le tocó el turno a la pequeña K. Acaba de morir. La idea de la muerte pasa a ser una obsesión cuando se precisa así.

Todo esto se parece a las tragedias antiguas en que al final no queda nadie en escena.

La pequeña K., logró entrar en mi vida. ¡Cuántos años vivimos una al lado de la otra en el mismo grupo. Me parece verla reinando en el hall, llorando en su lecho, flirteando y saboreando una frase ingeniosa, con los ojos brillantes y las facciones tensas en una expresión trágica.

Me vió vivir; me estimaba. Recuerdo una frase suya: ¡Qué triste es ver tanto valor quedar sin recompensa! Temo por R., de quien no he recibido noticias.

10 de Junio.

Estoy perjudicando a mis padres. Ellos pasan por sus años de plenitud. Los absorbo. Mamá sacrifica su arte y

papá, sus actividades. Todo me lo dan. Ese es otro aspecto doloroso de la situación. Les he propuesto muchas veces que me dejen sola, pero rehusan.

12 de Junio.

—*El amor mío se muere* (*) canturreaba papá.

—¡Es que no era amor! (**)

No sé cómo salió de mí esta respuesta. ¿Qué quise decir en realidad? Que el amor, al formar parte del alma, permanece en ella: es el amor en estado de sueño. Para que el amor termine es preciso que se materialice, entonces es mortal.

Pero según pienso, el amor en estado de sueño se queda en el alma de que forma parte.

Me levanto envejecida de este lecho donde me he refugiado como un animal herido; me impresionó mi aspecto cuando ví una instantánea que me tomaron en la galería.

10 de Julio.

Soñé nuevamente con D'A. Se trataba de nuestro compromiso; yo vacilaba, pero mamá me daba valor con la mirada. Entonces me acerqué al lecho en que yacía D'A. y le oí murmurar: —Se lo agradezco tanto.

17 de Julio.

En la habitación que está debajo de la mía oigo gemir a un moribundo. Mucho se ha hablado de su mujer en el sanatorio. Está aquí acompañándolo; primero flirteó asiduamente con un ayudante y luego se lanzó a una aventura con un inglés. La otra noche, mientras se oían los quejidos en medio del silencio, un coro de voces ruidosas entonaba no lejos de aquí la melodía de Salomé.

La tocaban mucho en el Mont-Blanc durante el primer

(*) En castellano en el original.

(**) En castellano en el original.

invierno. A la melodía se mezclaban los gemidos del moribundo.

21 de Julio.

La agonía continúa y día y noche oigo ese estertor ronco y persistente. Golpe tras golpe, la traición y una agonía semejante. Es como para consolarse de no echar hijos al mundo. Doy gracias a Dios de que estas muertes lentas sean raras.

31 de Julio.

Mamá ha traído el alborozo del verano a nuestras gale-rías. Hay una profusión de flores a lo largo de la balaustrada, decoran las mesas y las jardineras; ha cambiado los tapices por telas de color vivo; hay grabados en las paredes y canarios que cantan. Es allí donde paso todo el día, me levanto sólo al atardecer.

5 de Agosto.

Me siento serenada. Hay gentes mediocres que atraen la felicidad. Otros, como D'A. y yo, la ahuyentan.

18 de Agosto.

Mis padres han partido a Bélgica por unos días y estoy sola por primera vez en mi vida. Siento que me basto a mí misma y que no tengo necesidad de ser eternamente como una piedra suspendida al cuello de los míos. Es claro que dejaron aquí preparado el ambiente, porque todos me demuestran su simpatía. Me asedian las visitas.

24 de Agosto.

Hace días que no me levanto. Las visitas continúan. Por la noche me dejan sola por orden del ayudante, un excelente muchacho que me cuida con gran dedicación.

Paso mis días solitarios haciendo versos. Mi vida de "soltera" termina. Mis padres llegan esta noche.

1º de Septiembre.

Mamá quiere ir a Florencia en avión para llevar al doctor B. La señora M. está muy mal. En vano le digo que de poco le servirá a la señora M. saber que su amiga se ha matado en un accidente de aviación.

Mamá se acerca a mí, pálida como un espectro, y me dice: —Hay que actuar mientras la gente está viva, de nada sirven después los remordimientos.

Me pongo a llorar. Mamá continúa: —Paso por exaltada siendo que sólo soy una amiga profundamente afectuosa. Después sentiría para siempre el remordimiento, los años pasan y el pesar subsiste.

, —Pero exponerte al peligro sería peor. ¿Por qué arriesgarse por un día? ¿Y si te mataras al aterrizar en el Campo de Marte en Florencia?

—Pero con este tiempo no hay peligro. Hasta el tiempo nos es favorable. Veinte personas partieron esta mañana en un viaje de placer a Milán. Yo voy a llevarle la salud a una moribunda. ¿No comprendes que la muerte está rondando a una creatura que adoramos y el doctor B. podría ser su salvación?

D'A.... D'A.... ¿qué debo hacer? Corro donde papá y le digo:

—Mamá tiene una de sus "corazonadas" (*). No hay que disuadirla. Escucha, he reflexionado bien, apóyala en este viaje en avión.

El me contesta: —Yo no me opongo. En cuanto a impulsarla, eso es otra cosa. (*)

Voy entonces donde mamá:

—Querida, te comprendo plenamente, sé hasta qué punto un pensamiento puede hacernos sufrir después. Convince al

(*) En castellano en el original.

doctor, y logra la satisfacción de hacer lo más que puedas, yo me doy el placer de impulsarte...

Pero el telegrama de Florencia pidiendo el viaje del doctor, y sin el cual éste no puede moverse, no llega.

A las 10.

El avión ha sido descartado, pues el doctor rehusa volar a causa de los numerosos accidentes que han ocurrido ahora último en Italia. El telegrama tampoco llega y mamá se desespera pensando que ha ocurrido el desenlace. Sufro junto a mamá y la admiro: sabe querer, ¡sabe vivir!

4 de Septiembre.

La noche del primero de septiembre el doctor le dice a mamá que no puede partir sin autorización del médico de cabecera. Mamá exclama: —¡No nos detengamos en convencionalismos, doctor, estamos tratando de salvar a un ser humano!

Luego, ante la elocuencia de su dolor, el médico obedece como un niño pequeño y... acepta.

A la mañana siguiente mamá remueve cielo y tierra, arrienda un auto, obtiene un permiso para pasar por una región infestada de fiebre aftosa, revela todo su espíritu generoso.

Más tarde me dice: —Ella me dió la fe. Fué ella quien me hizo volver a la religión. Es mi verdadera amiga, la única que tengo. Una vez me repitió estas palabras de la Samaritana: "Bienamada, te he buscado desde el alba sin hallarte —ahora te encuentro— y ya es de noche, pero felizmente no es total la obscuridad".

A las dos, beso a mis padres, el auto está ya a la puerta. Empieza a llover, quieren subir la capota, pero mamá se opone: correrán con mayor rapidez sin ella. Subo a mi cuarto y desde la ventana les digo adiós por última vez. El auto parte en su carrera contra la muerte.

Ayer en la mañana recibí un telegrama anunciando la llegada a Florencia; se dirigen a S., la propiedad de campo de la señora M. Después, nada. Hago mil conjeturas. ¿Habrán llegado demasiado tarde? ¿La habrá matado la emoción de verlos llegar? Por fin, un telegrama: "Elena feliz de vernos —estado grave— Mamá". Por lo menos mamá podrá hacer algo, ayudar hasta el fin, yo sé lo que eso significa.

6 de Septiembre.

El doctor regresó esta mañana y vino en seguida a verme. Quiso empezar hablándome de la Torrossa, dice que vió los perros...

—¿Y la señora M.?

Al verme tranquila me cuenta todo. Está mucho peor de lo que esperaban, no hay nada que hacer... Agrega que ella no se da cuenta de su estado (lo que dudo), y que no sufre mucho. El desenlace puede ocurrir de un momento a otro, sólo es de desear que sea rápido.

25 de Septiembre.

La noche del 12 llegaron mis padres de improviso. Mamá, muy pálida y vestida de negro entró a mi pieza. Teniéndome abrazada me iba contando todo. Nuestra amiga había muerto el 8.

Mamá estuvo cerca de ella todo el tiempo, sin acostarse, y la acompañó también las dos noches que pasó en su casa, ya encerrada en el ataúd.

Todo esto me deja una sensación de alivio.

27 de Septiembre.

Fecha de su muerte. Anoche me levanté furtivamente. Me puse el vestido negro de Leysin, mi chal de Leysin, traté de embellecerme, y me pinté los labios con el lápiz que usaba en Leysin; me puse los dos anillos, tal como en Leysin; tomé el frasco de cristal y plata y me puse su perfume. Tomé un ramo de claveles rojos y llevando mis flores atravesé el sana-

torio y subí al tercer piso. Avancé hasta el N^o 37 —la pieza que era suya— allí donde murió. Me detuve un instante y abrí la puerta.

Acaricié con mis manos el mármol de su velador y luego contemplé la habitación, la lámpara, el escritorio, la silla, los muros blancos y brillantes. Me invadió una gran dulzura. ¡Qué bien me sentía allí!

Al día siguiente recibí la comunión. Permanecí mucho tiempo arrodillada murmurando: —Perdóname, ya que tu sufrimiento vaga en torno mío y ennoblece mi llanto; ya que un mismo impulso ha nacido en nuestras almas, y la misma ternura ha sollozado en nosotros; ya que una misma llama ha quemado nuestros corazones en el remordimiento desesperado; estamos unidos en un plano adonde nadie puede llegar, donde nada puede pasar; adonde suben las ondas de las más claras visiones y los deseos que no se cumplieron.

17 de Octubre.

Contemplo las hojas marchitas; los días se hacen breves y pronto obscurece, la tierra espera el invierno. He copiado una hoja que escribí en junio de 1924, donde indicaba cómo deberían distribuirse mis cosas después de mi muerte. Suprimí algunos detalles y agregué otros.

Después trabajé con mamá en la traducción de unas de sus poesías del castellano al francés. Ejercicio interesante y menos difícil de lo que pudiera creerse.

Mamá quiere reunir en un libro los poemas que ha escrito a la muerte de su amiga. Yo le sugerí que expusiera su dolor, y las páginas empiezan ya a amontonarse en su escritorio. Tengo el proyecto de corregir y pulir todas mis poesías, para poder dejar algo que esté bien.

18 de Octubre.

El jardín se deshoja.

No nací para ser feliz; lo comprendo por todos mis antiguos presentimientos. La felicidad no me ha sido arrebatada; jamás pude sentir que la tenía.

Ahora he sufrido lo que esperaba, y fuera de la muerte (que será rápida) no presiento mayores torturas. No me casaré y ni siquiera tendré novio.

Basta de profecías. Siempre me han asediado los presentimientos.

Ahora caminaré hacia adelante y me siento valerosa. Esta noche me hice el propósito de no pronunciar una queja; mis suspiros serán sólo para mí y para este libro.

24 de Octubre.

Nieva; de nuevo el invierno; de nuevo caen los copos en silencio.

Pero, ¿dónde están las nieves de antaño?

25 de Octubre.

Con seguridad me importa menos la existencia que a una persona plena de vida. Nosotros tenemos que renunciar a tantas cosas; hemos roto tantos lazos, que la muerte nos parece menos difícil.

28 de Octubre.

Ayer recordaba aquellos días en que adrede me peinaba mal, adrede respingaba la nariz al sonreír, o pasaba temblando involuntariamente mañanas enteras; y todo porque estaba neurasténica. (Primavera de 1922).

29 de Octubre.

No, ya no espero felicidad en la tierra; si hay una vida futura supongo que entonces la tendré; si no, tanto peor, será el eterno sueño. Pero sucede que cada vez que enuncio mis ideas pesimistas me parece sentir una especie de respuesta. ¿No es acaso una dicha esta serenidad límpida? Me siento elevada, rodeada de claridad, respiro otro aire. Ya no puedo escribir páginas desesperadas.

1º de Noviembre.

El arte y el sufrimiento han hecho que mamá pueda comprender todo lo bello. Capta lo verdadero.

Ha amado profundamente. Sabe amar.

2 de Noviembre.

Y yo también, no dista mucho el día... ()*

Los versos de mi antepasado resuenan hoy. El año próximo, en esta fecha...

¡Quién sabe! Una especie de indiferencia responde dentro de mí.

Mandé un ramo de claveles rojos a su pieza. Recé por C., y le dí gracias por haber conservado el anillo.

14 de Noviembre.

He sabido que Amelia espera el segundo niño.

Observado desde mi retiro, me parece egoísta echar hijos al mundo; condenarlos al dolor y a la muerte es una deplorable inconsciencia. De ver sufrir tanto ya no los deseo. Sé que esto que digo es vil y amargo.

"Las fuerzas espirituales no mueren" (**) escribe tía Inés y de eso estoy segura, conozco demasiado su valor, y pensar lo contrario sería insensato. Mas, ¿perdura la individualidad? Encontré este pensamiento enunciado vagamente en un libro de viajes de Blasco Ibáñez, según creo, y hoy día lo recuerdo en forma clara y precisa, porque estoy triste. Me pregunto si las fuerzas espirituales no obedecerán a las mismas leyes de la materia que vuelve a la naturaleza sin perderse jamás. ¿No se unirán estas potencias morales a algunas grandes entidades inmateriales, pero más verdaderas que todo lo tangible, como aquello que llamamos amor, muerte, destino, y todo ese acuerdo misterioso que nos roza y que tan claramente percibimos de vez en cuando? Y entonces, los despojos

(*) En castellano en el original.

(**) En castellano en el original.

de nuestros "yo" ¿no serán absorbidos, transformados y devueltos separadamente a la Vida como valores coordinados a la armonía universal?

He trazado ligeramente sobre el papel ideas demasiado absolutas. Son algo mejor que el eterno sueño, pero no ofrecen ningún consuelo a nuestras concepciones humanas. No, aquella teoría no me gusta.

15 de Noviembre.

A. ha muerto, es horrible. ¿A quién le tocará el turno ahora?

18 de Noviembre.

No puedo liberarme de la penosa impresión que me ha dejado esta nueva muerte. ¡Todos! No, veamos. Cuento los sobrevivientes. De nuevo mi salud pasa a ser mi preocupación dominante como en los primeros tiempos en que apareció el mal. Estoy siempre en cama. Es preciso que haga progresos durante el invierno.

20 de Noviembre.

Vino el sacerdote. Yo estaba sola. Hablamos de muchas cosas bellas, de la vuelta a la espiritualidad. Me dice que a los muertos "que se han salvado", seguramente Dios les acuerda la gracia de seguir de cerca lo que sucede en la tierra; y agrega: "Goethe y Schiller le han criticado a la Iglesia el haber suprimido los dioses y diosas y proclamar deshabitados los bosques y las fuentes; pero es todo lo contrario. En todas partes, para cada uno y en todo hogar hay un Angel Bueno.

La respuesta llega siempre en un momento de pena.

27 de Noviembre.

Anoche me sentía tan triste (después de haber sonreído un día entero), tan dominada por mi pena, que me daba

vueltas en la obscuridad, me llevaba las manos a la frente con desesperación, sintiendo toda mi cruel soledad.

Las cartas que mamá recibe de la madre de la señora M. destrozan el alma. ¡Haber vivido toda una vida para llegar a eso, para pasar por ese terrible sufrimiento!

¡Dichosos los que mueren jóvenes creyendo perder la felicidad junto con la vida!

1926.

9 de Enero.

Escuchamos los cánticos de Navidad ante el árbol tradicional. El árbol deslumbrante... aquella sala, los coros... todo me recordó a Leysin, el pasado. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. Muy tarde fui a ver a la pequeña C.... al pasar por el corredor acaricié la manilla de su puerta.

Como siempre, gran comida de gala y después, baile. Tranquilamente sentadas, M. T. y yo, nos divertíamos observando mil detalles: desapariciones de enamorados; regreso de los mismos por puertas distintas, nacientes simpatías, timideces, celos y somos espiritualmente benévolas. Dejamos la sala antes que los demás.

Más tarde, acostada, pienso: ¿Será mi última Navidad? Y siento que me invade una gran paz...

Este será para mí el año decisivo.

28 de Enero.

Me gusta la blancura de estos grandes paisajes, que me han acompañado toda mi juventud, saben tantas cosas mías y los comprendo. Cuando brillan al sol, el cielo toma el color azul de los cielos de Italia.

Esta es la mejor época de mi vida, a tal punto que hay momentos en que llego a pensar que, si mejoro, tal vez llegue a lamentar no haber muerto ahora.

18 de Marzo.

He pasado días pensando en lo poco que me importa la vida.

No me casaré.

En cuanto a tener hijos, no quiero perpetuarme. Así basta. Aunque la maternidad llegara a sanarme, no los tendría. Los habría querido demasiado.

No deseo morir y no deseo vivir. Me basta arrastrarme así.

2 de Abril.

Hoy día el cielo está bellissimo y me dejo llevar por la dulzura de este día de sol como si tuviera quince años —los quince años normales— no los míos que carecieron de impulso.

16 de Abril.

Me siento sofocada. Mi agonía será rápida, tengo el corazón cansado.

Ya todo está listo; mis versos corregidos y clasificados cronológicamente. El médico jefe, sin estar más adelantado que sus colegas en lo que se refiere a enfermedades, es un hombre excelente, y un buen "papá" con toda esta juventud que sufre. Es autoritario y sencillo. Las lamentaciones lo irritan. Le gusta oír decir: "Estoy muy bien". Se sienta en mi cama e improvisa algunas bromas (le encanta hablar en verso), me observa rápidamente o me acaricia el pelo en forma reconfortante.

19 de Abril.

Remordimientos. ¡Qué ciega fuí! Haberlo rechazado.

—Tu vida ha fracasado, ha fracasado completamente, no te preocupes, le digo a mi imagen en el espejo.

No tengo otra posibilidad que la de salir de mí misma, no preocuparme. Cuando me levanto voy a ver a otros enfer-

mos y converso, divulgo las habladurías despojándome de mi antigua reserva, hasta llego a ser un poco indiscreta; me es igual parecerlo si así puedo distraer a los demás.

22 de Abril.

¿Qué es preferible, la muerte o la vida?

Dios mío, ¿cuál es la clave de este enigma en que nos debatimos?

Impulsivamente me puse de rodillas. ¡Oh, Dios mío!... pero no pude rezar.

23 de Abril.

He envejecido... Ya no espero gran cosa de este poco de vida marchita que me queda.

27 de Abril.

Le escribí unos versos a María Teresa. Los compuse rápidamente para alcanzar a dárselos. Está muy mal.

30 de Abril.

Vivimos un nuevo drama. María Teresa se muere. Pocos días atrás le estuve leyendo en voz alta hermosos poemas, palabras de amor y de esperanza. Hace una semana que no duerme —sus noches son blancas como la nieve de Leysin— la frase de C. Ayer estuve toda la tarde con ella, su madre y yo tejíamos y M. T., sentada en su cama preparaba fresas para la noche. Se veía muy bonita, con su cutis sonrosado y las gruesas trenzas negras que le enmarcaban el rostro.

.....

Fuí después de comida a saludar a M. T. La besé en la frente. Estaba fresca, pero respiraba con dificultad. Le hablé bajito y alegremente, pero permaneció grave. La abracé de

nuevo y me despedí de su madre que pasa con ella día y noche.

A la mañana siguiente, al despertar, supe que María Teresa había muerto a las cuatro.

Hasta el fin había dado pruebas de una rara energía.

Por la tarde vino P. a verme y me tendió los pendientes y el relojito de su hermana. Me eché a llorar.

—No debe llorar, Lily, me dijo después de un rato, en un tono amable e infantil.

—No, soy yo la que debería reconfortarlo a usted, Paul. Hablamos largamente de la muerte.

—Después de todo, tarde o temprano tendremos que pasar por lo mismo. Ella está libre ahora.

—Sí, es como un examen, dijo Paul. Pero no quisiera morir todavía... aun no he hecho nada en mi vida...

—Yo creo que ya he sufrido bastante, dije pensando en voz alta.

Es la primera vez que Paul ve de cerca la muerte, y él ya está contagiado.

.....
27 de Mayo.

Bodas de plata de mis padres. Escribí para ellos un poema: "La Catedral Inconclusa".

Francamente, estoy mucho mejor.

Ha vuelto la querida tía Inés. Está terminando su libro "Anunciación", con el material recogido en Leysin.

Papá se irá el 7 a Chile. Me alegra la idea de que haga una vida activa.

13 de Junio.

Hace tres años... papá, D'A. y yo frente a las tiendas del Mont-Blanc.

Papá quería comprar unos libros para D'A., era su cumpleaños, me dijo que lo distrajera y lo llevé a dar un Secretan.

5 de Agosto.

Opresión. Temperatura. No dejo el lecho.

Todo se borra fuera de un sentimiento: necesito la ternura de mamá.

Mi vida de joven retrocede, se calla. Vuelvo a ser la que era. —Viviremos todavía días bellos, le digo a mamá, y pienso en el campo, en el sol, en las flores, en los animales y en los niños que no son míos. Pienso en una vida buena, útil y serena. Vuelve a interesarme el porvenir; sentirme enferma me contraría, me hace sufrir, pero mamá está aquí.

Esta nueva prueba ha servido para hacerme ver claro. Me ha echado en brazos de mamá. Me siento como una niñita, tengo necesidad de ella, es casi una necesidad física. Me reconforta con tanto valor. ¡Mamá querida!

Pienso también en mi papacito —a veces son cosas tristes— pero sigamos adelante, valor, valor.

7 de Agosto.

Todo lo que hay en mí se concentra en un solo impulso, mi cariño a mamá. Me aferro a ella con toda mi ternura. La quiero y no sufro, este sentimiento me protege, me vivifica.

Y ahora, luminoso, se revela mi alegre camino: viviré para mis padres.

Hay en ellos una chispa divina, han sufrido demasiado para ser solamente humanos.

Están cerca de Dios y yo estaré cerca de ellos.

¡Ah! Si estas décimas de temperatura han servido para esto, ¡benditas sean! Si el sufrimiento pasajero ilumina la ternura inmortal, ¡bendito sea!

Benditos sean nuestros destinos que nos han preparado para ascender juntos y no separarnos jamás.

Gracias, Dios mío, por haberles dado mi corazón, la riqueza de amar es la noble recompensa de mi prueba.

En adelante nada podrá separarme de ellos, ni la muerte ni la vida.

Les pertenezco con toda mi alma.

9 de Agosto.

¡Gloria a la vida amante y dolorosa!

Es bella como es bella la muerte noble y bienhechora, pues las dos son obras de Dios; pero son obras efímeras.

¡Gloria a la ternura inmortal, la ternura divina que une para siempre a las almas!

Mamá, la artista, la poetisa, la amiga única, madre y protectora que ha guardado mi vida pura y límpida. La evocadora de infinito que me abrió las puertas al azul. Mamá, mi amor sin límites se une para siempre al tuyo.

Veó mi pasado tan claro.

25 de Agosto.

Cerca de mi mamá, de mi adorado Angel Guardián. Ternura exquisita que mitiga los pequeños dolores físicos.

Amor de tu hijita, qué perfecta eres.

Que dulce es todo... vuelvo a ser una niñita y me dejo acariciar.

Mi alma clara y victoriosa canta como la alondra.

26 de Agosto de 1926.

Cuidada día y noche por Aquélla a quien amo por sobre todo junto con mi Papacito, vivo momentos de inefable dulzura.

PAGINAS DE UN DIARIO

por *Lily Iñiguez Matte*

se terminó de imprimir bajo el sello de Editorial Del Pacífico S. A., el 12 de Julio de 1954, en las prensas de la misma Editorial, San Francisco 116, Santiago de Chile.

COLECCION SINTESIS

- I. Breve Estudio sobre el Teatro Francés Contemporáneo, por *Francisco Walker Linares*.
- II. La rebelión de Asia, por *Tibor Mende*.

COLECCION DE AUTORES CHILENOS

- I. Ensayos, por *José Toribio Medina*.
- II. Bajo la tienda, por *Daniel Riquelme*.
- III. Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno, por *Alberto Edwards*.
- IV. Tradiciones serenenses, por *Manuel Concha*.
- V. Comarca del Jazmín y sus mejores cuentos, por *Oscar Castro*.
- VI. Sewell, por *Baltazar Castro*.
- VII. Esas niñas Ugarte..., por *Waldo Urzúa*.
- VIII. El Socio, por *Jenaro Prieto*.

Antología de Pedro Prado, por *Raúl Silva Castro*.

Antología de Oscar Castro, por *Hernán Poblete*.

Historia de la Pintura Chilena, por *Antonio R. Romera*.

Chile a la Vista, por *Eduardo Blanco-Amor*.

Diario de mi Residencia en Chile en 1822, por *María Graham*.

Recuerdos de la Escuela, por *Augusto Orrego Luco*.

América Latina entra en escena, por *Tibor Mende*.

Los santos van al infierno, por *Gilbert Cesbron*.

La Política y el Espíritu, por *Eduardo Frei Montalva*.

Sentido y forma de una política, por *Eduardo Frei Montalva*.

Entre la libertad y el miedo, por *Germán Arciniegas*.

La gran estafa, por *Eudocio Ravines*.

De Lenin a Malenkov, por *Julián Gorkin*.

Papelucho, por *Marcela Paz*.

Páginas de un diario, por *Lily Iñiguez Matte*.